Henri Roorda retratado por uno de sus alumnos, M. Burri.

Henri

Roorda

TÓMELO o DÉJELO

La risa y los que ríen - Mi suicidio

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

Ariel Dilon

Paradiso

Roorda, Henry
Tómelo o déjelo : La risa y los que ríen. Mi suicidio / Henry Roorda ; prólogo de Ariel Dilon. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paradiso, 2019.
308 p. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Ariel Dilon.
ISBN 978-987-4170-25-5

1. Ensayo Sociológico. 2. Narrativa Humorística. 3. Crónicas. I. Dilon, Ariel, trad. II. Título.
CDD 306.4

fundación suiza para la cultura
prohelvetia

Association des Amis
de Henri Roorda

FONDATION
JAN MICHALSKI
POUR
L'ECRITURE
ET LA
LITTERATURE

[lo:rən]
Casa de Traductores Looren

Diseño: Adriana Yoel

Imagen de tapa: André Hiernaux, *Le Nez-fracture* (escultura), 1998,
Col. CENAC, Lausana. Gentileza Gallerie Filambule
Foto: Arnaud Conne

© de la traducción: Ariel Dilon

© Paradiso ediciones, 2019
Fco. Acuña de Figueroa 786, 1180 Buenos Aires
www.paradisoediciones.com.ar

ISBN: 978-987-4170-25-5

1ª edición
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

ROORDA REDIMIDO

Tendré que tomar precauciones para que la detonación
no resuene con demasiada fuerza en el corazón de un ser sensible.
H. R.

Biathanatos

Los escritores suicidados son legión, y sin embargo no abundan –aun entre los más brillantes– aquellos que nos hayan legado, como lo hizo el escritor suizo en lengua francesa Henri Roorda (Bruselas, 1870 - Lausana, 1925), un genuino "suicidio autógrafo". Como si unos seres que han vivido (re)escribiéndose se mostrasen reticentes –suerte de pudor liminar– a dejar tras de sí una palabra pretendidamente *última*. Tal vez por eso la nota de suicida considerada como una de las bellas artes va a la zaga respecto de otros géneros literarios, de desarrollo más constante: ni aun sus cultores más conspicuos se ensayan en la especialidad sino una vez en la vida. Hay, con todo, algunos ejemplos sobresalientes: cuando no por su fuerza poética, por la fama de sus ejecutores. Salgari, Maiakovski, von Kleist, Virginia Woolf, Akutagawa, Stefan Zweig, Yukio Mishima, Herzy Kozinsky, Hunter S. Thompson (que se dirige a sí mismo pero, de paso, intima al lector: "Relájate. No va a doler"). Más cerca, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Scalabrini Ortiz, Arguedas, Reinaldo Arenas. Con delicadeza o exasperación, abrumados o lúcidos, justificativos o rotundamente fácticos, y por regla general en forma sumarísima, toman la pluma por última vez y detienen la acción, *in extremis*, para dar cuenta de la pesadumbre, la bancarrota, el exilio, el miedo a la enfermedad y a la vejez, el sentimiento de fracaso o de agotamiento creativo, la desesperación de la ternura o el cansancio de las ilusiones que apuran la despedida.

Rara vez persiste en dejarse oír, en esas piezas de convicción, el aliento literario que caracteriza la producción de sus autores, como si hicieran de una cierta repugnancia del estilo el sello con que vida y escritura se clausuran. Perla de lacónica belleza, la última línea que Gérard de Nerval dejó a su tía: "No me esperes esta noche, porque la

noche será negra y blanca". O esta gragea de discurso performativo autoinmune que formuló Pavese: "No más palabras. Un gesto. No escribiré más". Acaso cuenten como notas de suicida las frases que, según Breton, Jacques Vaché dijo horas antes de llevarlas al acto en una forma muy de su gusto: "Moriré cuando quiera morir. Pero entonces moriré con alguien… Morir solo es demasiado aburrido". Eso valdría también para la propaganda de la dadaísta "Agencia general del suicidio" lanzada por Jacques Rigaut, prefiguración del disparo –primer y último *servicio* provisto por la firma– al corazón de su fundador.

En 1608, John Donne había escrito su *Biathanatos*, reivindicación del suicidio publicada póstumamente, pero murió de muerte natural. Igual que su contemporáneo Robert Burton, autor de la *Anatomía de la melancolía*. Muchos libros de Primo Levi, al contrario, podrían leerse como fragmentos de esa larga y meditada nota de suicida que él nunca escribió. (A cierto lector que preguntó por qué no se había matado *aún*, el escritor le respondió: "Paciencia".) *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria* (1976) del filósofo Jean Améry –otro sobreviviente de los campos de exterminio– precede en dos años el ademán definitivo de su autor. Más cerca en el tiempo, en octubre de 2007, Edouard Levé entregó al editor el manuscrito de su novela *Suicidio* –que evoca la autoeliminación de un amigo de la infancia– y se ahorcó diez días después: la novela lo deja adivinar entre líneas. Se trata, en sentido cabal, de una "obra pre-póstuma", aun si se da a sí misma un estatuto de ficción y una segunda persona provisional.

La singularidad de Henri Philippe Benjamin Roorda van Eysinga (o Balthasar, su *nom de plume*) no reside únicamente en haber consagrado al género un libro entero –su *nota de suicida* ocupa unas cuarenta páginas, él mismo le escoge un título que la adscribe a la literatura y una serie de subtítulos que organizan el texto, al que se refiere como "mi libro"– escrito inmediatamente antes de "infligirme la pena de muerte" y dejado allí, a modo de continuación o *nota al pie* de su propio cuerpo; sino también, sobre todo, en haber mantenido, hasta la última línea de esa suerte de confesión de un condenado que es *Mi suicidio*, los rasgos distintivos del estilo de escritura que había desplegado antes en un vasto corpus de crónicas y ensayos. Se los podría enumerar

así: una prosa a un tiempo elegante y límpida que nombra con discreción y franqueza el inefable lugar de tensión entre la libertad individual y la coerción social; una suerte de pureza desencantada, madre de la lucidez, de la melancolía y del sentido del absurdo; una elasticidad mental y bruscos cambios de plano que, afirma, son la condición necesaria del *humor*; un contrariado amor al mundo en medio de la zozobra personal; y la tozuda preferencia –siempre y en la hora de la muerte– por la divagación contemplativa, la alegría y el placer: "con ebriedad en mi espíritu y con fugitivas emociones, querría admirar la belleza del mundo y saborear los 'alimentos terrestres' de la mañana a la noche". Estas inclinaciones casi retratan a otro gran escritor suizo, en su caso, de expresión alemana: Robert Walser (1878-1956). Aunque los medios artísticos del autor de *El paseo*, *El ayudante* o *Jakob von Gunten* fueran acaso más vastos y más refinados que los de Roorda, los dos contemporáneos, hombres del siglo que industrializó la muerte, conciudadanos del país cuya cultura había incubado la semilla de la religión capitalista, fueron, cada uno a su modo y por propia y soberana decisión, dos "ceros a la izquierda" ("Yo, la milmillonésima parte…", titula Roorda una de sus crónicas). Por auto-confinamiento el uno, por auto-eliminación el otro, ambos rehusaron hacer de sus vidas un cálculo de interés. Como el escribiente Bartleby, Walser y Roorda son de esas criaturas *who "prefer not". Mi suicidio* es la suprema afirmación de ese *NO*.

Las estaciones indisciplinadas

Bastante olvidado hoy incluso por sus compatriotas –aunque en su ciudad existe una leal cofradía de "amigos de Henri Roorda" con cómplices en Europa y más acá, impulsora de reediciones y de la exposición "Drôle de zèbre" (2009) en el Museo Histórico de Lausana–, el escritor gozó en su hora de considerable popularidad como pedagogo heterodoxo y gracias al brío de las crónicas sociales, filosóficas, cómicas, provocadoras que escribió durante varios años para diarios y revistas de entonces y de las que él mismo llegó luego a reunir más de cien en dos volúmenes: *À prendre ou à laisser* (1919, cuya traducción incluimos aquí bajo el título *Tómelo o déjelo*) y *Le roseau pensotant* (1923). A estos se añade una

colección póstuma que prácticamente duplica en porte a las otras dos: *Les saisons indisciplinés*, publicado por Éditions Allia (París, 2013).

Pero la obra de este humorista, pacifista, pedagogo libertario y profesor de matemáticas (antes y después de su muerte, varias generaciones de estudiantes aprendieron aritmética con su *Cours de mathématiques élémentaires*, 1912) comprende además algunas piezas de teatro, un ensayo antibelicista y varios libros de pedagogía: Roorda escribe contra la escuela de la docilidad, que fuerza a los niños a resignar de antemano la soberanía sobre sus cuerpos y su tiempo. Dato llamativo, su panfleto *Efectos de la educación moderna* fue publicado en Buenos Aires, en 1925, por la editorial del periódico anarquista *La protesta*, en traducción de Diego Abad de Santillán.

A sus expensas, contribuyendo sin duda a la quiebra monetaria del amante de la buena vida que el sueldo de docente y sus colaboraciones periodísticas no le permitían costear, publicó entre 1922 y el año de su muerte los cuatro anuarios del *Almanach Balthasar*, compuestos de poemas y relatos cómicos, fábulas y adivinanzas, "problemas para noches de insomnio", efemérides, recetas de cocina originales, palabras cruzadas con definiciones extravagantes, calambures y consideraciones inopinadas. Entre los mensajes de los anunciantes, propagandas de los libros del propio Balthasar / Roorda. El título recuerda a otro humorista de genio, contemporáneo suyo, aunque de muerte más temprana: Alfred Jarry. La grave liviandad o liviana gravedad de los materiales lo acerca acaso más a su gran mentor –y predecesor de ambos–: Alphonse Allais.

El músculo zigomático

La obra de Roorda permanece casi totalmente desconocida para los lectores en lengua castellana, a excepción de *Mi suicidio*, que la española editorial Trama había publicado en 1997 (el texto también ha circulado en inglés, portugués y neerlandés). Aquel bello librito editado en Madrid, del que por entonces llegaron a Buenos Aires cuatro solitarios ejemplares que Elvio Vitali compró para su librería de la calle Corrientes, le hizo guiños a este traductor desde una mesa de la Gandhi. Allí comenzó un largo viaje de descubrimiento, plasmado ahora en el presente volumen

que –con la ambición de dar a conocer facetas diversas pero esenciales del autor– incluye una nueva versión de *Mi suicidio*, precedida de *Tómelo o déjelo* (73 crónicas) y *La risa y los que ríen*, conferencia pronunciada en 1923 en la Maison du Peuple de Lausanne y publicada en volumen dos años después, el mismo año –llamativamente prolífico– de su suicidio.

El ensayo, que resume las ideas de algunos filósofos sobre la risa –de Aristóteles a Bergson, pasando por Kant, Schopenhauer, Sully, Spencer y Schwob– para luego hacer su propio aporte a la materia, articula el ideario humorístico del escritor y su sombrío *humor* final (para *Mi suicidio*, había pensado en otro título: "El pesimismo alegre"). En el último capítulo del ensayo sobre la risa, "El humorista y el fanático", Roorda representa al "pobre humorista" como un espíritu elástico, al que caracteriza "por la extrema movilidad que hay en sus pensamientos y en sus estados de ánimo". "Voluble, diverso y demasiado cambiante, no puede fijar su atención por mucho tiempo en un mismo aspecto de los fenómenos. Bien sabe que la realidad tiene aspectos múltiples y que todas las cuestiones, por consiguiente, son complejas. La natural agilidad de su espíritu le permite franquear, sin darse cuenta, las fronteras que los hombres han puesto entre aquellas cosas que son 'serias' y aquellas que no lo son. Y él puede estar, simultáneamente, alegre y triste." Tensión entre extremos del ánimo que no sorprenderá al lector de Chejov, al de Vonnegut.

La risa y los que ríen, texto por lo demás muy "serio", contiene algunas piezas de "*humour zèbre*", un particular giro roordiano: "Mis propias observaciones me han enseñado que los peces no ríen jamás. Y no es el agua la que les impide hacerlo; ya que al ser retirados de ese líquido elemento, permanecen impasibles y fríos". Es un humor por sustracción, que oblitera en la cosa la clave misma de su comprensión: un punto en el que podría encontrar no poca afinidad con una de las vertientes del humor de Jarry, no la del Padre Ubú, más próxima al grotesco, sino la que titila en la fina retórica de "siloquios" e "interloquios" como "Costumbres de los ahogados", "Antropofagia" o tantos otros publicados en revistas y que se cuentan entre lo mejor del fundador de la Patafísica.

Esa elasticidad que Roorda señala en el carácter del humorista es la misma que se aprecia en las crónicas que componen *Tómelo o déjelo*. En algunas de ellas puede leerse, muy entre líneas, el "anuncio" de la

todavía lejana decisión de acabar con su vida. Así, "Los salvadores" es una defensa del supremo derecho al suicidio, un *biathanatos* a la manera de Donne o de Améry, pero en clave cómica. Es ese mismo "pesimismo alegre" de Balthasar, que sin embargo coloca sus crónicas bajo un subtítulo al menos discutible: "El programa de lectura del profesor de optimismo". El afecto predominante estira sus límites hasta abarcar, por momentos, la ternura o la exasperación, el tedio o la hilaridad, la paciencia o la revuelta ante lo que ve, sin dejar nunca de dirigir hacia el propio cronista la misma mirada a la vez aguda, amorosa y perpleja. De los modos de estrechar la mano al abuso de la regla de tres como automatismo mental, de la genealogía del estornudo a la banalidad de las modas artísticas, de las desventajas de la absoluta sinceridad a la necedad de creerle a la prensa, del extrañamiento ante las alegrías pautadas por el calendario oficial al elogio del número, de la proliferación inútil de los discursos a la contundencia de algunas palabras, de la vacuidad de ciertos mitos históricos a las verdades del vientre, de la sonrisa esclava del trabajador asalariado a la "justa indignación" del avinagrado consumidor, de la importancia del buen beber y el buen comer a las privaciones que no nos dejan pensar, Roorda ofrece una radiografía desfamiliarizada de la sociedad que es a la vez su autorretrato como *flanneur*-soñador-librepensador.

Delicias y peligros de la incorrección política

Y son la Gran Guerra y sus privaciones, precisamente, el telón de fondo de no pocas de estas piezas escritas entre 1914 y 1918. Enemigo de todo nacionalismo y de todo militarismo, Roorda sabe que en algunas circunstancias no es posible hacer otra cosa que combatir hasta vencer al adversario fanático y expansionista. Pero su mirada siempre va más allá: espera (sin hacerse ilusiones) que al final de la guerra se exija de los gobiernos del mundo un "desarme universal". La "neutralidad perpetua" de Suiza cumplía por entonces un siglo, pero su economía y su seguridad dependían de "ciertos compromisos" con vecinos poderosos y ariscos, particularmente Alemania. Al mismo tiempo que algunos industriales se enriquecían proveyendo insumos de guerra o queso gruyere a los

contendientes, la población se veía sujeta al racionamiento, de cuyas penurias obtiene Roorda no obstante algunos exquisitos *bocadillos*.

Aunque humanista y "defensor de la criada", el Roorda más mordaz no le ahorra sus dardos a nadie: "a los macacos perfumados, a los negros, a los pachás gelatinosos y somnolientos, a los mercaderes de cacahuetes, a los amputados con rueditas, a los jugadores de loto, a los forzados, a los alienados, a las viejas duquesas maquilladas e inútiles, a los emperadores en fuga, a la mujer barbuda, a los pedantes, a mi insoportable ayuda de cámara y a esos atroces industriales que fabrican aceite de nuez con escarabajos. Y omito a algunos que, por cortesía, no voy a nombrar". Fuerza es advertir contra el fácil anacronismo de indignarse, hoy, en plena era de la justa lucha contra el patriarcado, por dos larvadas formas de machismo que una lectora o lector actual podría detectar en algún texto de Roorda: por un lado, el escarnio –en "¿En qué piensan, ellas?"– de la banalidad propia de cierto estereotipo femenino representado por las lectoras de revistas de moda de su época (a veces la realidad es ciertamente estereotípica); por el otro, su contrapartida: la idealización positiva e igualmente convencional de esa entelequia, "El eterno femenino".

La sociedad del pudor y los hombres sin patria

La escuela de anarquismo de Roorda comenzó con la influencia paterna: Sicco Ernst Willem Roorda van Eysinga (1825-1887), funcionario del imperio colonial neerlandés, denunció los crímenes de la corona en Java, lo que derivó en su repatriación y posterior exilio en Bélgica y luego en Suiza. En *Mi suicidio*, Henri se "queja" de haber recibido de sus padres el alimento de los más bellos ideales para nutrir su mente, su espíritu y su cultura, y de ser por ende incapaz de hacer provisiones para la hora de su vejez. Esa suprema *mala educación*, no dejó jamás de cultivarla, y desde muy joven frecuentó a anarquistas y librepensadores, como el geógrafo francés Elisée Reclus, amigo de su padre y vecino, que había debido exilarse en Suiza tras apoyar la Comuna de París. Es la tradición de la acogida helvética que va de Voltaire a Lenin, de Tristán Tzara a Bertolt Brecht, de Charles Chaplin a Agota Kristof. El cosmopolita Roorda exhibe un particular desprecio por "los patriotas que componen poesías

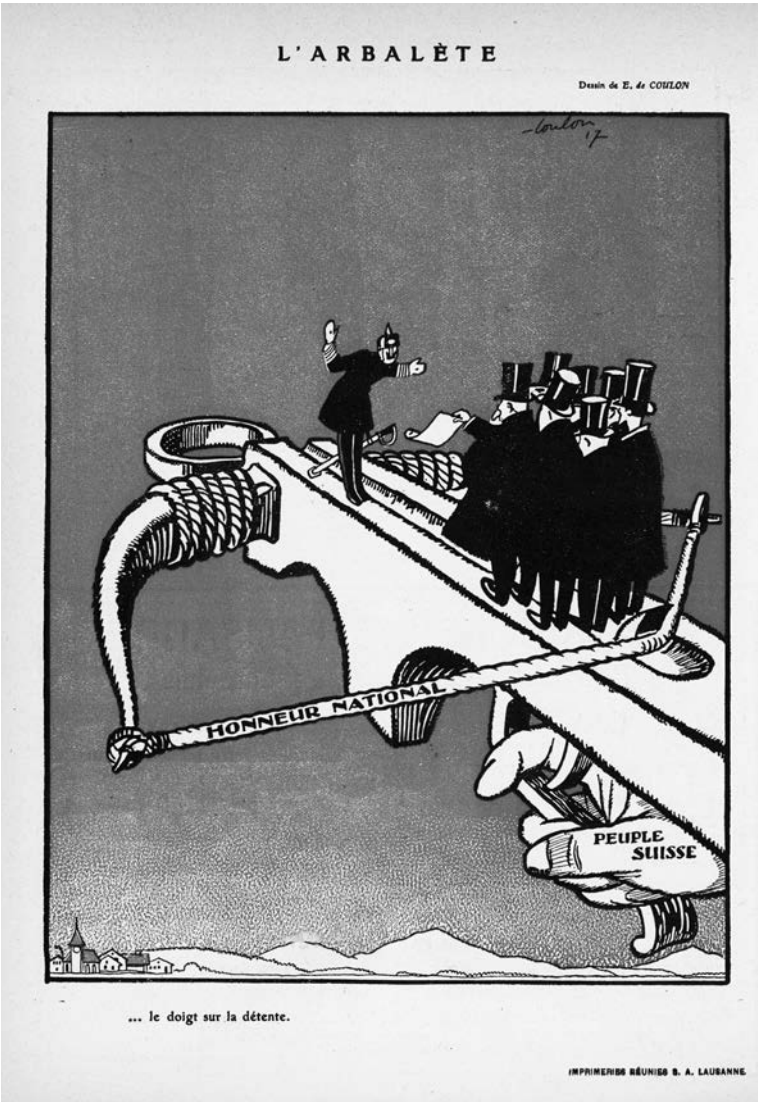
para el Estado", y sus ideas sobre los fervores nacionalistas quedan más que ilustradas por su crónica "Los dos patriotismos".

La noticia de "la muerte súbita del señor [Henri] Roorda van Eysinga", que "causó una dolorosa sorpresa en la Suiza romanda" fue publicada pudibundamente en la prensa, sin aclaración de la causa del deceso. El libro *Mi suicidio* fue editado al año siguiente, por cuenta de sus amigos, en edición limitada y numerada. Una carta acompañaba el envío a cada suscriptor, en la que se le solicitaba mantener el libro bajo la mayor reserva, y lejos del alcance de los alumnos del profesor idolatrado.

Los amigos habían intentado disuadirlo de lo que, lejos de sorprenderlos, sería un final presentido y presagiado. Una larga depresión, deudas más altas de cuanto la honorabilidad consentiría, una agravada inclinación al alcohol o los remordimientos que roían su consciencia: todo ello acabó volviendo intolerable la antigua incompatibilidad entre el idealista Roorda y la realidad del mundo. Luego de que se despidiera, una tarde, de los amigos en el café, uno de ellos declaró, resignado: "Será probablemente para esta noche".

El 7 de noviembre de 1925, Roorda escribió la última frase de su libro, referida a "un corazón sensible", y alojó una bala en el propio. El 12 de julio de 1920, un noble portugués, el Barón de Teive, había tenido un gesto análogo: concluyó su librito, *La educación del estoico*, y acto seguido se quitó la vida. Este no es quizá un suicidio *à part entière*: a menos que la supresión por mano propia valga como tal en casos de heteronimia, donde la muerte por fuerza ha de ser *parcial*. Bueno sería poder suicidar solamente una parte de nosotros mismos. De haberse conocido, el pluri-poeta Fernando Pessoa y nuestro Roorda –quien supo también crearse al cuasi-heterónimo Balthasar–, habrían podido compartir más de una buena botella de vino de Oporto, e invitar a brindar con ellos a ese otro noble cero a la izquierda, Robert Walser.

Ariel Dilon



...el dedo en el gatillo.
Eric de Coulon, *L'Arbalète*, 1ero de julio de 1917.

Tómelo o déjelo

EL PROGRAMA DE LECTURA
DEL PROFESOR DE OPTIMISMO

(1919)

PREFACIO

Esta mañana me vino a ver mi viejo amigo Balthasar. Ni bien se sentó me dijo:

–Vengo a pedirte consejo sobre un libro que quizá publique. Es una recopilación de artículos que ya habían aparecido aquí y allá. Ernest me dijo muy francamente su opinión: él sostiene que el público podría prescindir perfectamente de este nuevo volumen.

Yo. –Comparto absolutamente su opinión.

B. –¿Entonces me aconsejas que no publique mi obra?

Yo. –Claro que no. No es eso lo que estoy diciendo. Los libros de los que el público no habría podido prescindir son sumamente escasos. ¿Acaso alguna vez ha habido uno?

B. –¡¡Oh!!

Yo. –No te escandalices. Antes de que tal o cual de esas obras indispensables hubiese visto la luz, la humanidad se ocupaba de sus tareas comunes y corrientes, igual que hoy. Si el autor hubiese arrojado su manuscrito al fuego, no habríamos sabido nada de él y nadie habría sufrido por eso. Ernest tiene razón. Pero si uno quisiera no publicar otra cosa que obras de real importancia, terminaríamos por no publicar más nada. Y muy pronto periclitarían varias industrias.

B. –Te comprendo. Pero aún tengo ciertos escrúpulos. En mi libro habrá muchos pasajes bien del montón, de lo más mediocres. ¿No debería mejorarlos, primero?

Yo. –No. Eso exigiría mucho tiempo. Y además, si te pusieras a corregir tus frases, no terminarías nunca. Por otra parte, en todo

libro es necesario que haya un poco de relleno. Eso ayuda al lector a respirar.

B. –Sigo dudando. En mi recopilación hay algunas bromas un poco gruesas.

Yo. –Si fuesen más finas, pasarían inadvertidas.

B. –Y además, pienso en el señor A., moralista avalado por el gobierno. Más de una vez consagró a mis artículos un juicio severo. Dice que hablo de cosas muy serias con culpable ligereza. ¡Parece que al publicar mi libro asumiré una gran responsabilidad!

Yo. –Mi pobre Balthasar, tranquilízate. ¿Nunca te has detenido ante la vidriera de una librería? El conjunto de los libros impresos durante los últimos cien años constituye un inmenso y lamentable caos. El mundo de la literatura no va a ser ni más caótico ni menos puro cuando hayas arrojado a esa parva tu nuevo volumen.

Al hacer la escolaridad obligatoria y enseñar a millones de seres muy poco inteligentes a leer, se ha asumido una responsabilidad frente a la cual la tuya es desdeñable. El señor A., quien, si tuviese poder para hacerlo, se opondría virtuosamente a la publicación de tu obra, no teme publicar las suyas. Es que está muy seguro de ser un autor moral. Pero yo prefiero no creer en la acción moralizante de un libro escrito por un hombre idiota. Hay que desconfiar de esa gente que desearía que la ley protegiera sus sanas ideas contra la falta de respeto de los escépticos. Si fuesen sinceros, no le temerían a la sinceridad de los demás.

No lo dudes: algunos de tus lectores te juzgarán con desdén, o con severidad. Pero si supieras de qué escritores hablan bien, te consolarías y hasta te sentirías halagado.

Escucha, mi viejo Balthasar: al publicar un libro, uno no puede estar seguro ni de su éxito, ni de su utilidad, ni de su valor literario. Ni siquiera sabes si el tuyo es serio *o no. Esa es una cuestión insoluble. ¿Qué hace falta para que un libro nuevo pueda*

ser puesto a la venta? Ello supone dos cosas, dos condiciones necesarias y suficientes: un autor ingenuo, vanidoso o codicioso, y un editor confiado.

B. –En mi caso, se cumplen las dos condiciones. Encontré un editor muy amable. Te agradezco por tu aliento.

Yo. –No hay de qué.

ESPERAR

Ayer me encontré con muchas personas que no tenían nada que hacer más que esperar.

Sentada en un banco del Jardín inglés, una madre vigilaba a su nena y a su varoncito, que hacían enchastre con agua y arena. Esperaba que sus hijos crecieran. Ellos crecían con extremada lentitud.

Diez minutos más tarde pasé delante del griego que vende alfombras de Oriente. Apoyado contra uno de los montantes de su puerta, esperaba al cliente posible. Veinte metros más allá se encontraba Maurice, parado delante de la vitrina de una modista.

–Espero a mi mujer –me explicó–, está eligiendo un sombrero.

–¡Ánimo! –le dije–, y me fui a conversar con Ernest, que iba y venía esperando el tranvía.

Después, salí de la ciudad. Por el camino, de una blancura cegadora, dejé atrás a un tiro fatigado que, con mucho esfuerzo, hacía avanzar lentamente una carga demasiado pesada. El carretero caminaba en medio del polvo, junto a sus bestias a las que exhortaba con periódicos gruñidos. "Felizmente para él", pensé, "este hombre está acostumbrado a esperar. Sus caballos, que tienen buena memoria, se detendrán por sí solos ante el albergue de la Cruz Federal. Pero eso no será hasta dentro de una hora y media." Por un momento me compadecí de su suerte. ¿Qué se le podría dar a ese desdichado para llenar el vacío de sus días? No me atreví a sugerirle que admirara el paisaje, ni que se entre-

gara a meditaciones filosóficas. No, más valía que su pensamiento siguiese adormecido.

¡De quién no nos apiadaríamos si debiéramos apiadarnos de todos los que están condenados a esperar! Cada día, encerrados en la sala que conocen demasiado bien, escolares, empleados y obreros sin número esperan durante horas el momento en que podrán irse. Esperamos una carta, esperamos a esa buena amiga nuestra, esperamos dinero, esperamos la felicidad. Y de noche, cuando estamos cansados, esperamos con impaciencia el minuto inefable en que hemos de acostarnos en nuestra cama. Esperamos la muerte cuando ya no podemos esperar nada de la vida.

El hombre inventa medios de locomoción cada vez más rápidos para poseer más pronto las cosas que desea; pero en sus jornadas los minutos de espera serán siempre los más numerosos. Nuestros nervios necesitan reposo; y en la historia de nuestro corazón, los Acontecimientos deben estar suficientemente espaciados.

Hay seres capaces de esperar veinte años la realización de su sueño único. Otros calman su impaciencia prometiéndole una o dos fiestas al año. Y muchos sabios no esperan otra cosa que sus pequeños placeres cotidianos. Pero a todos les hace falta paciencia. De modo que la escuela ha comprendido bien su rol de educadora, puesto que acostumbra a los niños a soportar las horas vacías que, a excepción de poca cosa, compondrán su existencia.

La tierra produce olmos para las personas que, en verano, desean esperar a la sombra. Pero no produce suficientes. Así que los hombres han tenido que construir *salas de espera*. Las encontramos en los consultorios de los médicos y los dentistas, en los consulados y en todas las estaciones de tren.

¡TODOS FELICES!

El otro día, en la calle, como no tenía apuro, me puse a mirar a la humanidad. Por la avenida venía subiendo Mademoiselle C. ¡Qué distinguida es! Sin duda hay, en la ciudad, algunas damas que por su elegancia discreta podrían rivalizar con ella. Pero la manera en que sostiene su sombrilla es incomparable. Toda su educación se resume en ese simple gesto que le permite evitar el mayor número posible de choques y de roces. Si la Virtud poseyera un parasol, así es como lo sostendría. Y Mademoiselle C. deja traslucir en su rostro algo de la legítima satisfacción que le procura ese sentimiento de ser, con toda evidencia, una persona muy "*comme il faut*".

Detrás de ella venía un plomero. Era feo y mal constituido, enfundado en ropas cuyo color primitivo había desaparecido bajo la noble mugre del trabajo. Humectando las dos puntas de su bigote (con un poco de saliva, tal vez), había formado con él dos agujas afiladas, muy rectas y rigurosamente horizontales. Y por la manera en que observó a una sirvienta que volvía del mercado, comprendí que en la vida contaba con el poder de esas puntas asesinas.

Más allá, me crucé con un *gentleman* "que no se dejaría pisotear por nadie". Eso era al menos lo que su semblante haría saber de inmediato a los imprudentes. Dado que tenía las cejas naturalmente fruncidas, sin duda había reconocido ante el espejo, un día, que una expresión intimidante le sentaba particularmente bien. Su actitud no alteró en nada mis proyectos, dado que yo no albergaba intención agresiva alguna.

Así que me sentía muy dispuesto a compadecer al señor ridículamente obeso que se acercaba por la calle. Pero, una vez acortada la distancia, tuve que reconocer mi error. Obligado por su enorme vientre a caminar con la cabeza hacia atrás, tenía el aire de un personaje consciente de su importancia, feliz de ocupar un gran espacio en el mundo.

Una joven que pasaba en un lujoso automóvil les sonrió a dos amigas que estaban detenidas en la vereda. Y su sonrisa, que tardó en borrarse, acaso sirvió una vez más para mantener las esperanzas del barón S., que a la edad de sesenta años sigue deseoso de hacer conquistas.

En la otra vereda, vi a Madeleine, que sonríe constantemente, porque alguien tuvo un día la desdichada idea de decirle que tiene una linda sonrisa.

"Son todos felices", me dije. Yo mismo era feliz de ser aquel que observa a los otros. Una vez más admiré a la noble Naturaleza, que en todos los seres mantiene ingeniosamente el gusto por la vida. Le ha dado a Jeanne un hoyuelo que sus camaradas le envidian, y a Ernest una cabellera espesa donde hay quien gusta de sumergir los dedos. Individuos que no saben ni cantar ni bailar ni perorar logran a veces sorprender a la audiencia por la destreza con la que dominan los movimientos de su cuero cabelludo. Los hombres más desheredados entibian su corazón pensando que su causa se confunde con la de la Justicia. Y para que podamos otorgar importancia a nuestros pequeños talentos y a nuestras pequeñas virtudes, cada uno de nosotros encuentra en sí mismo a un admirador más o menos discreto, pero definitivamente sincero.

EL FIN DE LAS GUERRAS

Es difícil, en nuestra época, no hablar nunca de la guerra. Permítaseme pues, excepcionalmente, que diga dos palabras al respecto. O más bien (será menos fatigante para mí), voy a reproducir, a continuación, la carta que acaba de enviarme el señor van Tock, profesor de Sentido Común en la Universidad de Rotterdam:

Querido señor Balthasar,

Como a todo el mundo, la guerra me ha sugerido una idea. Tenga la bondad de difundirla entre el público europeo. Es esta:

Se llevará a cabo un gran progreso si, después de concluida la paz, todas las naciones obligan a sus respectivos Parlamentos a votar la siguiente ley:

El servicio militar solo será obligatorio para los ciudadanos que tengan una edad mínima de cuarenta y cinco años.

Dichos ciudadanos serán, en caso de guerra, los únicos con derecho a portar armas.

Para defender mi idea, me sitúo en el quíntuple terreno del sentido común, el sentimiento, la moral, el interés general y la psicología.

1° ¿Qué nos dice nuestro sentido común? Oigo al mío formular esta proposición evidente:

Es más natural que uno muera en la segunda parte de su vida que en la primera.

No he de insistir, puesto que un axioma no necesita demostración.

2° ¿Acaso no nos conmovemos profundamente, todos nosotros, al pensar en esos millones de jóvenes que valerosamente se han hecho matar antes de haber podido gozar de la vida? Muchos de ellos eran niños que todavía no se habían atrevido a besar a su amiguita; y tuvieron el coraje de arrojarse a los brazos de la horrorosa Muerte. ¿Y qué responsabilidad podía caberles, a esos niños que ni siquiera eran electores, sobre las faltas cometidas por los diplomáticos y los hombres de Estados de sus países?

Sin duda, la idea de enviar a la guerra a hombres ya debilitados por la edad parece a primera vista intolerable. Pero comprenderá usted que mi ley, si es votada, tendrá como consecuencia inmediata una humanización de la guerra. Se avanzará por trayectos cortos. Menos vigorosos, los soldados también se expondrán menos. Por otra parte habrá, reunidos en la Haya, congresistas que al comprender que se trata de ellos mismos, imaginarán sin duda medios ingeniosos para atenuar el horror de la matanza.

Me dirá usted que los hijos jamás consentirán el sacrificio voluntario de los padres. ¿Acaso los padres no deben consentir, hoy, el sacrificio de sus hijos?

Para acallar sus escrúpulos, los jóvenes podrán decirse: "Ya nos va a llegar el turno".

3° Y además, si se tiene a bien seguir mi consejo, ¿cuál será, en un conflicto, la nación victoriosa? Será aquella en la que haya más ancianos sanos y vigorosos, aquella en la que el hombre se mantendrá por más tiempo *verde*. En cada guerra, el Estado victorioso será aquel en el que los ciudadanos den prueba de civismo llevando una existencia conforme a las reglas de la moral y de la higiene, resistiendo a las tentaciones del vicio. Y así –¡por fin!– la virtud será recompensada.

4° Otra ventaja. Mientras que los Mayores defenderán la patria, en la retaguardia continuará el trabajo en los campos y en las fábricas. No habrá desempleo, pues no han de faltar brazos. Y a fin de reemplazar a aquellos que mueran en el campo del honor, los jóvenes trabajarán para la repoblación del país.

5° Querido señor Balthasar, los excelentes argumentos que acabo de ofrecerle son solo un pobre brebaje al lado de aquel que he guardado para el final. *Mi ley volverá la guerra sencillamente imposible*. Escúcheme bien. Salvo por raras excepciones, los hombres de más de cuarenta y cinco años son realistas, hombres que no se contentan con palabras huecas, hombres que ya no se dejan "marcar el paso". En ellos, la generosa despreocupación de los veinte años ha dejado paso a la clarividencia. Usted los conoce: a Br… solo le importa su partida de cartas cotidiana. Tr… caería enfermo si tuviese que privarse de su vermú de cada mañana y de sus tres jarras vespertinas de cerveza. Cr…, que ha vivido veinticinco años en el mundo del Dinero, conoce el *verdadero valor* de la vida. Fr. solo se interesa por su eccema. Y Gr…, el poeta épico, que tan a menudo ha glorificado la *palabra*, se desvanecería si fuese colocado en presencia de la *cosa*. Es indiscutible: unos diplomáticos quincuagenarios, que supieran que su propio pellejo –este es uno de los artículos esenciales de mi ley– será el primero en ser ofrecido al enemigo, encontrarían sin dificultad la fórmula de una "entente" que impida que el conflicto estalle.

Adiós, Balthasar.

van Tock

Adiós, van Tock. Entre las mil objeciones que podrían hacérsele, solo formularé una: en caso de guerra, no se podría contar con la perfecta lealtad de todos los gobiernos. Conozco a un Primer ministro, a quien no quiero nombrar, que formaría regimientos enteros con falsos ancianos, con ancianos postizos, escandalosamente vigorosos.

¡No! No hay nada que hacer: solo nos queda llorar.

UN MONSTRUO

Ernest Pache, que fue mi mejor amigo en el colegio y fracasó en los exámenes del bachillerato al mismo tiempo que yo, vino a verme este domingo a la mañana, después de un cuarto de siglo de mutuo olvido. Al verlo exclamé:

–Vaya, ¿eres tú?

–Tú lo has dicho. Permíteme suprimir las efusiones reglamentarias, ya que hay alguien que me está esperando ante tu puerta, en un taxi. Esto es lo que me trae. Me han contado que ofreces *Consultas morales*. ¿Es verdad?

–Es verdad. El cliente me explica las causas de su descontento íntimo, y yo encuentro palabras sutiles y el remedio que muy pronto han de llevar calma a su espíritu. Son diez francos la media hora. Logro una cura total o parcial en el ochenta y cuatro por ciento de los casos.

–¡Excelente! –dijo Pache–. Cúrame.

–Muéstrame tu alma.

Mi ex compañero tuvo un gesto de pudor, como si le hubiese propuesto algo inconveniente.

–…Es que… no está muy limpia.

–Pache, para el médico de almas, como para el de los cuerpos, no existen los malos olores. No hay sino olores característicos, sintomáticos.

Pache se decidió.

–Aquí la tienes –dijo–. Empiezo a creer que no estoy hecho como todo el mundo. No encuentro en mí, cuando debería experimentarlos, los sentimientos que hacen la nobleza del alma humana. He estudiado los libros de numerosos moralistas: todos están de acuerdo en la enumeración de las características que distinguen al hombre de las bestias. ¡Pues bien! Me temo que algunas de esas características me faltan. Y ya que la naturaleza produce terneros de dos cabezas, mujeres con tres senos y niños que caminan a cuatro patas, me pregunto si, desde el punto de vista moral, acaso no soy un *monstruo*.

"Déjame que me explique: me preocupa mi egoísmo exagerado. Yo que me enternezco tan fácilmente leyendo hermosos versos, soporto con una insensibilidad absoluta la desdicha de mis semejantes. El otro día, mientras caminaba detrás del féretro de una tía muy querida, yo me decía enjugándome la frente: '¡Qué calor!'. Era la expresión exacta y completa de mis sentimientos. (Dicho sea de paso, debería haber sombreros especiales para los entierros de verano.)

"Es un hecho: la emoción no se produce en mí en el momento en que debería producirse, como si mi mecanismo interior estuviese alterado. Un vez, pensando en un muerto por quien normalmente habría debido experimentar mucho amor y veneración, comprendí que si volviese a verlo no sentiría ninguna alegría. Su regreso me obligaría a retomar unas costumbres

antiguas de las que me había desembarazado. Y además, habría tenido que volver a cambiar de lugar algunos muebles en mi departamento. La aridez de mi corazón me causó horror.

"Y mira: cuando los diarios nos anuncian algún gran cataclismo que acaba de causar centenares de víctimas, en China o en el principado de Mónaco, oigo a mi horrible 'yo' que murmura: 'Me importa una m…'.

El ruido de un tranvía me impidió oír el final de la frase de mi triste cliente. A pesar de mi silencio glacial, todavía añadió:

"Cuando en la calle camino a la par de una pobre mujer, mal vestida, que empuja penosamente un carro demasiado pesado, adopto el aire de quien con toda seguridad va a perder el tren si no se apura.

"Por regla general, prefiero que los accidentes se produzcan cuando no estoy allí. En fin, último ejemplo: este invierno yo tenía una provisión más que suficiente de papas. A mis vecinos del tercero no les quedaba ninguna…"

Interrumpí bruscamente a Pache, y renunciando a mis diez francos le dije:

–¡Vete, me das asco!

EL PEDAGOGO CHISTOSO

Henry Bromafé es, desde hace quince años, el maestro de escuela del pueblito de Téry. El otro día tuvo que comparecer ante el Consejo Municipal de dicha localidad para responder, si fuera posible, a una acusación extremadamente grave formulada en su contra. El Presidente del Consejo no se anduvo por las ramas.

–Señor –le dijo al maestro–, usted es un loco o un envenenador público…

Henry Bromafé esbozó un vago gesto.

–…y voy a probarlo –prosiguió indignado el funcionario–. Hace poco abrí de manera absolutamente casual los cuadernos de escuela que mi yerno, Louis Borel, uno de sus ex alumnos, ha conservado. Esos cuadernos son muy prolijos y dan, a primera vista, una excelente impresión. Pero… por fortuna para nuestros niños… me puse a leer uno de ellos y, ¡ciertamente!, tuve que proseguir mi lectura hasta el final. ¡Era espantoso! Ahora comprendo por qué usted nos había solicitado autorización para enseñar sin utilizar ningún manual… Aquí está, para empezar, su *Resumen de gramática*. En él he encontrado esto: "Los verbos se dividen en dos grandes clases: los verbos *infundibuliformes* y los verbos *ecuménicos*". Así es como usted denomina a los verbos a los cuales la gente honesta da los nombres de *transitivos* e *intransitivos*. (Un miembro del Consejo municipal, quien oía por primera vez estos vocablos barrocos, se los hizo repetir. Veía en ellos un sentido escatológico. Uno de sus colegas lo tranquilizó.)

Prosiguió el Presidente:

–En lugar de decir: "pronombres relativos", dice: "pronombres *cuspidales*". No ha vacilado en hablar a sus alumnos de los adver-

bios *fenomenales* y de los adverbios *tremebundos* "de los que no queda, añade usted prudentemente, ningún ejemplo en el francés moderno". Por último, llama *concoide* a lo que yo llamo un *hiato*. Etcétera… etcétera. Porque yo cursé mis estudios en la ciudad, señor: sé de lo que hablo.

Henry Bromafé escuchaba atentamente. Su semblante era el de un hombre que nada tiene que reprocharse.

–Pasemos a la geografía… Ha juzgado usted oportuno, señor, desembarazar a la isla de Java de las panteras negras y serpientes que la infestan y hacer que pululen por ella "*arrogantes jirafas y cebras veloces*"… Usted dice que las relaciones entre las islas Galápagos y las islas Marquesas se han vuelto amistosas desde que los pájaros dejaron de hacer su guano en ellas. En cuanto a los números que definen las poblaciones de las grandes ciudades del globo, evidentemente los ha escogido al azar. Asimismo ha escogido al azar los nombres de las ciudades dignas de una *catedral célebre*, de un *comercio próspero* o incluso de una *importante exportación de pasas de uva.*

"Dos ejemplos más. Sepa, señor, que *Tristán de Acuña* es el nombre de una isla, no el del 'general turco que derrotó a los rusos en Pultava'. En fin, ya que se ha preocupado por brindar a sus desdichados alumnos algunas nociones de química, podría haber hecho algo mejor que mencionar '*el itrio, soluble en jarabe de frambuesas*', y '*el tungsteno que únicamente se disuelve en aceite de hígado de bacalao*'".

"Usted no está loco, señor, usted ha engañado voluntaria y sistemáticamente a los niños que le fueron confiados. Lo repito: es usted un envenenador público."

El maestro articuló con perfecta tranquilidad:

–Yo no he envenenado a nadie.

–El error es un veneno para el espíritu, señor.

Bromafé esbozó una sonrisa y dijo:

–¿Podría ser confrontado con una de mis víctimas?

El Presidente, contando con las aplastantes acusaciones del testigo, había prevenido a su yerno, que esperaba en la sala contigua. Se lo hizo entrar. Sin esperar, el maestro le dijo:

–Louis Borel, ¿me acusa usted de haberlo engañado?

–¿Yo? En absoluto.

–¿Le he envenenado el espíritu?

–¡Debe ser un chiste!

El Presidente quiso intervenir. Pero Bromafé reclamó enérgicamente:

–Concédanle la palabra al testigo para que diga lo que piensa de mi enseñanza.

Louis Borel se dirigió a su ex maestro en estos términos:

–No tengo por usted más que gratitud. Me enseñó a calcular bien, a escribir prolija y correctamente, a expresarme con fluidez. Nos repetía constantemente que había que hacer con dedicación todo lo que uno hacía…

El Presidente lo interrumpió:

–¡Vaya! ¡Esa sí que es buena! ¿Y todos esos errores delirantes que llenan tus cuadernos? ¿Acaso nunca te molestaron, Louis?

–No; no he tenido ocasión de padecer por ellos.

Intervino el maestro.

–Les voy a explicar todo, señores. Solo he enseñado a mis alumnos errores *indiferentes*, inofensivos. *Solo los he engañado sobre las cosas que ya no existen para aquel que ha salido de la escuela*. Era un experimento que estaba intentando.

Henry Bromafé era muy querido en el pueblo. No fue destituido. Tan solo se le rogó que en adelante tuviese a bien adecuarse a la moda.

EL PEGADOR DE AFICHES

Vi este afiche:

Próximamente
Éléonore Balti

La cantante única va a venir. ¡Ah, oír de nuevo esa voz!

Esperé quince días y tuve mi velada inolvidable. Ahora ya pasó. Vino el hombre el hombre del guardapolvo y, sobre el afiche que anunciaba el Acontecimiento, pegó otro, en el que se ve a un criado que fricciona con alegría una bota porque ha descubierto, al fin, el único betún verdadero: *El reluciente*. Durante algunas semanas, miles de transeúntes constatarán en ese rostro expresivo la evidente satisfacción que procura el empleo del nuevo betún.

Con su gesto, el pegador de afiches ha hecho descender bruscamente la gloria de Éléonore Balti. En adelante, el nombre de la gran artista ya no detendrá las miradas de los curiosos. Sólo aquellos que la oyeron se acordarán para siempre. El número de los que podrían nombrarla irá disminuyendo. Comienza el olvido.

Ahora anuncian al faquir de Bengala. El pegador de afiches le concede tres semanas de celebridad. Algunos impacientes cuentan los días. Se equivocan, ya que una mañana, muy pronto, se dirán: "Fue ayer por la noche". Por la carretera del Tiempo, en la que nadie puede detenerse, habrán dejado atrás el punto luminoso. Y será ya el recuerdo, la pesadumbre inútil. En sus

corazones habrá un vacío, hasta que crezca en ellos un nuevo deseo. El pegador de afiches los ayudará. Con su gesto irrevocable hace ingresar en la nada al faquir y nos promete, uno tras otro, un bailarín ruso, un tribuno socialista y una gran fiesta de caridad. Pues el pegador de afiches es un hombre justo. A nadie permite acaparar por mucho tiempo la gloria. A cada quien su turno.

De cuando en cuando, arranca del muro jirones de papel en cuyo espesor se adivinan, superpuestos, los nombres que un día tuvieron prestigio. El barrendero municipal se lleva esos tristes "comprimidos" de gloria.

El gesto del pegador de afiches es simbólico. Nos hace pensar en la loca carrera que es nuestra vida y en todos los acontecimientos que hemos aguardado con esperanza y que uno tras otro se han hundido en el abismo del Pasado. Ya nos dijo el poeta:

Amen lo que nunca veremos dos veces.[1]

Sí. Pero ojalá pudiéramos amar también la Belleza de la que no abreviarán la gloria los pegadores de afiches. ¡Feliz de aquel que avizora a lo lejos, por el camino de su vida, la clara región que nunca ha de dejar atrás!

UNA NUEVA LIGA

El Diablo debe estar cada vez más fastidiado. En nuestra época, todas las formas del Mal son combatidas por Ligas que han fundado los hombres de buena voluntad. Existe una liga internacional contra las ratas que, parece, causan cada año quinientos millones de pérdidas (aproximadamente). Hay una poderosa liga antialcohólica. La liga contra la lujuria en las calles impide además la propagación de la literatura inmoral. Hay quienes se han ligado para simplificar la ortografía; para proteger a los misioneros contra los caníbales; para impedir que las bellas mujeres lleven faldas demasiado cortas y para prohibir que la gente joven se pasee con la cabeza descubierta. Hay ligas contra todos los abusos; y pronto ya no encontraremos hombres que fumen demasiado, gasten demasiado o tengan demasiados hijos. Todas las enfermedades, todos los errores y todos los vicios son combatidos por las ligas modernas; y todos los hombres del presente están dispuestos a ligarse aún más estrechamente contra el mal que causan los otros.

¡Pues bien! Yo digo que el número de las ligas existentes todavía no es suficientemente grande: falta una. Hoy mismo fundo la *Liga de aquellos que no marchan*, la liga de aquellos que se comprometen a no entrar en ninguna otra liga: la liga de aquellos que reclaman que les dejen de "j… la paciencia".

Mi liga será esencialmente benevolente: jamás combatirá a las otras. Pues hay ligas que realizan una noble tarea. Con las cuotas anuales que pagan, rezongando, miles de indiferentes, se construyen útiles sanatorios para los tuberculosos. ¡Líguense,

gentes de bien! Pero cuando, aglomerados de a cientos de millones, hayan logrado constituir una masa humana formidable que no tendrá sino buenas inclinaciones, no crean en la victoria completa de la Virtud.

¡Que haya siempre Individuos, Egoístas que amen la soledad! Juana de Arco estaba sola cuando oyó sus Voces. Beethoven no se dejó ayudar por nadie a componer sus sinfonías. Los grandes pensadores, los grandes artistas y los santos que vertieron en el Alma humana el tesoro de su alma única estaban solos en el momento en que pensaron, o actuaron.

Obreros numerosos, trabajando juntos en una fábrica, hacen mucha más obra que si trabajaran por separado. Pero cuando cientos de hombres se reúnen para pensar, solo consiguen formar un Parlamento, o un congreso. Y cuando, de a cientos de miles, marchan en hileras apretadas bajo las órdenes de un solo jefe, es siempre para ir a matar.

No tengo intenciones de hacer de Juana de Arco, y no es por orgullo que gusto de aislarme. Tan solo sostengo que en lugar de ligarse contra los vicios de los otros y combatir el mal exterior, muchos harían mejor en disminuir el mal que hay en ellos mismos. Opina, señora, que algunos de sus jóvenes contemporáneas llevan vestidos demasiado cortos. Pero en cuanto a usted, ¿no tiene la lengua demasiado larga? Conozco a un liguista que ayer no fue amable con su mujer y que lo fue un poquito demasiado con la de Victor. Y tú, viejo pesado, que todo el tiempo les das lecciones a los pueblos y a los gobiernos, ¿no podrías, ya que quieres hacer el bien, aprender a callarte? ¡Ah, qué cambio habría en el mundo si nos volviéramos lo bastante egoístas para interesarnos más en nuestros propios defectos que en los de nuestros semejantes!

Mi liga tiene su razón de ser. Será útil al recordarles a los hombres de hoy el valor de la soledad y el silencio. De cuando en cuando hay que salir de la multitud para contemplar e intentar comprender. En los sitios retirados y tranquilos donde no llega el ruido de los clamores y de las fanfarrias, quizás oiremos ascender desde el fondo de nuestra alma una voz débil, cada vez más distinta, que alentará un día a Aquellos que esperan.

Queridos lectores, puedo verlo: los he convencido e ingresan en mi Liga. Pero no me envíen sus cuotas, y menos todavía su formulario de adhesión. La verdad de la amistad es compartir un sentimiento. No tendremos ni comité, ni presidente, ni secretario. No tendremos ni reuniones periódicas, ni informes anuales; y jamás haremos marchas.

APRETONES DE MANO

Acabo de pasar con T., el historiador, una hora deliciosa. Me hizo comprender la importancia de fenómenos sociales en los que yo no había pensado; y ahora tengo temas de meditación para largo tiempo. A pesar de eso, cuando pienso en T. me siento descontento, como si me reprochara algo. ¿Qué es? Esto: nos despedimos mal. Nuestro apretón de manos resultó completamente fallido. Mi mano llegó con retraso y él no pudo estrechar más que las puntas de mis dedos más largos. En cuanto a

mi pulgar, inerme, ejerció una torpe presión sobre un hueso sorprendido. Habríamos debido volver a empezar.

Me dirán que hago mal en dejarme turbar por accidentes totalmente desdeñables. ¡Qué quieren! Para mí, los apretones de mano no son todos iguales. Cada uno tiene su propia significación; y si se los analizara se podría elaborar una ciencia que tendría tanta solidez como la grafología.

En el momento de separarnos, yo habría querido decirle a T., sin palabras, mi simpatía y mi regocijo. Al envejecer nos tornamos discretos y tímidos en la expresión de nuestros sentimientos; y al despedirnos de un amigo le encomendamos a nuestra mano que transmita el mensaje de nuestro corazón, que no nos atrevemos a apoyar contra el suyo.

Nos es imposible amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. De ordinario no tenemos, los unos por los otros, más que indiferencia. Pero nuestra sangre está constantemente a una temperatura de unos 36° centígrados; y ponemos poca calidez en nuestros encuentros con nuestros semejantes. La fraternidad superficial que a cada momento aproxima a los seres es preciosa. No podríamos vivir mucho tiempo en una atmósfera glacial. ¡Pues bien! Cuando he conversado cordialmente durante algunos minutos con alguien, yo espero que nuestro gesto de adiós exprese el fugitivo acuerdo de nuestros pensamientos. Juzgo sin benevolencia al doctor Z., cuya mano desconfiada y a medio cerrar me recuerda que es un hombre avaro. Pero evito con idéntico cuidado a mi ex-compañero Oscar, que por demasiado tiempo se ejercitó en el arte de romper nueces apretándolas en la palma de su diestra. Conocí a un viejo campesino que, cada vez que nos despedíamos, posaba en mi mano algo semejante a una cataplasma

tibia que tuviera cuatro dedos y un pulgar, y parecía esperar que yo le dijera: "Ya puede retirarla". Y también me acuerdo de cierto meridional cuyo caluroso *shake-hand* significaba claramente que estaba dispuesto a arrojarse a las llamas por mí. ¿Por qué ese completo sacrificio? Jamás se me habría ocurrido pedírselo.

Demasiado prudentes o demasiado ardientes, torpes o ridículos, los apretones de manos revelan una falta de comodidad o de naturalidad en nuestras relaciones con los otros. Es por razones de orden geométrico, también, que no siempre puede realizarse el encaje perfecto con el que sueño. Por fortuna hay excepciones. Me ocurre encontrarme en la calle con mi viejo amigo Georges. A veces los dos estamos apurados; pero, sin que nos detengamos, se produce entre nuestras manos fraternales un contacto tan perfecto y tan íntimo que la corriente se establece instantáneamente entre nuestros corazones. Y es un momento tan bueno, casi, como cuando mi hija, cansada por el paseo que estamos terminando, me abandona con una confianza absoluta los cuatro dedos y el pulgar de su mano izquierda; de la izquierda, porque necesita el pulgar de su mano derecha para chuparlo.

EL NÚMERO
DE NUESTROS AMIGOS

–Estimado señor, nos ha encantado conocerlo. Nos daría un gran placer, a mi marido y a mí, si viniese a tomar el té, el martes por la tarde, en la Métairie.[2]

–Señora, guardo el mejor de los recuerdos de la conversación que mantuve con usted y con el señor Denis, y le agradezco su extrema amabilidad; pero no voy a ir, el martes próximo, a tomar el té en su casa.

Nuestra charla de ayer me hace suponer que nuestras relaciones podrían volverse amistosas, y muy perdurables. ¡Y bien!, eso es precisamente por lo que no debo exponerme demasiado a verlos nuevamente. Tengo demasiados amigos. Compréndame bien, señora. No les reprocho a mis excelentes amigos el hecho de ocupar un lugar demasiado grande en mi vida. Por el contrario, lamento, y muy sinceramente, tener tan poco tiempo para consagrarles. Mi viejo amigo John, en Baltimore, está esperando desde hace más de un año la respuesta a sus tres últimas cartas. ¡Podría creer que fue "torpedeada" por algún submarino alemán!

El precioso afecto que me tenía mi vieja tía Émilie, dejé estúpidamente que se apagara en su corazón. No iba nunca a visitarla.

Realmente hay demasiadas cosas en nuestra existencia. El trabajo llena la mayor parte de muestra jornada; y no es lo suficientemente maquinal como para dejarnos alguna libertad mental. Y a menudo, después del trabajo, viene una gran fatiga.

Algunas veces, durante seis o siete semanas, el uso de cada uno de mis domingos está fijado de antemano.

¿Y qué hay de mis hijos? Vuelvo a verlos cotidianamente, a la hora de las comidas. ¿Pero qué pasa dentro de ellos? Una vez terminada la comida, los beso y me voy, pues me está esperando algún cliente (o bien me sumerjo en la lectura de mi diario, siempre el mismo). No quiero ser como ese padre que me hizo unas confidencias y que, ocupado durante veinte años, de manera exclusiva, en ganar dinero para sus hijas, terminó por volverse un extraño para ellas.

El mes pasado no encontramos ni una sola velada para ir a ver a nuestros fieles amigos Philippe y Jeanne, con quienes sin embargo tendríamos tanto que decirnos.

Usted sin duda me comprende, querida señora. Al pensar en aquellos que me aman y que yo amo, siento remordimientos. ¿Qué es un amigo en el que no tenemos tiempo de pensar? Usted me dirá que nuestros afectos pueden dormir por largo tiempo, y luego despertarse. Es verdad; pero a veces ocurre también que mueran, si no ponemos cuidado.

Ocupados como estamos terminaremos por perderle completamente el gusto a la intimidad. El otro domingo, me decidí a pasar a ver a mi hermana. Hablé con ella de lo que dicen los diarios; es decir que nuestra conversación fue de las que un peluquero puede mantener con sus clientes. Mi visita fue demasiado corta para que ella me contara su gran pesadumbre. Me la confió al día siguiente, en una carta. Para que los corazones se abran, se necesita tiempo. Si no estuviésemos apurados, tendríamos otras palabras para las personas a las que amamos. ¡Pues bien!, dado que nuestro tiempo es limitado, también debe serlo el número de nuestros afectos.

La encantadora señora Clarette le mostró a mi esposa la elegante libreta en la que ha anotado los nombres de las cuarenta y cuatro personas que son sus verdaderos amigos. Tiene suerte. Si uno de sus amigos llegara a morir, le quedarían cuarenta y tres; y así, la pérdida sufrida no sería muy dolorosa.

Y ella tiene su "día": los lunes. Ese día, de tres a siete, los recibe a todos, en tropel; y a todos se les sirve el mismo té, los mismos pasteles, la misma acogida cordial y las mismas sonrisas.

Yo prefiero degustar amigos *de a uno*, sin apuro. Como puede usted ver, querida señora, no hago de usted una más del montón.

Cuando éramos chicos, nos recomendaban amar a nuestros semejantes. Algunos seres selectos lo consiguen. Pero para eso utilizan un excelente truco: aman a la Humanidad, en bloque, y no se interesan por los individuos.

Este martes iré a verla, querida señora, y seguiremos charlando sobre todo esto.

Suyo, con mucho respeto,

Balthasar

NO ABUSEMOS DE LA REGLA DE TRES

Tienen ustedes la dicha, querida señora, querido señor, de encontrarse en la montaña, rodeados de sus hijos que la escuela les ha devuelto. Como ellos, ustedes están de vacaciones; y por fin pueden interesarse, sin apuro, en las manifestaciones de sus nacientes talentos. Naturalmente, conceden una gran importancia a su educación intelectual. ¡Pues bien!, la próxima vez que llueva, mañana a la mañana por ejemplo, llamen a su pequeña y encantadora Marianne y díganle que van a proponerle dos problemas de aritmética. Ella probablemente les responderá, en tono agrio, que preferiría hacer algo menos "plomo", puesto que ya conoce las finezas de la lengua hablada. Pero insistan, diciéndole que se trata de dos adivinanzas muy fáciles. Son estas:

I. *Tenemos dos esferas de bronce, absolutamente esféricas. La altura de la grande duplica la de la pequeña. La grande pesa 112 kilos. ¿Cuánto pesa la otra?*

II. *Tenemos dos campos de forma cuadrada. La superficie del grande es igual al doble de la del pequeño. La valla con la que este ha sido completamente cercado costó 100 francos. ¿Cuánto costaría una valla, de la misma calidad, que rodeara el otro campo?*

Su pequeña y exquisita Marianne, que recorre sin temor sus catorce años, probablemente les proveerá dos respuestas falsas. Y ustedes aprovecharán para llamar su atención contra el abuso de la Regla de tres. ¡Qué puede hacer, la pobre! Como nosotros,

tiene el espíritu deformado por la insistencia del Pedagogo. Acuérdense de esos obreros que hacían *cuatro veces más* trabajo cuando eran *cuatro veces más* numerosos; y ese café que pagábamos *dos veces menos* caro si pedíamos *dos veces menos* cantidad; y esa pobre costurera que habría ribeteado *seis veces más* pañuelos si hubiese trabajado 18 horas por día en lugar de trabajar solamente 3. Acababa por convertirse en un estribillo obsesionante: "… tres veces más… por lo tanto… tres veces más; cinco veces menos… por lo tanto… cinco veces menos…". Y este razonamiento mecánico se nos figuraba un procedimiento que permitía resolver todos los problemas imaginables.

Ha llegado el momento de protestar, señora; dígale a su joven Marianne que una gallina de veinte años de edad no pone diez veces más huevos que su hermanita de dos. Y usted misma, no vaya a creer que alguien sea dos veces más feliz con un vestido que cuesta 200 francos que con otro que solamente cuesta 100. Usted posee medio millón, señor, y cree que su felicidad se habrá duplicado cuando posea el millón entero. Pero eso no es para nada seguro. Dado que tiene sesenta años, considera la sabiduría de los jóvenes de treinta apenas como media sabiduría. Pero entonces, ¿qué será cuando tenga usted ciento veinte años? Por lo demás, ¿es verdad que demostramos dos veces más amor por nuestra esposa al hacerla madre catorce veces que limitándonos a pedirle siete herederos?

John pesa dos veces lo que pesa Philippe. Si John y Philippe fueran cerdos, un John valdría dos Philippe. Pero Philippe y John son nuestros hermanos en Cristo; y a pesar de la guerra, la ley todavía no nos autoriza a considerarlos como comestibles.

No voy a insistir más, pues ya se me habrá comprendido. Solo en la escuela las horas son todas iguales y un kilo de carne

vale lo mismo que otro. Hay que ser pedagogo para creer que se instruye a un niño dos veces con ocho lecciones al día que si solo recibe cuatro. En el mundo del verdadero trabajo, la calidad a menudo importa más que la cantidad. Y además, hay almas *incomparables*.

He aquí, para terminar, dos Reglas de tres imaginadas por célebres humoristas.

Cuando se acercaba la Exposición universal de 1900, Alphonse Allais, queriendo calcular el número de "entradas" (número que los estadísticos confirmarían en el momento del cierre), hizo este razonamiento:

En la Exposición de 1889, hubo 39.780.422 entradas. En el AÑO UNO habría, evidentemente, 1889 veces menos, lo que es igual a… En el año 1900, habrá 1900 veces más.

Mediante este procedimiento, por lo demás, obtuvo una cifra muy cercana a la cifra exacta. (¡Fíjese usted!)

George Courteline nos ha hablado de cierto cura que, en el momento de salir de su iglesia para ir a cenar en casa de la rica dama de la comarca, vio llegar a una pecadora que traía la más apremiante necesidad de confesarse. No pudo convencerla de posponer la cosa hasta el día siguiente. La desdichada había engañado cinco veces a su marido. Ahora bien, el cura acababa de infligirle a una de sus fieles, que había cometido siete veces ese mismo pecado, la recitación de doce *Pater* y doce *Ave*. Con el ceño fruncido y el espíritu tenso, formuló: "X es a 12 como 5 es a 7… X es a 12 como 5 es a 7…". Pero apurado como estaba, y al no poder salir de aquel difícil cálculo, el cura le dijo a la mujer arrepentida: "Engañarás a tu marido dos veces más. Luego dirás doce *Pater* y doce *Ave*. Y con eso la cuenta quedará saldada".

LAS FIESTAS Y LA ALEGRÍA

Muchas veces me ha sorprendido la impaciencia que manifiesta tanta gente ante la proximidad de una fiesta pública. ¿Qué es toda esa expectativa? Cuando llegue el gran día, si es que no llueve, primero esperarán en la Plaza Mayor la llegada del Cortejo. ¡Ah!, qué espontáneo y sincero es ese movimiento que se produce entre la multitud en cuanto esta distingue el sonido lejano de la fanfarria. ¡Ya viene! Una pobre mujer del pueblo llega enloquecida: de haber salido dos minutos más tarde no habría podido ver el cortejo en toda su longitud. Y es precisamente su Robert quien porta el primer estandarte.

Por la tarde, miles de personas irán al lugar donde se han instalado los carruseles y la carpa, y donde los mercaderes nómadas han desplegado sus baratijas. Chanchos de caucho, que unos chicos mugrientos habrán llenado de aire, dejarán escapar, al desinflarse, un quejido interminable e insincero. Por fortuna hay algunos que explotan y se callan para siempre. También se oirán discursos, que al día siguiente, en los diarios, uno hará bien en no leer. Por último, cada quien se ubicará en alguna mesa. El jamón estará demasiado salado; pero de todos modos habrá que comerlo, ya que ha costado 1 franco con 20. Y a la noche, uno vuelve a casa lleno de mal humor y de malos olores.

De modo que no pocas veces, al pensar en esas fiestas, yo me dije: "Solo los desdichados que no conocen la verdadera alegría pueden saborear periódicamente semejantes placeres". Pues la alegría es algo totalmente diferente. Me gusta representarme a los seres privilegiados que no tienen necesidad de fiestas: la joven madre que le muestra una sonrisa a su hijo;

los enamorados que van en busca de la soledad donde habrán cesado todo cálculo, todo temor y toda previsión; el paseante que camina con el alma ligera a través de los campos, llevando una flor en la mano; y todos aquellos que, al sentir sus propias fuerzas, piensan con confianza en lo que van a hacer.

Estar vivo, ver y oír, sentir en uno la propia fuerza: ¿acaso eso no debería bastar para mantener nuestra alegría?

Pues bien, ¡no basta! Si hubiese reflexionado un poco más, habría contemplado sin asombro ni desdén a esa multitud que cuenta con el placer y con la emoción que le han preparado unos hábiles organizadores. Nos diferenciamos menos de los otros de lo que imaginamos. Yo también he experimentado placer al pasar por calles engalanadas, y me dejo conmover fácilmente por una música que discurre bajo mis ventanas. Y además, esa alegría de la que ya hablé y que debería ser nuestra alegría normal, cotidiana, es una cosa muy rara, porque con una nada basta para destruirla. Una palabra desafortunada, el más leve malentendido pueden estropear de repente la felicidad que acabábamos de alcanzar. Cuando no se siente ningún dolor, ni fatiga alguna, todavía es necesario, para ser feliz, que uno ahuyente su timidez y sus problemas, o sus preocupaciones. En nuestra vida hay millares de horas en las que no sufrimos; pero casi siempre se trata de horas tranquilas, indiferentes; las vivimos sin ardor, sin emoción. Esas alegrías profundas y "naturales", que deberían ascender sin cesar desde el fondo de nuestro ser, son las fiestas excepcionales de mi alma, casi tan raras como las fiestas organizadas por nuestros vigilantes comités patrióticos, y mucho más breves. Nuestra necesidad de lo extraordinario se explica por la mediocridad de nuestra vida ordinaria. ¿Acaso a menudo no experimentamos una levísima decepción al constatar que en nuestro buzón no hay nada? Todos contamos con

lo imprevisto: la felicidad nos podría llegar por correo. En nuestra infancia nos prometieron el Paraíso: lo estamos esperando.

LA SONRISA FATIGOSA

Hace algunas semanas, me rogó un amigo que a las doce menos veinte estuviese en el *Café des Deux-Gares* (donde, me decía, uno puede tomar un excelente *Dézaley 16*). Quería conversar conmigo, antes de tomar el tren de las doce y ocho, sobre los medios para acelerar la emancipación de los pueblos. Acudí puntualmente a la cita. El *Dézaley 16*, que nos sirvió un mozo educado y sonriente, era en efecto muy bueno. Resolvimos, a grandes rasgos, la grave cuestión del Progreso humano, y luego nos despedimos.

El mismo día, a las seis de la tarde, me encontraba en el mismo café, adonde otro amigo (que llamó mi atención sobre el mismo *Dézaley 16*) me había convocado para saber lo que pienso del feminismo y de su futuro. Reconocimos, mi amigo y yo, que entre el hombre y la mujer había una diferencia que ninguna medida legislativa suprimiría jamás; y tomamos otra botellita de trescientos centilitros.

El mozo que nos la trajo era el mismo del mediodía. Seguía sonriendo. Yo lo miraba con simpatía, pensando: "¿Acaso en mi ausencia este pobre desgraciado sonrió continuamente?". Como a mediodía, el café estaba lleno de bebedores. Algunos

de ellos, que no eran servidos lo bastante rápido, golpeaban la mesa con impaciencia.

Se recomienda a los mozos de café ser educados con los clientes. Eso no siempre debe ser fácil. Miren a ese voluminoso señor que está entrando. Es evidente que no se le ocurre pensar que, desde esta mañana, ya otros ochocientos o novecientos de sus semejantes han entrado en este café. No puede olvidarse de que es el notario más importante de la rue du Centre; y se sorprende cuando un desconocido no tiene hacia él, inmediatamente, tanta consideración como se tiene él mismo. Le dejará al mozo cinco centavos de propina; pero para merecer esa propina, este servidor debe acudir a toda prisa tan pronto como se lo llama; debe interesarse con deferencia en el auténtico burgués a quien tiene el honor de servir; y sobre todo, cualesquiera sean sus preocupaciones, no debe mostrar un semblante agrio. Él no puede elegir: debe responder con inalterable amabilidad a los consumidores educados, a los exigentes, a los sombríos, a los maniáticos, a los gimientes, a aquellos que son demasiado confianzudos y también a los que dejan trasuntar en el tono la incurable grosería de su naturaleza.

Consideramos al mozo de café como un ser abstracto, cuya función es traernos sin demora lo que le solicitamos. Pero para él, nosotros queremos ser alguien; y no pensamos en las dos grandes categorías en las que apresuradamente ordena a los innumerables clientes que atraviesan su existencia de alucinado.

Son muchos los seres que, de la mañana a la noche y durante todo el año, deben estar constantemente dispuestos a sonreír. La que se exige de ellos es una actitud de lo más fatigosa. ¡Vaya! Veamos al óptico que, mientras le pedía que le trajese una jarra de cerveza, le pellizcó el codo a la gordita Élisa. Y puesto que ella no mostró el menor regocijo, él le reprocha su mal humor.

A ese imbécil no se le ocurre que entre un 1° de enero y el siguiente, año tras año, el codo de la pobre muchacha es pellizcado siete mil trescientas veces por *gentlemen* que tienen todos ese mismo aire de conquistador.

En cuanto a las dependientas de boutique, no pueden esperar propina alguna. Su amabilidad debe ser desinteresada. La señora Coso ha decidido no volver a pisar la tienda de Black, porque sus dos vendedoras son demasiado "frías". Ninguna alegría se expresa en sus rostros cuando la señora Coso avanza hacia ellas. Y sin embargo, la señora Coso es la mujer del señor Coso; ya saben de quién les hablo: el opulento señor Coso, el que se enriqueció rápidamente vendiendo demasiado caras toda clase de cosas.

Yo reivindico para las dependientas de las boutiques el derecho a no estar sonrientes. La mayoría de ellas seguirán sonriendo de todos modos, ya que, durante estos últimos cien años, poco a poco el animal humano se ha vuelto un ser sociable y, con harta frecuencia, simpático. Pero que la señora Coso entienda esto: la señorita empleada en una tienda a veces puede tener razones para no estar de buen humor. Para una vendedora que, durante horas, ha permanecido de pie y hecho constantes gastos de elocuencia persuasiva al solo fin de enriquecer a sus patrones, no es ni un honor ni un consuelo servir al final de la tarde a la señora Coso, quien como sabemos nunca tiene apuro. Que la señora Coso sonría primero. Ella no está cansada. Y ya que tiene tiempo libre, que se aplique cada mañana, ante su armario de luna, a corregir esa expresión de nueva rica respetable y satisfecha.

PROFESOR DE OPTIMISMO

Si no soy demasiado viejo cuando la guerra termine, haré publicar en los diarios un anuncio redactado en estos términos:

BALTHASAR
Profesor de optimismo
Consultas: los lunes, miércoles y viernes
de 2 a 5 horas.
(Visita a domicilio)

Análisis de dilemas morales
Acuerdos
Acuerdos de familia

El precio de mis consultas será elevado; ya que las preocupaciones monetarias, al disminuir mi optimismo, les quitarían a mis enseñanzas algo de su sinceridad y de su ardor comunicativo. Por otra parte, eso me permitirá ofrecer consultas gratuitas, durante la noche, a los pobres.

Si entre mis clientes hay quienes sufren del hígado o del estómago, los enviaré con mi amigo Georges, ya que no quiero ser castigado por ejercicio ilegal de la medicina. Y encontraré fórmulas educadas para hacer comprender a la gente cuya cabeza o cuya voz me desagrade que harían mejor en acudir a alguna otra persona. (Por ejemplo les diré, sin reírme, que su mirada no ha hecho mover la aguja de mi galvanómetro astral, lo que demostrará la incompatibilidad de nuestros fluidos.) Pues mis

lecciones solo serán eficaces para aquellos a quienes pueda hablar con cordialidad.

Mi proyecto no tiene nada de absurdo. Lo superfluo es enseñar a los hombres el pesimismo: de eso se encarga la vida. Pero muchos de ellos podrían ser más felices si se los advirtiera contra las torpezas y contra las fórmulas deprimentes que han adoptado por esnobismo. Pues hay inconscientes que están contentos sin darse cuenta. Sus palabras son amargas; pero regresan puntualmente a sus pequeños placeres, como si se dijeran, cada día: "En la vida hay cosas buenas". Enumeran las razones por las cuales, lógicamente, deberían estar desanimados; pero en realidad, lo que quieren es ganar dinero. Aguardan con expectativa y gozan de aquello que en el mundo hay de delectable.

Si sigo esperando, es porque solo puedo ser optimista en un local bien calefaccionado. Mi alma necesita calor para poder dilatarse. Y la guerra, además, al perturbar profundamente nuestro espíritu, nos impide ver la existencia tal como *podría* ser. Pero en cuanto haya vuelto la paz, ¿no habrá que ponerse a creer y a construir de nuevo?

Mírenlos: esos que dicen que la guerra ha matado en ellos la alegría de vivir siguen comiendo con apetito. La Gran Infamia nos ha conmovido de manera profunda e indignado sinceramente; pero seguimos aquí. Para proteger a los seres frágiles, la Naturaleza suele ocuparse de adormecer su sensibilidad. La guerra, por otra parte, me permitirá proponer una meta a aquellos de mis clientes que tengan una noble alma de apóstol. El optimismo se opone mucho menos que el pesimismo al generoso sacrificio de sí.

Pero la virtud no es lo único que da valor a la vida. (¡Fraude! ¡hipócrita campeón de la virtud!) Hay en el universo muchas cosas para amar. Puesto que la Escuela no sabe hacer algo mejor

que enseñar a los jóvenes demasiadas matemáticas, demasiada gramática, demasiada historia y demasiada geografía, yo les revelaré todas las simples alegrías que dejan escapar cotidianamente. Les enseñaré la benevolencia, para que su mirada no se detenga por demasiado tiempo sobre las fealdades de los otros. Les aconsejaré que carguen su memoria con bellas ideas e imágenes. De noche, por los caminos, uno está menos solo cuando canturrea alguna cosita o se acuerda de lindos versos:

Una mañana fragante a trémulas corolas,
Todo el jardín cantó bajo el cielo iluminado.[3]

No tendré para todos mis clientes idénticas palabras. Pero seguramente habrá algunos a quienes deberé hacer notar que se han tomado la vida demasiado a lo trágico; y tal vez acabarán por sonreír.

Si dijera todas mis recetas, me birlarían mi idea y pondrían frente a la mía una casa rival. Ahora bien, es enseñando las cosas como uno llega a conocerlas; y me prometo ser, yo mismo, mi alumno más aplicado. Me propongo tomar precauciones para que el bello optimismo de mi lejana infancia –¡que tan bien se ha defendido!– pueda resistir durante algunos años más al ejército de roedores invisibles que una y otra vez retornan a asediarlo.

LA CONFESIÓN DEL PERIODISTA

Lector, hoy quiero decirte la verdad. Anoche vi venir hacia mí, en un sueño, a mis ilustres colegas, los Periodistas, en número de 512.839. Me dijeron: "Te hemos elegido a ti, ínfima lombriz de tierra, porque en los cotidianos más difundidos de Europa te diriges exclusivamente a los lectores dominicales, es decir, a la gente que tiene tiempo para pensar. En tu próximo artículo les dirás *Nuestro Secreto*. No temas: estarás a la altura de tu tarea, ya que nosotros nos ocuparemos de *inspirarte*".

Enseguida oí un ruido formidable: eran esos señores, que se marchaban atravesando el techo de mi habitación.

Así pues, lector, es el *Periodista*, eterno e invariable, el que te va a hablar. Escucha.

"Yo soy aquel que, cada día, le habla a la nación: a los trabajadores del campo y de la fábrica; a las pequeñas modistas; a los burgueses ahorrativos y asustados; a los macacos y a las viejas duquesas maquilladas; a todo el mundo, salvo a unas pocas personas muy inteligentes que no me toman en serio. Ingenuo lector, esas personas tienen razón. Porque trato con holgura todos los asuntos, porque zanjo todas las cuestiones con certeza, porque a menudo me expreso con gravedad, porque tengo a mi disposición la erudición, la lógica, el ingenio y la elocuencia, cotidianamente regresas a mí, con toda confianza, para que te diga lo que debes pensar.

"¡Desdichado! Porque mis discursos tiran cincuenta mil o cien mil ejemplares y se distribuyen por todo el país –simple

cuestión de mecánica y de organización–, sacas la conclusión de que contienen una porción de verdad más grande que tus propias palabras o las de tus amigos. Tengo, es verdad, algunos medios de información de los que tú no dispones; y casi siempre puedes creerme cuando te digo que han atropellado a un perro, que uno de nuestros conciudadanos acaba de ser condecorado y que una mujer fue cortada en treinta y siete pedazos desiguales. Yo no invento esas historias, salvo en casos de gran escasez. Tampoco debes dudar de mi sinceridad cuando te digo, por ejemplo: *Podría llegar a producirse, en el curso del otoño, algún acontecimiento nuevo en el teatro de la guerra.* Tan frecuentemente como a cualquiera, me ocurre tener que sopesar mis palabras. Por otra parte, no tengo intenciones de desacreditar mi profesión. Sé que practico una tarea útil y que tú no podrías prescindir de mis artículos. El hombre moderno tiene necesidad de leer un diario todos los días. Te proporciono temas de conversación para esos momentos en que estás con gente y no tienes nada que decir. Te evito pensar cuando atormentan tu espíritu graves preocupaciones. El ritmo de mi prosa te acuna cuando quieres dormitar un poco, o dormirte del todo. Por último, cuando vas a tomar el tren te procuras dos o tres diarios, y con razón. En esos muchos momentos de tu vida en que no tendrás otra cosa que hacer más que intentar matar el tiempo, siempre podrás contar conmigo. Tenme un poco de gratitud; pero no te hagas una idea absurda de mi papel.

"Ingenuo lector, mi deber es esclarecer a la opinión pública, y no tomarte el pelo. Hoy quiero ponerte en guardia contra tu credulidad. Cuando escribo, mi pluma no está ligada por un hilo especial a la fuente en las que habita la Verdad. Acerca de las graves cuestiones por las que los hombres luchan, ¿por qué habría yo de saber más que los serradores, los hojalateros o los

dentistas? ¡Ah, si me vieras redactar esos artículos de tan alta inspiración moral a los que acudes en busca de una regla de conducta! Enciendo un cigarrillo, tomo mi pluma y barrunto: "¿Qué podría decirles?". Ese minuto es a veces doloroso, dado que hay prisa: la página debe estar lista a las dos de la mañana. Los de mi profesión no tenemos tiempo de pensar antes de escribir. Pero, y he allí nuestro verdadero mérito, los mejores de entre nosotros terminan por adquirir una mano tan admirable en la ejecución de sus trabajitos literarios, que a pesar de todo ejercen sobre el público una acción reconfortante.

"Lector, al igual que tú, yo no soy más que un pobre hombre. Mi profesión me obliga a ser afirmativo, dado que los perezosos innumerables que pueblan el globo quieren que les provea certidumbres. No puedo resumir en cinco líneas lo poco que sé, puesto que estás esperando tus dos columnas. (¿Qué impresión daría si dejara esas dos columnas en blanco?) En fin, a cada rato tengo que volver a abocarme a la escritura, puesto que, más que ninguna otra cosa, lo que se exige de un cotidiano es que salga todos los días. En adelante recuerda estas condiciones en las que practico mi oficio y no me pidas más de lo que me es posible darte.

"Si quieres bellos pensamientos, los encontrarás en los libros que han sido compuestos parsimoniosamente. Si vacilas antes de tomar partido en alguna gran disputa, consulta a tu mujer. Y si vuelve a suceder que, por costumbre, yo te revele el porvenir o te indique la causa por la que debes estar siempre listo a sacrificarlo todo, acuérdate de mi inevitable ignorancia; sonríe, y se indulgente con mi tupé profesional."

EL RECOLECTOR DE PEDAZOS DE FRASES

Cuando en la calle paso al lado de dos personas que conversan, a veces me ocurre prestar oídos a lo que dicen. Lo confieso sin vergüenza.

Y ante todo, aquellos cuyos secretos pueda de ese modo sorprender jamás padecerán mi indiscreción. Si alguna palabra captada al pasar me hace comprender que acabo de cruzarme con un señor que mató a su criada, no voy a ponerme a gritar: "¡Deténganlo!". No tengo el suficiente sentido cívico como para llegar a eso. Y no acudiré a la policía a señalar al culpable. Acaso ese señor obedecía a muy nobles motivos. Y además, me parece que somos *comparativamente* demasiado severos con los criminales "de poca monta".

Por otra parte, soy indiscreto sin ofender a nadie. No aminoro el paso para escuchar mejor. Siempre tengo, mientras escucho, ese aire mohíno del transeúnte que no piensa en nada. Con gran frecuencia, en fin, me sería difícil decir si tal o cual fragmento de frase ha caído en mis oídos porque yo estaba al acecho o porque hablaban en voz demasiado alta.

Si conociese a un rentista a quien su médico hubiese recomendado hacer caminatas frecuentes –pero un rentista al corriente de los métodos de la medicina moderna–, yo le aconsejaría volverse *recolector de pedazos de frases*. Nuestras ideas morales serían muy diferentes si hubiésemos cursado nuestras "humanidades" en la calle. En los libros de los moralistas encontramos tipos *generales*; en la calle encontramos tipos *particulares*. Los mismos novelistas nos muestran personajes cuya conducta se

explica de manera simple y que, a menudo, pueden ser definidos en pocas palabras. Sus héroes más célebres, aquellos que han quedado fijados en nuestra memoria, tienen una facultad clave o una pasión dominante que otorga a su existencia una lógica perfecta. Y además, puesto que el escritor está componiendo una obra "literaria", los seres a quienes hace hablar se expresan con fluidez, cuando no con elegancia.

Ahora bien, todos nosotros, que pasamos por la calle, somos ejemplares de humanidad más o menos fallida. Miren al señor T., que está cruzando la calzada: las irregularidades de su superficie y las anomalías de su mecanismo íntimo nos impiden hacerlo coincidir con el Molde humano preestablecido. Pues hay moldes y moldes.[4]

Pero volvamos a mi rentista. Deberá prepararse para las decepciones. Aquello que el transeúnte se representa perfectamente, no siempre lo enuncia con claridad; y en la mayoría de los casos, las palabras para decirlo no le vienen fácilmente. Si en general no adivino el asunto de la conversación de las personas que pasan junto a mí por la vereda, suele ser porque su locuacidad es lenta y vacilante. Llegan incluso a farfullar. Y para cuando aquel que habla deja escapar la palabra esencial, yo ya me encuentro lejos. De manera que muchas veces mi recolector de pedazos de frases deberá contentarse con retazos como: "Por mi parte, no admito…"; o bien: "Pretendía que le…"; o simplemente: "Yo, en cambio…". Pero si es fisionomista, esos fragmentos demasiado cortos de todos modos tendrán una significación para él.

Deberá proceder metódicamente e interpretar con una prudencia de lo más científica los resultados que haya obtenido. Así, en los barrios pobres, los temas de conversación habituales no son los mismos que en las inmediaciones de los elegantes

tea-rooms. Allí encontramos desdichados que ya ni siquiera intentan impresionar a sus semejantes. Por otra parte, la apurada humanidad que vemos en la calle a las ocho de la mañana difiere de aquella que, a las tres de la tarde, se pasea bajo el amable sol de la libertad.

Y además, puede ocurrir que la mera presencia del observador modifique el fenómeno observado. Vean a esa muchacha encantadora que exhibe tanta alegría porque acaba de encontrarse con su amiga. Ella lo ha visto venir: con su aplicada volubilidad quiere hacerle creer a usted en su vivacidad de espíritu. Y es también para usted, el transeúnte, que ahora articula claramente un vocablo distinguido.

Paciente recolector de pedazos de frases, te envidio. Al cabo de algunos años, poseerás documentos numerosos y concordantes sobre la miseria de los unos y la vanidad de los otros. Y dado que habrás observado a miles de individuos vivos, que tenían *particularidades*, te harás del Hombre una idea menos fantasiosa que la mía. Pues en mi juventud me instruí solo por medio de libros, llenos de abstracciones, y cuyos autores razonaban muy bien.

Ya lo dijo Gœthe en alguna parte: "El hombre habla demasiado, debería dibujar más". Esta máxima me gusta infinitamente. Se la puede traducir en estos términos: "Observemos a muchos seres particulares antes de emitir juicios generales".

SOCIABILIDAD

Siglos de cristianismo y cincuenta años de instrucción laica y obligatoria no han bastado para hacer de nosotros seres sociables. Largo tiempo llevan diciéndonos: "¡Amaos los unos a los otros!". Y la escuela nos ha enseñado, durante miles de horas, a todos las mismas cosas. Eso no impide que el otro día me haya pasado esperando veinticinco minutos en el gélido zaguán de un vendedor de manteca, en compañía de una treintena de personas que se mantuvieron silenciosas hasta el fin. No teníamos nada que decirnos.

Y sin embargo, todos pertenecíamos a la misma variedad humana: éramos todos de ese tipo de seres calmos y obstinados que pueden permanecer mucho tiempo de pie, detrás de una puerta cerrada, para obtener manteca. Es exigir demasiado del hombre pedirle que ame a su prójimo como a sí mismo. Pero ¿no se le habría podido enseñar a acercarse un poquito a los demás, con benevolencia, en los momentos en que su querido "yo" no reclama nada?

La escuela no sabe qué hacer al respecto: ni siquiera logra proporcionar a sus alumnos algún tema de conversación que tenga un interés duradero. Si en una sala de espera usted se propone hablarle a su apático vecino de la "Regla de tres compuesta", o del régimen de concordancia de las palabras *medio*, *mucho* y *demasiado*, sin duda lo recibirá una mirada de desconfianza. La instrucción que se da a todos los hombres no los acerca unos a otros. Se les ha impuesto a todos la misma disciplina; pero no se ha logrado despertar en ellos una curiosidad benevolente; no se ha hecho nacer en ellos la necesidad de com-

prender a los seres de los que viven rodeados. Solo han contraído la costumbre de juzgarlos.

Nos aburríamos mucho, la otra tarde, en ese zaguán helado. De vez en cuando, la puerta de la mantequería se entreabría para dejar salir al comprador burlón que se llevaba, envueltos en papel, su manteca y su queso. Los pacientes mejor ubicados aprovechaban para deslizarse prestamente en el santuario. Luego, la sólida puerta volvía a cerrarse. Durante un minuto tuvimos todos el mismo pensamiento, pero nadie decía nada. Constaté que mis ganas de reírme eran compartidos por una vecina encantadora; pero no me atreví a preguntarle a esa desconocida lo que pensaba de la manteca y de la vida. Y tampoco me atreví a decirle que tenía unas orejas bonitas. Ella habría podido responderme:

–Señor, ¿por quién me toma?

¡Ah!, ¿por qué nos han quitado esa preciosa "naturalidad" que teníamos a los cuatro años de edad? ¡Algunas veces me gustaría tanto saber lo que piensan los desconocidos con los que me encuentro! Querría saber qué sabor tiene para ellos la vida; y no me atrevo a ir a preguntarles. En cambio sí nos ocurre, en algunos casos, decirle a alguien a quien vemos por primera vez:

–¡Qué tiempo magnífico hace!

Por qué no diríamos con la misma simplicidad:

–¡Qué cosa admirable es la vida, no es cierto, señora!

Si hay en dicha señora sentido común y sociabilidad, no tendrá inconveniente en responder. ¡Pero ahí está la cosa!, la dama tal vez sea una imbécil. También puede ocurrir que sea muy inteligente. ¿Pero acaso puede estar segura de que el señor que de repente le dirige la palabra es un hombre bien educado? Siendo bonita, ya debe haber padecido las miraditas de unos cuantos maleantes. Y su extrema reserva es explicable.

Da igual: me gustaría que mis contemporáneos fuesen menos rígidos, menos ariscos, menos desconfiados, más sonrientes. Querría ser abordado, de vez en cuanto, por un desconocido que me preguntara cortésmente, con semblante leal, lo que pienso de la religión, de la literatura o de la guerra, o simplemente del café con leche. Yo le respondería con toda confianza.

"¡Amaos los unos a los otros!" ¡Ah, pues sí! Aprendan primero a sonreír y ya habremos dado un gran paso. Con demasiada frecuencia se cruza uno con rostros que hacen pensar que las almas de muchos de nuestros contemporáneos se mantienen prudentemente cerradas de la mañana a la noche. Y sin duda es porque no hay nada en ellas que las impulse a abrirse.

LOS SALVADORES

Querido señor Balthasar,

Le envío esta carta con la esperanza de que la publique, porque querría que mi protesta encontrara eco en muchos corazones.

Protesto con rabia contra el "valiente ciudadano" que se permitió rescatarme de las aguas el día en que, ya sin ninguna esperanza, me arrojé a ellas.

Hay países donde el legislador califica el suicidio como *crimen*. En otros lugares, se contentan con considerarlo una cobardía. Yo mismo, cuando estaba en el colegio, hice una composición en la que, conforme a las indicaciones de mi amable

maestro, le decía a un joven que se aprestaba a suicidarse: "¿Así que no te queda ninguna buena acción por realizar?". Pero hace más de treinta y cinco años que salí del colegio y ya no veo el porvenir como en aquella época en que recitaba todo lo que quisieran. ¡En una palabra!, hace tres semanas, por razones que me parecieron decisivas, quise irme de una buena vez. Y resulta que un filántropo, no escuchando otra cosa que a su estúpido instinto de perro terranova, decide que debo recomenzar mi vida. Él sabía que yo me quitaba la vida voluntariamente, ya que más tarde me enteré de que mi aspecto le pareció extraño y que me había estado observando. Parece que es un especialista. Sin duda lo habrán felicitado por su bella acción, tan profundamente *moral*. ¿Qué piensa hacer, ese inconsciente? ¿Vio en mí a un enfermo y de ahora en más se esmerará en curarlo?

¿O acaso se dijo: "Le daré a ese negociante en apuros los cien mil francos que ha buscado desesperadamente"? Tal vez estime, además, que no se castiga suficientemente a un criminal que pone fin a sus días. Así que habría llevado a cabo su hermoso gesto para darle a la justicia de los hombres su debida satisfacción. ¡Cretino!

El hecho es este: ese bruto negligente dispuso de una existencia que no le pertenecía. Me ha robado la muerte que yo me merecía.

Sin duda me dirá usted que su crimen no es tan grave como el de un asesino, puesto que es un crimen que se repara fácilmente. ¿Pero acaso eso es seguro? ¿Tendré el coraje de empezar de nuevo? La primera vez vacilé durante mucho tiempo; y para terminar, creí que no me atrevería. Había salido muy temprano a arreglar algunos asuntos que aún tenían importancia para mí. ¡Ah, qué admirable mañana de septiembre! El cielo estaba tan azul, la luz era tan suave que me puse a adorar la vida con

fervor. Dos rufianes parados en la vereda se echaron a reír, porque yo lloraba.

Estar vivo; ver y oír; eso es la felicidad. Cuando culpamos a los desdichados que han cometido suicidio, no nos representamos el heroico esfuerzo que han tenido que realizar. No, no estoy del todo seguro de tener ese mismo coraje otra vez. Y sin embargo, será necesario. Que los moralistas-repescadores sepan que a mi edad uno no se mata por niñerías. Durante varias semanas intenté mirar el futuro con esperanza; pero eso no me duraba. Uno de mis resortes esenciales se había roto.

Al irme yo llevaba a cabo, por añadidura, una buena acción. Mi muerte iba a ser un alivio para una persona a quien involuntariamente hice desdichada. Le escribí: "Nunca más le causaré dolor". Que hubiese una cosa correcta en mi miserable historia era algo que me reconfortaba. Fue eso lo que me permitió emprender el esfuerzo supremo. Y resulta que un patán lleno de civismo me impide mantener mi promesa.

Querido señor Balthasar, usted opina como yo, ¿verdad? Cuando se es incapaz de devolverles la salud y la alegría a los desesperados que quieren morir, hay que dejarlos en paz. Mi acto fue tal vez de los que la moral reprueba. Esa era la última de mis preocupaciones. Las reglas del juego no están hechas para los jugadores que abandonan definitivamente la partida. Que la gente honesta guarde su pequeña dosis de bondad para esos seres jóvenes que únicamente reclaman vivir. Así disminuirán el número de los desdichados que se refugian en la muerte.

Dígaselo de mi parte. Gracias. Y adiós.

A.

UN PACIFISTA

El otro día, cuando fui a llamar a la puerta de mi amigo Paul, la criada me hizo pasar al salón diciéndome que iría a avisar al señor. Quedé alegremente desconcertado al divisar aquellos tres lindos jarrones de bronce posados sobre el mármol de la chimenea. Yo había visto a menudo esos jarrones. Por lo general, mi amigo ponía en ellos algunas flores. Pero esta vez, el primero contenía algunos trozos de brillante antracita; en el segundo había tres papas que debían haber sido limpiadas con cuidado; y el tercero estaba lleno de ese azúcar regular y deslumbrante que Francia nos enviaba durante la guerra.

Paul me llamó desde el fondo del departamento. Para explicarle mis ganas de reír, le conté la farsa que se había permitido su pequeña Marianne.

–No ha sido Marianne –me dijo– la que decoró los tres jarrones. Fui yo.

–¿Fuiste tú? ¡Vaya, amigo mío…!

–Sí, comprendo mejor que antes el sentido de la vida. Estoy reconociendo mis errores. Hemos sido injustos con la papa…

–¿Perdón? Dime si hablas en serio o si te estás divirtiendo, para que ponga la cara adecuada mientras te escucho.

–Nunca he hablado tan en serio. Ya no recito más las lecciones que nos enseñaron los moralistas, y digo lo que pienso, ¡por fin! Te decía que hemos sido injustos con las papas. Las poníamos en el sótano, mientras que durante años, en nuestro salón, se alineaban libros ineptos, con el lomo dorado. Tú conoces el admirable color dorado de algunas papas, cocidas a punto, cuan-

do uno acaba de retirarles su fina camisa gris, tan ajustada. Al comerlas con manteca y sal, ¿no gozamos de la evidente pureza de ese alimento? ¡Pues bien!, la horrible guerra nos privará tal vez de papas. También nos privará, cada vez más, de carbón, de azúcar, de manteca y de muchas otras cosas necesarias. ¿No van a firmar la paz muy pronto, esos señores?

Afligido, le dije a mi amigo:

–¡Asistes a la lucha más gigantesca que jamás se haya emprendido sobre la superficie del globo y piensas en tus papas! Desgraciado, sabrás que en esta guerra está en juego la Libertad del Mundo.

–Nadie tiene el poder de matar, en el corazón humano, el amor por la libertad. Los diarios nos repiten que el efecto de nuestra victoria será establecer el reino de la Justicia entre los hombres. Tal acontecimiento no dejaría de ser novedoso. ¿Pero es eso probable? El problema a resolver es bastante difícil. De lo que estoy mucho más seguro, es de que ya no puedo ofrecer a mi pequeña Marianne muchas tostadas de pan recién horneado espolvoreadas de azúcar, como antes. Cuando no falta la manteca, lo que falta es el azúcar. Y además, ella come sus tostadas con menos apetito, puesto que la Policía quiere que comamos pan duro. La alegría de mi hija ya ha sido menguada…

–Reconozco que los hombres de Estado de Inglaterra, Francia y Estados Unidos que quieren hacer que la guerra dure hasta la victoria completa ignoran de una manera un poco demasiado absoluta las tostadas de la pequeña Marianne. Pero ¿acaso tú mismo piensas en esos millones de hombres que se hacen matar defendiendo a su país?

–Sí, esa matanza es horrible. Razón de más para desear que termine. Sé muy bien que, en las circunstancias trágicas en las

que se encuentra la humanidad, yo debería tener, como todo el mundo, un alma heroica. Pero me es imposible hacerlo cuando tengo hambre. Algunos días, debido a la carestía de los víveres, es demasiado poco lo que como. En esos días, tengo una idea fija: comer, beber. Este invierno, si debo padecer frío, voy a desanimarme mucho. Hay que amar el carbón que nos transmite su alma ardiente. Y también hay que amar las papas, la carne, el pan, la manteca, la leche, el azúcar que mantienen la vida en nuestro ser y que renuevan nuestras fuerzas. Pretenden que solamente la virtud da valor a la vida. Y sin embargo es algo, también, estar vivo, con buena salud, poder contemplar los árboles, el cielo y el rostro luminoso de nuestros hijos.

Yo digo que hay que comer lo bastante para poder, después, pensar en otra cosa. Cuando haya regresado la paz y el precio de la carne haya disminuido, yo volveré a tener, como antes, sentimientos desinteresados. Sobre la balsa de la "Medusa", cada uno pensaba solamente en sí mismo. ¡Vivan las papas! ¡Viva el azúcar! ¡Viva la Paz!

La criada hizo pasar al médico de Paul.

–Sabe usted –me dijo–, su amigo está bulímico.

Y yo añadí:

–Me temo que esté incluso *delirémico*.

MIQUETTE

Cuando apenas tenía dieciséis meses, Miquette ya sabía generalizar. En esa época, la criada que se ocupaba de ella era una joven bernesa que disponía de un vocabulario francés muy pobre. Para hacer hablar a la niña, esa buena muchacha a veces le decía, señalándome: "*Papa*". Y cuando yo no estaba, se lo hacía constatar a la niña articulando estas dos simples palabras: "*Pas papa*". Así, mi presencia se traducía por la sílaba "*pa*" pronunciada dos veces. Esta misma sílaba, pronunciada tres veces, significaba mi ausencia. Miquette entendió. Todos los días usaba las palabras *maman* (mamá), *lait-lait* (leche-leche), *coco* (caballo), y otras dos o tres por el estilo. Ahora bien, una vez vaciado su biberón, o cuando su mamá acababa de irse, o bien, incluso, cuando el caballo al que miraba por la ventana desaparecía al dar vuelta en la esquina, ella aplicaba, para expresar su contrariedad, la regla que rige los casos en los que la cosa de la que se habla es invisible. Entonces decía, melancólicamente: *lait-lait-lait*, o *ma-ma-ma*, o *co-co-co*.

Anoté en un cuaderno algunas de las palabras que Miquette dijo durante su quinto y su sexto año de vida. Las reflexiones de estos pequeñitos tienen, en suma, tanto sabor como las nuestras.

Un día yo le estaba contando una historia en la que un buitre amenaza a un hombre con comerle el corazón. Ella me interrumpe: "¿Sus dos corazones?". Y con un gesto explicativo toca los dos lados de su pecho. Yo: "Sí, los dos". Ella inmediatamente añade: "Los míos son muy pequeños".

*

La acaban de regañar. En tono afligido, ella exclama: "Yo creo que mis ojos y mi panza van a estallar porque son demasiado malos conmigo".

*

Miquette le promete a su mamá que se va a portar bien. Pero agrega:

–Aunque, tú entiendes que no puedo portarme bien *siempre*.

–¿Por qué?

–No sé, pero no puedo.

(Es como nosotros.)

*

Le hablé de los inmensos transatlánticos.

–¿Los hacen muy grandes para que lleguen más rápido?

–¿Cómo?

–Sí, tú me entiendes, cuando los acaban de poner en el agua, ya la punta está muy lejos.

*

Su mamá acaba de cantar: *Hace mucho tiempo que mi corazón ama…*

–Mamá, ¿es el corazón el que ama?

–Sí, es el corazón.*

* Uno responde lo que puede [N. de A.].

–¡Ah! … Yo creía que era por lo menos la cara.

*

La niña estornudó. Todavía no sabe dirigir hábilmente esa fuerza explosiva de la que su nariz es asiento y que ella no comprende. Su madre le da un buen consejo para la próxima vez. Miquette, que encuentra que la vida es de lo más complicada, dice con resignación: "¡Bueno! ahora habrá que tomar lecciones de estornudaje!".

*

–Papá, cuando me regalan una cosa, me parece linda. Y después… después… ¡bueno! … me parece menos linda.

–¿De veras? ¿El paraguas que te regaló la tía Marguerite te parece menos lindo que el primer día?

–Ahora me parece pesado.

*

Fue a dar un paseo por el bosque. Cuando volvió se fue a lavar las manos; y para hacerme entender que eso es necesario, me tiende su pulgar, diciéndome: "Pruébalo: tiene gusto a hojas… Ya sabes: ese gusto feo que tiene cuando uno tocó las hojas".

Es que Miquette todavía no perdió la costumbre de chuparse el pulgar. Su pulgar le enseña cosas que los adultos ignoran. En particular, cuando le recomienda a su mamá que no compre cierto jabón de tocador envuelto en papel rojo, es porque tiene sus razones.

*

Su mamá está ocupada poniendo flores en unos jarrones.

–Mira, mamá: estas se secaron.

Y contenta de haber podido pronunciar correctamente esa palabra difícil: "secaron", añade:

–¿Oíste, mamá, qué bien que lo dije?

–No, no te oí. ¿Cómo dijiste?

Miquette vuelve a empezar: "Estas flores se *sesaron*…; no, estas flores se *secharon*…". Y furiosa: "Ahora ya no puedo. ¿Por qué no escuchaste cuando lo dije?".

*

Pese a mis exhortaciones, Miquette no se decide a tomar su leche.

–¡Oh, Miquette! ¿No quieres darme el gusto?

–Pero sí, papi. Solo que esto es lo que no pega: yo no tengo ganas de tomarla. ¿Entonces qué hacer?

Y añade:

–¿No es cierto que no pega?

(¡Ay! ¡cuántas cosas hay, en nosotros, "que no pegan"!)

*

La justicia de los padres.

Escribo una carta en el comedor. Habiendo terminado la cuarta página, me levanto para ir a buscar una tercera hoja de papel. Miquette aprovecha para treparse a mi silla; y cuando vuelvo me dice: "Papá, te dejo mi lugar". Apurado y un poco molesto le respondo: "No, Miquette, no quiero que te apropies

de mi lugar. Baja, Miquette… Miquette, me voy a enojar…". Entonces, con los ojos llenos de lágrimas, la niña me hace esta objeción: "La otra vez no te enojaste. Solamente dijiste: Pero, pero, pero, pero… ¿quién se apropió de mi silla?". Y reproduciendo esas palabras, imita la gruesa voz de cuco que puse un día, en idénticas circunstancias.

*

Encontró el tapón de una botella de champán. La divierte ese hombrecito de corcho, con el talle muy ajustado:

–Mira, papá, no tiene piernas.

–Efectivamente, es un culo de cuenco.[5]

–Y podrías decir, papá, que también es un culo de brazos.

*

Es de mañana. Miquette está de pie sobre su cama. Se está vistiendo. El espectáculo de sus modestos trapos la hace reflexionar; y de pronto le grita a su papá, que se pasea por el pasillo: "Papá, ¿las reinas usan pantalones abiertos, o cerrados?". El padre, que es un hombre instruido, no vacila. Responde: "Cerrados".

*

Miquette juega con su mamá a las "señoras". Conversación en el salón.

Su madre:

–¿Tiene hijos, señora?

Miquette:

–Sí, señora: acabo de tener cuatro gemelos.

–¿Y los alimenta usted misma?

–Sí, señora.

–Pero, señora, ¿Cómo los puede alimentar, si solo tiene dos "pechos"?

–¡Bueno, señora! Yo alimento a dos y mi hermana, al mismo tiempo, alimenta a los otros dos.

*

Me pidió que le dibujara algo. Dibujé a un pobre viejo, encorvado, harapiento y miserable. Está de perfil y solo se ve su pierna izquierda. Ella lo contempla y dice: "hazle su otra pierna, para que no sea todavía más pobre".

*

–Papá, cuando no truena, ¿adónde está, el trueno?… Y cuando no hay relámpagos, ¿adónde están, los relámpagos?… Y además, dime una cosa: cuando toda la gente se haya muerto, ¿seguirá habiendo días? ¡A ver! … ¿Ya no sabes hablar, acaso?

(En el bachillerato nos daban diez minutos para reflexionar.)

*

Miquette conversa con una amiga de su hermana mayor. Contenta de mostrar su saber recién adquirido, le dice: "Sabes, yo ya sé que moriré".

*

Miquette está en la cama. De postre tuvo unas cerezas admirables; y su maravilla aún continúa. Yo estoy trabajando en la habitación de al lado. La puerta está abierta. Silencio. "Papá, cuando yo esté muerta, ¿seguirá habiendo cerezas?" Pasan tres segundos. "Sí, querida, seguirá habiendo." Un frágil silencio vuelve a llenar el departamento. Padre e hija piensan que querrían no morir jamás.

NUESTROS HIJOS

Hace poco pasé una velada con un padre de familia que me habló de las desalentadoras dificultades con las que se topa cuando intenta cumplir con su tarea de educador.

"Veo muy claramente, me dijo, lo que habría que hacer para corregir a mi hijo o mi hija cuando están adoptando una mala costumbre. Para eso, simplemente debería tener paciencia y firmeza. Pero eso es precisamente lo difícil. Trabajo mucho; y de noche, cuando vuelvo, estoy cansado. Si estuviese menos cansado, ayudaría al varón, que es un escolar perezoso y no se interesa por los brillantes estudios que le hacemos cursar. Hubo un tiempo en que yo le servía de entrenador cuando él preparaba historia, literatura o matemáticas. Eso duró tres semanas y aquella forma de colaboración hacía de nosotros buenos amigos. Asuntos urgentes –¿pero eran tan urgentes?– me impidieron, durante

algunos días, continuar haciéndolo. Volvimos a empezar una o dos veces, pero me faltó perseverancia. Y además, habría que ser menos egoísta. A veces prefiero sumergirme en una lectura interesante en lugar de ocuparme de mis hijos. Cuando uno se convierte en padre sigue siendo –¿no le parece?– el mismo individuo que era antes.

"A menudo les doy un mal ejemplo, también. Cansado e irritable, me enojo con mi hijo que se muerde las uñas, a pesar de mis buenos consejos. Mis iras duran poco, pero son frecuentes; y resulta que mi nena es tan colérica como yo. Se lo he llegado a reprochar acaloradamente. Algunas veces tengo miedo: temo que mis regaños se vuelvan una 'costumbre'. Hay muchas familias en las que todos se hablan en un tono desagradable que se ha ido convirtiendo, insensiblemente, en el tono *natural*.

"Lo que en algunos casos me impide ser severo con mis hijos es su evidente irresponsabilidad. Yo reconozco en ellos mi propia naturaleza. Al venir al mundo ya se parecían un poco a mí y estaban condenados a cometer algunas de las faltas que yo he cometido. Así, mi hijita espera siempre con una impaciencia dolorosa, que puede tornarla insoportable, las alegrías que uno le ha prometido. A ella le parece que si no se satisface su deseo de inmediato, ya no le será posible vivir. Y yo, que he conocido las decepciones que ella conocerá, a su vez, pero que no puedo decirle nada, la tomo entre mis brazos y lo único que siento por ella es piedad. ¡Ah, la raza humana se extinguiría muy pronto si el individuo solo obedeciera a instintos *ciegos*!

"De manera que me enternece y me desarma que mis hijos se parezcan demasiado a mí. Pero también tengo escrúpulos paralizantes cuando se me parecen demasiado poco. Usted me dirá que todo joven deben aprender a amar

el Bien y a detestar el Mal, y que hay que cultivar en ellos ciertas virtudes que poseen un valor moral incontestable. Sin duda. ¿Pero cuáles son las virtudes que hay que colocar por encima de todas las demás? Pues en materia de moral, como en materia de cocina, nuestros *gustos* difieren. Hay Modelos diversos. Por ejemplo, yo prefiero a un hombre sincero, inteligente, sociable y sonriente por sobre un individuo voluntarista, duro y enérgico. ¿Pero tengo razón? Detesto la crueldad. Hay formas de habilidad que me dan asco, porque se parecen demasiado a la astucia. Ahora bien, esa habilidad que me disgusta, para ciertos negociantes y para muchos políticos, será una cualidad necesaria. En fin, si a tantas muchachas modernas les reprocho el ser tan prudentes y calculadoras, el tener tan poca sensibilidad y tan poca espontaneidad, ¿no es porque me privan de un espectáculo lleno de gracia? El juicio moral que tengo sobre ellas carece de toda solidez. En definitiva, muchos seres humanos lucharían con menos éxito contra las dificultades de la vida si tuvieran las virtudes 'de lujo' que yo querría encontrar en ellos. Y por eso a veces me digo: ¡Mejor así!, cuando constato que mis hijos no se adecuan a mi 'ideal'.

"Un hijo, cuando todavía es chico, ya tiene una personalidad original; y sus padres deberían prepararse, muy pronto, para juzgar sin malicia al extranjero que descubrirán en él. No tengo la tranquilidad de esos educadores que cuentan siempre con una Regla moral sólida bajo la cual se esfuerzan por plegar la errada naturaleza de sus estudiantes. Cuando yo vea a mi hijo y a mi hija alejarse de mí, sentiré tristeza por eso, pero no podré reprocharles su desobediencia y su ingratitud."

Tranquilicé lo mejor que pude a este padre escrupuloso e indeciso. Un día le explicaré que la mediocridad del régimen educativo al que han sido sometidos todos los niños no impide que la humanidad "progrese" y que la vida continúe.

UN DIARIO NECESARIO

Si en lugar de continuar siendo Balthasar-el-simple, mañana por la mañana fuera yo el señor que se ha enriquecido rápidamente fabricando municiones o entregando los quesos de su patria al extranjero, comenzaría, ni falta hace decirlo, por ser bueno con los pobres. Después, habiéndoles asegurado un flujo hebdomadario y sistemático a mis liberalidades, iría a decirle a mi fiel Mélanie que mejore, en adelante, mi menú de cada día. Al hacerlo, nuevamente dejaría ver entre mis preocupaciones una pizca de altruismo, puesto que mi humor depende esencialmente de la calidad de mis comidas. A continuación, no tendré más que una única preocupación: ser elegante.

Tal es la difícil pregunta que el Advenedizo se plantea inmediatamente: "¿Qué debo hacer para adquirir la verdadera elegancia?". Los métodos que suele emplear para resolver este problema son conocidos: se compra un automóvil; se hace vestir por el mejor sastre de la ciudad; organiza fiestas de caridad y consigue ser recibido en casa del señor barón del Carbón y en casa de la señora baronesa del Aluminio. Yo haría lo mismo, porque cada clase social impone a sus miembros sus exigencias

específicas, que les es difícil evitar. Pero no me contentaría con eso. He reflexionado sobre la cuestión, ya que nunca sabemos lo que puede suceder. Siempre son los tiempos idos los que nos proporcionan modelos de auténtica elegancia. Así que busqué en el pasado, y encontré. Es a los grandes señores del mundo romano antiguo a los que yo querría parecerme. Esa gente realmente tenía estilo. Por lo demás, no deseo retener, de su prestigiosa historia, más que un aspecto. Todos los años, en Roma, bajo el reinado de los Antoninos,* tres días de fiesta durante los cuales los esclavos tenían derecho a decir a sus amos las más duras verdades. ¿Se atrevían a decirlo todo, o bien, previendo la llegada del cuarto día, suavizaban la expresión de sus legítimos sentimientos? ¡Qué importa!

Quiero dar a esa costumbre la significación que se me da la gana; y sé lo que haría yo mañana por la mañana si me hubiese convertido repentinamente en el Rico esplendoroso: les daría una Voz a los Descontentos, para que griten; fundaría un periódico ilustrado en el que unos artistas en libertad aporrearían con entusiasmo al eterno Patán; les remitiría cien mil francos a los administradores de *L'Arbalète*,[6] cuya publicación ha tenido que ser discontinuada, para que ese valiente diario satírico vuelva a aparecer.

Mi tía Ursule, que desde hace treinta años no lee otra cosa que el *Diario de los puros*, y mi tío Firmin, que cree que el diario de su partido lo dice todo, juzgarán mi idea con severidad. Ese es problema de ellos. En cuanto a mí, enriquecido gracias a los quesos o los obuses, confusamente sentiría que mis méritos han sido recompensados de modo exagerado; y soportaría sin indignación los sarcasmos del Pobre. ¿No sería demasiado grande la

* Tal vez no fueran los Antoninos, pero eso no tiene ninguna importancia (N. de A.).

desigualdad entre los hombres si aquellos que pueden ofrecerse todos los frutos de la tierra pudieran gozar, además, de un respeto universal? La Naturaleza, siempre previsora, les da por lo general un vientre en forma de diana para atraer la atención de los francotiradores de la Crítica social.

Millonarios de la guerra, tengan un bello gesto: funden para nosotros *L'Arbalète nouvelle*. Pueden contar con nuestra ingratitud; dispararemos sin pausa, con esta "nueva ballesta", contra todos aquellos que amenazan con convertirse en los amos de los hombres.

Acaso todo lo que la humanidad logra realizar sea inevitablemente mediocre; y nosotros sabremos sonreír mientras luchemos por las viejas quimeras de nuestra raza. Pero es preciso que el individuo no pierda la consciencia de su imperfección. Puesto que existen numerosos diarios cuya función es conservar la ilusoria democracia a la que tan bien se adecuan los astutos, es necesario que exista uno que formule las absurdas e indestructibles aspiraciones del alma humana. Necesitamos un diario libre y alegre que abuchee incansablemente a los Pretenciosos, a los Poderosos y a los Satisfechos en nombre de la sinceridad y de la imposible Justicia.

DETENTE CORDIAL

Lector, te voy a dar un buen consejo. Me atrevo a tomarme esa libertad, pues no tengo por qué temerle a tu legítima irritación: no estaré allí cuando recibas esta esquela.

Lector, puesto que la falta de combustible obliga a tu patrón a cerrar durante algunos días la Oficina a la que regresas cada mañana, aprovecha estas vacaciones para meditar un poco sobre tu vida.

Mañana, a la hora en que habitualmente te inclinas sobre tus registros, estarás en casa. Recobrada demasiado bruscamente tu libertad, te sentirás un poco desorientado; ya que desde hace mucho tiempo tu oficio ordena tus semanas. A las once saldrás, comprarás cigarrillos e irás a tomar un vermú para probarte a ti mismo que estás de vacaciones. Pero antes, mira a tu mujer y a tu hijo. Sus rostros te harán acordar de algunas excelentes intenciones que has tenido y que estás olvidando.

Por lo general, estás apurado. El miércoles, estabas tan apurado en el momento de salir que apenas si tuviste tiempo de darle a tu pequeño Marcel, que no te obedecía con la suficiente rapidez, una bofetada. Iba a obedecerte, pero estaba menos apurado que tú.

Anoche, después de cenar, te dirigiste tan precipitadamente hacia la puerta que te chocaste con un canasto, posado en medio del corredor. Y le respondiste malhumoradamente a tu esposa, que tenía razones para excusar a la criada. ¿Adónde ibas, corriendo? ¿Temías llegar tarde al Comité, o te ibas a cantar con tus amigos del *Coro de hombres*?

Muy a menudo estás apurado, y eso te vuelve irritable. ¿Qué es lo que sales a buscar en el desierto de la vida? Quédate más bien, cuando puedes, en el oasis adonde vienes cada noche a reposar y en el que podrías refrescar tu corazón. Mañana a la mañana, juega con tu hijo; esa fiesta imprevista lo maravillará. Sé su amigo por todo el tiempo que puedas. Si estás siempre distraído, siempre preocupado, muy pronto se alejará de ti sin que te des cuenta.

Y piensa también en aquella que sufrirá por todas tus ausencias y a la que amenazan los mismos peligros que a ti.

No eres el más egoísta de los hombres. A veces, son citas de negocios a las que corres. Querrías ganar más dinero para los tuyos. Pero pregúntate si no cometes un error de cálculo. Si comieras sin apuro, si tuvieras la boca menos seca, podrías ponerle a tu pan menos manteca. Si pudieras detenerte y ya no dejarte tentar por cosas lejanas; si durante una hora pudieras interesarte únicamente en los seres que están siempre a tu lado, acaso reconocerías que no hay nada mejor que las cosas ordinarias de la vida.

Estar vivo; ver en primavera a través del follaje el cielo luminoso: ¡qué prodigioso milagro!

Lector, es a mí mismo, es a todos nosotros a quienes aconsejo. El hombre moderno ha inventado ingeniosas máquinas de hacer ruido; y demasiado bien oímos todos los llamados que atraviesan el espacio. En todas partes se piden colaboradores para obras interesantes, para nobles utopías, para tareas urgentes. Pero la potencia de nuestro corazón no se ha incrementado, y ni siquiera el individuo más enérgico tiene veinticuatro horas por día para actuar.

No pongamos demasiadas cosas en nuestra vida. Intentemos dejar de estar apurados. Dejemos que nuestros nervios se dis-

tiendan. Nuestra agitación nos impide ver claro en nosotros mismos. Detengámonos; y tal vez veremos formarse, en el fondo de nuestro pensamiento, que se habrá vuelto nuevamente límpido, la imagen de aquello que hay que amar.

EL *DESBOCHAJE* DE LA HUMANIDAD

En uno de mis sueños más recientes me encontré frente a un gran cuadrúpedo, mitad vaca mitad oveja, cuyos ojos eran inteligentes y dulces. Era llevado con una correa por un gendarme que me lo presentó diciendo: "¡Es la Humanidad!". Miré al animal con simpatía. A menudo había oído hablar del formidable trabajo que realiza cada día y de la obsequiosidad con la que se deja esquilar. Me dijo su guardián: "Cuando se enoja, es terrible". Yo le respondí: "Entonces hay que hacer todo lo posible para que no se enoje". Mientras me iba, apliqué sobre la grupa de la Humanidad tres amigables palmadas, murmurando: "¡Anda, buena bestia!".

Ahora ya no sueño. Pero si tuviese la ocasión, aplicaría otras tantas bofetadas fraternales sobre la grupa de la bestia gorda y buena. A pesar del barniz que debe a siglos de civilización, el hombre moderno se parece, acaso más profundamente de lo que yo creo, a la bestia humana de los tiempos primitivos. Pero no bastará con demostrarme que los seres de mi raza están condenados a no apartarse mucho del tipo original para que me

vuelva misántropo. Los humanos han hecho nobles esfuerzos por refrenar en sí mismos los instintos brutales y para comportarse en sociedad. Yo diría incluso que me caerían mejor si hablaran con menos desprecio de la Familia animal de la que descienden.

Es otro el punto sobre el que quiero insistir. El barón de Villeneuve, quien (ha de darse crédito a sus Memorias) se comportó, sobre la balsa de la Medusa, como el más grosero de los caníbales, más tarde se haría notar, en las aristocráticas casas a las que acudía para la cena, por la exquisita distinción de sus maneras. Pues el fondo de la naturaleza humana, por inmutable que se lo pretenda, no se manifiesta en todas las circunstancias de la misma manera. En particular, comidas regulares, substanciosas y deleitables harían mucho por suavizar las costumbres.

La violenta sacudida de la guerra ha hecho que se alzara desde el fondo del alma humana un espantoso barro que se estaba solidificando lentamente: el barro original. Ya se lo dije un día a mis contemporáneos: no hay que agitar demasiado al hombre antes de servirse de él.

Cuando los monarcas y los demagogos quieren utilizar el coraje de esos oscuros seres que componen el pueblo, les dicen: "Son unos héroes". Pero, cuando están a solas entre ellos, a esos astutos no les da vergüenza declarar que la crédula multitud se compone de brutos. Yo, que no soy político, querría poder gritarles a todos los humildes de la tierra, reunidos alrededor de mi tribuna: "No son brutos. Y sobre todo, no son héroes. Son pobres humanos, obligados a trabajar mucho para no morirse de hambre. Tienen unas almas pequeñas, un coraje mediocre y una inteligencia perezosa. Pero en general, no son malos; y han realizado grandes progresos, ya, en el aprendizaje de la sociabilidad. No se hagan una idea exagerada de su poder y de sus

derechos; renuncien a la práctica de las grandes virtudes que los charlatanes les enseñan y que no están hechas para ustedes".

Yo digo que se habrá realizado un inmenso progreso moral cuando los hombres hayan renunciado para siempre a ser héroes. (¿Qué van a decir Etienne y Ferdinand, héroes de escritorio?) Las multitudes solo saben ser heroicas a la manera de los animales. Para servir a la Idea, no conocen sino un medio: la gran matanza. Habría que dejarles el heroísmo a unos pocos individuos de cualidad superior, capaces de sacrificarse sin disponer de la vida de los otros. ¡Qué agradable podría ser la vida si todos los hombres poseyeran solamente algunas virtudes de segundo orden, si todos fuesen educados, sociables, leales y tolerantes!

En 1914, los "*boches*" quisieron añadir algo más a la grandeza de su patria. Pero como se agruparon en inmensas manadas detrás de un pastor que era una "Idea", volvieron a convertirse en bestias. Destruyeron millones de corazones y de cerebros en los que había ideas demasiado bellas. Todo el barro de la tierra fue removido; y ahora, se necesitarán algunos siglos más para que el alma humana se clarifique.

Hay demasiadas mentiras en la educación que se imparte a los hombres. Dado que sus existencias se componen de pequeñas cosas, no hay que exaltarlos con palabras demasiado grandes. Esas grandes palabras, que no tienen el poder de ennoblecer su naturaleza, fomentan su orgullo estúpido y maligno.

Anhelo que los misioneros del porvenir trabajen con perseverancia y coraje en el *desbochaje* de la humanidad. Pues hay "*boches*" en todas partes. En todas partes hay pueblos que invocan sus "derechos históricos" para despojar a sus vecinos. En todas partes hay individuos listos a matar a sus semejantes en nombre de la Idea.

Hombres, mis hermanos, acordémonos de nuestro ancestro, el animal; y no repitamos ciertos gestos hereditarios. Tratemos de vencer a la bestia que hay en nosotros. Ese sería el verdadero heroísmo. Sepamos reconocer lo que hay de incierto y de incompleto en nuestras verdades. Ninguna causa, ninguna idea, ninguna religión amerita que destruyamos, por ella, los corazones y los cerebros humanos.

EL ESCÁNDALO DE LOS TRANVÍAS DE LAUSANA

¿Debo decirlo? Por mucho tiempo me planteé esta angustiante pregunta. Pero ayer, a las siete de la mañana, mi Consciencia me dijo: "¡Sal de la cama; levántate; vístete; camina y habla!". Así que les contaré todo.

Desde hace algunos meses, yo ya tenía algunas sospechas… muy vagas. De vez en cuando oía declarar, con aire malicioso, a esas personas "que no se dejan engañar": "¡Yo jamás tomo el tranvía!". No queriendo dar la imagen de no entender, yo sonreía y no les pedía explicación alguna. Pero el otro día lo comprendí todo. Ustedes saben que en lo alto de cada uno de los coches de la Sociedad de Tranvías de Lausana hay una placa metálica que lleva escrito un grueso número: es un 1, o un 3, o bien un 6, u otra cifra. Algunas personas toman regularmente el 1; otras prefieren el 3 o el 10: simple cuestión de costumbre. Por lo demás, verán que no hay, entre esos números diversos, tanta diferencia

como uno imagina. El 2 de febrero, encontrándome parado delante del kiosco de los tranvías, por azar levanté la cabeza y pude leer lo que estaba escrito en el reverso de una de esas placas metálicas que, sobre su otra cara (la más visible), llevaba la cifra 6. Leí estas inquietantes palabras: *Regresa a depósito*. Entonces se me hizo evidente la horrible verdad. Esos números, 1, 2, 3… tan solo sirven para engañar a los extranjeros y a los ingenuos. En realidad, todos los coches conducen al Depósito a los desdichados pasajeros, a quienes no se les ocurre aprovechar las *Paradas* cuya real utilidad consiste en que tranquilizan al público. Lo afirmo con energía: muchas veces he visto subir a un tranvía a personas con quienes desde entonces no he vuelto a cruzarme nunca más. ¿Qué se hizo de aquel coronel peruano que pisaba tierra extranjera con aire tan marcial? ¿Qué se hizo de esa pobre dama esférica, elástica y epiléptica que los curiosos compadecían? ¿Qué se hizo de mi primo Firmin, de mi tía Ursule y de tantos otros? ¿Adónde fueron a parar las nieves del tiempo? *Están en el Depósito*.

Así que yo había descubierto el horrible secreto. Pero, por haber estudiado durante largo tiempo las ciencias exactas, me he vuelto escrupuloso, metódico y leal. Antes de acusar a la S.T.L., quise tener una *prueba* del *Crimen*. El 3 de febrero, entonces, puse en los bolsillos de mi sobretodo tres salchichas, dos manzanas, 225 gramos de pan, una botellita de *fendant* y mi browning; y me fui a tomar el tranvía en Ouchy. Eran las tres de la tarde. Observé atentamente al guarda cada vez que entraba en el coche; y me pareció que mi insistencia lo perturbaba. Cuando llegamos a La Pontaise, se bajaron los últimos pasajeros. Como no quería hacer lo mismo que ellos, pagué un boleto para Ouchy. Eso pareció sorprender al guarda que se fue a conversar en voz baja con el wattman.[7] Llegados a Ouchy, no me levanté. Con tono

burlón, el hombre siniestro vino a preguntarme si quería un boleto para La Pontaise. Le respondí fríamente: "Sí, señor". Después del tercer viaje me comí una salchicha con pan. Estaba decidido a llegar hasta el final. Los conciliábulos entre los dos cómplices se volvían frecuentes. Mientras conversaban, me miraban por el rabillo del ojo. Evidentemente, la presencia de este testigo obstinado los incomodaba. ¿Qué se decían? Lo ignoro. Pero por prudencia continuaron yendo y viniendo entre Ouchy y La Pontaise hasta las diez de la noche. En ese momento llegamos de nuevo a Ouchy. Ya no me quedaba nada de comer, pero mi resolución era inquebrantable (es lo que yo aún creía). Subimos otra vez. Yo era el único en el coche; y como la puerta de adelante había quedado abierta, oí que el guarda decía alegremente, en el tono de un hombre seguro de salirse con la suya: "Y ahora, ¡vamos!". No soy un gallina. Más de una vez me he metido, sin armas y con la sonrisa en los labios, en la jaula de las fieras donde rugían espantosamente indomables leones. Pero debo confesarlo: esa noche, a bordo de mi tranvía, tuve miedo. Comprendía que los dos cómplices habían decidido no ascender nuevamente hasta La Pontaise. No me atreví a proseguir mi pesquisa hasta el final. Con una voz que intentó sonar firme, le dije al hombre que regresaba a la parte de atrás: "Tengan la bondad de aminorar: quiero bajar". Sin la menor vacilación, el desconcertante bandido tiró de la correa que transmite las órdenes al wattman y la velocidad del coche disminuyó de inmediato. Me bajé. Estaba salvado. Fue un instante delicioso.

Durante más de un mes permanecí perplejo, perturbado, lleno de vergüenza. Pero he terminado por desembarazarme de mi remordimiento. No me corresponde a mí, después de todo, cumplir con el deber de los otros. Di aviso a la policía: que ella ella haga lo que deba hacerse.

RETRACTACIÓN

El martes recibí la carta certificada que se reproduce a continuación:

Señor,

Usted ha publicado un artículo contra el cual protestamos; el artículo intitulado: "El escándalo de los tranvías de Lausana", bajo la firma de Balthasar.

No protestamos contra el artículo en sí que, en su substancia, carece de todo interés, sino contra los términos injuriosos de los que el autor se ha servido, en particular ciertos términos como: *cómplices*, *hombre siniestro*, *desconcertante bandido*.

Aunque dichos términos no parecen aplicarse sino a una cierta categoría de empleados, los guardas, el conjunto de nosotros se siente atacado en su buen nombre y honor, y por ende reclamamos que se realice una retractación a través de nuestro órgano, *Le Tramway romand*.

Reciba usted, señor, nuestros diligentes saludos.

En nombre del Sindicato del Personal de T. L.:
El presidente,
Husson.

Me apresuro entonces a retirar lo dicho en mi último artículo: los guardas de los T. L. no son ni "hombres siniestros", ni "desconcertantes bandidos" ni "cómplices". Son *electores conscientes*, son *ciudadanos*, son gente de bien cuya extrema

amabilidad he tenido frecuentemente la ocasión de constatar.

Para que quede bien demostrada la sinceridad de mi arrepentimiento, incluso añadiré, a esta retractación que se me exige, una confesión mucho más grave que la requerida. Pues el Sindicato del Personal de los T. L. "no protesta contra la substancia" de mi artículo", cosa que –dicho sea de paso– me sorprende un poco. Yo había acusado a estos señores de conducir subrepticiamente al Depósito a ciertos pasajeros demasiado confiados, que así desaparecían para siempre del mundo de los vivos. ¿Qué hacían con esos desdichados? ¿Los reducían a la esclavitud? ¿Los envasaban a la vinagreta? No lo dije; pero dejé sobrevolar sobre todo el asunto una sospecha atroz. No protestar contra semejante acusación es casi como reconocer su fundamento. Tendría yo derecho a sostener, pues, que si la substancia de mi artículo del domingo es aceptable, también ha de serlo su forma. ¿No serían "siniestros bandidos" los individuos que se sirvieran de los coches de T. L. para efectuar raptos así de aterradores? Despreocúpate, público lausanés, voy a confesarlo todo: los coches de T. L. no regresan a Depósito hasta que se vacían, lo cual, después de todo, es su derecho. Desgraciadamente ya era demasiado tarde cuando mi amigo Porta me lo explicó: mi artículo ya volaba de boca en boca.

No soy un difamador. Mi único error es haber leído una tras otra, en estos últimos tiempos, todas las aventuras de Sherlock Holmes, las de Arsène Lupin, las de Rouletabille, y, para terminar, esa terrible historia de Cami donde hay "un elefante en el techo". En mi caso, el elefante se transformó en araña. Quiero decir que todas esas lecturas conmovedoras me han "afectado un poco el organismo", como decía el añorado Juvenal. Es por eso que esta fórmula obsesionante, *Regresa a*

Depósito, que encuentro encima de todos los tranvías (y que se intenta disimular durante el día) hizo nacer en mi alma una sospecha atroz.

Seamos serios: no hay ni una sola palabra de verídico en la historia que conté el domingo 10 de marzo. Pido disculpas al Sindicato del Personal de los T. L. y prometo no reincidir.

Ya está hecho. Y ahora, ¿qué conclusión práctica debo extraer de mi falta? Constato con un estremecimiento, en primer lugar, que la responsabilidad de un periodista es mucho más grande de lo que yo creía. Incluso cuando su pluma no contiene ni una pizca de veneno, puede hacer daño a algunos lectores sensibles. ¿Debo entonces colocar, como un día quise hacerlo, a lo largo de mis artículos unos carteles que hagan comprender a las personas confiadas que me honran con su lectura que aquí bromeo o que allá enuncio una verdad conforme a los últimos resultados de la Ciencia? ¡No! Después de esta desventura, me será aún más difícil que antes distinguir lo que es *serio* de lo que no lo es. Que quede de una vez por todas claro que no se me debe tomar en serio *nunca*. Pongamos los puntos sobre las *íes*: si alguna vez llego a afirmar que mi portera asesinó tres veces a Abdul-Ahmid, que el Presidente de la Confederación arrasa cada año con todo el queso de la Gruyère para sus fondues personales, y que el emperador de Alemania repara él mismo sus zoquetes, se tendrá a bien no ver en tales afirmaciones otra cosa que delicadas bromas.

(Expliquen esto como puedan: a veces, cuando pienso en mis hermanos en Jesucristo, me dan ganas de llorar.)

¿EN QUÉ PIENSAN, ELLAS?

En un momento de la historia en que aquellos que querrían llevar fe y optimismo a los hombres se preguntan si todo progreso humano no es una ilusión; en una época en que los seres sensibles se entusiasman con la más noble de las causas, o bien se sienten desanimados por el espectáculo de las miserias más horrendas; en tiempos en que la escuela laica y obligatoria enseña a todos los niños del mundo occidental el amor a lo Bello, lo Verdadero, el bien, he aquí lo que dicen en su "Correspondencia" (donde me he permitido meter la nariz) las abonadas de algunos diarios mundanos. En viejos números de *Fémina* y en los números recientes de *La Mode*, he encontrado los pasajes que voy a reproducir. Unos y otros expresan las mismas preocupaciones. La guerra no ha modificado el Eterno femenino.

Escuchen a *Fleurette*.

"¿Alguien puede decirme si para afinar mi nariz hay que frotarla con un bulbo de lirio hervido en agua? Y si esta operación no ofrece ningún peligro, porque tengo un bulbo y no sé cómo usarlo."

Créame, Fleurette: no frote su nariz con demasiada energía.

Marinette, muy indecisa, nos habla en estos términos:

"Tengo un cutis de rubia muy blanco y una cabellera que tiende a oscurecerse cada vez más. ¿Debo aclararme los cabellos o conservar este tinte oscuro que contrasta con mi cutis? ¿Qué me favorecerá más?"

Marinette, no tiña de color claro más que una sola de las dos mitades de su cabellera. Sus amigos podrán entonces decirle si es más linda del lado izquierdo o del lado derecho. Y sabrá lo que le conviene hacer.

M. M., de París, nos hace esta confesión:

"Como carezco de toda conversación, le estaré agradecida a la persona que pueda indicarme la manera de adquirirla."

Mi pobre M. M., no hay nada que hacer. Pero si escucha usted atentamente a quienes hablan en los salones, estará orgullosa de ser la representante del Silencio.

Orpheline nos pregunta:

"¿Qué frases pronunciar, durante una visita de condolencias, ante personas con las que me encuentro en relaciones bastante frecuentes, pero sin un carácter de intimidad?"

Luego, es *E. M.* quien toma la palabra:

"¿Qué regalos puede obsequiarle una paciente agradecida a su doctor? El doctor es joven aún y también la paciente. En este caso, ¿sería indiscreto obsequiarle una palmera o alguna otra planta verde?"

¡Pero no, pero no! Obséquiele una palmera. Una palmera no es un símbolo inconveniente.

¡Qué almas! ¡No atreverse a obsequiarle a su médico una palmera antes de saber si eso "se hace"!

Futura prometida querría que le recomendaran:

"Un diminutivo del nombre Michel, por favor."

¿No es penoso? He aquí una novia que adora a Michel y que no tiene suficiente imaginación para decirle con ternura, pasándole una mano por los cabellos:

–Cómo te amo, mi pequeño Mimicho; Michelangelo mío; mi hombretón Michelard; mi Vermichel.

Y aquí tenemos a una que no quiere casarse de manera atolondrada:

"¿Podría alguna lectora informar a *Carrillón normando* sobre la situación actual y futura de un supernumerario de correos? ¿Cree que podamos vivir los dos cómodamente en esa situación?

Me acuerdo de una de esas damas (fue antes de la guerra) que quería saber si ante el embajador de Italia debía inclinarse tan profundamente como lo hacía ante el de Rusia (!).

Pero las preguntas que con más frecuencia formulan estas ternuritas son las siguientes:

"¿Cómo suavizarse la piel de las piernas?"

Las de *Montmartresa comprometida* son más bien rugosas. El agua oxigenada que utiliza no ha logrado aclarar su vello y no le hizo caer ni uno solo. ¿Debe continuar?

"*Camelia* le estará agradecidísima a la amable lectora que la informe para la realización de su gran deseo: desarrollar sus senos por medio de plantas." Y hay centenares de esas desdichadas que buscan "el medio para engordar solamente el busto".

Para terminar, encontré a una a quien, felizmente, podría dar un buen consejo:

"¿Alguna amable lectora tendría la gentileza de indicar a *Amar, esperar, perdonar siempre*[*] un remedio radical para la destrucción de los callos plantares, y qué alimento dar a los peces dorados?

Escuche, niña mía: entregue sus callos a sus peces dorados. Es infinitamente probable que *estos* ya no vuelvan.

EL ELEFANTE, LA GALLINA Y EL ZAR

Este verano, un explorador marsellés me reveló que hace tiempo, en una selva casi virgen del África central, asistió al nacimiento de un elefante. "Fue un espectáculo grandioso, me dijo. El elefantito, que no debía pesar más de ciento veinte kilos, comenzó por frotarse los ojos con su trompita. Echó sobre el mundo una mirada asombrada y circular; luego, sin vacilar, se puso a hacer gestos hereditarios. El padre, escondido detrás de un baobab, estaba más emocionado de lo que quería dejar traslucir. El hecho es que su descendiente se le parecía de una manera impresionante.

"Como yo viajaba por cuenta de la Academia de Ciencias, tomé mi libreta y, seguro de no equivocarme, escribí estas palabras: *Los elefantes se siguen y se parecen.*"

* Qué nombre complicado para alguien con callos plantares [N. del A.].

Ese fue el relato de mi amigo el explorador. Sintiendo confusamente la importancia de lo que acababa de decirme, resolví completar sus observaciones. Son raros los elefantes en la campiña del Vaud; pero hay gallinas. Pude observar a una en el momento en que daba a luz a un heredero. ¡Ah, caramba!, la ley de sucesión no es en absoluto, para las gallinas, igual que para los elefantes. La gallina trajo al mundo un retoño de un blanco inmaculado, que tenía sensiblemente la forma de un elipsoide de revolución y que no daba ninguna señal de vida. Me alejé con prudencia de ese cuerpo insólito y me fui a dar parte de mi descubrimiento a un profesor. Este me tranquilizó diciendo que de aquel elipsoide saldría muy pronto un pollito peludo que, al crecer, se transformaría en un animal con plumas y terminaría por parecerse muchísimo a su madre y a su padre. "Menos francamente que los elefantes, pero con la misma obstinación, las gallinas tienen crías a su propia imagen."

Le conté a este sabio que un día yo había visto en *L'Illustration*, en fototografías, a un zar y su zarévich que se parecían deplorablemente. Me respondió que este nuevo ejemplo confirmaba una ley natural que resumía innumerables observaciones efectuadas sobre los arenques, las vacas, los piojos, las jirafas, los auverneses, las cebras, las babosas, las focas, la gente de la alta sociedad, los caimanes y todos los otros animales que pueblan el globo. Todos los seres vivos parecen querer obedecer a una misma consigna: cada uno perpetúa su forma particular. Todos proceden como si su principal preocupación fuese propagar su propia manera de ser. Y aquellos que son feos lo hacen con tanta fatuidad como los que son hermosos.

Esta falta universal de modestia tiene algo de ejemplar, y podemos extraer de ella una regla de conducta. Fíjense: ¿no le sucedió una desgracia, un día, a una rana que intentaba llegar a

ser tan gorda como el buey? Fue castigada porque en lugar de realizar con legítimo orgullo el tipo "rana", quería imitar a los seres de otra raza.

Esto es lo que yo me decía, el 31 de diciembre, a medianoche, en ese momento del año en que tomo, con una copa de Borgoña añejo, algunas buenas decisiones para el futuro. Y me parecía comprender el consejo que da la Naturaleza a cada uno de nosotros. Ella me dijo: "Tú representas a una de las numerosas variedades humanas que he creado. Expresa tus sentimientos propios con tu propia voz. Los otros dirán el resto. No te dejes intimidar por los intolerantes que, para hacer callar a sus adversarios, hablan en nombre de la Verdad y la Virtud. Sus aspiraciones no son más legítimas que las tuyas. Pero para asegurar su dominio, emplearán la brutalidad y la astucia; pues en la sociedad de los hombres, prosigue la lucha entre las especies igual que en las selvas y las aguas del Océano. Si no quieres ser vencido, aplícate a crear en el mundo, con los de tu raza, la atmósfera moral que necesitan para vivir. Si imitaras a los otros, aumentarías su poder. Al modelo que ellos te proponen, opón el tuyo".

LOS NÚMEROS

Éléonore quiere demostrarnos la nobleza de sus sentimientos y la fineza de su naturaleza poética exhibiendo mucho desdén por todo lo que puede traducirse en cifras. Está ostensiblemente orgullosa de no haber comprendido, jamás, nada de aritmética.

Éléonore se equivoca. Primero, nunca hay que decir con satisfacción: "De eso no entiendo nada", pues el primer imbécil que llegue podría decir lo mismo. Y además, tanto para las poetizas exaltadas como para los prosaicos negociantes, los números tienen una importancia fundamental. Escuche, Éléonore. Su elegancia no sería de tan fina calidad y usted se sentiría menos segura en medio del chismorreo, si los ingresos de su marido se expresaran en un número que tuviera un cero de menos. Y esta noche, ¿por qué está descontenta con su cena? Es porque había demasiada sal en la sopa y demasiada agua en el café. Sigue usted teniendo por cocinera a una de esas desdichadas que ignoran que lo cualitativo depende esencialmente de los cuantitativo. Cuando uno los desprecia, los números se vengan. Por otra parte, al volver a casa ya estaba usted cansada y de mal humor: su marido le había hecho recorrer un número demasiado grande de kilómetros a pie. No le guarde rencor: la está ayudando a adelgazar. Ahora bien, estaría usted feliz de ver disminuir el número de kilogramos que acusa la balanza, cuando se pesa.

Sin embargo, este número no tiene nada de excesivo. Tal como es, querida señora, uno la encuentra muy grácil. Pero seguramente lo sería menos si el número que se obtiene al dividir la longitud de su espalda por la de sus piernas fuese tres veces más grande. También se dice que tiene muy lindos dientes. Para que se siga diciendo eso por mucho tiempo, procure que su número no disminuya demasiado pronto.

Lamentablemente, no todos los que la juzgan tienen la misma benevolencia: hay quienes lamentan que en su último poema sobre la *Humanidad*, sea demasiado grande el número de versos, y el número de ideas, demasiado pequeño.

Créame, Éléonore: no todos los números carecen de interés. Cuando su pequeña Henriette esté con fiebre, usted mirará

con angustia, o con esperanza, el número que indique el termómetro.

La reputación de una persona depende de la frecuencia de las faltas que comete, es decir, de un número. Y cierto escritor que yo conozco tendría más talento si los adjetivos que pone en sus frases fueran mucho menos numerosos.

Las distancias más o menos grandes –¡números!– que separaban antaño a los pueblos han jugado un papel considerable en la historia; ¿o no es cierto que para poder combatirse, o asociarse, primero hay que tener la ocasión de encontrarse?

Un Parlamento acaba de discutir un proyecto de ley. ¿El número de diputados que votarán por "sí" es superior o inferior al número de aquellos que votarán por "no"? La pregunta apasiona al país.

Después de esta larga guerra, el número de los jóvenes disponibles para casarse será sensiblemente inferior, en ciertos países, al número de aquellas que los esperan. Y esta desigualdad tendrá, aquí y allá, efectos lamentables sobre la moralidad pública.

Que aquellos que no sospechan la importancia de los números estudien estadística, comercio, agricultura, física, astronomía… y verán. Para que unos seres organizados como somos nosotros puedan vivir, es preciso que ciertos números, en el universo, no sean ni demasiado grandes ni demasiado pequeños. Pero no quiero aumentar el número de mis argumentos; pues se me reprocharía una pesada insistencia. Y si disminuyera el número de mis lectores, eso me causaría pena.

OTRA VEZ LOS NÚMEROS

Se ha quedado estupefacta, querida Éléonore, por todo lo que le dije el domingo sobre la importancia de los números. Deseo aprovechar esta muda estupefacción para completar mi discurso; porque quiero que en adelante se haga usted una idea algo más clara de su "dependencia".

Como todo el mundo, usted habla a menudo de la guerra; y repite que los Aliados, que defienden una causa justa, sin duda terminarán por obtener la victoria.

Yo lo creo tanto como usted. Pero sin dejar de estar muy seguros de que la Justicia está de su parte, los Aliados toman algunas precauciones. Saben muy bien que ciertas desigualdades numéricas serían, para ellos, decisivas. El alcance de un cañón es un número de kilómetros; su calibre es un número de milímetros. En una batalla, esos números tienen una gran importancia. Y la velocidad de un ejército en marcha se expresa mediante un número, a veces más importante que todos los demás. Resultará vencedor aquel que llegue antes que el enemigo a aquella cresta montañosa que domina la única ruta practicable.

Si un hada, maligna y todopoderosa, decuplicara de repente el número de los soldados y cañones de los que Alemania dispone, toda la historia del mundo habría cambiado. Y ello, cándida Éléonore, sin que esta hada inmunda hubiese modificado las "cualidades" de los beligerantes.

Y ya que hablamos de la guerra, usted se quejaría menos del pan que su panadero le envía, si el número de vagones de

trigo que entran en Suiza en el curso de un mes fuese mucho más grande.

El otro día, con un gran canasto al brazo, fui a la plaza del Mercado, adonde algunos campesinos trajeron bolsas llenas de papas. Todo el mundo quería algunas. ¡Qué tumulto! ¿Por qué volví a casa descontento? Porque el número de minutos durante los cuales había esperado era muy grande, y el número de mis papas era muy pequeño (si aún es posible llamar a eso un *número*).

Los precios fijados por los mercaderes son números. Y esos precios ensombrecen, cada día, nuestros pensamientos; pues son los que nos impiden comprar todas las cosas buenas que deseamos.

Pero permítame que mire mi reloj… ¡Bueno, ya perdí mi tren! Lo que me lo hace saber es el número de minutos indicado por la aguja grande. De modo que puedo continuar. Pero si me ocupo con placer de su educación intelectual, querida Éléonore, es porque la temperatura, en su delicioso salón, no se expresa mediante un número demasiado grande.

¡Cómo ha podido desconocer la importancia de los números! ¿Se ha olvidado entonces del viejo señor muy rico con quien querían casarla? Aún no lo había visto, pero cuando le dijeron que el número de sus años era 75, con eso le bastó. Pues un número glorioso no en todas las circunstancias lo es en idéntico grado.

El otro día, usted misma, en compañía de algunas muchachas, no dijo su edad con exactitud. ¿Y por qué le duele el pie? Porque se obstina en calzar 37, cuando el 39 le iría como un guante.

Usted ha notado que el marido de su amiga Jeanne tiene un galón menos que el suyo sobre su gorra de oficial. Y eso le ha provocado un secreto placer. En cuanto a su vieja amiga, que

está en Escocia, comienza usted a dudar de su fidelidad, por la sencilla razón de que el número de sus cartas disminuye sensiblemente.

Unas palabras más y habré terminado. Ayer su pequeña Henriette volvió llorando a casa: tenía veinte faltas en su dictado. Hay números que el pedagogo juzga con severidad. Usted también sabe ser severa, pero en otros casos: le reprocha al barón Salvador el número excesivamente grande de anillos que adornan sus cortos dedos; y a la valerosa madre Fecunda los veintitrés hijos que ha parido. Esa falta de medida le resulta a usted chocante. Y sin embargo, el futuro pertenece a las razas proliferantes. Bien lo saben los arenques, y los alemanes también.

Esta mañana, regañé a mi valet al constatar que era impar el número de las pantuflas colocadas debajo de mi cama. Usted misma, Éléonore, ¿qué diría si un comerciante le hiciese probar un guante cuyo número de dedos fuese par?

¿Y le parece que si el número de quesos *bouton de culotte* encontrados en el cepillo de los pobres de su iglesia aumentase rápidamente de año en año, el señor pastor no extraería de ello ninguna conclusión?

Me habría gustado seguir hablándole a Éléonore de las recetas de los farmacéuticos, de la música, del movimiento de la tierra; pero veo que mi largo discurso la ha adormecido. Voy a aprovechar su sueño para confiarles un secreto. Sin que ella lo sospeche, la desdichada es la segunda esposa de un bígamo. Y próximamente su marido será castigado por las justas leyes, dado que no ha concedido suficiente importancia a la pequeña diferencia que existe entre el número *uno* y el número *dos*.

EN PIJAMA

Los humildes dirían: "en camisón". Los que dirigen dicen: "en pijama". De noche, cuando tengo puesto mi pijama, no cambiaría mi lugar por el del señor que acaba de vestirse para ir a una cena en la ciudad. Puedo hacer los movimientos más bruscos sin exponerme a oír cómo se rasga mi traje. (Por lo demás, un tal desgarro no bastaría para ensombrecer mi ánimo.) Mi cabeza, ya no amenazada por la dureza del cuello falso, ha recuperado toda su movilidad. Y al dejarme caer con abandono en mi sillón profundo, no me pregunto si arrugaré la flexible tela de la que estoy revestido. Mi cuerpo ha vuelto a ser libre.

Y mi espíritu no se siente menos libre que mi cuerpo. También mi pensamiento se ha puesto "en pijama". Hay moralistas severos que incluso tentados a decir, por momentos, como en un célebre vodevil: "No te pasees completamente desnudo". Pero tal severidad es estúpida. Al quitarse la máscara que lleva casi constantemente sobre el escenario de la Comedia humana, mi pensamiento obedece a la necesidad de volver a ser sincero.

Le Dantec dice en alguna parte que la hipocresía es la primera de las virtudes sociales. Pero esta fórmula podría chocar a las personas respetuosas que siempre tienen opiniones *"comme il faut"* y cuya sinceridad jamás provoca escándalo. Me contentaré con decir, pues, que nuestra sociabilidad nos empuja con frecuencia a compartir, durante algunos minutos, las ideas y los sentimientos de aquellos con quienes conversamos. Una hora más tarde, con otros interlocutores, tendremos, por cortesía, palabras ligeramente diferentes. Y además, con los unos y con los otros debemos aparentar que nos interesamos en el aconte-

cimiento del día. Con el primero que pase no podemos hablar de lo que sin cesar nos preocupa.

Cuando estoy en pijama, ya no me creo obligado a emitir juicios sobre Trotsky, Lenin, Caillaux ni otros gallardos que me son totalmente desconocidos. Cuando estoy solo, no intento hacerme creer a mí mismo que soy un hombre muy bien informado. Sé muy bien que no es verdad. Sí, me gusta esa hora melancólica y dulce en que todas las obligaciones del día han terminado, en que ya no necesito tener una *actitud* y vuelvo a tener consciencia de mi fragilidad. Entonces pienso, con un poco de vergüenza, en el tupé con el que he pronunciado proposiciones inverosímilmente idiotas. Ayer mismo, en el café, con tres viejos señores igual de afirmativos que yo, dije lo que los Aliados tienen que hacer si realmente quieren salir victoriosos. Y mostrábamos, los cuatro, una intransigencia soberbia. ¡Cretinos! ¡Ah!, no sin consecuencias se obliga a los escolares, durante años, a hablar de cosas de las que se forjan una muy vaga idea.

Pero ahora, solo en mi cuarto, ya no necesito impresionar a los demás; y muy bien sé que lo que hay dentro de mi pijama no es más que un ignorante desnudo. He perdido ese ficticio valor que algunos buenos papamoscas me atribuyen porque soy abogado, diputado y designado por mi partido para remplazar a Coso en el Consejo de Estado. Yo no siento en mí esa riqueza verdadera que constituiría mi orgullo: la fuerza. Mi habitual seguridad no es más que una coraza. He aquí que me enternezco estúpidamente y recupero "mi corazón de niño, el corazón sin mancha que me dio mi madre".

Felizmente, algo me tranquiliza y me hace sonreír. Pienso en mis millones de semejantes que intentan, sin excepción, hacer creer en la importancia del rol que juegan en el mundo y que cada noche, al igual que *yo*, pueden contemplar a su

pobre yo tan vulnerable. Y ante la idea de nuestra común fragilidad, tengo por ellos una vaga simpatía.

Ahora bien: ¿todos ellos experimentan, por momentos, la necesidad de quitarse la máscara, o acaso existe, en alguna parte, un siniestro imbécil que ha hecho bordar en su pijama una corona imperial y que ni por un minuto cesa de tomarse en serio al personaje que es?

Seguramente existe, ¡ay!, el desdichado que se avergonzaría de la pobreza de su alma si se despojara del bello ropaje moral que antaño le echó encima el Educador oficial. Conozco a Marcel: cuando se va a dormir, él no deja sus títulos, sus opiniones de hombre biempensante y su abnegación patriótica en el umbral de su cuarto. Ignorará por siempre la alegría que uno siente al no ser, por momentos, más que un individuo que posee manos, ojos y un pensamiento que lucha por ser libre.

UN GESTO HEREDITARIO

No querría andar jactándome, pero –la ocasión me obliga a decirlo– soy de esos que le plantean a la humanidad pensante ciertos problemas y que, de esa manera, hacen algo por el avance de las ciencias. Esos problemas, yo no me ocupo de resolverlos, lo que sería muy cansador; por lo demás, para las tareas que solo exigen perseverancia, hay Esclavos del trabajo en los Grandes Laboratorios del Estado. Así que no voy a intentar responder a

la pregunta que les voy a formular, queridos lectores del sexo masculino:

¿Por qué cada uno de ustedes, cuando encuentra en su camino, en algún lugar desierto, un viejo sombrero de copa abandonado, un canasto redondo, o bien alguna lata abollada, siente la irresistible necesidad de encajarle a ese objeto inofensivo un puntapié?

Yo no afirmo nada a la ligera. Hace veinte años que realizo, sobre el particular, metódicas observaciones. Me he encontrado 133 veces, en el campo en pleno día o en una calle de Lausana en mitad de la noche, con algún compañero que, alegre y enérgicamente, le asestaba un puntapié a la cosa insólita que yacía en el suelo. Y con la mayor frecuencia, aquel a quien yo observaba se desplazó un poco, hacia la izquierda o la derecha, para no perderse la inesperada ocasión.

Exagero un poquito al decir que la experiencia, cada vez, fue concluyente. Solo resultó exitosa 132 de las veces. Pero la excepción fue un miope que involuntariamente me cedió el privilegio de proceder yo mismo a la ejecución. Si no era una buena ocasión para decir que la excepción confirma la regla, ¿entonces cuándo? Así es como se distribuyen mis 133 "sujetos":

22 campesinos, 17 obreros, 20 negociantes, 6 burócratas, 11 rentistas, 4 socialistas, 18 médicos, 6 librepensadores, 5 abogados, 19 pedagogos, 2 pensadores, 1 sordo, 1 ministro del Santo Evangelio y un miope.

Debo reconocer que el ministro del Santo Evangelio, con el que yo conversaba sobre la inmortalidad del alma, inspeccionó con una ojeada rápida el horizonte antes de permitirse esa infracción a las reglas dictadas por los profesores de *modales* y *compostura*.

No he tenido en cuenta las innumerables observaciones realizadas sobre los niños. Estos, infatigables, hacen recorrer kilómetros a unos pobres bidones extenuados. En cuanto a las mujeres, me han decepcionado. Hay muchas que parecen ni siquiera ver el proyectil que se ofrece. Otras –mujeres de orden– empujan suavemente el objeto hasta el borde del camino. Pero la abstención no es absolutamente general. El feminismo hace grandes progresos y ya hay, entre nuestras graciosas compañeras, algunas que se han apropiado de casi todos nuestros gestos. Da igual: sus puntapiés son más raros que los nuestros. ¿Lo que explica su habitual reserva ante el sombrero tentador* es la forma de sus vestimentas, la fragilidad de sus zapatos o una exagerada preocupación por las convenciones? También es posible que la herencia tenga algo que ver; ya que ha habido, en el horroroso Pasado, largos períodos de barbarie en los que el hombre daba y la mujer recibía.

Consejo a los principiantes. Jóvenes, el fieltro hipócrita que acaban de divisar y que los hace felices por anticipado esconde acaso un adoquín que algún rufián chistoso ha puesto allí a propósito. Si se lanzan al ataque antes de asegurarse, quizá los dedos de su pie se darán vuelta, como dice Courteline, hacia "el lado que no es verdad".

Quiero llegar a esta constatación: en el hombre moderno, a pesar de todos los esfuerzos de sus educadores y cualesquiera sean los progresos intelectuales y morales que ha hecho, hay un instinto, en apariencia inútil, pero que parece ser indestructible. El bípedo humano es, esencialmente, un jugador de

* No me refiero al de la modista [N. de A.].

fútbol. No todos los hombres son religiosos, no todos son razonadores, no todos son monógamos y no todos son patriotas. Pero en el hecho de que todos y cada uno de ellos experimenta, de cuando en cuando, la imperiosa necesidad de patear alguna cosa, podemos ver una característica de los individuos macho de nuestra raza. Así, se reduciría la frecuencia de las agresiones y de las riñas y se protegería el trasero de los humildes si nuestros ediles mandasen colocar, a lo largo de los caminos, un número mayor de esos exutorios donde ha de verterse la energía inutilizada de los violentos y los brutos.

No digan que Balthasar es un idiota. Atrae la atención de todos ustedes hacia un hecho del que reclama, a la asamblea de los psicólogos, los biólogos y los historiadores reunidos, una explicación. El hecho es este:

Cualquiera sea su edad, su rango social, sus creencias religiosas y los estudios que ha cursado; ya sea que retenga su gesto o que obedezca alegremente a su instinto, el hombre normal, después de dos mil años de civilización y de cristianismo, todavía experimenta la necesidad de patear con todas sus fuerzas el sombrero melancólico o el sonoro bidón que el Azar ha puesto en su camino.

VIVE LA FRANCE[*]

Dijo Montaigne: "Por muy alto que se sitúe su trono, un rey solo puede sentarse sobre su trasero".

Dijo La Fontaine: "Nuestro enemigo es nuestro amo". Y podría brindar muchas otras citas que mostrarían lo que hay de sanamente irrespetuoso y fraternal en el espíritu de los grandes escritores franceses.

"El francés es un hombre para quien los demás hombres existen." Esta definición luminosa permite comprender cuán igualitarias pueden llegar a ser las naturalezas más finas y aristocráticas. Y hay que tener un alma muy grosera para no captar el sentido que la Francia de 1789 dio a las tres palabras que convirtiría en su divisa.

Se ha dicho que existen dos Francias. Tal vez existan más. Pero yo no quiero conocer más que una: esa que desde hace siglos enseña a los hombres a pensar libremente. Esa Francia tiene fórmulas que son verdades mucho más allá de sus fronteras. No hacemos más que aplicar sus principios cuando decimos: "Hoy, una patria para la cual no existen las otras patrias es tan solo una asociación de delincuentes." ¿Acaso estamos muy errados al decirlo?

Fue un francés quien me enseñó, cuando yo tenía veinte años, a respetar al individuo; hizo que yo creyera, así, en la posibilidad de la Justicia social. Su concepto de la libertad y la fraternidad, en el que yo veía algo de lo más normal y universal, específicamente humano, tal vez no fuera después de todo sino

[*] Publicado el 8 de abril de 1918 [N. de A.].

una concepción francesa. Pero la experiencia prueba que las maneras de sentir y de pensar que en primera instancia caracterizan a los seres de su raza son susceptibles de generalizarse. ¡Cuántas veces unos rayos bienhechores emanados de París hicieron florecer, al otro lado del mundo, un alma nueva en el corazón de un extranjero! Y uno no intenta defenderse contra esa hegemonía espiritual; porque Francia es una educadora que sabe instruir a sus alumnos sin humillarlos.

Los franceses de 1789 formularon los Derechos del hombre. Y podían hablar, efectivamente, en nombre de toda la humanidad; pues no hacían otra cosa que expresar la sensibilidad de todos los seres de nuestra raza que se han alejado lo suficiente, por el camino de los siglos, de la brutalidad original.

Pienso en los mejores de ellos, en aquellos que representan a su patria a los ojos del mundo. Esos ya no creen en historias del Cuco como las que se les cuenta a los pueblos muy jóvenes, para tornarlos obedientes. Y también han superado esa edad despiadada en que nos ensañamos con un camarada demasiado débil. Ya no conocen el Miedo; y eso no presenta ningún inconveniente, puesto que ya no son malos.

Al liberarse de ese Respeto que no es más que un medio de dominación para los astutos, los franceses no se debilitaron: ante los formidables cañones del prusiano, permanecieron unidos y fuertes. ¿Quién sabe? Hay una forma de la generosidad que no se encuentra sino bajo ciertos climas benditos.

Personas que siempre pensaron sabiamente han reprochado a los franceses su escepticismo. Es cierto que Ernest Renan se atrevió a decir a los jóvenes: "…Háganle un lugar a la sonrisa y a esa hipótesis según la cual este mundo no sería una cosa muy seria". ¡Pues bien!, él tenía razón. Aquellos que se toman demasiado en serio esa Verdad que creen poseer y de la que quieren

asegurar la victoria a toda costa se convierten en asesinos. El escepticismo es el remedio adecuado contra el fanatismo. Los cerebros humanos todavía son más preciosos que las fórmulas que elaboran.

El francés, tal como yo lo veo, es el bípedo humano completamente erguido. No permanece encorvado ante el Amo; y no quiere parecerse al Rapaz que se inclina sobre el vencido que aún tiene oro en sus bolsillos. Sabe ser fuerte sin debilitar a los demás. Ha encontrado palabras elocuentes para ayudarnos a luchar contra la Bestia, para hacernos amar la tolerancia y la justicia. Y la palabra Progreso carece de todo significado si la sociabilidad francesa no anuncia el instinto nuevo que debe desarrollarse en todos los seres, y si no vamos hacia un tiempo en que el hombre ya no tendrá miedo del hombre.

LA CALLE MORALIZADORA

Más de una vez, durante estos últimos años, me he detenido con estupor ante ciertas bellas damas *en corsé*, sentadas junto a la vitrina de una de nuestras tiendas más elegantes. No comprendía por qué unas representantes de ese sexo inimitable al que debo mi hermana y mi portera venían a presentarse a los paseantes antes de haber completado su vestuario. Me explicaron que no habían venido a colocarse allí por su propia voluntad. Esas mujeres, parece, son *de cera*; y el comerciante que las exhibe tiene para ello unas razones fáciles de comprender.

Pero la cosa no acaba ahí. Algunos negociantes han terminado por exhibir *mujeres vivas*, cuyo atuendo –me apresuro a decirlo– es irreprochable. Cuando me acerco a mi ventana veo a una de ellas que, detrás del gran vidrio de una boutique y ante la mirada de los que pasan, repara de la mañana a la noche un pantalón recalcitrante. Un viejo príncipe valaco, que evidentemente no conoce todos los refinamientos de la lengua francesa, se cree obligado a detenerse cada vez que pasa delante de esta *stoppeur* [zurcidora]. Y yo me compadezco de esa valiente Penélope a quien solo una delgada hoja de vidrio protege contra la socarronería y la insistencia de ese patán. Pero acaso mi piedad sea innecesaria; pues la noble mujer realiza su tarea con toda naturalidad, sin ver ni oír a los innumerables imbéciles que pasan ante ella.

Esa trabajadora infatigable tiene algo de ejemplar. Seguramente avergüenza a no pocos macacos que pasean por las calles su ociosidad. Y yo me pregunto si este medio de educación no podría generalizarse. ¡Ah! ¡qué progresos no se harían si la calle se volviese *moralizadora*! La educación por la imagen; la educación por el ejemplo; la educación automática; la educación *sin frases*: tal es la idea a explotar.

Compréndaseme bien: de un extremo a otro de la calle, en todas las vitrinas, el caminante desocupado no verá otra cosa, a derecha e izquierda, que trabajadores celosos, inclinados sobre sus tareas cotidianas. Le parecerá entonces que alza tras sus pasos un murmullo de desaprobación: "¡Ve a hacer tu trabajo, perezoso!".

Pero sobre todo, ¡qué espectáculo para los jóvenes! ¡Qué excelente lección sobre las cosas! ¡Qué buena lección de moral! Merecería ser mostrado en el cine. Aquí, el niño contemplará al Pedicuro en el ejercicio de sus funciones. Allá, se detendrá

ante el zapatero que repuja el cuero, mudo, concentrado, amenazante. Luego, será la madre joven que amamanta a su hijo; o bien el Pensador, que busca dolorosamente en su cabeza vacía una idea que pueda estirar para el artículo que el diario está esperando; o el maestro de escuela que hace recitar a coro, a sus treinta alumnos atentos, paralelos e intercambiables, la regla concerniente al plural de "lombriz, nariz, perdiz, tapiz y regaliz". A lo largo de la calle, detrás de las vitrinas transparentes, se verá a los que liman, cepillan, frotan, pelan, rascan, trituran, rellenan, pulen, en una palabra, a todos los que bregan. Y se ha de ver también, escena aún más edificante que las otras, a la familia modelo que almuerza sin pimientos. El señor enuncia verdades primordiales; su esposa lo escucha respetuosamente y, por momentos, lo interrumpe para enseñar, con dulzura, buenas maneras al pequeño Jules, que hunde su dedo en la salsa y luego en su nariz.

Cuando mi idea se haya realizado, nuestra Ciudad se parecerá mucho a una casa de cristal. Los platos sucios serán mejor lavados cuando se los lave ante los ojos de la Sociedad. El cocinero, expuesto a todas las miradas, ya no osará recurrir, para componer su jugo de carne, "a procedimientos bellos pero extravagantes, que hacen la gloria de los químicos". Y el panadero se verá obligado a hacer su pan *con harina*.

Las "intimidades" quedarán reducidas a lo estrictamente indispensable. Las alegrías íntimas son alegrías egoístas, y por lo tanto inútiles desde el punto de vista social.

La responsabilidad de aquel que vive rodeado de sus semejantes es grande: se expone a dar un mal ejemplo a cada instante. En mi Ciudad futura, al trabajar, al pasear, al estornudar, el ciudadano pensará en los otros. ¡Uno para todos, todos para uno! Al ser constantemente visto, el individuo tendrá la actitud

que debe tener y practicará naturalmente la virtud. Por otra parte, para recordársela, habrá seis mil inspectores del Estado que, con no fingida curiosidad, observarán a los que están sentados, a los que vienen y a los que van.

FIDELIDAD

Hace algunas semanas, mientras andaba de paseo, me encontré con una pareja feliz. Eran, me parece, gente de campo. La mujer tenía esa fealdad irremediable, victoriosa, que ningún artificio puede atenuar, y que a la luz del día estalla como un escándalo. Pero quedé menos intensamente impresionado por su físico desesperante que por la tranquila confianza con la que se apoyaba en el brazo de su marido. Cosa difícil de creer: demostraba contar con él de una manera absoluta. Era un compadre robusto y contento, que paseaba valientemente, entre la multitud, a la más fea de todas las mujeres. ¡Era conmovedor! ¡Era admirable!

¡Ay!, no existe el hombre completo. El todo es más grande que las partes; y no hay un individuo que posea todas las virtudes de la humanidad. Ese marido ejemplarmente fiel, ¿era inteligente? ¿Tenía suficiente imaginación para adivinar el pensamiento de los transeúntes? ¿Poseía la noción de lo Bello y de lo Feo? ¿Era moralmente superior a todos los seres sensibles para quienes habría sido una tortura solidarizarse, a no ser por piedad, con semejante bagre?

Hay fidelidades que se excluyen. En *Namouna*, Musset nos habla de un Don Juan inquieto que será fiel, hasta la muerte, al inasible Eterno femenino. Pero, entre esa fidelidad *abstracta*, condenable desde el punto de vista social, y la del campesino inconsciente del que antes hablé, hay muchos grados posibles. Imagino que el señor Pierre Loti, de la Academia francesa –quien nos ha contado, al regresar del África, del Japón, de Tahití y de algún otro sitio, sus amores multicolores–, debió continuar comparando matices en los salones de Occidente después de haber comparado colores bajo el cielo oriental. Por otra parte, sin ser un pescador (ni de Islandia ni de aquí), uno bien sabe que existe más de una linda mujer. Y cuando uno está casado, reconocer la incontestable gracia de la desconocida que acaba de pasar ya es cometer, en pensamiento, una infidelidad de un minuto.

También es posible ser *más o menos* fiel a la propia patria. La guerra nos obliga a tomar partido. Pero en tiempos de paz, muchos hombres se alejan sin dolor del lugar donde han nacido, y no siempre experimentan la necesidad de regresar. Encuentran seres sociables, árboles magníficos y frutos refrescantes en nuevos países. En todas partes tienen la ocasión de ejercer sus fuerzas. Y muy pronto comprueban que todas las auroras son hermosas, que todos los atardeceres lo son.

Hay viajeros que al regresar a su ciudad natal ya no desean afirmar que la suya es la más bella de todas las patrias.

Y tengo un viejo amigo que ya no podrá ser nunca más el hombre de una sola iglesia o de un solo partido, porque durante se ha aplicado durante demasiado tiempo a comprender las creencias de los otros. Por amor a la justicia y a la verdad, se ha convertido en un "infiel". En las luchas a las que de vez en cuando se deja arrastrar, nadie puede contar con este partidario

comprensivo y conciliador. Pero su acogida sin desconfianza encanta al extranjero. Es, ya, el representante de esa época lejana y problemática en que el hombre dejará de ser un lobo para el hombre.

Hay fuerza en aquellos que, voluntariamente y hasta las últimas consecuencias, se hacen campeones de una causa perdida. A veces difícil de comprender, el ejemplo que nos ofrecen es precioso; ya que la vida no se ha vuelto tan fácil como para que la obstinación deje de ser una virtud. Pero también es bueno que existan seres inconstantes, siempre listos a sentir la belleza de cosas nuevas. Seguramente falta mucho para que lleguemos al último acto de la Comedia humana. Pero solo los hombres que son infieles al pasado sabrán enseñarnos a amar aquello que todavía no hemos visto.

NUESTRO VOLUMEN

La vida social solo es posible entre individuos que poseen las cualidades "que distinguen al hombre del animal".

La ley y la costumbre le permiten a cada uno carecer por completo de generosidad y de coraje. A pesar de su estupidez, Étienne pudo fundar una familia, se gana la vida y cumple puntualmente sus deberes de ciudadano. Por lo demás, se puede ser estúpido sin que se note demasiado; se lo puede ser con elegancia. Antes de la guerra, psicólogos notables repetían que la voluntad de los hombres había contraído graves enfermedades… lo que

no impedía que la vida continuara. Muchos traficantes saben por experiencia que no es indispensable tener más honestidad que la que exige el Código penal. Para hablar de hipocresía, en fin, más vale no parecerse demasiado a Alceste. En una palabra, las virtudes de primer orden son virtudes de lujo; perfectamente se puede prescindir de ellas.

Pero hay condiciones necesarias que todo individuo debe cumplir si quiere gozar de la compañía de sus semejantes. Primero, para ser recibido en el mundo hay que tener figura humana. Un hocico de chancho, plantado sobre un cuello de cisne, es un atributo cuya exhibición no se toleraría en ningún salón. Está condenado a que lo explote el director de un casino o la dueña de una barraca de feria.

Si uno exhala constantemente un olor fétido, será mantenido a distancia como un leproso. Y la gente hará rodeos para evitarlo si de su boca no brotan más que gritos roncos e inarticulados. He de añadir, para no caer demasiado en lo incompleto, que nadie querrá tener ninguna clase de relación con el ordinario que todo el tiempo se permita unos modales indecentes, ni con el violento cuya brutalidad se traduzca en frecuentes puntapiés, asestados en las frágiles tibias de sus hermanos.

Eso no es todo. Sea bello, amable, ingenioso y muy bien educado; tenga una elevada inteligencia, un alma grande y verdadero genio: eso no le impedirá padecer durante toda su vida la piedad, las burlas, la malevolencia o la cobardía de sus contemporáneos, si es usted demasiado alto o demasiado bajo. El volumen de un adulto no debe diferir demasiado del volumen *normal* asignado al cuerpo humano. Todo exceso, en un sentido u otro, tendrá para aquel particular que se lo consienta consecuencias mucho más graves que una falta de inteligencia, de belleza, de fuerza física o de corrección moral. Mi colega B., que

con la esperanza de un matrimonio ventajoso va diciendo por todas partes que no aprecia en la mujer otra cosa que las cualidades del corazón y del espíritu, no querría casarse con aquella criatura exquisita, tierna, piadosa, bonita, graciosa, dedicada, laboriosa e inteligente que midiera un metro más o un metro de menos –como digo: un metro– que las mujeres ordinarias. Me dirán que esa mujer minúscula, o gigante, no existe. Es verdad, pero eso no impide que yo tenga razón. Sin duda jamás tendré la ocasión de probar lo que afirmo; y sin embargo, ustedes tienen demasiada buena fe para contradecirme. Si nuestra hermana midiera dos metros y medio de altura, encontraríamos toda clase de pretextos para no llevarla a pasear por la plaza Saint-François un domingo a las once de la mañana, cuando los fieles salen de la iglesia donde acaban de renovar su provisión semanal de benevolencia. Y sin embargo, ¿cuál sería el crimen de esta desdichada? Qué patanes somos.

En cuanto a la bonita cuadragenaria que solo pesara cuatro kilos doscientos, ¿no estaríamos a veces tentados de alzarla con demasiado descaro? Si quiere usted que la respeten, tenga peso.

Reconozcámoslo: no nos gusta la fantasía y no toleramos, en los otros, una originalidad demasiado grande. Queremos que el individuo se mantenga "en vereda". Si su cabeza, por lo alto o por lo bajo, se aparta demasiado del nivel promedio, siempre verá sonrisas en las caras y oirá risitas hasta el fin. Si fuera vicioso, senil o eccematoso, podría contar con nuestra indulgencia. Pero en lo que concierne al volumen, somos intratables: exigimos que cada individuo sea poco más o menos "como cualquier otro". Hay cosas con las que la sociedad no se anda con bromas.

EL ETERNO FEMENINO

Una señorita anciana, a quien le encanta disertar sobre el Bien y el Ma...*cho*, me ha comunicado, recientemente, las reflexiones que le sugieren sus jóvenes contemporáneas.

–Sí, señor –me dijo–, siento un poco de vergüenza cuando paseo por las calles. Las jóvenes de hoy se visten de manera indecente. Cuando veo venir a alguna de ellas, a lo lejos, me parece que solo lleva puesta una camisa. Su vestido es demasiado corto. No es una injusta severidad la que me mueve a hablar así. Tiene que haber en el atuendo de esas personas algo que atrae la atención, puesto que con mucha frecuencia hay señores que se detienen a verlas pasar. Hace algunos años, en la época de la falda "trabada", esos mismos señores se ponían contemplativos cuando una dama subía al tranvía. ¿Y qué significan esos frágiles tacos altos? ¡Francamente! Las mujeres se están volviendo locas. Quieren que se las mire; y para lograrlo, todos los medios les parecen adecuados. Me produce melancolía comparar la época actual con el tiempo en que una se vestía con gusto, con simplicidad, con decencia. Habría que reformar toda la educación femenina.

–Señorita, permítame discrepar con esa opinión. La educación de la mujer es cosa hecha desde hace muchísimo tiempo. Ya la Serpiente se encargó de eso. En sus tiempos, detalle más detalle menos, todo era como hoy. Ustedes no tenían la falda trabada, pero usaban "polisón". ¿Qué viene a ser, ese polisón? Antaño existió el miriñaque, que permitía a las damas del mundo más conspicuo ocultar a los ojos de los aduaneros respetuosos unas cantidades inverosímiles de encajes, azúcar y tabaco. El miriñaque, dicho sea de paso, por cierto no compite con los

leales vestidos de estas últimas semanas, que permiten que una mujer bonita demuestre su valor intrínseco.

En todas las épocas de la historia y de la prehistoria, la mujer, mediante el brillo y la extrañeza de su tocado y por toda suerte de artimañas, se ha esforzado en atraer la atención del caballero. Aquellas a quienes usted condena tienen razón. *Es imperativamente necesario que las miremos*. A no durarlo, en el momento mismo en que a usted le parecen deplorablemente fútiles, ellas están cumpliendo una función sagrada. El rol de la mujer es volver irrazonable al hombre durante un cierto tiempo. De ese modo ella le revela una existencia mucho más rica que la que él viviría si todos sus actos estuviesen comandados por el simple mecanismo de su lógica. Antes de que él se convierta en el defensor del orden social, la Familia y la Propiedad, la mujer provoca en el alma masculina un desorden necesario. Esas graciosas paseantes que quieren que les veamos las pantorrillas son los maniquíes automóviles de la antiquísima Casa *Fémina*, fundada en el origen de los siglos por Doña Naturaleza. Por todos los medios, doña Naturaleza (que tiene sus propias ideas) quiere asegurar la prosperidad de su compañía.

Por el momento, ella no tiene nada que temer. Sin haberlas pedido, la Casa *Fémina* ha obtenido de sus clientes millares de testimonios infinitamente más elogiosos, infinitamente más elocuentes que aquellos de los que pudo haberse enorgullecido el fabricante del excelente vino *Mariani*.[8] Pero es absolutamente imperioso que ella renueve sin cesar sus afiches, sus prospectos y su selección de muestras. El pasante, voluble y diverso, reclama la novedad.

A partir de cierta edad, los machos de nuestra fatigada raza sienten el cotidiano impulso de ir a jugar un interminable "*jass*"[9] con los amigotes del café. ¡Pues bien!, el día en que el Eterno

femenino no logre atraer la atención del pasante y desviarlo de su camino, Doña Naturaleza podrá declararse en quiebra. Porque entonces ya no será a los cincuenta, sino a la edad de veinte años, ya, cuando los hombres se entregarán al juego de cartas y a la bebida. Vigny lo predijo: "Los dos sexos morirán cada uno por su lado". Y realmente será una pena.

TABLE D'HÔTE

Al señor H. B.,
viajero descontento.

Viajo mucho, desde que soy el representante comercial de la Compañía de Ollas a Presión de Agua Fría Sociedad Anónima; y es frecuente que a mediodía, en lugar de sentarme entre aquellos que me quieren y ante la sopera de mis ancestros, deba ir en busca de la indispensable pitanza en algún hotel "pulcro", de segundo orden.

No soy enemigo de los hoteleros. Procuro encontrarles alguna excusa cuando alguien me recuerda que a veces fríen nuestras papas en vaselina; que bajo el nombre de "ternero", más bien nos sirven buey "de regreso a la infancia", como decía Taine; y que siempre cortan el pollo de modo tal para que cada porción contenga, sobre un máximo de volumen, la menor cantidad posible de materia masticable. Para ellos, igual que para nosotros, la vida es difícil; y por otra parte, la suma de los engaños profesionales es la misma en todos los oficios. Solo difieren los medios

empleados.

No, no les reprocho a los hoteleros haber aumentado el número de las toxinas que viajan por mi organismo. Si tengo cuitas con algunos de ellos, se debe a que les falta amabilidad. Por definición, el hotelero debe ser obsequioso, sonriente y estar lleno de deferencia. Quienesquiera que seamos, debe recibirnos como si fuésemos grandes personajes. Es preciso que sea hospitalario de una manera cordial. ¿No está siempre esperándonos? ¡Pues bien! El otro día un hotelero de Payerne me obligó a comer sentado a la *table d'hôte*, la mesa del anfitrión. Encontrándome muy cansado, no quise salir a buscar un hotel más elegante donde me habrían instalado, sin objeción, ante una pequeña mesa separada. De modo que me dejé insertar entre un viejo caballero gimoteador y una dama enorme y gelatinosa, en frente de un notario que tenía un voluminoso grano amarillo, casi maduro, en el ángulo de su narina izquierda. Al cabo de media hora, el anciano quejoso no había dicho aún lo que quería.

Soy un hombre muy tolerante. A nadie le impido gemir ni ser gelatinoso. En la naturaleza hay para todos los gustos. Solo me gustaría que no me forzaran a comer en compañía de personas a las que no tengo nada que decirles.

Paul Adam juzgó en términos severos la costumbre que tenemos de reunirnos para comer. Lo encontraba casi indecente. ¿El que come no realiza una función puramente fisiológica?

No soy de la misma opinión que Paul Adam: exagera. Comiendo cosas buenas y bebiendo buenos vinos, podemos tomar parte en conversaciones cuya insipidez, sin ello, sería insoportable. Las comidas compartidas vuelven sociable al hombre. Pero la mesa del anfitrión no tiene por qué ser *obligatoria*.

Sentado ante la *table d'hôte*, he tenido vecinos que se empe-

cinaban en darme a conocer los fuertes pensamientos que les suscitaba la guerra. Ahora bien, esos pensamientos, yo ya los había encontrado en los diarios. Sentado ante la *table d'hôte*, me encontré en frente de un hombre heroico que se hundía en la boca, hasta la guarnición, un cuchillo embadurnado en mayonesa. En un primer momento, creyéndolo una tentativa de suicidio, miré con piedad al desdichado. Pero en segunda instancia, el espectáculo me dio asco. También vi a un alegre comensal que aspiraba lentamente un macarrón vertical que no terminaba nunca. Vi a otros cuyas bocas dejaban caer desde muy alto carozos de cereza dentro de una servilleta. Los hay cuya deglución es tan ruidosa como su masticación. Y hay otros que están preocupados porque se les está por caer la dentadura postiza. Por último, no pocas veces pude contemplar, a los postres, al hombre del escarbadientes: metódico, meticuloso, atento a los detalles, infatigable.

Más modesto que Luis XIV, yo digo: "¡El individuo, soy yo!". En nombre del individuo, pido la supresión de la *table d'hôte* obligatoria. La mesita aislada no solo tiene encanto para los delicados como usted y como yo. Además permite a aquel que come puercamente adoptar una actitud plena de abandono y producir, sin chocar a nadie, sus ruidos familiares.

A pesar de todo, sin embargo, la *table d'hôte* tiene su lado bueno. A veces uno se encuentra allí con el Hombre Célebre. Él pronuncia con autoridad unas cosas comunes y corrientes. Piensa como todo el mundo. Y para nosotros, los oscuros, eso es consolador.

ENVEJECER

Si un hada misericordiosa me ofreciera un medio para recomenzar una nueva existencia, yo aceptaría con presteza; pero le pediría una juventud muy diferente de la que tuve. Los seres jóvenes poseen un tesoro que, con la mayor frecuencia, no les sirve de gran cosa. Impacientes y torpes, estropean las frágiles alegrías que pasan al alcance de su mano. O bien es la timidez lo que los paraliza. Y además, educados de una manera estúpida, decididamente se hacen de la vida una idea demasiado absurda.

Es igual: me gustaría tener veinticinco años menos. Pero dado que las hadas nunca se dirigen a la gente de mi edad, debo contentarme con las emociones y los placeres que conocen aquellos que envejecen.

Veo pasar por la calle a jóvenes animados que visiblemente cuentan con inminentes alegrías. En el fondo, sé muy bien que no se van a decepcionar del todo. ¿No es envidiable, también, su facultad de desear y de creer? Entonces me acuerdo con melancolía de la frase de aquella niña de seis años que, maravillada por los frutos nuevos que acababa de comer, preguntaba a su padre: "Cuando yo esté muerta, ¿seguirá habiendo cerezas?". ¡Ah! ¡qué exquisitos son, y de lo más reales, esos frutos que no hemos de degustar!

En tales momentos me digo: "¡A ver, basta de autocompasión! ¡Esas añoranzas son estériles! ¡Goza más bien del espectáculo de la vida!".

Ser el espectador del universo, ¿no vale por todas las otras alegrías? Antaño, turbado y agitado, yo no sabía contemplar el

mundo. Para mirar las cosas debidamente, no hay que desear poseerlas; hay que tener la mente libre. Hoy, incluso cuando mi monedero está vacío, miro con placer los lindos objetos que se encuentran detrás de las vitrinas de las tiendas. Y si alguna persona humilde viene entonces a pararse a mi lado, me represento tan bien sus pensamientos que me veo casi tentado a dirigirle la palabra.

Pero no son las tiendas lo que más me interesa. Yo veo a los transeúntes. Y con una alegría ligeramente amarga, aunque reconfortante, me desembarazo poco a poco de las tonterías que me habían metido en la cabeza al hablarme de la humanidad. Puesto que hay dos humanidades: aquella que nos presentan en los libros y la que circula por las calles. Cuando uno envejece, se vuelve capaz de juzgar a los hombres sin cegarse, sin malevolencia y sin envidia. Conocemos su mediocridad, pero sabemos las cosas que excusan sus flaquezas, y sentimos por ellos una vaga compasión. ¡Ah, qué bueno es ya no tener ese velo sobre los ojos!

Hace veinticinco años, los peleles del mundo elegante tenían para mí cierto prestigio; y me intimidaban. Ahora sé en qué consiste esa brillante existencia que llevan; ¡sé a lo que se reducen los goces de aquellos que tienen escasa inteligencia y sensibilidad!

Poco a poco uno se libera. Ahora tengo serenidad de espíritu. Mi fieltro leal, flexible, ligeramente mugriento, no se parece a los sombreros que estaban en boga este último invierno; y tengo algunas opiniones estables que no son las del autor de moda. (¿Cuál será el último de esos señores?) ¡Qué lejos está el tiempo en que, al momento de entrar en un restaurant o en un salón, me preguntaba con un poco de

malestar si mi indumentaria era irreprochable! Tengo una saludable indiferencia por los seres satisfechos cuya mirada podría posarse sobre mí: son hombres, son mis semejantes… nada más.

Y por otra parte, con la edad uno se vuelve tolerante, pues se acuerda de sus propios defectos. Y trata de no ser malo.

También encuentro en mi camino, de vez en cuando, a algunos niños cuya frescura está todavía intacta. Imagino entonces todo lo que los amenaza, y querría protegerlos contra la vida. Pero no debo decirles lo que sé; no debo abreviar el tiempo durante el cual serán despreocupados, crédulos y confiados. La ternura que siento por ellos no puede ser otra cosa que el placer egoísta de un corazón solitario.

Por último, y con más frecuencia que antaño, contemplo el universo con adoración; pues un día, acaso muy pronto, deberé renunciar sin esperanza al maravilloso espectáculo. Nuestro tiempo está medido; apresurémonos, intentemos terminar el trabajo que hemos comenzado.

Buena Naturaleza, tú familiarizas con la idea de la muerte a aquellos que envejecen. Tal vez, en su última hora, el que ha trabajado toda su vida con buena voluntad saboree la dulzura de estar acostado e inmóvil en su cama, después de un largo y fatigoso viaje.

EL QUESO

Cuando a un héroe de Dumas padre se le decía que entregara su espada, él respondía noblemente: "¡Ven a quitármela!". Nos quitaron nuestro queso y no hemos hecho el menor gesto defensivo. El alma de un pueblo obediente tiene la consistencia de un queso blando.

Esta abulia general es fácil de explicar. Por el hecho mismo de que son educados, especializados y organizados, los ciudadanos de un mismo país se hallan divididos. Los zapateros, los médicos, los comerciantes en quesos, los funcionarios, los recogedores de escarabajos y los músicos, por ejemplo, tienen intereses profesionales que les hacen olvidar sus intereses en común. Algunos señores, encargados de la defensa del interés general, les dicen: "Quédense tranquilos: nosotros nos ocuparemos de todo". Y cuando la situación se vuelve trágica, es una vez más un telegrama emanado del Buró central el que le informa a cada uno que la hora del gran sacrificio ha sonado. El individuo no tiene por qué ocuparse de eso: no le compete.

Esto es lo que distingue al hombre civilizado de las bestias. El animal, cuando se encuentra amenazado, defiende su vida, defiende a su hembra, defiende a sus crías, defiende su guarida, defiende su queso y sus restos de pollo frío: es heroico espontánea, individualmente, por su cuenta. El único heroísmo permitido a los ciudadanos de los Estados modernos es el heroísmo colectivo y oficial. No contento con ocuparse de la policía, de la red vial, de los ferrocarriles, de los correos y telégrafos, el Estado quiere encima regular los movimientos más nobles del alma humana. Nos indica los casos en los que debemos ser valientes y los casos

en los que tenemos derecho a no serlo.No tenemos derecho a defender hasta la muerte el queso que es el fruto de nuestros desvelos. Pero no quiero insistir con esto, porque es demasiado triste.

Por el momento, solo quiero hablar del queso. Nos han quitado nuestro queso. Si nos portamos bien, cada uno de nosotros recibirá 250 gramos al mes. Es más o menos la dosis que me hacía falta para confeccionar, en mis horas de melancolía, una pequeña fondue para un solo comensal. Por otra parte, yo les ponía queso a mis macarrones, se lo ponía a mi *risotto*, se lo ponía a mis coliflores, se lo ponía a mis papas, se lo ponía a mi sopa, se lo ponía a mi pan, se lo ponía a mis tupinambos, se lo ponía a mis *omelettes*: en mi vida he puesto muchísimo queso. Y aún no lo he dicho todo; solo hablé de mi modesta dieta de todos los días (modesta, puesto que no todos los días comía los platos mencionados más arriba).

Además, de cuando en cuando, después de una semana de dura faena, estaba el "trabajito" del sábado a la noche, con algunos buenos amigos. ¡Ah!, ¿es que ha de volver aquel tiempo en que nos íbamos para Sion, con Edmond, Ernest, Benjamin y sus queridas esposas, con el único propósito de comer allá una "*raclette*" a la valesana? ¿Y durante cuántos meses, cuántos años, habrá que privarse de los inimitables "*bifteck au fromage*" que prepara Lady R., la patrona de la "Pinte vaudoise"? En casa de Paul, la fondue era siempre tan perfecta que (momentáneamente) nos hacía olvidar de los bistecs y las *raclettes*.

Imagino lo que podrían decirme los moralistas; pero no seré tan tonto como para cederles la palabra. Me irritan prodigiosamente, pues casi siempre les falta sinceridad. Sé muy bien lo que comen, a escondidas en su rincón.

Pretendiendo que mis placeres son de calidad inferior y que no hay nada como los goces del espíritu, ellos establecen una distinción estúpida. Hay almas pobres que se marchitarían si no pudiesen tomar prestado, con cierta frecuencia, algo del calor de las almas ardientes. Para ellas, las conferencias, las predicaciones, las lecturas y los conciertos constituyen un alimento espiritual indispensable. Entre los indigentes de los que hablo, comer es un acto puramente físico que carece de toda repercusión sobre la vida moral.

Ellos comen como comen los animales. Pero mi estómago es un alambique en el que el queso, la carne, las frutas y el vino se espiritualizan. Sé por experiencia que si como cosas buenas, un canto se elevará de mi alma. Entonces estaré lleno de benevolencia y de confianza, listo para amar y atreverme.

Los goces del espíritu, soy bien capaz de procurármelos yo mismo. Pero si me quitan el queso, ya no podré preparar una fondue.

Lo predigo: si el rapaz Exportador se lleva también nuestra leche, nuestra carne, nuestro café, nuestro vino, nuestro chocolate, nuestro tocino de cerdo y nuestros pasteles sin harina, terminaremos por hundirnos en la más negra de las tristezas. Y ustedes comprenderán entonces que Balthasar tenía razón. Adiós, Queso; ¡ojalá no regreses demasiado tarde!

EL DINERO

A mi ex camarada Victor, que había pasado a verme, le hice esta simple pregunta:

–¡A ver! ¿qué hay de nuevo?

Sin apuro, hundido en mi sillón n° 1, Victor me dio esta larga respuesta:

–El dinero no hace la felicidad. Hasta puede causar la ruina de los imbéciles que no saben vivir. Eso no impide que mi existencia sea infinitamente más feliz desde el día en que mi vieja tía, que ya tenía un pie en la tumba, se decidió a meter también allí el segundo, dejándome ese millón que en lo sucesivo no iba a tener para ella ningún valor. Por otra parte, que quede claro que siempre pensaré en ella con un sentimiento afectuoso.

Toda persona de mediana inteligencia comprenderá que ahora puedo concederme placeres de los que me veía privado cuando, simple empleado del Banco cantonal, inscribía en un grueso registro, de la mañana a la noche, pequeñas, medianas y grandes sumas de dinero que pertenecían a unos brutos sombríos a quienes la suerte había favorecido injustamente. Se podrá adivinar que resido, me visto y me alimento más confortablemente que antaño. Por cierto no desdeño el presente confort. Durante muchos años debí decir en singular: mi sombrero, mi sobretodo, mi traje negro, mi corbata. Ahora puedo hablar de todas las cosas en plural; y pienso sin preocupación en el siempre posible accidente. Pues jamás podrá suprimirse el accidente. La corrosiva deyección de la paloma en vuelo es espíritu grosero, que sopla donde le da la gana. Sí, yo disfruto de mi seguridad. Disfruto particularmente de ella cuando pienso en mi lejana vejez. Pero el dinero procura muchas otras alegrías más.

Albert, el moralista, me dijo que como todo el mundo estoy expuesto a las penas y la enfermedad, que me veré más tentado que cualquier otro a cometer "excesos" y que pronto conoceré los inconvenientes de la ociosidad. Albert es un pelmazo. ¿Quién me obliga a estar ocioso? Trabajo dos o tres horas al día; y siempre elijo el trabajo que más me interesa. Las mismas enfermedades nos amenazan a todos. Pero los ricos consiguen remedios que muy difícilmente los pobres se pueden procurar. Y también disponen de medios más eficaces para, aunque sea por momentos, olvidar sus penas.

En cuanto a mis "excesos" en la mesa, son raros. Dado que de ordinario mi alimentación es excelente y muy variada, puedo prescindir de esos festines que antaño veía en mis sueños. Anoche, de todos modos, me di una comilona con mi ex-colega Gustave. Al infeliz acaso le pesara un poco la cabeza esta mañana, cuando se dirigía al Banco. Yo me quedé en la cama hasta las once, y me levanté fresco y dispuesto. Si algún día me llegara a despertar con esa terrible *gueula linea* de la que Hipócrates habla, nadie se enteraría. Hay faltas que un rentista puede cometer impunemente.

Hoy todo se compra, todo se vende. Los admirables conciertos a los que he asistido no eran gratuitos. Pagando el precio, podría yo encontrar verdaderos eruditos que me ayuden a ver claro en muchas cuestiones de biología, de física o de historia.

Tú sin duda lo vas a entender: en la calle, mi paso es más seguro, por la simple razón de que siempre tengo algunos billetes de banco en mi billetera. No le tengo miedo a lo imprevisto. Y cuando en un café o en un salón me pongo a hablar de política o de moral, también mi voz tiene más firmeza. A igual inteligencia, la opinión de un millonario tiene más peso que la de un pobre.

Invito a cenar, hago regalos. Esto no carece de efecto sobre el juicio que otros se hacen sobre mí: en la mente de los demás

ya no soy el mismo. Y no te digo todo, porque no quiero agravar tu misantropía. Por lo demás, he cambiado realmente. Por ejemplo, cuando se me da la gana, me resulta fácil ser bueno con los desdichados. Llego a sus casas de improviso, y contándoles una historia ingeniosa, logro hacer que acepten un billete de cien francos. He constatado que cien francos caen siempre en el momento oportuno.

Como no me encuentro cansado, ni molesto, ya no soy irritable. Eso me permite hablar con mi mujer y con mis hijos en un tono amable. Por otra parte, mi nuevo departamento es muy amplio, y solo nos reunimos durante ciertos momentos de la jornada. Los pobres que tienen que vivir los unos encima de los otros se pelean cotidianamente.

Debes saber, además, que me encuentran menos feo desde que voy mejor vestido. Y realmente soy menos feo.

Se suele decir: "El tiempo es dinero". Eso únicamente es verdad para los seres dotados de voluntad e inteligencia. Para todo el mundo, en cambio: el dinero es tiempo. Cuando uno es rico puede esperar, puede dudar, puede pensar, *puede cambiar su vida*. Este verano tengo la intención de llevar, durante tres meses, la vida de los vagabundos. Eso a ti no te sería posible. Estás condenado a hacer siempre lo mismo. Un pobre que equivocó su oficio ha cometido un error irreparable.

Escucha, Balthasar: para hacer cualquier cosa se necesita tiempo; uno necesita tiempo para deshacerse de sus malas costumbres; uno necesita tiempo para recuperarse. Si yo lo quisiera, podría consagrar mis muchas horas de ocio a mi perfeccionamiento moral. Mi dinero va a permitirme llegar a ser virtuoso…

Yo estaba tan molesto que no quise oír una palabra más de aquello.

ANIMALES GRANDES Y PEQUEÑOS

No son los animales grandes los que nos amenazan: son los pequeños.

Cuando el Hombre, armado de su terrible inteligencia, hizo su aparición sobre la superficie del globo, el megalosaurus y el diplodocus ya se habían eclipsado prudentemente. En sus paseos encontró enormes paquidermos. Pero bastó que le hiciera al mamut algunos arrumacos para domesticarlo. Es lo que nos enseña Rosny en su admirable libro *La guerra del fuego*. El mamut no tardó en retirarse: se aburría. El elefante, en cambio, sigue correteando alegremente entre las malezas desde hace miles de años. Es mucho más grande que el ser humano y se halla formidablemente armado. No importa. Cuanto más grandes son sus defensas, más difícil le resulta defenderse contra la codicia de los cazadores de marfil. Por lo demás, es profundamente bueno. De todos modos, cuando se encuentra en una cocina en la que hay una vajilla abundante, más vale no hacerle cosquillas en las plantas de los pies. He de añadir que los elefantes son poco numerosos. Mamá elefante no se decide a elefantear sino al cabo de veinte meses de reflexión.

La inofensiva ballena nos provee el corsé con ballenas y el aceite de hígado de bacalao.

Prosigo. Es más fácil desembarazarse de una familia de boas que de una lombriz solitaria que se ha atrincherado en su oscuro refugio. Si en promedio unos cincuenta mil hindúes mueren cada año entre los dientes del tigre, la culpa es únicamente de

ellos mismos: llevan hasta el absurdo los principios rectores de la Sociedad protectora de animales. Eso no impide que los tigres, al igual que los osos blancos, los leones y las panteras, se encuentren casi todos en nuestros dormitorios, donde, completamente aplastados, se han transformado en alfombras al pie de la cama.

Y no digo nada del caballo, de la vaca y del cerdo, cuyas virtudes han aumentado mucho desde que renunciaron a la orgullosa independencia de sus ancestros.

Lo que precede basta para hacer comprender que el hombre es capaz de vencer a todas las grandes bestias. Pero yo no me permitiría, con el mismo desdén, hablar de la rata, el gusano, la langosta, el escarabajo, la mosca, el mosquito, la pulga y el piojo. Estos son peligrosos, puesto que son legión.

Sepan ustedes que existe una liga internacional contra las ratas, las cuales provocan alrededor de quinientos millones anuales de daños. La reputación de la langosta no requiere comentarios; y en nuestras comarcas se ha puesto precio a la cabeza del escarabajo. En cuanto a la polilla, se ha convertido en un símbolo del mal.

Mención aparte merecen las pulgas. Señoritas ancianas, que viven por fuera de este siglo, han logrado amaestrar algunas y uncirlas a carros diminutos. Pero como bestia de tiro, la pulga tiene escaso porvenir. Hay que desconfiar de su primer impulso: es el salto.

No hay nada que iguale la perseverancia con la que salta la pulga. ¿Pero para qué insistir? El Hombre no tiene adversario más peligroso que el bicho minúsculo. Aun si consiguiera reducir a ratas, gusanos, langostas, escarabajos, moscas, chinches y pulgas a la esclavitud, todavía se encontraría en presencia de su enemigo más terrible: el invisible e invencible *microbio*. Este

último posee el genio de la desorganización. El genio de la organización, como ya vimos, no vale mucho más. Pero la bestia que lo posee es muchísimo más grande. Es por eso que seremos capaces de vencerla, mientras que pienso con inquietud en la interminable guerra que el Microbio le dará a la Humanidad.

NOS SALUDAMOS

Mi ancestro, el hombre peludo de la época preolítica… (Aquí me interrumpo para declarar que ignoro completamente el significado de estas palabras: "época preolítica". Pero la escuela, que esparce las luces a granel, ha terminado por desarrollar en el público el gusto por la erudición y los términos científicos. Y yo, en calidad de periodista, me preocupo por estar a la moda.) Decía, entonces: el hombre peludo de la época terciaria debía llevar una existencia feliz. De la mañana a la noche, armado de su formidable garrote de sílex, se paseaba por la selva maternal en la que podía recorrer kilómetros* sin saludar a nadie. Solo se cruzaba con animales grandes y pequeños, rugientes o aulladores, inofensivos o feroces, de los que no tenía que temer el chismorreo. A unos los reventaba a palazos; a otros los domesticaba; y a veces, de noche, volvía a la caverna y le decía a su peluda: "Te traigo un mamut. No muerde. Desde ahora, pondrás en la mesa un cubierto más". Aquellos eran los los buenos tiempos.

* Ya que había kilómetros mucho antes de la invención del sistema métrico [N. de A.].

Los peligros a los que nos exponemos cuando paseamos por la calle son tan grandes como los que amenazaban al hombre primitivo en su floresta llena de misterio. Debemos pensar incesantemente en la bicicleta silenciosa, subrepticia y homicida. El ruido producido por el tranvía que se acerca nos impide oír al que viene en sentido contrario. No es el primer tranvía el que mata; es el segundo. Por último, la prontitud con que los autos cambian de dirección desbarata todos nuestros cálculos. Y el peatón moderno puede ser castigado por portación de armas prohibidas si amenaza con su revólver a uno de sus numerosos enemigos.

Pero lo trágico ocupa poco espacio en nuestra vida ordinaria: lo que la llena son los pequeños estorbos cotidianos. Yo solo quiero hablar de aquellos que estropean mis paseos.

Al pasar por la plaza avizoro, en la otra vereda, a la encantadora señora Bindulack. ¿Qué habría hecho mi ancestro prehistórico en un caso semejante? Habría embestido a la frágil criatura; le habría estampado un magistral puñetazo en la nuca; luego, segundo movimiento, la habría ayudado a levantarse; y ella se habría convertido en su sierva fiel. Pues los tiempos prehistóricos eran aquellos en los que la gente no hacía de todo una historia. Pero yo, refinado y debilitado por siglos de civilización, procedo de manera muy distinta a la de mi venerable antepasado (que me repugna). Yo me pregunto: "¿Debo saludar a la señora Bindulack, o la distancia es demasiado grande?". Y esta indecisión me exaspera. Saludo y no recibo respuesta. Me aplico a conservar un aire indiferente; pero en el fondo, estoy ofendido.

¡En fin! A la señora Belfo la vi demasiado tarde como para saludarla. Cosa que ya me ha sucedido dos o tres veces, y esa arpía sostiene que el lunes lo hice a propósito. No es verdad:

mientras la miraba, estaba pensando en Vercingétorix. Por otra parte, mi vista está disminuyendo. Lo fastidioso es que mañana me encontraré con la señora Belfo en casa de los F. Si esta noche me enterara de que acaba de ser arrestada por espiar para los rusos, me diría: "Eso lo arregla todo".

¡Cuidado! Veo venir al señor Ponthyf. Desde que lo nombraron director de la fábrica federal donde se transforma el queso de Gruyère en gases asfixiantes para los imperios centrales, la ampulosidad con que se alza el sombrero ha mermado y el caballero considera justo que sea yo quien saluda primero. Me las voy a ingeniar para que mi saludo sea menos cortés aún que el suyo… ¡Victoria! La medida ha sido un éxito. Me llevé apresuradamente la mano a la cabeza. Mi gesto desencadenó el suyo. Pero en el último momento detuve mi brazo y me contenté con rozar el ala del fieltro, mientras que el sombrero de copas del personaje se elevaba alrededor de dieciocho centímetros. La próxima vez, para mayor seguridad, me veré súbitamente aquejado de una miopía inverosímil.

Nuevo problema. ¿Es que cometí un error al saludar a la criada de mi nuevo vecino? La conozco muy poco. Y además, ella ocupa un peldaño inferior en la escala social. Pero si somos todos hermanos, esa sirvienta es hermana mía.

Ese sería un argumento decisivo, para mí, si por otra parte no tuviera el vivo deseo de comportarme como lo hace la gente de la alta sociedad. Mi amigo Gaston, que conoce los usos y costumbres, suele burlarse de mis metidas de pata. Así, el otro día me llevó a la casa de Madame T. Y como traté con extremada cortesía a la joven dama que nos abrió la puerta, él furtivamente me dijo: "¡Imbécil! ¡es la doncella de cámara!". Creyó que lo había hecho por error.

En cuanto a ese caballero que avanza hacia mí, se quedará muy sorprendido. No conozco su nombre y él sin duda no sabe quién soy. Jamás nos hemos dirigido la palabra. Ahora bien, sin que sepamos por qué, desde hace diez años nos saludamos muy cortésmente cada vez que nos encontramos. ¡Pues bien!, es una idiotez, y me parece que ya ha durado suficiente. Voy a hacer como si lo viese por primera vez; eso le dará un problema a resolver con el que podrá ocupar su velada.

A ver: ¿para qué pueden servir todos estos sombrerazos? Si no quedara tan lejos, me iría a pasear por la selva virgen.

UN SINCERO

Dado que el poder del Estado se vuelve cada día más grande y más amenazante, habíamos decidido, los amigos y yo, organizar una alegre cena que simbólicamente iba a ser, a pesar de la universal desdicha, una declaración del *egoísmo individual*. (Unos biólogos han demostrado que todo ser vivo al que se le quita su egoísmo se debilita a ojos vistas, y muere en poco tiempo.) Por otra parte teníamos que festejar a nuestra querida Suzanne, que acababa de renunciar –¡por fin!– a la pintura cubista, para consagrarse por entero a la cría intensiva de conejos.

La cena se llevó a cabo. Fue muy abundante, pues cada uno de los comensales había sacrificado de una sola vez su tarjeta de manteca y su tarjeta de quesos. A los postres, le rogamos a

Frédéric que nos hiciera un discurso. Frédéric se levantó y comenzó en estos términos:

"Señoras, señores, criados,

"Debería estar sumamente emocionado, puesto que nunca he hablado ante un público tan inteligente…

(Aquí, nuestra aprobación se expresó por medio de aullidos salvajes. Cada uno emitía su grito preferido. Las voces de las mujeres eran chillonas. Las de los hombres eran más bonitas. Solo los criados sonreían respetuosamente. Al cabo de un minuto y medio, Gustave consintió en detener su mugido obstinado y volvió a hablar el orador:)

"Es como les digo. Hasta el presente, yo solo había tomado la palabra en Congresos, Parlamentos o Asambleas electorales. ¡Pues bien! A pesar de eso, ante ustedes de quienes adivino los pensamientos socarrones, no estoy experimentando ninguna emoción. Si en el silencio impresionante que han hecho a mi alrededor he podido levantarme sin vergüenza ni timidez, es porque estoy decidido a no decirles nada…

(Los gritos de animales, completamente renovados, recomenzaron. Frédéric lo aprovechó para beber una copa de Volnay.)

"Déjenme que me explique. No debo dirigirles sino palabras sinceras. ¡Pues bien! Hoy, eso no me es posible. Por eso prefiero callar.

"Entiéndanme bien. Los diputados, los ministros y todos los actores que se dirigen a la multitud piensan con frases hechas. Sirven a la muchedumbre unas fórmulas a las que está acostumbrada y que ya espera. Ustedes, niños míos, quieren que mis palabras sean la expresión exacta de lo que pienso y de lo que siento *hoy, en este momento*. Tienen mucha razón. Queremos

ser seres vivos, no máquinas. Cuando hablamos con aquellos a quienes amamos, no debemos repetir con una fidelidad mecánica las palabras que ya empleamos y que han quedado en nuestra memoria. Puesto que no somos, hoy, idénticos a los que éramos ayer. Los que viven, como lo ha demostrado Bergson, se renuevan sin cesar. Pero para resistir al automatismo que hará de él una máquina, el individuo debe vigilarse constantemente. Debemos temer, todos, a la fuerza de la costumbre. Es por eso que cada mañana me lavo…

(En este punto hubo ruidosas intervenciones: "¡Yo también!" –"¡Yo también!" –"¡Yo no!" –"¡Los pies!" –"¡Mi bañera!" – "¡Dentífrico!" –"¡Desnudo!"…)

Frédéric gritó:

"¡Imbéciles! Quiero decir que, cada mañana, hago el aseo de mi alma. No es una operación superflua, puesto que cada vez encuentro en mí sentimientos que están muriendo, opiniones que ya comienzan a descamarse y, sobre los trípodes de mi espíritu, flores de retórica que se han marchitado durante la noche. El polvillo moral, las fórmulas que antaño envolvieron un pensamiento argentado, juicios de una rigidez cadavérica: retiro todo lo que huele a muerte. Hago el vacío en mi corazón para que puedan crecer en él amores nuevos; y de la cámara de mi consciencia, quito todos los escombros que podrían estorbar la eclosión de mis pensamientos nuevos, frescos como 'huevos del día'. Pues la fuente de la vida está en mí; y enseguida, después de ese buen barrido, empiezo otra vez a pensar y a amar. En una palabra, *olvido* cada mañana, a fin de no servir a los que amo un plato recalentado, a fin de ser siempre sincero. Olvido a aquellos que me han hecho daño y así, practico el perdón de

las ofensas; y también olvido el nombre de aquellos que me han prestado dinero. Por lo demás eso no tiene ninguna importancia, ya que ellos, en cambio, nunca olvidan.

"¡Pues bien! Hoy me levanté demasiado tarde y tuve que ir apresuradamente a mi trabajo sin haberme lavado. Durante todo el día mi alma ha olido a encierro. Mi espíritu sigue lleno de mis ideas de ayer y mi pensamiento no está lo suficientemente fresco como para que lo entregue a todos ustedes…"

(Frédéric volvió a sentarse. Todos los invitados se le acercaron y reconocieron que, en efecto, olía mal. Para disipar el desagrado general, se hizo servir un Haut-Sauternes 1904.)

NO QUERRÁN IRSE

Un día, mi hijita tallaba torpemente un pedazo de pino por medio de un cuchillo de cocina. Queriendo ayudarla, le dije: "¿Qué quieres hacer con ese trozo de madera?". Ella me respondió: "¡Oh! ya sabes, papá: en esta mundo, uno nunca sabe lo que hace".

Esa niña tenía profunda razón. Entre las manos de un obrero inhábil, un pedazo de madera destinado a convertirse en vaca puede tomar, insensiblemente, la forma de un bote de remos. El hombre no puede calcular las consecuencias de sus acciones. Cuando se casa, no sabe lo que hace; tampoco lo sabe mejor

cuando toma la firme decisión de permanecer soltero. La complejidad de los problemas que debe resolver lo condena a menudo a equivocarse. Esto es verdad sobre todo en el caso del legislador, quien por definición quiere ocuparse de un montón de cosas que no le incumben.

Un acto del Poder central provoca en la masa gelatinosa de la nación una sacudida de la que es imposible prever los lejanos efectos. Seguramente es lo que había comprendido Luis XV cuando dijo: "¡Después de nosotros, el diluvio!". Pero hablemos tan solo de nuestro país. La Patria, que ama a todos sus hijos con el mismo amor (el mismo, con unas pocas salvedades), nos ha dado tarjetas de pan a fin de que la ración sea la misma para todos. Después, al ver nuestro aire satisfecho, repartió equitativamente, mediante el mismo procedimiento ingenioso, la manteca, el azúcar, el arroz, los macarrones, la leche, las grasas y el queso *bouton de culotte*. Por otra parte, en el silencio de sus despachos, ¡ya preparan nuevas tarjetas los funcionarios competentes! Todo esto es excelente. Ahora cada uno de nosotros puede estar casi seguro de obtener, una vez por mes, un trocito de queso para su primera comida.

Pero, ¿y el futuro? ¿Cómo ha considerado el Estado el porvenir? Quiero creer, por la paz de sus almas, que los hombres de Estado son tipos del talante de Luis XV. Pero yo, que soy demasiado escrupuloso para legislar, la otra noche tuve la pesadilla que debería perturbar, con toda lógica, el sueño de esos señores. Antes de acostarme, leyendo el *Bund*, me había enterado de que el número de funcionarios, federales o cantonales, ha aumentado en 98.400 desde el 1° de agosto de 1914. En primer lugar, están los que *piensan*: su tarea es elaborar la lista de materiales cuyo racionamiento tarde o temprano ha de imponerse. Están aquellos que eligen la forma y el color de la tarjeta. Luego vienen

los Ejecutores, cuya utilidad sería nula si no pudieran entregar a los Distribuidores las tarjetas fabricadas.

Pero todo esto no es nada. Es indispensable contar con Inspectores que se dirijan al domicilio de cada ciudadano y le pregunten si no tiene un frasco de grasa escondido en algún rincón. Casi siempre son muy corteses y creen en la palabra del elector. El 1° de julio se abrirá en Berna la *oficina nacional del desperdicio*, cuyos seis mil empleados tendrán a cargo hacer el censo de cortezas de pan que algunos ciudadanos pródigos, acostumbrados al pan fresco, dejan caer detrás de los muebles. En los tiempos que nos toca atravesar, el ahorro es una virtud pública y requiere por lo tanto de Supervisores. A los que ya he nombrado se añaden las Dactilógrafas, los Contables, los Verificadores, los "Palancas" y los "Denegadores". (Estos últimos se encargan de responder secamente a los tímidos reclamos de los humildes.) Por último, están los catorce mil funcionarios a los que deben dirigirse los enfermos que tienen necesidad de un suplemento graso, o de un suplemento de azúcar. Olvido a muchos, y en particular, a aquellos que se ocupan de la importación y la exportación. Para terminar, me contentaré con mencionar el *servicio de diabéticos*, que debe impedir que se entreguen tarjetas de azúcar a enfermos que bien pueden prescindir de ellas. Sabemos perfectamente el uso que les darían.

¡Pues bien! Esto es lo que vi en mi pesadilla: era el 4 de agosto de 1919. La Entente había salido victoriosa y se acababa de firmar la paz. En una calle de Berna, ante el inmenso Palacio donde estaban reunidos, para su Asamblea anual, los 98.400 funcionarios del Racionamiento obligatorio, se había detenido el León popular, soberbio y generoso. Sus largos cabellos dispersos flotaban a merced de los vientos. Abrió las terribles fauces y rugió, con sus ojos fijos en el Palacio: "¡Se me mandan a mudar

ya mismo!". Entonces, todos los funcionarios: las encantadoras dactilógrafas, los viejos políticos en desuso, los gordos y los flacos, los malhumorados y los alegres, se asomaron todos a las ventanas y gritaron con formidable voz: "¡No nos vamos nada, carajo!". Como de costumbre, el León popular consideró prudente retroceder. Por otra parte, el ruido me había despertado.

Comprendí que acababa de tener un sueño profético. Evidentemente no se podrá dejar en la calle a esos 98.400 desgraciados. Ya lo verán ustedes: van a seguir. En un país democrático, el número de funcionarios no disminuye jamás.

EL DESARME UNIVERSAL

Hay casos en que hasta los más convencidos partidarios de la paz se ven obligados a pelear. Por ejemplo, habría sido difícil para Francia, el 1° de agosto de 1914, evitar la guerra. Pero no es de las guerras inevitables de lo que quiero hablar. Pienso en las guerras futuras, que tengo derecho a considerar aún como hipotéticas.

A decir verdad, creo que las Lecciones de la Historia no sirven para nada. La humanidad olvidará bastante pronto los errores que ha cometido y los males que ha sufrido. Los abuelos, a quienes la experiencia ha hecho más sabios, no pueden impedir a los niños hacer las mismas idioteces. Pero quién sabe. El futuro no es de nadie; y yo no escribiría este artículo si en el fondo de mi pensamiento no hubiese una débil esperanza.

Muy pronto el militarismo prusiano será aplastado. Tal como se nos ha dicho, eso permitirá el desarme universal. Entonces reinará la paz en el mundo. Pero para que esa paz sea duradera, no bastará que el presidente Wilson y sus colaboradores vayan a actuar como demócratas sinceros. Será necesario, además, que los pueblos reconozcan la estupidez de ciertas venerables ideas que les han sido inculcadas desde hace siglos.

No son numerosos los individuos cuya inteligencia, ávida, se enriquece y se renueva sin cesar. En general, el hombre no controla en absoluto los fenómenos de su vida interior; y su pensamiento vuelve a pasar con toda naturalidad por los caminos que ya ha recorrido cien veces. En particular, a propósito de la guerra, la gloria militar y el patriotismo, los educadores de la masa machacan con viejas fórmulas cuya absurdidad se hace patente cuando uno piensa en las modernas condiciones de vida. Pues hay verdades que con el tiempo, insensiblemente, se van convirtiendo en mentiras.

En los últimos meses del año 1914, literatos elocuentes, hábiles en el arte de tratar los temas clásicos, nos dijeron que la guerra iba a regenerar a los hombres; y que estos se ennoblecerían recreando el Gesto de los antepasados, el gesto marcial, eternamente hermoso. Parece que llevábamos una existencia demasiado fácil y que nos estábamos reblandeciendo en las delicias de Capua. Evidentemente esos moralistas creían que en los talleres, en las fábricas y en las minas se pasaba el tiempo jugando a las cartas.

Así que la guerra debía producir nuestra renovación moral. ¡Oh, sí, qué bonito! Careciendo ya de toda seguridad, nos hemos puesto a pensar cotidianamente en nuestro condumio. Eso no le ha dado una mayor elevación a nuestro pensamiento. Hubo productores y negociantes inteligentes que comprendieron que

había llegado el momento de vender sus mercancías lo más caro posible a sus bien amados compatriotas. (Pues el encarecimiento de la vida tuvo más de una causa.) Si algunos intermediarios se hicieron con "comisiones" exorbitantes, es por una razón muy fácil de comprender. En fin, en esta guerra murieron los mejores representantes de la raza humana. Nos quedan seres desesperados, mutilados, huérfanos, charlatanes, diplomáticos, ancianos, prudentes y neutrales. Y ya que nos hablan de moralización, yo podría añadir que, para unas personas que se preguntan si la semana que viene seguirán aún con vida, la verdad pierde algo de su prestigio.

En cuanto al gesto del guerrero, es infinitamente menos hermoso que antaño. Cuando se les habla del noble oficio de las armas, los ingenuos solo piensan en Leónidas, en Winkelried, en Rolando y en Bayard. Pero la pura Durandal se está oxidando en un museo histórico. En las guerras futuras, cada uno de los Estados beligerantes sacará provecho de los descubrimientos de sus químicos oficiales; y se puede prever que los gestos de los combatientes quedarán totalmente desprovistos de valor estético.

¡No!, dejemos de ser estúpidos escolares que recitan una lección aprendida. Dejemos de tomarnos en serio a los literatos que admiran de lejos el heroísmo de los guerreros y que dejan escapar prudentemente, en tiempos de paz, cada una de las ocasiones de comportarse con coraje que les ofrece la vida. Ya no nos dejemos fascinar por las estampas de Épinal que nos muestran al Militar a través de las épocas. Durante estos últimos treinta siglos, el Militar ha ejecutado una labor formidable. Tiene bien ganado su reposo. Acostumbrémonos a hablar de nuestra patria y de la ajena conforme a nuestras verdaderas creencias y nuestros verdaderos sentimientos. Entonces compren-

deremos que las grandes carnicerías humanas son de una absurdidad siniestra. Pero solo el desarme de las mentes podrá impedir su retorno.

LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO

Disfrazado de mujer, pude asistir al Congreso secreto que –a pesar de los recientes edictos de policía– celebraron en la noche del 4 de agosto las damas elegantes de nuestra ciudad. ¡Ah! ¡qué bien olía en la cripta donde estábamos sentadas! Y qué linda era la presidenta, quien, desdeñando todo preámbulo, nos dirigió la palabra en estos términos:

"Señoras,

"Todas ustedes han oído hablar de la célebre noche del 4 de agosto, cuando la nobleza francesa, obedeciendo a su natural generosidad, renunció espontáneamente a sus privilegios. Ese ejemplo no se ha perdido. Pero –obligadas estamos a reconocerlo– no ha sido completamente eficaz: en la sociedad moderna todavía existen privilegios. (Asombro en el rostro de mi vecina de la izquierda.) Todavía quedan grandes cosas por hacer. ¡Pues bien! Me gustaría que gracias a la abnegación de todas ustedes, señoras, esta noche del 4 de agosto de 1918, que hemos escogido para nuestro congreso, llegue a ser, en el futuro, tan gloriosa como la otra.

"Me explico. Aunque no formen parte del *Femina-Club*, las mujeres pobres de nuestro país son nuestras hermanas. Y nadie ignora que, por causa de la guerra, su situación se torna cada vez más difícil. No está en nuestro poder suprimir todas las desigualdades sociales. Por lo demás, el sueño de la igualdad absoluta ha sido juzgado por todos los sociólogos como quimérico. Pero si lo deseamos, podremos disminuir la muy comprensible amargura de los desheredados. Piénsenlo: basta con que una mujer pobre se cruce por la calle con una de nosotras para que sienta la gran diferencia que existe entre su vida y la nuestra. Dado que, con demasiada ostentación, con demasiado esplendor, somos las favoritas de la suerte.

"No les pido que renuncien a su vida fácil. Nadie tiene derecho a predicar a los otros una santidad que juzga demasiado ardua para sí, pero podríamos ser felices con más discreción. Podríamos renunciar a los signos exteriores de nuestra fortuna. En definitiva, vengo a pedirles un gran sacrificio: que cada una de nosotras se contente con las gracias que la naturaleza le ha concedido y se vista, mientras dure la guerra, como se visten las pobres…"

En ese punto, un bullicio general interrumpió a la graciosa presidenta. Me puse a observar atentamente a mis compañeras. Muchas de aquellas damas estaban escandalizadas. Sus protestas habrían sido menos violentas si se les hubiese propuesto que en adelante se alimentaran con ascética frugalidad. Solo algunas jóvenes, más lindas que las otras, sonreían. Eran conscientes de su poder y no temían a nada. No pude evitar decirme que la presidenta misma, vestida con andrajos, poseería un encanto terriblemente capcioso.

El tumulto se volvía cada vez más fuerte. Era evidente que la perspectiva del Sacrificio supremo desagradaba a la mayoría. Cuando hubo logrado restablecer el silencio, y visiblemente desanimada, la presidenta dijo: "¿Quién solicita la palabra?". Animado por una repentina audacia, me puse de pie gritando: "¡Yo!". Todas las miradas se volvieron hacia mí. Con una voz que me esmeraba en tornar femenina, comencé con estas palabras:

"Señoras, creo que el discurso de nuestra simpática presidenta no ha sido comprendido. Son las 'apariencias' de la pobreza lo que se nos pide adoptar. Así como algunas mujeres del pueblo llevan diamantes falsos, la extrema simplicidad de nuestra indumentaria sería engañosa. En suma, lo que se nos propone es una nueva moda para el próximo invierno. Un trajecito 'andrajos de Brujas', confeccionado por nuestra más habilidosa costurera, podría ser de lo más gracioso. Me represento también sin el menor desagrado una falda 'deshilachada a la andaluza' y adornada con algunos remiendos de ese encaje fabricado en Bruselas que se llama 'punto inglés'. Por otra parte, comprenderán que si nos decidimos a llevar un vestido agujereado, será simplemente un vestido 'de día'; y si aquí y allá se aprecia alguna mancha, esa mancha habrá sido realizada por uno de nuestros pintores cubistas que están de última moda. Para terminar, sepan que he visto una nueva tela en Bonnard, a 52 francos el metro, cuyo matiz 'gris miseria' es realmente exquisito…"

Tan pronto como guardé silencio, estallaron frenéticos aplausos. Mi vecina de la izquierda, entusiasmada, me pidió permiso para abrazarme. "¿Se dará cuenta de algo?", me preguntaba tur-

bado, cuando la policía antigripal hizo su repentina irrupción en la cripta. No queriendo ser castigado por portación ilegal de falda, me escabullí prestamente.

LOS ESTORNUDOS

No se puede estar hablando siempre de los alemanes.
Así que hablemos de los estornudos.

El estornudo se remonta a la más Alta Antigüedad. Ya los asirios, los fenicios y los caldeos estornudaban. Luego de haber tomado la decisión de cruzar el Rubicón, César estornudó con fuerza. En los manuales de escuela, se remplaza ese estornudo por la fórmula: *Alea jacta est!* Pero hoy sabemos que cada gran personaje del Pasado tenía a su servicio hombres de letras encargados de elaborar sus frases históricas.

El estornudo no es exclusivo del hombre. Los perros y los gatos estornudan. El estornudo del chancho es asqueroso. Cuando el elefante del Zambeze se pone a estornudar, el viajero que se ha demorado en la playa, sintiendo el paso de la muerte, experimenta un escalofrío atroz. Pues al parecer, comparada con esa trompeta, la de Jericó era apenas un clarinete. Los peces no estornudan jamás. Pero la lista completa de los animales que saben estornudar aún no ha sido labrada.

En su clásica obra sobre las "Buenas maneras", la baronesa Staff afirma que un estornudo, aun ruidoso, es menos incon-

veniente que un ligero eructo. Pero censura a las personas que ponen en sus estornudos toda la energía posible. Esto es, por lo demás, peligroso. Así murió mi amigo Melchior. También es peligroso querer forzarse a evitar el estornudo que estaba a punto de producirse. Dicha imprudencia apresuró la partida de mi amigo Gaspard. Al igual que los demás, las personas muy bien educadas tienen que consentir en entregarse a esas manifestaciones sensacionales, de las que por otra parte no son responsables.

El diccionario define de la siguiente manera el estornudo: "Movimiento súbito y convulsivo del diafragma, como resultado del cual se expulsa bruscamente el aire por la nariz y la boca". Esta definición no lo explica todo. ¿Cómo es que, en verano, yo estornudo cuando miro al sol? He ganado más de una apuesta, así, estornudando "a pedido". Los nervios de la nariz juegan seguramente algún papel en el fenómeno.

Que no se jacten aquellos que alguna vez estornudaron veinticuatro veces seguidas. Hace unos veinte años, una revista médica citaba el caso de un enfermo que había estornudado sin parar durante treinta y seis horas. Los estornudos de aquel desdichado se sucedían con seis segundos de intervalo. De manera que fueron alrededor de 21.600. (Hay fortachones delante de los cuales uno se siente pequeño.) El paciente, en sus breves instantes de tregua, tragaba un poco de caldo. Su buen humor persistió, por lo demás, hasta el final: bromeaba con los curiosos que venían a observarlo a través de la puerta entreabierta.

Cuando uno tiene los ojos vendados, reconoce fácilmente el sexo de la persona que estornuda: el hombre estornuda con mucha más autoridad que la mujer.

Un sabio alemán investiga si, colocando en todas las calles unos acumuladores especiales, no se podría recolectar y utilizar toda la energía provista por los transeúntes que estornudan. (Cada uno estaría obligado, so pena de multa, a estornudar en el orificio del aparato.)

Se ha analizado el gas expulsado por un estornudo: no consiste exclusivamente en aire atmosférico; se encuentra en él un poco de hidrógeno. Pero debió haber alguna anomalía muy excepcional en el caso de aquel prisionero alemán aprehendido en 1916 cerca de Verdun y que, al estornudar, proyectaba gases asfixiantes. Fue fusilado como medida preventiva.

El estornudo es internacional: nadie estornuda jamás con acento extranjero.

¿Lo he dicho todo? Uno nunca lo ha dicho todo. Pestalozzi no estornudó jamás.

Un estornudo es una advertencia: anuncia un probable resfrío. Así que puede decirse que un hombre que estornuda vale por dos.

Les dejo la tarea de estudiar la frecuencia de los estornudos en relación con la edad, el sexo, la profesión y la nacionalidad.

Las palabras francesas "*éternuer*", estornudar, y "*éternité*", eternidad, tienen el mismo origen; pero realmente no sé por qué.

NO SEAMOS DEMASIADO INTELIGENTES

La otra noche, como no podía dormir, soñaba al pie de los montes. Para matar el tiempo, intenté representarme la Sociedad futura, tal como la preparan febrilmente los Amigos del progreso. Quedé espantado. Esto es lo que vi:

Desde hacía largo tiempo se habían fundado escuelas en las que los niños no se aburrían y donde contraían para siempre la costumbre del trabajo intelectual. El hombre ya no se parecía en absoluto a la bestia humana de los tiempos primitivos. No había en él ninguna brutalidad y disfrutaba de los placeres del espíritu mucho más profundamente que de todos los demás. Durante sus horas de libertad, no hacía otra cosa que contemplar, admirar, reflexionar y discutir. ¡Pero qué digo! Lo que le gustaba más que ninguna otra cosa, era crear obras de arte y elaborar nuevas teorías filosóficas.

En esa sociedad que pude entrever, pues, todos los ciudadanos tenían una vida intelectual intensa. Tanta exaltación había en la vida interior del individuo que los transeúntes con frecuencia se llevaban por delante los picos de gas del mundo exterior. Por lo demás, fui testigo, en mi sueño profético, de un accidente mucho más grave. Habiendo sacado de su bolsillo la libretita en la que acostumbraba anotar sus geniales pensamientos, el hombre de la Aplanadora dejó sin vigilancia su formidable máquina, que aplastó al mozo de cuadra que se encontraba componiendo una poesía.

En ese mundo mejor, el número de los descontentos era fabuloso. La divisa de los proletarios conscientes era: "¡Tiempo

libre, tiempo libre y más tiempo libre!". Y efectivamente tenían mucho tiempo libre para satisfacer el noble gusto por la meditación que se había desarrollado en ellos. Demasiado refinados, los encargados del trabajo manual ya no ponían sino con profundo desagrado "manos a la obra". Y todo funcionaba mal; ya que, como los hombres trabajaban demasiado poco, había escasez de todo. Los libreros iban a la quiebra unos tras otros; porque, como cada uno de los ciudadanos poseía genio, se interesaban demasiado en sus propias ideas como para conceder mucha atención a las ideas de otros. Además, ya no se podía contar con la estupidez de la muchedumbre; es decir que la sociedad se veía privada del único lazo social que torna posible una "opinión pública" coherente. Por último, y esto era lo más grave, el hombre ya no sabía esperar. Era de preverse. El razonador, que no trata más que con ideas, jamás se encuentra con la resistencia de la materia, y se impacienta cuando constata que sus verdades, demostradas con tanta lógica y de una belleza tan elocuente, no aceleran el curso de las cosas.

Comprendí el error de los Amigos del Progreso. Un hombre muy inteligente es siempre un egoísta que, en la soledad, sabe extraer profundos goces de su cerebro. Es cierto que el fruto de esas meditaciones tiene a veces algún provecho para la comunidad. Pero acaso no sea bueno que los seres muy inteligentes sean numerosos. Para que la humanidad civilizada de hoy continúe viviendo, es preciso que cada año se lleve a cabo una labor abrumadora. Para que haya familias numerosas, es preciso que que haya en algunas mujeres mucha abnegación. No se puede ser madre si se es incapaz de esperar. Solo unos seres cuyo pensamiento está adormecido pueden –en los campos, en las fábricas, en las minas y en otros lugares– hacer durante años la misma tarea monótona y agotadora de la mañana a la noche.

En 1910 se extrajeron del suelo 12.800 millones de quintales de carbón. Y también se necesitan cifras inmensas para expresar en quintales la producción anual de hierro, la de trigo y muchas otras producciones más. Para producir todo aquello que necesita la humanidad actual, algunos cientos de millones de nuestros semejantes deben vivir como bestias de carga. Para que la vida continúe sobre la superficie del globo, es preciso que los seres no sean demasiado refinados. Haciendo de su cerebro un instrumento de placer, el hombre moderno condena tal vez a su raza a una desaparición muy próxima.

La vida se volvería mucho más fácil si empezáramos a amarnos los unos a los otros. Pero al parecer no podemos contar con esta solución del problema; y sin duda ha llegado el momento de plantar, junto a la ruta por donde pasa el Carro del Progreso, unos postes con carteles de advertencia que lleven las palabras: *Aminorar. Peligro.*

EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

Este verano, mientras andaba de paseo, vi en un prado a una mujer muy vieja que cuidaba una vaca. Ese espectáculo perturbó mi espíritu. Que el estúpido cuadrúpedo fuese la cosa preciosa sobre la cual había que velar atentamente, y que la importancia del ser humano se redujera a la de un simple guardián, eso es lo que me chocaba. ¿De modo que la bestia rumiante tenía más valor que la persona pensante? ¿Me habría equivocado

al colocar a mis semejantes muy por encima de los otros representantes del reino animal? Examinémoslo.

Mi ignorancia me impide abordar el lado filosófico o teológico de la cuestión. Por lo tanto, seamos simples.

Lo primero que llama mi atención es esto: si el hombre difiere de los animales, no es por la calidad de sus más nobles sentimientos. Tomemos algunos ejemplos.

Nuestro patriotismo no es más sombrío que el de algunos animales que acometen contra la bestia extranjera que viola su territorio. Conozco cisnes que jamás tolerarán que su lago sea sobrevolado por cisnes sospechosos, venidos del otro lado de la frontera.

Vemos con más frecuencia (por más que sea bastante raro a un perro morir de pena sobre la tumba de su amo) que a un amo acostarse para siempre sobre la cucha vacía de su perro.

En caso de peligro, la hembra del canguro mete a sus crías en su bolsa y se prepara para defenderlas hasta la muerte. Muy poco numerosas son las mujeres que hacen lo mismo que ella.

En cuanto al pelícano, cuando se trata de abnegación, es insuperable.

A riesgo de romperse el cuello, Romeo se alzó hasta el balcón de Julieta. Pero a muchos gatos enamorados les ocurre cada año que quieren recrear el sueño de una noche de verano, pasearse por los canalones poco seguros, situados a veinticinco metros por encima del suelo.

Y no todos los buenos servidores pertenecen a la raza humana. Hay perros guardianes todavía más hoscos que el más hosco de los empleados del correo francés ocupado en proteger el sueño de la Administración contra los inoportunos que vienen a comprar timbres postales.

Por último, Mamá Arenque, como si colocara el interés de la raza muy por encima de las aspiraciones de su endeble corazón, sigue procreando pequeños arenquitos de los que un noventa y nueve por ciento –cosa que ella no ignora– serán hechos "escabeche".

En el dominio intelectual, el hombre recupera todas sus ventajas. No importa lo que haya dicho uno de los más distinguidos profesores de la Universidad de Ginebra, algunos de nuestros semejantes son mucho mejores en matemáticas que los caballos. Ciertos animales son arquitectos de genio, como nosotros. Pero en el arte del ingeniero, yo creo que batimos todos los récords. Ni los más notables túneles excavados por los topos pueden compararse al Saint-Gothard, por ejemplo. (Aquí abro un paréntesis para constatar que los túneles más grandes –el del Mont-Cenis, el Saint-Gothard y el Simplon– vienen de Italia, de donde también nos llegan los mejores macarrones, que son túneles para niños.)

En materia de música vocal, el hombre acaso no sea superior al ruiseñor y a la alondra. Pero el director de orquesta constituye una invención exclusivamente humana.

¿He de hablar también de modales y de urbanidad? En cuanto a las "malas maneras", realmente no sé quién gana. Lo que es seguro –ya lo ha constatado Darwin– es que el ser humano es el único que se mete los dedos en la nariz. El elefante a veces se mete la nariz entre los dedos; pero no es lo mismo.

No por eso el hombre deja de ser, hay quien dirá, el amo de la tierra: ordeña la vaca, despluma la gallina, unce el buey, doma al león, descama el pez, rellena el pavo, descuartiza la rana, ceba a la oca, traga la ostra, aplasta la chinche, bebe el aceite de hígado de bacalao y monta el jamelgo de un salto. Es verdad;

pero como ya he tenido el honor de decir a mis lectores: acaso el hombre será vencido por el bicho pequeño. Ya bastante en problemas está cuando le andan hormigas por las piernas, se le mete la pulga en la oreja o no tiene los patitos en fila.

LA CORTESÍA DEL FUNCIONARIO

Hace algunas semanas, en la calle St-François, una dama me detuvo para rogarme que tuviese a bien poner una vez más mi prosa vengadora al servicio de una noble causa. Yo le respondí:

–Señora, las causas nobles son mi especialidad. Haga el favor de precisar.

–Se trataría de protestar contra la descortesía de los empleados de ciertas Oficinas públicas.

Al principio esta proposición me dejó vacilante. Personalmente, jamás he tenido razones para quejarme de la descortesía de los funcionarios quienes me dirijo en las oficinas en las que me aventuro tímidamente. Pero muy pronto comprendí que mis propias experiencias no prueban nada; puesto que cuando abordo a un ser humano, cualquiera sea, muestro siempre una amabilidad exquisita y desarmante. Por otra parte, esta amenidad no basta en todos los casos. Me acordé de ciertos diálogos entre el Empleado infalible y el trémulo Elector que me habían inspirado una piedad profunda por este último, mi semejante. Es un hecho: hay personas bien educadas que a veces son recibidas en las Oficinas públicas

como simples mortales en un consulado. Examinemos con coraje, pues, esta cuestión.

Para comenzar, declaro que en las disputas que se suscitan entre la Administración y el Público, el error se encuentra de un lado casi con la misma frecuencia que del otro. Todos los hombres están hechos de la misma pasta y de todos cabe alguna queja. Por otra parte, ¿acaso a veces no es el mismo individuo el que, en tal y cual oficina, representa al Estado augusto y, en tal y cual otra, al pueblo soberano? Pues en ciertos momentos de la vida un empleado no es más que un simple particular que se dirige al Servicio cantonal de abastecimiento a fin de solicitar un suplemento de queso para su mujer enferma.

Pero aquí es preciso hacer una distinción. El estado de ánimo de los individuos no es el mismo a un lado y otro de la barricada. De un lado hay un funcionario aureolado de prestigio que habla en nombre del Reglamento o de la Ley. Del otro, un infeliz desarmado, un innoble egoísta, que expresa sus deseos mezquinos y sus esperanzas. Esos dos hombres no hablan el mismo idioma. No se comprenden el uno al otro; y a menudo, escuchándolos, me ha sido imposible adivinar cuál de los dos era el más idiota.

Lo repito, las dactilógrafas, los jefes de oficina, las secretarias, los contables, los copistas y los "palanca" con los que he tenido trato jamás me han hablado en un tono desagradable. De modo que no albergo hacia ellos ningún sentimiento de rencor. Yo querría incluso que esos esclavos del Deber, a los que se encierra durante ocho horas al día en salas que a menudo huelen mal, tuviesen derecho con más frecuencia a ir a revolcarse sobre la hierba junto a los grillos y las vaquitas de San Antonio. No importa: algunos de ellos hacen mal en desairar brutalmente a los azorados infelices que vienen a explicar su caso.

Sí, con mucha frecuencia el ciudadano que se presenta ante cualquiera de las ventanillas de la Administración le parece idiota al funcionario bien entrenado y lleno de desenvoltura a quien le toca responderle. El especialista no comprende que un ser humano pueda hallar complicadas las cosas más simples del mundo. Por ejemplo, le dirá fríamente: "¿No sabe usted leer?". Ahora bien, el cliente sabe leer, escribir y contar perfectamente. Incluso es doctor en filosofía. Pero no ha visto el letrero que lleva estas palabras en letras gruesas: "Para niños expósitos, dirigirse a la ventanilla 14".

El funcionario olvida que tiene sobre nosotros, los azorados, una ventaja inmensa. Desde hace diez años, emplea doscientas veces por día las mismas fórmulas. El local en el que pasa sus jornadas es un pequeño universo que conoce admirablemente. Sabe qué lugar corresponde a cada cosa. Aquí es donde pone siempre el registro verde, allá, el registro negro. Sería capaz de distinguir con los ojos cerrados esa llave, que es la llave de la caja fuerte, de aquella que es la llave de los despachos. Pero yo, en cambio, entro en su Oficina por primera vez; y no estoy acostumbrado a su jerga. Si tuviera que explicarle a este virtuoso cómo se resuelve una ecuación de tercer grado, cosa evidente donde las haya, al cabo de un cuarto de hora yo me diría: "Este es duro de entendedera". Siempre somos el azorado para algún otro.

Todos los empleados de una Oficina que está situada en la plaza de la Palud se partieron de risa como epilépticos, un día, en las narices de una dama que acababa de solicitar sus sábanas. Ahora bien, esas doce sábanas, robadas por un ladrón, vendidas a un revendedor y encontradas por la policía, estaban efectivamente en la Oficina de aquellos alegres funcionarios. Si los funcionarios fuesen muy inteligentes, terminarían por no asombrarse de nada.

Victor Hugo nos ha recomendado no insultar jamás a una mujer que cae. Cómo se nota que él nunca fue inspector de tranvía. Pero no insistamos.

¿Cómo concluir? No les voy a pedir a los privilegiados que viven cómodamente en la tibia atmósfera de las Oficinas que escuchen siempre con una sonrisa amorosa a los gruñones y a los torpes que componen una gran parte del público.

Pero que no desprecien de manera demasiado visible al cliente alterado que se equivoca de ventanilla. Hoy, el Estado vende de todo; y el señor tímido que, tras haber ingresado en el despacho del Juez de instrucción, le solicita a este alto personaje un kilo de mermelada, no necesariamente es un imbécil: tal vez sea un hombre de genio a quien han informado mal.

UN HOMBRE MORAL

Mi amigo Gaspard está empezando a inquietarme. La práctica de la virtud es su preocupación constante; y se volverá presa de la "idea fija" si no logramos interesarlo un poco en los acontecimientos del mundo exterior.

Vino a verme; y ni bien tomó asiento declaró: "¡Después de esta gran guerra, nada habrá cambiado…!".

Lo interrumpí de inmediato:

–¡Permítame! Pero esta guerra habrá producido algunos cambios en Rusia, en Bélgica, en Alemania y, por lo demás, en todos los países.

–Quiero decir que no producirá ningún cambio esencial. No modificará la conducta de los hombres. Sin duda habrá aumentado el precio de las cosas. En todas partes habrá impuestos nuevos y leyes nuevas. Por último, se habrán transformado sensiblemente, aquí y allá, los decorados del escenario sobre el que se agitan esos títeres que somos. Pero cuando la paz haya retornado, el sabor de la vida será el mismo que antes.

–No, Gaspard, no es verdad. Si los alemanes hubieran salido victoriosos; si por ejemplo se hubiesen quedado con Bélgica, la vida tendría un sabor mucho más amargo. Ese acontecimiento habría probado la omnipotencia de los criminales. Pero es la Justicia la que ha triunfado. Y eso es reconfortante.

–Balthasar, usted concede demasiada importancia a lo que dicen los diarios. Desde hace más de cuatro años, los periodistas atraen constantemente nuestra atención sobre lo que pasa en el mundo. "Nos encontramos, dicen, en un punto de inflexión en la Historia. Las consecuencias de esta guerra serán formidables." Y hemos creído con excesiva humildad que los pequeños hechos de nuestra existencia cotidiana estaban desprovistos de interés. Ahora bien, nada es más importante que lo que pasa en el corazón del hombre. Para los hombres de Buena voluntad, no hay Historia. En todas las épocas, el ser moral tiene su propia guerra, siempre la misma y que vuelve a empezar todos los días. Tiene que combatir el Mal que existe en su interior. Lo atormentan más las pequeñas injusticias que él mismo comete sin cesar que las inevitables infamias de los Príncipes.

A ver, Balthasar: ¿qué idea melodramática se hace usted de la Justicia? Desde hace cuatro años, miles de espectadores asisten al duelo entre la Justicia y la iniquidad, como si se tratase de una conmovedora representación teatral. La Justicia no obtendrá

la victoria hasta el día en que reine sobre los corazones y dirija la conducta de los individuos. Después de esta guerra, ¿seremos más justos que antes? He allí la cuestión.

No hay que interesarse demasiado en lo que hacen los grandes personajes de la Historia. En el Drama humano hay Papeles Principales que merecen nuestra admiración y nuestro amor. Está el Artista; está el Poeta; está el Pensador. No tenemos nada mejor que hacer que comprender sus obras y alimentarnos tanto como sea posible de lo que ellos nos aportan. Pero en materia de Justicia, no tenemos por qué eclipsarnos ante las Eminencias, ante las Autoridades. Para practicar la virtud no es necesaria ninguna especialización. En ese dominio, cada uno de nosotros tiene su propia tarea por realizar.

En esta gran guerra, en la que tantos hombres han muerto por la causa del Derecho, millones de no combatientes se han contentado con ser espectadores que anhelan con toda su alma la victoria del Justo. ¿Acaso todo habrá acabado para ellos en cuanto caiga el telón? ¿A qué se verá reducida su vida moral cuando no puedan alimentarla con el heroísmo de los otros?

La guerra no habrá resuelto el gran problema. Yo seguiré dando a mis hijos buenos consejos y algunos malos ejemplos. Conservaré mis malas costumbres; y mi egoísmo hará sufrir a aquellos entre los que vivo. Y para no comprometer mi reposo, me callaré en ciertos casos en los que sería mi deber hablar. La Injusticia será acaso tan frecuente como antes.

–Gaspard, diga lo que diga, se han producido en el mundo, desde 1914, acontecimientos de un interés inmenso. Usted concede una importancia exagerada a los penosos debates que mantiene con su consciencia… En cuando a la humanidad…

–Si solo se tratara de mí –me interrumpió Gaspard–, mi exageración, en efecto, sería grotesca. Pero se trata de la humanidad entera. Si los hombres realmente amaran la Justicia, todos hablarían como acabo de hacerlo yo.

Y con eso, Gaspard estrechó mi mano y se retiró.

BIEN PODRÍAMOS PRESCINDIR

Frédéric tenía la costumbre de beber un vermut antes de la cena. Una noche se dijo: "Si me negara este aperitivo, ¿eso me haría sufrir?". Hizo el experimento y constató que no lo hacía sufrir. A partir de ese día, el vermut ya no ocupó ningún lugar en su vida.

Al día siguiente, Frédéric, tendido en su reposera, se puso a reflexionar: "Sin duda me concedo muchas cosas, pensaba, de las que bien podría prescindir". Precisamente acababa de leer un artículo en el que su autor formulaba unas ideas muy justas sobre los alemanes, la guerra, la justicia y el patriotismo. Ahora bien, su diario le servía estas ideas excelentes dos o tres veces por semana, desde hacía más de cuatro años. Frédéric tomó entonces la resolución de vivir, en adelante, sin leer los diarios. En rigor de verdad, se puede prescindir de ellos.

Para dejar de fumar, tuvo que hacer un esfuerzo. Pero al cabo de tres días, se había desembarazado de su mala costumbre; y al pensar en todas las nuevas victorias que su voluntad iría

obteniendo, experimentaba una profunda alegría. Puesto que tenía menos deseos, se sentía más "libre".

"¿Acaso todas las personas a las que suelo ir a ver son mis amigos? ¡Claro que no!" Dicho esto, Frédéric disminuyó considerablemente el número de sus visitas. Reconoció también que en el curso de la jornada decimos muchas palabras de las que podríamos prescindir; resolvió hablar únicamente en los casos en los que tuviese algo que decir. El silencio en el que se encerró preocupó a su fiel cocinera, que se atrevió a preguntarle: "¿El Señor se encuentra enfermo?". Él respondió: "No, Mélanie, gracias; jamás me he sentido tan fuerte". Por lo demás, muy pronto Mélanie se marchó; pues el Señor había decidido suprimir de su alimentación todo aquello de lo que uno bien puede prescindir.

Cuando se enteró de que su novia había regresado de Inglaterra, Frédéric fue a verla, habiéndose ocupado de dejar sobre la mesa de noche su falso cuello y su corbata, de los que muy bien podía prescindir. Le explicó a su querida Henriette cómo sería su vida en común, en la que no tendrían cabida las cosas inútiles. La dulce Henriette lo escuchó sonriendo; cuando Frédéric partió, ella le dio a besar su mano. E inmediatamente después de su partida, le escribió esta breve esquela: "Querido Frédéric, hay en sus principios verdadera grandeza. Lleve su idea hasta el final. Innumerables experiencias demuestran que bien puede un hombre prescindir de esposa. No volveremos a vernos nunca más. Adiós. Su ya consolada Henriette".

Tras haber leído estas líneas, Frédéric estornudó; ya que en ese momento no habría podido prescindir de hacerlo. Y se dijo con orgullo que iba a seguir avanzando por el camino de la lógica.

Sus gastos habían disminuido mucho y tenía demasiado dinero; pero no entregó el excedente a sus contemporáneos, pues estos habían demostrado que podían prescindir de él.

Su sabiduría aumentaba sin cesar. Fue abandonado por su último amigo el día en que tuvo la idea de acortar las bocamangas de sus pantalones. A fuerza de simplificar su indumentaria, acabó por atraer la atención de los perros de su barrio, que a su paso se ponían a ladrar.

Un gran vacío se había hecho en su interior, pues había conseguido desembarazar a su espíritu de todas las nimiedades que apasionan a los hombres. "No hay que pelar la cebolla hasta el final", dice un proverbio escandinavo. Por último comprendió Frédéric que bien puede uno prescindir de la vida; y se fue.

Nos deja el ejemplo de un individuo enérgico que supo adecuar su conducta a sus ideas; pero de este ejemplo, bien podríamos haber prescindido.

Y yo habría podido muy bien prescindir de contarles esta historia, pero no soy de la misma clase de tipo que Frédéric.

PUNTOS DE VISTA

Los juicios que albergan los hombres sobre sus semejantes serán siempre incompletos y contradictorios. La diversidad de opiniones, en este dominio, proviene de múltiples causas. Indicaré solo una: aquellos que nos juzgan no están todos

situados en el mismo "punto de vista"; no ven todos el mismo aspecto de nuestra persona moral o física.

El amable peluquero que consiente en lavarnos periódicamente la cabeza nos ve desde arriba. Tal y cual pensador de mirada inteligente y sonrisa ingeniosa acaso tenga un occipucio de imbécil. Pues para su peluquero, que ha hecho miles de observaciones sobre los cueros cabelludos y las cajas craneanas, cada occipucio posee una fisionomía característica. Y este especialista sin duda incluye en la categoría de las "cabezas podridas" aquellas cuya forma irregular vuelve más difícil hacerles el "champú".

Para él, como para los antiguos filósofos griegos, la forma perfecta es la forma esférica.

El juicio del dentista es menos superficial que el del peluquero. Su mirada es más penetrante; es, junto con el cirujano, uno de los raros observadores que "ven dentro de nosotros". Es al desollado humano, en cierto modo, lo que tiene ante sus ojos mientras trabaja.

Un día me dijo mi dentista: "Hemos inventado el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica y el cine; pero créame: el 'fondo' del hombre no cambia". Yo le creí. Es un psicólogo a quien nada se le escapa: nos ve hasta más allá de la campanilla.

Signo particular: el dentista no cree en la hipocresía humana. Se entiende: jamás ha visto una de esas bocas que hoy dicen "frío" y mañana "caliente". Constantemente se inclina sobre una inmensa boca que expira calor.

Los fotógrafos no están de acuerdo con los dentistas. Estos bienhechores profesionales que se las ingenian para retardar la ruina de nuestros dientes negros, amarillos o azules ven al hombre tal cual es. Los fotógrafos en cambio lo ven tal como querría ser. En efecto, el lamentable fantoche que viene a sentarse

delante de su objetivo aspira siempre a tener un aire distinguido, una expresión inteligente o una actitud marcial. A veces el operador es un humorista que dice imperiosamente a su paciente: "¡Sonría!". Luego presiona un botón. "¡Uno, dos, tres!" ¡La sonrisa ha sido captada! De ahora en más, metido en un marco encima de un piano, el desdichado le sonreirá de manera permanente y estúpida a la mucama que vendrá cada mañana a desempolvar los muebles del salón.

Eso me hace pensar en Coso, el actor de moda, para quien la humanidad es una platea de esferas blancas que sonríen aleladas.

Lo que impresiona más que cualquier otra cosa al hombre que, durante la guerra, vende de la mañana a la noche boletos de tren detrás de su ventanilla, es la banalidad de las palabras humanas. Constantemente tiene ante sus narices a unos seres curvados, de los que no percibe más que el rostro y las manos y que, con escasas variantes, le dicen todos lo mismo.

El médico merecerá, algún día, un estudio aparte. Ese sí que sabe, mejor que nadie, lo que realmente importa para nosotros.

También habrá que examinar con cuidado el caso del juez de instrucción que, si un acusado es inocente, lo encuentra "sospechoso".

En la libreta de un pedicuro encontré esta fórmula lapidaria: "Los pies siempre son menos elegantes que los zapatos". Por otra parte, es cosa constatada: todos los pedicuros son pesimistas.

El carácter muy especial de su horizonte sin duda prohíbe al amputado de los miembros inferiores tener vastos pensamientos. Él también es un desengañado. Sabe que la humanidad se compone esencialmente de pies. ¡Y cuando uno ve el pie, ay, la pierna se adivina!

YO, LA MILMILLONÉSIMA PARTE…

Especialistas que saben contar afirman que el número de los humanos es superior a mil seiscientos millones. Al placer de enmendar ese censo total, prefiero la dulzura de creer. De modo que no represento más que la milmillonésima parte de la humanidad. Dicho de otro modo, la fracción de humanidad que constituye mi querido "yo" comienza con las cifras:

0,000,000,000

Después de estas cifras, felizmente vienen otras. Da igual: hay demasiados ceros en la fracción decimal que he comenzado a escribir. Eso me deprime. No había intentado nunca, hasta este día, evaluar la importancia exacta del papel que juego aquí abajo; ¡qué golpe! ¡Y decir que durante años me he aplicado a propagar mis ideas para apresurar la venida de los Nuevos Tiempos! Ya me parecía que los efectos de mi propaganda eran difíciles de percibir. De ahora en adelante, mi falta de éxito ya no me sorprenderá. Decididamente, aquellos a quienes se trata de agitar son demasiado numerosos. Y después de todo, ¿acaso la resistencia que me oponen no es legítima? ¿Cada uno de mis semejantes no tiene, igual que yo, gustos, creencias y principios que defender?

¿Pero qué digo? Hace un momento cometí un error grosero al expresar mi valor personal con una cifra. Los representantes de la raza humana no son todos equivalentes. Aquellos que han hecho el censo de la población del globo contaron todas las cabezas sin preocuparse por lo que estas contienen. Se toma-

ron en serio a unos críos informes que todavía no saben decir: ba-be-bi-bo-bu. Yo sí que sé decir ba-be-bi-bo-bu a la perfección, para adelante y para atrás. También se ha hecho figurar en el total en el total a los macacos perfumados, a los negros, a los pachás gelatinosos y somnolientos, a los mercaderes de cacahuetes, a los amputados con rueditas, a los jugadores de loto, a los forzados, a los alienados, a las viejas duquesas maquilladas e inútiles, a los emperadores en fuga, a la mujer barbuda, a los pedantes, a mi insoportable ayuda de cámara y a esos industriales atroces que fabrican aceite de nuez con escarabajos. Y omito a algunos que, por cortesía, no voy a nombrar. Quedé ahogado entre todas esas lastimosas unidades. Ahora bien, yo tengo diplomas; escribo en los diarios y mis discursos se reproducen en tiradas de treinta y seis mil ejemplares. En una palabra, soy uno de aquellos que alumbran la Consciencia moderna. ¿Sería equitativo que no se me acordara más importancia que a cualquiera de los susodichos bípedos?

No me digan que sobre la tierra hay hombres cuya utilidad, en cambio, es mucho menos hipotética que la mía. No me digan que sería más difícil prescindir del campesino, del panadero, del minero y de algunos otros trabajadores silenciosos, que de mí. Díganme todo lo que quieran, pero eso no: porque empezaría a creer que ni siquiera represento la milmillonésima parte de la humanidad; y ese pensamiento me sería funesto. Si no me hiciera una idea exagerada de mi valor, de mi importancia y de mis "derechos", me desmoralizaría.

Durante estos últimos años, se ha hablado mucho del imperialismo. Observemos, a este respecto, que cada uno de nosotros es un imperialista que, más o menos tímidamente, más o menos hábilmente, más o menos brutalmente, intenta extender su zona de influencia en el mundo. De un individuo a otro, solo

difieren los procedimientos. Está el que pega. Y está aquel ser débil y pacífico que, con su sonrisa o sus discursos conciliadores, se esfuerza por desarmar al adversario.

Seamos equitativos; pero no lo seamos demasiado. Sepamos, por momentos, ignorar los "derechos" de los otros. Si renunciáramos completamente a nuestro imperialismo orgánico, a nuestro "egoísmo sagrado", renunciaríamos al mismo tiempo a la lucha y a la vida.

Cuando mi última hora haya sonado, seré justo; ya no tendré ninguna ambición; me haré una idea exacta de mi importancia y hasta consentiré, si alguien guía mi mano temblorosa, en agregar algunos ceros a los que, en "mi" fracción decimal, preceden a la primera cifra significativa.

PROTESTO

El otro día, uno de mis ingeniosos colegas formuló un severo juicio sobre el barómetro. No ha de tomarme ojeriza si digo que sus críticas me parecen injustificadas.

De manera más general, querría responder a las personas que se sienten inclinadas a considerar que todo va mal.

Y para empezar, las cosas de las que nos servimos están condenadas al mutismo eterno. No pueden defenderse cuando un brillante periodista se burla de ellas. Convertirlas en objeto de escarnio es obtener, por ende, una victoria demasiado fácil sobre ellas.

Y además, ¿es que tienen tantos defectos? En cuanto a mí, todos los días reconozco su gran utilidad. El barómetro hace lo que puede. Sin duda no siempre está a la altura de las circunstancias. Pero en cada momento está a la altura en la que debe hallarse. Muy sensible, indica hasta las más mínima variación de la presión atmosférica; y no es culpa suya si a veces los hombres dan a esas variaciones una significación que no poseen.

La del termómetro es una conducta ejemplar: asciende cuando la temperatura se eleva y, en el caso contrario, desciende.

Me siento satisfecho, asimismo, con mi molinillo de café. Cuando confío a su cuidado mi excelente mezcla "Moka-Java" y doy vueltas a la manivela con perseverancia, es café molido lo que hallo en el cajoncito de este instrumento, y no yeso triturado.

A menudo me encuentro con gente que se queja de los tranvías. Dicen: "El tranvía nunca está allí cuando uno necesita tomarlo". Protesto contra esa acusación. El tranvía no puede complacer a todo el mundo al mismo tiempo. Si estuviese allí en el momento en que yo lo necesito, provocaría el malhumor de Bolomey, que lo espera en el otro extremo de la avenida.

Lo certifico: muy frecuentemente veo cuchillos que cortan, relojes que funcionan bien, fósforos que se encienden cuando uno los frota y sillas que resisten cuando uno se les sienta encima. En una época en la que la humanidad nos ofrece un espectáculo tan inquietante, sepamos ver el lado bueno de las "cosas".

LA VOLUNTAD DE LOS PUEBLOS

No quiero decir nada subversivo. Tengo muy desarrollado el sentimiento de mi propia ignorancia como para osar criticar las decisiones de los hombres de Estado que están poniendo un poco de orden en el mundo. (La cosa avanza lentamente pero, al parecer, avanza.) Es por eso que el otro día acallé las protestas de mi débil corazón después de haber leído, sobre el abdomen de un vendedor de diarios, estas palabras categóricas: "Se mantendrá en Europa el servicio militar obligatorio".

Nos habían dicho que la victoria del Derecho sobre la Fuerza permitiría el desarme universal. Pero cuando pienso en mis enemigos hereditarios: mi jefe de oficina, mi ayuda de cámara, mi cocinera y el perro de mi vecino, cuando pienso en todo lo que amenaza a los seres pacíficos, comprendo que desarmarse es de lo más imprudente. Obedeceré con profundo respeto, pues, a los plenipotenciarios que tienen la tarea de volver a poner sobre la vía del Progreso a los pueblos descarriados. Pero hay una observación que no quiero dejar de hacer. Los especialistas que "en el seno de las comisiones" preparan la dicha de la humanidad no se han preocupado por conocer nuestras tímidas desiderata. Yo consulté a mi lavandera, a mi cartero, al profesor de flauta de mi hijo, a mi proveedor de leña, a mi farmacéutico, a mi pedicuro y al Hombre del gas: ninguno de estos "interesados" había recibido un cuestionario a completar, ninguno de ellos había atendido una llamada telefónica del señor Clemenceau. Rogué a mis amigos que hicieran la misma encuesta en sus respectivos entornos; todos obtuvieron la misma respuesta negativa.

Así, la cuestión de si los pueblos deben reanudar sus grandes preparativos con miras a guerras futuras fue zanjada por una docena y media de legisladores mundiales que han creído que era su deber ignorar los deseos de esos seres sentimentales de los que se componen las multitudes. Pero podemos tenerles confianza, porque, como dijo Courteline: "No son hombres, son Señores".

UNA POBRE MUJER

En el discurso que el ministro Orlando dirigió a la población romana el 26 de abril [1919], hay un pasaje que me sigue produciendo profunda impresión, y es este:

"En la frontera, una pobre mujer de luto, que había perdido a uno de sus hijos en la guerra y que tenía a otro más en el ejército, me dijo: 'Yo estoy con usted'."

Nunca he reflexionado mucho sobre los "derechos históricos" que pueda tener Italia sobre la costa dálmata. A ese respecto, los hombres de Estado de la península están infinitamente mejor informados que yo. Soy, por lo demás, un espíritu respetuoso; y creo todo lo que dicen los buenos libros, esos que están avalados por el gobierno. Por ejemplo, yo no elevo mi pacifismo a la altura de un principio. Sé que es, en mí, el signo

de una tara fisiológica. Porque antaño viví en Capua, ciudad tibia y perfumada, donde perdí las virtudes marciales que me venían de mis antepasados. Ya que los escritores oficiales de todos los países afirman que la gloria militar es la única que puede brindar a un pueblo el sentimiento de su grandeza y algo de dignidad, yo les creo. Pero pienso en esa pobre mujer que perdió en la guerra a uno de sus hijos y se expone a perder a un segundo. ¿Sabe ella dónde queda la costa dálmata? Tengo mis dudas. No es seguro que se haga una idea muy clara de los intereses vitales de Italia. Lo que puede saber ella del glorioso pasado de la patria y de los deberes actuales del gobierno le fue enseñado por pedagogos y periodistas. Pero hay una cosa en la que debe creer con más fuerza que en la luz del día. Ella no puede dudar de la inmensa felicidad que experimenta una madre al estrechar entre sus brazos a un hijo que ha escapado de la muerte.

Decididamente las mujeres olvidan demasiado que su tarea, diferente de la de los hombres, es tan noble como la de estos. La educación "nacional" hace progresos inquietantes. ¿Qué será de las madres cuando el amor maternal ya no sea su instinto más profundo? ¿Muy pronto habrá que ponerse a enseñarles de vuelta el "sagrado egoísmo"?

UN MUNDO COMPLICADO

Hace diez mil años, por los tiempos de nuestros ancestros prehistóricos, uno no veía como hoy, detrás de las vitrinas de las librerías, unos libros intitulados: *Lo que toda mujer de cuarenta y cinco años debería saber*. Esto no se debe únicamente al hecho de que por aquel entonces no existían ni libros ni librerías. Mucho antes de la edad de cuarenta y cinco años, los salvajes de los que hablo, damas o caballeros, sabían todo lo que debían saber: nada más y nada menos.

Acaso los etnólogos se hagan del hombre primitivo una idea diferente de la mía. Me tiene absolutamente sin cuidado. Que cada quien se ocupe de su oficio: zapatero a tus zapatos.

Lo que digo, entonces, es que el salvaje salía desde muy joven a cazar y a pescar. Un olfato admirable le permitía distinguir los hongos venenosos de los hongos comestibles y a las bestias peligrosas de las inofensivas. Para él, todo bípedo humano que llevara un atuendo diferente del traje nacional –tres plumas de gallo, un calzón de baño y un collar de coral– era un extranjero y, por consiguiente, un enemigo. Cuando veía a uno aparecer, oía la clara voz de su consciencia que le decía: "Puedes matar tranquilamente a ese hombre". A la edad de quince años, él mismo era capaz de fabricar sus armas y de reparar su calzón de baño.

Durante toda su vida, tenía una moral simple y fácil de practicar: actuar conforme a la costumbre de los antepasados. Aquellos entre quienes vivía eran realmente sus semejantes, puesto que todos hacían lo mismo que él. Por último, cuando partía a la guerra, sabía por qué: el enemigo hereditario había robado

una mujer de la tribu, o tal vez le había birlado al Hechicero su hueso de pierna de cordero ritual.

De modo que en aquellos tiempos remotos, el hombre gozaba de una excelente salud intelectual; conocía la paz del alma; comprendía todo, por la sencilla razón de que no se planteaba problemas inútiles.

Hoy, tomada en su conjunto, la humanidad es mucho más rica, material e intelectualmente, que hace 10.000 años. Pero por eso mismo, el individuo vive en un mundo muy complicado, del que no comprende gran cosa. Debido a que se le han enseñado demasiadas reglas, a que tiene demasiadas nociones, se ha vuelto vacilante: padece el incordio de tener que decidir. Y además, su inteligencia ya no le permite resolver las cuestiones que más importancia tienen para él. Debe apelar constantemente a especialistas que, si paga el precio, le procurarán lo que necesita. Es incapaz de fabricarse él mismo su revólver, su piano, sus soquetes y su macarrones. Ya no sabe reparar su calzón de baño; y debe llevar su cabeza a un peluquero para que este se la lave. Mientras pasea, ve en las vidrieras de las tiendas instrumentos extraños de los que no conoce ni el nombre ni el modo de empleo. Los miembros de su tribu se dedican a trabajos de los que él no consigue hacerse la menor idea. Cada día oye hablar del estado de la Bolsa, de la política extranjera, de la democracia, de la electricidad; y es apenas lo suficientemente inteligente para reconocer que todo eso le es de lo más oscuro. Lo engaña la uniformidad de los trajes; y puede ocurrirle que aprecie tanto a un hombre de la tribu vecina como a sus compatriotas. Y además, cuando estalla la guerra, es por razones que los especialistas de la diplomacia no les explican claramente a los que van a morir.

Queremos que los escolares conozcan todas las ideas morales que circulan desde hace diez mil años en el mundo. Y tal vez un día constaten, ante los tribunales, que siempre han estado engañados en su manera de concebir la honestidad y la justicia.

Somos más ignorantes que los salvajes de hace diez mil años. Pero eso no nos molesta, ya que en todas nuestras andanzas seguimos caminos bordeados por numerosos postes indicadores. Y además estamos satisfechos, porque sabemos componer frases acerca de todas las cosas.

LA UTILIZACIÓN DE LOS ANCIANOS

En los países cristianos, en el año 1918 de la era cristiana, de tanto en tanto uno puede ver todavía, al costado de los caminos, a ancianos que pican piedras de la mañana a la noche. Se les paga "por metro cúbico" y no "por hora", pues la pereza humana no es un mito.

No soy un fanático de la fraternidad. Soy uno de los noventa y tres moralistas lausaneses que, con solo que se les insistiera un poco, consentirían en formar parte de la brillante clase de los ociosos. Dicho de otro modo, mi Consciencia, a la que he regañado a menudo con energía, ya no me hace sentir sus picotazos de advertencia cuando descuido durante un tiempo demasiado largo mis deberes para con mis hermanos. Pero continúa vigilándome, y yo no puedo evitar la Mirada de su Ojo sardónico

cuando, para justificar los privilegios de los que gozo en la sociedad, alego mis propios méritos. Jamás he logrado hacer que se tome mis méritos en serio. Y el otro día, mientras pasaba en el auto del barón Dislati por delante de un viejo picapedrero que sufría mucho del calor, experimenté un ligero malestar: el Ojo me miraba.

Mi consciencia debió haberme dejado tranquilo, pues en ese momento yo estaba trabajando: le enseñaba inglés a un barón rico, atlético y obtuso. Ella acaso quería atraer mi atención sobre el hecho de que la colectividad a la que pertenezco es poco generosa para con aquellos que, desde la edad de quince años y durante medio siglo, han hecho por ella todas las tareas ingratas.

Aquí, oigo las objeciones de las gentes razonables. Dicen: "Aquel que a la edad de sesenta y cinco años se ve reducido a picar piedras al costado del camino, seguramente no ha vivido como habría debido vivir. Ha sido imprevisor. Si desde sus veinte años hubiese ahorrado dos francos por día y si al final de cada año hubiese colocado los 730 francos resultantes a un interés compuesto del cuatro por ciento (sin tener en cuenta los años bisiestos), poseería, cuando sonara para él la sesentena, la bonita suma de 69.342 francos con 70 centavos. Pero él no quiso renunciar a su tabaco ni a su botellita. El sábado de noche, iba a ver una película. Y seguramente cometió muchas otras faltas. Sin embargo, sabía muy bien que un día llegaría la vejez".

Así es como hablan los Justos, que quieren que el vicio sea castigado y la virtud recompensada. Yo, en cambio, no tengo derecho a ser severo con los viejos picapedreros; pues también soy de los que no han vivido como habrían debido vivir. Incluso he de decir que tengo estima por el hombre que, a los sesenta y cinco años, todavía es capaz de romper piedras durante siete u

ocho horas por día. Porque ese ha resistido a muchas tentaciones y conquistado muchas victorias. ¡Ojalá todos podamos "aguantar" tanto tiempo como él!

Y además, hay que preverlo todo: el nieto del hijo de ese hombre tal vez le haga a la humanidad un regalo hermoso. No es posible que la colectividad calcule con exactitud lo que le debe a uno de sus miembros que ha trabajado cincuenta años sin parar. Se expone por lo tanto a robarle, al escatimar demasiado en su salario. El medio más seguro para ser justo es ser generoso.

La sociedad moderna, tan pródiga y lujosa en ciertos sentidos, muestra todavía una vergonzosa mezquindad en la manera en que utiliza "los restos". ¿Acaso somos decididamente demasiado pobres para permitir que los ancianos reposen antes del momento en que ya estén "vaciados de toda substancia explotable", como dice Léon Frapié?

La pena cotidiana de los hombres será menos amarga cuando cada uno de ellos pueda esperar algunos años de tranquila vejez a fin de contemplar el maravilloso decorado de la vida.

Pueda yo sentarme en la cima de mis días
Y contemplar la vida exenta al fin de pruebas,
Como vemos, desde lo alto de las montañas,
Los tortuosos meandros de ríos y carreteras.[10]

LOS DISCURSOS

Para Briscard, el día de gloria había llegado. A las nueve y media de la mañana debía comenzar la ceremonia organizada en su honor. Pues desde hacía cuarenta años este ilustre sabio enseñaba Estadística integral y comparada a los estudiantes de nuestra Facultad de derecho.

Briscard tenía admiradores en el mundo entero, y hasta sus conciudadanos menos cultivados conocían su nombre. A las nueve y cuarto, la gran sala del teatro, que había sido alquilada para la circunstancia, ya estaba colmada de invitados. Toda la Lausana pensante estaba allí. Yo me había instalado en el fondo, en los palcos frontales, contra la pared, junto a la puerta de la evasión. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Instruido por la experiencia, me había metido en los bolsillos tres sándwiches (ternera, jamón, manteca y mostaza) y una botellita de Oporto.

El gran hombre fue recibido con largas aclamaciones. Daba la impresión de encontrar aquello muy natural. Me habría gustado que dejara trasuntar un poco de emoción. "Tal vez se emocione cuando tome la palabra, me dije. Esperemos." El señor consejero de Estado fue el primero en hablar. Su discurso, que duró tan solo dieciocho minutos, causó en el público una buena impresión. Cuando todavía crepitaban los últimos aplausos, mi vecina se volvió hacia mí y me preguntó, con un fuerte acento meridional: "¿El señor Briscardo va a responder ahora?". Yo le dije: "Madame, en nuestro país no nos apuramos tanto. Si viene usted de lejos, verá su inversión recompensada". Pero para mis adentros pensaba: "¡Pobrecita! ¡Esperemos que haya tenido un almuerzo abundante!".

El segundo discurso, más largo, fue pronunciado por el representante de la Municipalidad, que se vio obligado a repetir lo que había dicho su predecesor. Como me mantuve muy atento, me sentía capaz de dar una conferencia de un cuarto de hora sobre nuestro Briscard nacional. Esta costumbre de decir dos veces lo mismo decididamente tiene sus ventajas. Desgraciadamente fue el rector de la Universidad quien habló en mi lugar. Le bastó con media hora para recordarnos todo lo que habían dicho los dos primeros oradores. Cuando llegó el turno del decano de la Facultad de derecho, ataqué mi primer sándwich. Ese Oporto era admirable. El delegado de la Universidad de Ginebra, que no había sido advertido, utilizó algunas expresiones de las que ya se habían servido los otros. Por lo demás su discurso fue excelente; pero no me di cuenta hasta el día siguiente, al leerlo; porque a partir del quinto, los discursos se suceden y se parecen.

Me comí el segundo sándwich mientras otros dos señores decían palabras monótonas. Briscard, confortablemente sentado al lado del rector, tenía un aire muy satisfecho. Él habría querido que aquello durara para siempre. Cada uno de los oradores me recordaba que la estadística es una "ciencia árida", lo cual me obligaba a tragar frecuentes sorbos de Oporto.

Eran las doce y media del mediodía. Algunos invitados se iban tímidamente. Yo ya no oía más que jirones de discursos. "…La Universidad de Lisboa no ha querido dejar pasar este día…" ¿Por qué no querer dejarlo pasar? Aunque requiera veinticuatro horas, este día pasará, como los otros. "… Permítanme hacer un poco de estadística…" Le permito, puesto que todavía me queda un sándwich. Alguien habló otra vez en nombre del "Coro de hombres", del que Briscard había formado parte alguna vez; en nombre de los Ex alumnos; en nombre de

Estocolmo, de París, de Oxford y de Vuitebœuf. Es en Vuitebœuf donde nació Briscard. Dado que puede ocurrir que un gran hombre surja de un agujero pequeño. El síndico de la encantadora localidad estaba tan emocionado que después de haber dicho: "La población vuitebovina en su totalidad reivindica a uno de los suyos…", no pudo continuar. ¡Basta! ¿A quién de los señores le toca?

Debajo de la butaca de mi vecina había un charquito. Al parecer, era una doctora de Montevideo que quería oír a toda costa la respuesta de nuestro gran Briscardón. Mi vecino de la derecha me dijo: "Ya pasaron catorce".

Las graderías del fondo se iban vaciando; eran las dos y doce. Briscard acababa de sacar de su bolsillo un grueso manuscrito. El rector avanzó hasta el borde del proscenio y dijo: "Como ya es tarde, el señor delegado de Montevideo renuncia a…". Tormenta de aplausos. Todo el mundo se levanta. Se mandan a mudar. "Otro poco de paciencia, señoras y señores. Aquel a quien hoy celebramos querría agradecerles…" ¡No hay de qué! Los asientos plegables y las puertas se ponen a chirriar furiosamente. En los corredores hay un ruido infernal: es la Bestia humana, que se retira a comer.

En el guardarropas había tres mujeres desmayadas a quienes les estaban dando a respirar sales. Innumerables bocas dejaban escapar la suprema palabra que expresa el hastío de las almas saturadas. Ese día, algunos amigos y yo fundamos la liga de los N.M.D.D.D., cuya fórmula explícita es: "No más de doce discursos" al hilo.

EN SANTA HELENA

A comienzos del mes de julio del año 1912, Alfred nos obsequió generosamente, a Maxime y a mí, un viaje (de ida y vuelta) a Santa Helena. Al principio protestamos: "¿Qué tenemos que ir a hacer en esa isla lejana? Mejor llévanos a España. Te va a costar menos caro". Pero nuestro amigo nos explicó que su abuelo, fallecido en los parajes inmediatos a la isla, a bordo de un paquebote que lo llevaba de vuelta a Europa, había sido enterrado allí.

–Me deja un centenar de miles de francos. Pero hay una cláusula de su testamento (un poco barroco) que me obliga a mantener su tumba. Le voy a llevar una corona.

–¡Pobrecito! Tus flores van a estar marchitas cuando lleguemos.

–Pero no; pienso comprar flores artificiales.

Ya no había por qué dudar. El 12 de julio partimos de Liverpool; y tres semanas más tarde nuestro navío ingresaba en el puerto de Jamestown. La travesía había sido excelente: jugamos todo el tiempo al bridge, bebiendo bebidas heladas con pajita.

Al acercarnos a la pequeña ciudad, vimos contra los muros del muelle, escritas en letras inmensas, estas dos palabras que nos recordaron la patria ausente:

CHOCOLAT CAILLER

Toda persona civilizada que desembarca en la isla de Santa Helena piensa, antes que nada, en comprar tarjetas postales ilustradas y en enviárselas a los amigos que han quedado en Europa.

Es lo que hicimos. Alfred enseguida nos dijo: "Vamos a llevar la corona al cementerio y ponernos de acuerdo con el jardinero. Después de eso, podremos retomar nuestro bridge".

La parte del cementerio de Jamestown reservada a los extranjeros muertos a bordo de paquebotes está muy descuidada. El guardián-jardinero-marmolista que se ocupa de ella ha de pensar, con toda razón, que no recibirá con mucha frecuencia la visita de parientes de esos difuntos. Lo cierto es que nuestras preguntas pusieron visiblemente incómodo a ese hombre astuto. No sin vacilaciones reconoció la tumba del abuelo, que, invadida por las ortigas, tenía un sorprendente parecido con las tumbas vecinas. Entonces Alfred le dijo con severidad: "¡No! Yo siento que no es esa". Se le mostró una segunda que también le pareció sospechosa; y no depositó su corona sino en la tercera. Al partir, le dio al guardián quinientos francos por una lápida; reclamó un recibo y añadió: "Volveré dentro de seis meses".

Para seguir con nuestro bridge, entramos en el "Restaurant del Emperador", donde comenzamos a almorzar. La comida era tan mala que nos puso de humor sombrío. Pero felizmente el mozo que nos servía nos preguntó si partiríamos dentro de una hora. Así nos enteramos de que había un navío a punto de zarpar. Esa sí que era suerte. Maxime, que hasta el momento no había dicho nada, articuló estas palabras: "Haremos nuestro bridge cuando estemos a bordo". Y Alfred agregó: "¡Corramos!". Corrimos.

Apenas se había puesto en marcha nuestro barco cuando Alfred exclamó, en el tono del más profundo arrepentimiento: "¡Pero qué tontos somos!". Y nos miró con expresión desolada.

–¿Qué te pasa?

–Nos olvidamos de ir a visitar la Casa…

–¿Qué casa?

–La casa del tipo ese…

–¿Cuál tipo?

–Pero… ustedes lo deben conocer: esa gran figura…

–¡Caramba! ¡esa sí que es una noticia!… ¡Un tipo que tenía una gran figura!… Sabes, si no tienes nada más preciso que decir…

–Ya me va a venir su nombre. Es conocido. Un día vi un libro en el que hablaban de él… ¡Ah, qué rabia! Le había prometido a mi hermana que recogería algunas piedras blancas del jardín, como *souvenir*…

Durante toda la velada, Alfred siguió preocupado; no lograba recuperar el nombre de aquel tipo suyo.

Al día siguiente todavía pensaba en eso. "Mi abuela, dijo, habría podido decirnos. Desgraciadamente ya murió. Tenía una copa en la que él había bebido…"

–Mi pobre amigo, el que ha bebido eres tú. Hagamos un bridge; eso te va a distraer.

El medio fue eficaz. Alfred no nos habló más de esa casa que habría querido visitar en Santa Helena; y nunca pudimos saber lo que ese animal quería decir.

LAS CONVENIENCIAS

Nos ha dicho Musset: "Con qué sueñan las muchachas". Si él hubiese podido leer, como lo hago yo cada semana, el diario titulado *La Mode*, sus ideas habrían sido muy diferentes.

Hay un lugar, en ese periódico, reservado a la correspondencia. Las abonadas aprovechan para pedirse unas a otras las informaciones de las que tienen necesidad. Leo regularmente estas Preguntas y Respuestas. Y lloro.

En el número del 6 de octubre de 1918, he encontrado esto:

"Una muchacha, de diecinueve años y fea, ¿puede permitirse usar velo?

Pro patria"

Señorita, cuando una se llama "*Pro patria*" y es fea, se hace soldado. Si se pusiese un velo, se arriesgaría a engañar indignamente al poeta que, por las noches, merodea por las calles oscuras en busca de "la bella desconocida".

Mariette-Aimée, que tiene veinte años, se ve incomodada por este problema:

"¿Cómo debe recibir a la madre de su prometido, a quien verá por primera vez, cuando esta llegue a su casa luego de un muy largo viaje?"

Al enunciado de este problema le falta precisión. ¿Mariette-Aimée ama a su prometido, o bien, desilusionada, espera que

venga a producirse a tiempo, y fácilmente, la ruptura? Es evidente que no se debe recibir a la Suegra del mismo modo en un caso y en otro. Y por lo demás, ¿qué clase de viaje es el que esa dama ha hecho? ¿Regresa del Dahomey donde estuvo evangelizando a unas negras estúpidas? ¿O bien pasó una temporada en Montecarlo donde ganó mucho dinero? Sería bueno saber, también, si es muy tonta. Si es asmática, habrá que evitar las bromas idiotas sobre el *asma* de Suez, que fue menos persistente que el *asma* de Panamá.[11] Etc., etc.

"Sonrisa de abril" reclama algunas aclaraciones:

1° ¿De qué manera se usa el agua de nogal para el cabello?
2° ¿En qué consiste la verdadera felicidad? ¿Hay que esperar de la vida otra cosa que tristeza y dolor? Etc.

Usted parece creer, querida Sonrisa de Abril, que se trata de dos preguntas distintas. ¿Quién le dice que el empleo cotidiano e ininterrumpido del agua de nuez no constituye la verdadera felicidad? Pero quiero ser serio. Sepa pues, niña mía, que en la vida, entre comidas, no hay más que tristeza, dolor, callos en los pies, espera, lectura de *La Mode* y desaliento.

(Para no ser tildado de mentiroso, debo decir que las preguntas relativas a la suegra, el agua de nuez y la felicidad se encuentran en el número del 27 de octubre de 1918.)

En el número del 6 de octubre, encuentro esta otra frase lapidaria:

"¿Es conveniente pasar la velada en un diván con el prometido de una?"

Habría mucho que decir sobre este diván. Pero debo ser breve. Así que me contentaré con transmitir a esta joven perpleja la opinión de la baronesa Staffe que, en su obra clásica sobre las Malas maneras, trató el caso del diván, que ella distingue, por otra parte, del canapé. Sí, señorita, pueden permanecer juntos, sobre su diván, toda la velada. Pero es preciso que los separe una distancia de un metro y cuarto; que su prometido tenga todo el tiempo las manos apoyadas sobre las rodillas y que su cuerpo esté orientado de tal manera que usted lo vea de perfil. Además, no debe hablar con él de otra cosa que de buenas acciones, de geografía y de colonización. Por último, la baronesa (no sé por qué) exige que encima de su diván haya una campanilla de alarma...

…¡Triste! ¡Triste! Estas personas jóvenes tan decorosas me repelen. No osan decir una palabra, no osan hacer un gesto sin preguntarse previamente: "¿Eso es algo que se hace?".

¿Es que acaso no tienen ninguna espontaneidad? ¿Ninguna sinceridad? ¿Su corazón no es más que una fría cataplasma? Si tuviesen en su alma un poco de nobleza, osarían decir, en ciertos casos: "Desde el momento en que yo lo hago, eso es algo que se hace".

No debo sorprenderme si, para esas muchachas muy *"comme il faut"*, el mundo y sus costumbres tienen más prestigio que para mí. Pero esas desdichadas se equivocan al creer que su diario les proporcionará recetas para todas las circunstancias de la vida.

¡Ay! la importancia de la pedagogía y de la moral, en la formación de las nuevas generaciones, aumenta sin cesar. Y veo venir, con desesperación, el tiempo en que cada individuo ajustará el tic tac de su corazón con el del gran Reloj socio-moral-místico-oficial-nacional.

(¡Y pensar que la señorita T. irá por ahí contando que yo apruebo todas las inconveniencias!)

RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

Hace poco recibí, en sueños, una visita de lo más imprevista. Un desconocido se irguió de pronto ante mí y me dijo, con toda sencillez:

–Soy Ricardo Corazón de León.

Sin duda lo miré con estupefacción, porque al cabo de tres segundos añadió:

–Eso parece sorprenderlo. ¿Cree usted que mi glorioso nombre contrasta violentamente con mi fisonomía de burgués abotagado y cobarde?

–No me atrevía a decírselo.

–¡Oh, ingenuo Balthasar! ¿Así que no ha perdido su credulidad de colegial? Sepa que los sobrenombres heroicos que llevan algunos grandes personajes de la Historia no prueban nada de nada. Jamás he tenido un corazón de león. Además, dicho sea de paso, ¿quién sabe si la reputación de los propios leones no está sobrevalorada? Acaso solo deban su prestigio a su hermosa melena y sus rugidos profundos. En cuanto a mí, siempre he tenido un débil corazón humano, del estilo del de usted. Frente al peligro me decía, *in petto*: "Querría estar sentado a la sombra del bosque". Pero hay casos en los que es imposible retroceder. En esos casos, hay que mostrarse corajudo, pues sería imprudente dejar ver que uno tiene miedo. Un día, en Palestina, mi caballo se empacó y salió a todo galope hacia un grupo de veinte sarracenos que se aprestaban a bloquearnos el camino a mis compañeros y a mí. ¡Ah, ese sí que fue un mal momento! Yo me decía: "¡Estoy bien jodido!". Pero no se podía vacilar. Al acercarme al

enemigo, hice con mi gran espada unos gestos terribles que alarmaron a los infieles. Juzgaron prudente escapar. Eso reanimó mi coraje y exterminé con entusiasmo a tres o cuatro de ellos.

En algunas otras circunstancias, mi actitud fue mucho menos marcial. Pero la posteridad no lo sabrá nunca. Felizmente no todos los testigos de nuestra vida son historiadores. Cuando después de muchas desventuras pude regresar a Inglaterra, le conté mis acciones más espléndidas a un escriba que, desde hacía algunos años, componía la historia de mi familia. Era un sirviente devoto, a quien yo daba de vez en cuando algunas piezas de oro. Fue él quien imaginó este nombre: "Corazón de León". Al principio quise protestar; pero ese bromista me hizo entender que yo tenía obligaciones para con la Posteridad.

Si hubiese estado mejor informado, me habría resistido a los amigos que me llevaron con ellos en su famosa Cruzada. Porque mis verdaderos gustos me impulsan a irme de francachela con compañeros alegres, y no a llevar la existencia de un héroe.

En ese punto, interrumpí a Ricardo I y le dije:

–Querido Señor Corazón de Hombre, ¿por qué se empeña en estropear las hermosas imágenes que en otro tiempo mi profesor de historia introdujo en mi espíritu?

–Balthasar, no está usted comprendiendo mi intención. No busco denigrar a la humanidad. He conocido sobre la tierra a muy buenos muchachos. Si sostengo que se han exagerado mis virtudes, me apresuro a añadir que también los vicios de algunos otros monarcas han sido exagerados. El público alberga juicios demasiado simples sobre los grandes personajes históricos. Conocí a Nerón, por ejemplo. ¡Pues bien! Créame: no es para nada un hombre que alimente designios infames de la mañana a la noche. Es un filósofo, y me explicó su caso con perspicacia.

Pero la Escuela lo ha juzgado de manera definitiva. Ya no hay nada que hacer. Cuando se ha lanzado una mentira, es imposible, incluso siglos más tarde, retirarla de circulación.

Algunos historiadores de la época en que usted vive son espíritus escrupulosos, inclinados a la duda científica. A veces logran poner a la gente en guardia contra bromas venerables. Pero su tarea es muy difícil. Normalmente deben contentarse con los testimonios de sus predecesores, que no valían mucho más que mi escriba adulador. Los hombres ilustres cometieron buenas y malas acciones que no han dejado huella alguna sobre la superficie del globo.

Reconózcalo, Balthasar: durante esta última guerra ha visto establecerse mentiras piadosas. Tres meses después del inicio de las hostilidades, un académico extraía ya de los acontecimientos "Lecciones de la guerra"; e innumerables ignorantes afirmaron enérgicamente, en libros y libelos, cosas poco probadas. Más adelante hará falta un enorme trabajo para echar un poco de luz sobre todo ello. ¿Puede usted decirme algo preciso, Balthasar, sobre el padre de su abuelo?

–¡Absolutamente nada!

–Lo sospechaba. ¡Pues bien! Sepa que no conocerá nunca al verdadero Ricardo Corazón de León, ni al verdadero Nerón, ni a los otros. Adiós.

Y con esas palabras se eclipsó el glorioso rey.

LA PREOCUPACIÓN

Mi tía Ursule suele decirme: "No estamos aquí abajo para divertirnos". Cuando intenta explicarme para qué estamos, constato que su lógica es de calidad muy inferior. Da igual: terminaré por creer que su instinto le hace presentir la verdad. Mis propias experiencias parecen darle la razón; puesto que la gente con la que me cruzo no me da la impresión de estar divirtiéndose como loca. Casi nunca me encuentro con almas alegres. Y mis semejantes, con sus ruidosas fiestas a las que van en busca de una hora de despreocupación, me inspiran sobre todo piedad.

Cuando era niño debió arraigarse en mi espíritu una idea falsa. Todavía hoy me siento tentado a decir: "Si viviéramos en condiciones normales, la alegría sería el estado ordinario del alma". Y a pesar de todo lo que sé, me sigue sorprendiendo que la mayoría de los humanos sean lúgubres o carentes de ardor, porque muchas caras son de preocupación.

Mi asombro es absurdo. Al decir "condiciones normales", estoy utilizando palabras cuyo contenido no examino; porque siempre voy a padecer la mala educación que me dieron la escuela y los libros. El hombre "normal" vive entre sus semejantes, seres sensibles y rencorosos, en una sociedad en la que hay reglas que observar y muchas torpezas que evitar. Además, debe ser previsor para poder contar mínimamente con alguna seguridad futura. Y lo que vuelve particularmente difícil su tarea es que tiene necesidades, a veces violentas, que le harían cometer graves faltas si no consiguiera refrenarlas. Solo en muy raros momentos su alma puede expandirse alegremente.

Por fortuna, existen las excepciones. Hay niños felices "que todavía no saben". Allí está la despreocupada Henriette, cuya alegría le ilumina el rostro porque está segura de que es linda y graciosa. Hay también algunos sabios que no se toman la vida a lo trágico.

El problema fundamental, que a menudo olvidamos porque hay otros que se ocupan de él, es el siguiente: "¿Qué hacer para no morirse de hambre?". Para resolverlo, la humanidad lleva dispensado muchísimo ingenio. Pero todos los días hay que volver a empezar con todo. Solo los privilegiados que se levantan tarde ignoran el ruido monótono que produce en las calles, cada mañana, el ejército de los humanos que retornan al trabajo. Y también están todos aquellos a los que nunca vemos.

No solamente adivino la preocupación de todas esas madres de familia que, en las tiendas o en la plaza del mercado, constatan con un siempre renovado desaliento lo cara que está la vida. Sino que un hombre rico a quien conozco está preocupado porque con demasiada frecuencia tiene reproches que hacerles a sus hijos. Unos hilos demasiado frágiles nos unen a las personas a quienes amamos, y hay cosas duras e hirientes a las que nos ligan cadenas irrompibles.

La humanidad, que nunca sabe lo que hace, poco a poco ha complicado su vida y aumentado estúpidamente el numero de sus necesidades. Se ha refinado y hoy conoce escrúpulos que a nuestro bárbaro ancestro le fueron ahorrados. Más fuerte y más simple que nosotros, él también tenía a veces la ocasión de culpar a su compañera o a sus pequeños. Pero cuando en su hogar sobrevenía algún desorden, volvía a poner las cosas en su sitio con una firme patada.

Menos complicado, menos vacilante, menos escrupuloso que nosotros, ¿conoció el hombre primitivo la despreocupación

y la perenne alegría? Probablemente no. Nos preguntamos si podremos pagarles a nuestros proveedores en el plazo fijado. El ancestro, en cambio, no tenía esa preocupación. Carecía de acreedores. Pero en la mala estación, tenía este único pensamiento: "¿Dónde encontrar alimento?". Y sentía miedo a menudo; porque sobre esta tierra, poblada de bestias que quieren comer, aún no se había convertido en el más fuerte.

En todas las épocas el hombre ha estado preocupado. Nuestras relaciones con las criaturas y con las cosas de las que vivimos rodeados y con las quimeras que habitan nuestro espíritu son tan numerosas, que una perfecta adaptación a las circunstancias del momento no se ha realizado casi nunca. Lo que es "normal" es que haya una molestia más o menos penosa en nuestro cuerpo, nuestro pensamiento o nuestros sentimientos. Lo que es normal es que haya, en nosotros y alrededor de nosotros, algo que no anda bien.

A pesar de todo, yo querría que nuestra raza conociera alguna vez, antes de la muerte del sol, la despreocupación y la serenidad. Ya que a pesar de toda la inteligencia y de todo el amor que se ha dispensado para que sea hermosa, la Fiesta humana habrá salido lastimosamente mal si la mayoría de los invitados conserva su cara de vinagre hasta el final.

LO MARAVILLOSO

Mi amigo el Pedagogo me vino a ver con la intención de contarme una cosa pasmosa.

–Ayer –me dijo– fui testigo o más bien autor involuntario de un milagro. A la mañana les había dictado a los veinticinco alumnos de mi clase la lindísima fábula de Florian intitulada: *La alondra y la pantufla*. Ahora bien, esa noche, examinando sus cuadernos, constaté que todos habían escrito lo mismo.

–Pero –lo interrumpí– ¿no les había dictado a todos la misma fábula?

–Sí; pero es eso precisamente lo que me maravilla. Tenga a bien considerar esta sucesión de fenómenos incomprensibles. Yo tenía ante los ojos las palabras de la fábula. Esas palabras impresionaron mi retina; pusieron en marcha, en mi cerebro, un mecanismo misterioso, y tuvieron por efecto, indirectamente, imprimir en mi lengua y en algunos músculos de mi boca ciertos peculiares movimientos. De ello resultaron ondas sonoras que hicieron vibrar los tímpanos de mis veinticinco alumnos. Pero escúcheme bien, Balthasar. Esos muchachos difieren muchísimo los unos de los otros: los hay largos, rechonchos, bajitos y esmirriados; este de aquí es sumamente vivaz mientras que aquel de allá tiene una inercia mineral; en fin, se han desarrollado en los ambientes más diversos: Albert es el hijo de mi lechero, el padre de Pedro es un duque español muy rico y Gaston solo cuenta, entre sus ascendentes de sexo masculino, con un linaje de pastores. ¡Pues bien! En todos estos cerebros originales, únicos, los sonidos salidos de mi boca produjeron la misma reacción; dado que sin haberse puesto de acuerdo mis veinticinco alumnos imprimieron

a sus plumas, que sostenían con la mano derecha, los mismos movimientos. Y así, las palabras de la fábula del buen Florian se vieron transportadas, casi instantáneamente, a sus veinticinco cuadernos. Tal fue el poder mágico de mi débil voz.

Durante diez segundos me quedé mudo de admiración; luego hablé en estos términos:

–Su historia me recuerda a una vaca que vi en 1912, en Les Diablerets. De la mañana a la noche comía la hierba de un prado debajo de mi ventana: la hierba era de color verde. Ahora bien, cada día, un mago lograba hacer salir de la ubre de esa vaca doce litros de una leche admirablemente blanca.

Philippe, que estaba allí, tomó a su vez la palabra:

–Hace veinte años, una hermosa muchacha con quien me crucé en la calle sumergió su mirada en mis ojos. ¡Pues bien!, eso bastó para que hoy sea la madre de mis doce hijos.

Nos quedamos en silencio, turbados por el misterio que nos rodeaba.

EL MÉDICO BROMISTA

Solo los niños saben ser profundamente serios. Cuando los médicos juegan con esos títeres que somos, no tienen los gestos tiernos y respetuosos que las niñas despliegan mientras juegan con muñecas. Conozco a una pequeña Miquette a quien se le llenarían los ojos de lágrimas si alguien atara a su Lisón de porcelana como atan esos señores de la Facultad a sus títeres vivientes.

Los enfermos que caen entre las manos de esos facultativos solo pueden hacer una cosa: renunciar provisionalmente a su "respetabilidad".

Para esos bromistas solemnes e impasibles que cursan sus "humanidades" en las salas de disección, nuestro cuerpo es una cosa que uno abre, desatornilla, desmonta, acorta, alarga, raspa, embadurna, atornilla y vuelve a cerrar. ¿Consideran quizás que en nuestra máquina hay un órgano de más? Lo retiran; y no siempre lo remplazan por un órgano nuevo. Sacuden a un hombre desvanecido como si se tratara de un simple despertador que no quiere funcionar. A estos especialistas doctos y chistosos no los asusta abrir nuestra caja craneana para ver lo que hay adentro. Y hay que ver con qué descaro proceden al lavaje de estómago: se diría que estuviesen llenando un barril. Un día uno de ellos sostuvo verticalmente a mi pequeño Victor, pies para arriba y cabeza abajo, para que devolviera la llave del buzón que se había tragado.

Hace unos años, a orillas del Támesis, asistí a la repesca de un ahogado. Aquel desdichado era un hombre de la mejor sociedad, un miembro de la Cámara de los Lores. Eso no impidió que el médico a quien mandaron llamar le abriera la boca y tirara de su lengua alegremente, como si se tratara de una de esas campanillas de las que yo tiraba muy risueño, antaño, al volver de la escuela. El lord, que terminó por recobrar el conocimiento, felizmente no lo supo nunca.

En caso de luxación de la cadera, el enfermo, puesto previamente en la imposibilidad de incordiar, constata con espanto que le van a alargar la pierna por medio de un cabrestante (¡!). Yo tengo en el centro de mi espalda un decímetro cuadrado de piel completamente nueva (de origen desconocido), comparable a esos retazos que ponen las costureras en los fondillos gastados

por el tiempo. No quiero insistir con nuestros ojos de vidrio, nuestras narices de hojalata, nuestros intestinos de caucho y nuestras piernas de madera. Pero pienso indignado en el respeto que se debe a los ancianos cuando, al abrir una revista médica, caigo por ejemplo sobre estas palabras: "Cura del prurito senil mediante el cepillado".

Pero qué lejos llevan su descaro esos señores.

LOS PINTORES EXTREMISTAS

Me prometo ir a ver la próxima Exposición de los pintores extremistas. Mi amigo Lesthète me explicó muy bien la interesante doctrina de estos caballeros.

–Hasta el día de hoy –me dijo–, para tener éxito, los pintores han recurrido a medios artificiales. Durante siglos han intentado agradar tomando temas conmovedores y atractivos. Es muy fácil hacer creer en la nobleza del propio genio y conmover a la muchedumbre representando, por ejemplo, a un Déroulède que traga pedazo a pedazo, en el campo de batalla, la bandera de su regimiento para que no se apodere de ella el enemigo. Sin dificultad, asimismo, se puede conseguir agitar algo en el corazón del espectador mostrándole a una hermosa mujer desnuda, hecha para el amor. ¡Pues bien!, eso no es para nada honrado. No puede ser que el primer patán que venga logre hacer que no veamos la mediocridad de su obra gracias a los bellos recuerdos que esa obra nos evoca. En un

cuadro, no es la anécdota lo que debe interesar. La pintura no es literatura.

Se llevó a cabo un gran progreso, hace algunos años, cuando se comenzó a pintar mujeres muy feas. El burgués, detenido ante el lienzo, se ve obligado a interesarse más en el artista, entonces, que en la mujer. Y eso proporciona a su esposa la ocasión de susurrarle al oído: "Yo estoy mejor que esa, ¿no?".

Los extremistas han ido más lejos. Ellos afirman que un pintor no prueba su genio cuando dibuja bien. Todo el mundo, si toma lecciones, puede llegar a dibujar con exactitud. Hay procedimientos, en geometría, que permiten obtener la proyección de un cuerpo cualquiera sobre un plano, en un cuadro. No hay que confundir al pintor con el dibujo. Es cierto que ya lo habíamos comprendido antes de que la nueva doctrina fuese conocida; y uno podía nombrar varias docenas de pintores notorios que pintaban como puercos.

Feliz de haber captado el pensamiento de mi amigo, lo interrumpí:

–¡Pos supuesto! El pintor debe ser únicamente un colorista.

Lesthète me respondió:

–¡Cretino! Solo hay un único colorista verdadero: el sol. Durante siglos, los pintores han intentado hacer en pequeño, con mucha aplicación, lo que el sol hace a lo grande y sin esfuerzo. Es grotesco. Una cosa es un tintorero; otra cosa es un pintor.

El pintor es un artista; es *el* artista. ¿Pero qué es una obra de arte? Ya se ha dicho: es la naturaleza vista a través de un temperamento. Allí donde no hay temperamento, no puede haber obra de arte. Pero si hace ya largo tiempo que se ha reconocido que el temperamento es una condición necesaria para que pueda crearse una obra de arte, los extremistas han sido los primeros en tener la suficiente lógica como para añadir que esa condición

necesaria es una condición suficiente. Tienen profunda razón. La naturaleza está siempre ahí. No es el artista el que la crea. Si tiene temperamento, entonces nos bastará con mirar la naturaleza a través de su temperamento para tener el espectáculo de una obra de arte. En definitiva, los extremistas condenan el empleo de cualquier artificio, quieren que en una bella obra-encontremos tan solo lo esencial del arte.

–Pero –dije– si se suprime en un cuadro el tema, las líneas y los colores, ¿qué quedará?

–¡Imbécil! ¿Acaso he dicho que se deba suprimir el cuadro? El artista es el propietario exclusivo de su temperamento. Ese temperamento, no es la Escuela, no es la Sociedad quien se lo ha dado. Es él quien tiene plenos derechos sobre esa riqueza íntima que no le pertenece a nadie más. Para decirlo de una vez, su temperamento, es él mismo. Es el artista el verdadero *propietario*. Nadie distingue más claramente que él lo *mío* de lo *tuyo*. No hay que confundir su temperamento con el de otro artista, puesto que él es único. Por eso es necesario un marco sólido, alrededor de su temperamento, que lo defina y que lo aísle.

Déjame concluir. Es el temperamento del Artista lo que constituye, por sí solo, la obra e arte; y su temperamento, es él mismo. Por eso, en la próxima Exposición de los pintores extremistas verás al Artista que se ha colocado, desnudo, dentro de un marco.

–Pero entonces, ¿los que inventaron los "*tableaux vivants*" eran extremistas?

–¡Pero no, pero no! En un *tableau vivant*, hay un tema, la fábula. El verdadero Artista, en cambio, no tiene más que un propósito: *mostrar su temperamento*.

LOS DOS PATRIOTISMOS

Hay dos clases de patriotas.

Los primeros han fundado o liberado una patria. Para eso, han tenido que actuar, y cambiar algo del orden establecido en el mundo. Casi siempre han dejado en ese trance su pellejo.

Los segundos hablan de los primeros con veneración. Les han consagrado un culto. Emocionados y copa en mano, recuerdan en cada aniversario sus grandes acciones; y así defienden sus gloriosos nombres contra el olvido. Por lo general dejan en ello cinco o seis francos (vino incluido).

Los verdaderos patriotas son los segundos. En efecto, los primeros simplemente son hombres de coraje. Uno encuentra dos o tres de ellos en la historia de cada país. Sus virtudes no tienen nada de específicamente nacional: son las grandes virtudes humanas. Los héroes suizos, por ejemplo, están hechos de la misma pasta que los héroes franceses o los héroes rusos.

Pero los patriotas que dicen sus discursos anuales al pie de la estatua de Juana de Arco, y aquellos que periódicamente cantan himnos en honor de Arnoldo de Winkelried, no quieren que se los confunda. Son patriotas de la segunda categoría. Son patriotas Puros, puesto que, por definición, el patriota de un país debe distinguirse claramente de todo patriota extranjero. Todos tienen consciencia de "ese no sé qué" que hace a la superioridad de su propio patriotismo; y todos dicen, en idiomas diferentes pero con idéntico orgullo: "No hay como nosotros".

Además, los segundos son buenos ciudadanos. Hablan con prudencia en los Consejos de la nación; son muy educados y jamás rompen los vidrios.

Los primeros, para empezar, siempre son instigadores de desórdenes, unos anarquistas. En la mayoría de los casos, su patriotismo no es reconocido hasta que llevan muertos largo tiempo.

Los primeros no se conforman con el tipo de vida al que sus mayores se han resignado. Quieren ser fundadores; y hablan orgullosamente de su misión, que llevarán hasta las últimas consecuencias.

Más modestos, los segundos tan solo se vanaglorian de lo que han hecho los otros.

El patriotismo de los segundos ofrece otra ventaja, que es ser menos agotador que el de los primeros. Y con mucha frecuencia es recompensado.

Para los primeros, la recompensa siempre llega demasiado tarde.

Por fortuna para la paz del mundo y para los propietarios de fondas, los segundos son mucho más numerosos que los primeros.

Los segundos corren con una única desventaja: que no pueden prescindir de los primeros.

En cuanto a los primeros, son heroicos sin siquiera pensar en ese Juicio de la Posteridad que habrán de recitar treinta y seis generaciones de cretinos.

CUANDO SE HAYAN IDO

En la pieza adyacente al salón adonde me había hecho pasar la criada, se dejaba oír un chismorreo melodioso. Como pegar la oreja a las cerraduras me repugna profundamente, me puse a un metro de la puerta y escuché con atención.

–El mío es un zuavo –decía una dama.

Otra damas, casi al mismo tiempo, añadieron:

–Yo tengo un belga.

–El mío es teniente.

–El mío tiene siete heridas.

–El mío tiene solo dos, pero de las grandes.

–Yo tengo dos: un francés y un inglés.

–Yo no tengo ninguno, pero mi hermana me presta el suyo.

–El mío, cuando una insiste…

En ese momento vino la criada a decirme que el señor había salido. Por lo demás, me alegré de encontrarme en la calle para poder meditar a mi aire; porque acababa de plantearme un angustioso problema. Las damas a quienes había oído hablaban, evidentemente, de sus "internados". El hecho es que desde hace un año y medio los internados han adquirido un lugar considerable en la vida de nuestras compañeras. Así que yo me preguntaba con inquietud: "¿Qué harán ellas cuando esos hombres se hayan ido?". Ya que eso es seguro: pese a la elocuencia guerrera de los señores que se enriquecen fabricando obuses, llegará un día en que la guerra toque a su fin y nuestros internados regresen a sus hogares. Ese día, ¿qué harán esas damas?

No vayan a decirme: "El internado se va, pero el Hombre permanece". No, no me digan eso. Si todos los internados son

hombres, no todos los hombres son internados. Para el psicólogo, los internados constituyen una variedad humana muy definida: el internado es un hombre que tiene tiempo que perder. Acompaña a Madame cuando ella va a las grandes tiendas Bonnard o Innovation. Toma con ella el té. Cuando hay invitados, vuelve a contar con toda gracia las circunstancias dramáticas en las que cayó prisionero. Y por la noche, cuando la criada está muy ocupada, saca a nuestro perro al patio.

Y eso no es todo. Muy a menudo, el internado es un hombre que ha sido herido. Ahora bien, la mujer es esencialmente curadora, una curadora que por otra parte no dice todo lo que cura[12]. ¡Pues bien!, yo vuelvo a preguntar: "¿Qué hará ella cuando esos hombres hayan partido?".

Evidentemente, nosotros no renunciaremos ni a nuestra cotidiana partida de cartas ni al aperitivo; pues hay que estar gagá para creer que la guerra ha de mejorar a los hombres. De modo que no queda más que una cosa por hacer: pensemos, desde hoy, en organizar una Agencia que se encargue, después de la guerra, de proveer "internados" a las mujeres ociosas. Allí encontraremos tanto al internado auténtico como al de imitación, que se le parecerá como un hermano a otro hermano, pero que costará más barato. La Agencia se ocupará de entregar internados con o sin heridas. Estará el internado que volvió, porque lejos de su segunda patria sentía "nostalgia del país". (Ocurren cosas así.) Y también estará el internado que no pudo decidirse a regresar a su pueblucho porque, igual que una hiedra, está apegado a su madrina.

Pero ya no diré más. Mi papel aquí en la tierra es sembrar ideas. Que el Hombre de negocios codicioso las haga fructificar y obtenga rentas de ellas. A mí eso me repugna.*

* A decir verdad, lo que me falta son los fondos que la instalación de la Agencia requeriría [N. de A.].

PROCLAMA A LOS ELECTORES INTELIGENTES

¡Ciudadanos!

Grave es la hora. Desde hace cinco mil años, el pueblo les importa un bledo a los Faraones, a los Cambises, a los Licurgo, a los Marco Aurelio (¡ciertamente!), a los Dagoberto, a los Barba Roja, a los Habsburgo, a los Luis XIV, a los Napoleón, a los Guillermo II, a los Wilson, a los Schulthess. Y si yo no intervengo, la cosa va a continuar así. Se acerca el día de las elecciones. Muy pronto, los abogados y los vendedores de queso, atormentados por la noble necesidad de poner su patriotismo y su genio al servicio de la nación, vendrán a pedirles prestados sus hombros para elevarse hasta los peldaños más altos y mullidos de la escala social. Ellos les dirán: "Es por la patria. ¡Viva el cantón de Vaud!".

Ciudadanos, ustedes no son imbéciles. Saben muy bien que la elección de Fulano, al igual que la de Coso, no disminuirá la suma de complicaciones y dolores que deben soportar. Ni el mismo hombre de Estado puede creer, a menos que este gagá, que asistiendo a banquetes, dando discursos, aprovechando las "conexiones" de los banqueros, sentándose sobre las rodillas de las duquesas y exponiendo su testa vulgar en los periódicos ilustrados, contribuye al bienestar de su país. Que sea codicioso, sensual y vanidoso es normal, es inevitable. Lo que le reprocho no es su profundo egoísmo. Las vacas, los hombres, las sardinas, los elefantes, las mujeres, los conejos, las cebras y los piojos, todos los seres vivos son egoístas. El egoísmo es el carácter esencial de su "yo", la condición necesaria de su existencia. "El

egoísmo es sagrado", como dicen los militares. Lo que vuelve repugnantes a los hombres de Estado y a los políticos es que no pueden tirarse un pedo sin pretender que es "por el interés general". Son unos mentirosos. El interés general es una cosa inconcebible, inexistente; y los individuos sinceros no hablan de él.

¡Ciudadanos!

Es comprensible que un hombre de Estado no se preocupe por nosotros más de lo que nosotros nos preocupamos por él. El escándalo no reside allí. Lo que es escandaloso, lo que es intolerable, es que nuestro egoísmo sea menos legítimo que el suyo. Dios ama con un mismo amor a todas sus criaturas: desde el gusano de tierra aplastado en el fango hasta el panzudo nabab que ronca en la noche.

Mi profesión de fe será breve. Yo afirmo la equivalencia absoluta de todos los egoísmos. Es por la recíproca y automática limitación de todos los egoísmos particulares como fundaremos la justicia general. Todos los moralistas oficiales, desde Zenón de Alejandría a Henri Bordeaux de Thonon-les-Bains, nos han predicado el respeto y el desinterés. Cuando comprendamos que nos toman el pelo, nuestros grandes Egoístas nacionales ya no serán de temer.

¡Ciudadanos!, no dudarán ustedes de mi sinceridad si les digo que me preocupo más por mi interés particular que por el interés general. Vengo a solicitar sus sufragios porque querría realizar el sueño de mi infancia: jugar con la fusta del Carro del Estado.

Pero ya se lo he dicho, ciudadanos: su egoísmo es tan legítimo como el mío. Cuando me encuentre en la tribuna del Parlamento, me convertiré en el órgano (si así puedo expresarme) de todos los intereses particulares; hablaré de la pequeña Gilberte que

reclama una muñeca, de Marius que no tiene suficiente dinero en el bolsillo y de su madre que desearía una "combinación" suntuosa. Y voy a hacer tal escándalo que los grandes rapaces de las finanzas y de la política que acaparan desde hace cinco mil años todas las muñecas, todo el cambio de bolsillo y todas las "combinaciones", comprenderán que aquellos viejos buenos tiempos han terminado.

¡Ciudadanos! Voten por mí: mi mujer se pondrá contenta. ¡Todos a las urnas! ¡Muerte a los tiranos!

Balthasar
candidato de los Egoístas conscientes

LAS BODAS DE THOMAS (EL TUMBALATAS) [13]

En la atmósfera reblandecedora de las Oficinas del Estado donde penosamente me gano la vida, me he convertido en un pacifista convencido (pero prudente). De vez en cuando, sin embargo –y por atavismo–, recreo el gesto marcial con que mis antepasados (véase Plutarco, tomo II, § 37) acogían a los enemigos de su tribu. Esto me sucede en Año Nuevo, cuando al deambular entre la multitud llena de esperanza me dejo empujar delante del puesto donde el Tumbalatas, deslucido y envinado, espera al cliente que tendrá el derecho, a cambio de cuatro monedas, de bombardearlo "hasta el fin".

Tal vez en el caserío donde usted vive llamen a eso la Masacre de los inocentes. ¡Pero qué importa el nombre, siempre que haya borrachera! Sin duda la necesidad de partir cabezas seguirá siendo, durante algunos miles de años más, una de las necesidades fundamentales del ser humano. Y el Tumbalatas las seguirá pasando negras. ¡Pues bien! Dado que la ocasión se presenta, intentemos instruir al pueblo. De vez en cuando, este tiene razón en "agarrarle la mano"; pero elige mal sus blancos. Que reserve sus proyectiles para grandulones menos inocentes que Thomas y su desgraciada esposa.

El próximo 31 de diciembre, es preciso que el Hombre del Pueblo detenido ante el Puesto de las ejecuciones tenga ante sí al augusto Soberano que quiso la guerra. El César estará hecho de barro seco; y algunas bolas bien dirigidas bastarán para producir su simbólico y total desmoronamiento.

A su derecha estará el Diplomático, a quien se tratará de derribar con violencia, para que nunca más ose encargarse de mantener "el equilibrio europeo".

También estará allí la Censura. Recibirá su merecido, para que comprenda que un pueblo que ya no tiene derecho a hablar se ve reducido a expresarse por medio de gestos.

Luego vendrá el turno del Jefe militar. Habituado a jugar con la vida de los otros, excusará la inocente travesura del viandante que vendrá a destrozarle la mandíbula.

Y no habrá que errarle al Periodista, que desde hace tres años y medio excita a los que combaten y que todavía no se ha dejado arrastrar por su propia elocuencia.

El patriota que se ha enriquecido demasiado con la guerra sabrá que por mucho que uno se eleve por encima del pueblo, termina siempre por tener noticias de él.

Por último, convendrá aplastarle el sombrero de copas al Evangelizador que, desde hace dos mil años, aún no ha logrado enseñarles a los hombres la fraternidad. Pésimo trabajo. ¡Fiasco total!

Pero el Hombre del Pueblo deberá guardar su última bola para su semejante, el que decididamente es demasiado "chambón".

Después de lo cual, tras haber aliviado su alma, se irá a beber una copa pensando en el nuevo año que se parecerá mucho, para él, al anterior… puesto que la vida no es una novela.

HASTA EL FINAL

Lector, tengo cosas serias que decirte. Espero que leas mi artículo hasta el final.

Hay casos, en la vida, en que hay que ir "hasta el final"; y hay otros en los que más vale detenerse antes.

En mi juventud, adopté esta divisa: "¡Hasta el final!". Pero desde entonces, con frecuencia, he constatado que una divisa no obliga a nada.

Y ante todo, cuando llego al establecimiento de mi peluquero, a comienzos de cada mes, regularmente le digo: "Córteme el cabello, ¡pero no vaya hasta el final!".

Cuando era chico, mi madre me decía severamente: "¡Comerás tus espinacas hasta el final!".

Hoy ya soy muy grande; y a veces mi dulce Clotilde nos dice buenamente, a Georges y a mí: "No necesitan tomarse esa última botella hasta el final". Tiene razón, Clotilde. Porque si terminamos la botella, al día siguiente me siento un poco molido; y me resulta penoso hacer mi trabajo hasta el final.

¿Conocen ustedes la melancolía que uno siente al encontrar viejos papeles en los cajones de su escritorio? ¡Cuántos bellos proyectos! ¡Cuántas obras iniciadas! Habíamos arrancado con entusiasmo, pero no los llevamos hasta el final.

En definitiva, tal vez tuvimos razón. ¿Pues hay algo más lamentable que esos escritores aburridos que, habiendo decidido componer un libro, lo escribieron hasta el final? A nosotros, lectores, no nos queda más que un único medio de defensa: no leer hasta el final.

Un día, en un bar de Port Saïd, conocí a una andaluza de senos bruñidos, cuya mirada me emocionó más profundamente de lo que habrían podido hacerlo las más bellas estrofas del poeta Campistron. Ella me dijo: "¿Hasta cuándo me amarás?". Yo le respondí: "¡Te amaré siempre!". ¡Pues bien! Es triste decirlo: no pude cumplir con aquello hasta el final.

Victor Hugo terminó uno de sus poemas con estos versos:

No supe ver su gran hermosura
Hasta que dejamos la espesura.
Dijo: "Ya no pensemos en eso".
Yo la sigo pensando, obseso.[14]

Lamentó toda su vida no haber ido hasta el final.

Un soldado alemán internado en Suiza me contó recientemente su vida en las trincheras. No era nada chistoso. Con los

obuses, la mala comida y sobre todo, los parásitos. Me dijo: "¡Lo soporté todo, hasta las piojos!".

El rico no fuma su cigarro hasta el final: pero el pobre usa hasta el final sus medias.

Los ricos quieren ser buenos con los pobres; pero cuando han emprendido el camino de la caridad, tienen razón en no ir hasta el final. Puesto que si dan todo lo que poseen, los roles quedarían intercambiados; los Pobres, agradecidos, se pondrían a ser buenos con los Ricos, e irían, a su vez, hasta el final. Sería un noble combate de generosidades, del que no veríamos el final jamás.

De manera general, cuando uno ha emprendido un mal camino, más vale no ir hasta el final.

Desde el comienzo de la guerra, periodistas elocuentes nos dicen que lucharán hasta el triunfo final. Todavía no han partido a la guerra; pero es tan marcial su tono que no cabe duda posible: van a ir hasta el final.

Los pueblos valientes jamás soportan hasta el final a sus gobiernos; porque quieren poder llevar la *justicia* hasta el final.

No querría abusar hasta el final de la paciencia que me han dispensado; pero aún tengo interés en decirles una cosa:

Por razones que no entendemos, nuestros padres nos lanzaron a la Ruta de la vida. ¡Pues bien! Estamos decididos –¿no es cierto?– a ir *hasta el final.*

LA PALABRA DE CAMBRONNE*

(Discurso pronunciado en ocasión del Centenario, el 18 de junio de 1915)

Señores,

Si la Historia no está completamente despojada de significación, es porque los historiadores ignoran un gran número de fenómenos del Pasado; y porque en la elección y el arreglo de aquellos que conocen se guían por las necesidades de su propia lógica o por alguna preocupación de orden estético o moral.

Habiendo asumido la difícil tarea de revelarles la verdadera significación de Cambronne, me veo obligado a proceder como lo hicieron mis ilustres colegas Tácito, Gibbon, Michelet, Taine, Ranke y algunos Seignobos de menor importancia, es decir, dejando de lado cualquier hecho que pudiera perjudicar la solidez de mi tesis. Cuando uno defiende una idea, debe hacerlo lealmente y no andar poniendo el mismo cuidado en debilitarla que en reforzarla.

Les debía esta breve explicación, señores, para prevenir su probable asombro.

Antes del 18 de junio de 1815, día de la batalla de Waterloo, de Cambronne no hablaba nadie. Ningún testigo digno de fe lo había visto. Y el 19 de junio, al día siguiente, Cambronne ya había desaparecido… desaparecido para siempre. Esta doble constatación es de capital importancia para quien se detiene a pensar en ello.

* Victor Hugo, cuyos gloriosos restos yacen en el Panteón, se ocupó del asunto. Yo no reclamo para mí los honores del Panteón; pero tengo derecho a decir que se puede disertar sobre la Palabra de Cambronne sin ser un autor de mala reputación [N. de A.].[15]

Escritores poco escrupulosos nos han contado la infancia del gran hombre, sus años de colegio, los cigarrillos que se iba a fumar en los excusados, su matrimonio; y nos lo han mostrado hasta el último momento del período de su decrepitud. Si ha de creerse a uno de ellos, cuando las resonantes trompetas de la Fama trajeron a oídos de Madame Cambronne –una mujer muy bien educada– la Palabra que iba a convertirse en el lema de la familia, ella habría dicho con aire malhumorado: "Mi marido es demasiado *comme il faut* para haber dicho una palabra así". Un sabio alemán nos ha hecho saber, por lo demás, que en el momento de morir no le quedaban al augusto anciano más que tres solitarios dientes: uno negro, uno amarillo y uno azul. Pero nadie se toma en serio a los biógrafos fantasiosos. El pueblo no se ha dejado engañar por toda esa falsa erudición. Cambronne, para el pueblo, es "el señor que dijo: ¡M…!".

El pueblo tiene razón. Cambronne se halla por entero en esa palabra: *Cambronne no es otra cosa que esa palabra*. En tanto que vertebrado vivo, hecho de carne y hueso como usted y como yo, Cambronne no ha existido jamás. No es un individuo, Cambronne; Cambronne es una *voz*, una voz que resonó por primera vez en Waterloo; la voz de la Humanidad que por fin alza la cabeza, la voz de la Humanidad que comienza a hartarse y que, breve y fanfarronamente, notifica a todos sus imprudentes tutores que acaba de dejar atrás la minoría de edad.

Ya lo saben, señores: es la función la que crea el órgano; y las creaciones espontáneas de la naturaleza son innumerables. Si una palabra esencial tenía que ser dicha, no hay nada de extraño en el hecho de que se haya abierto una boca, en alguna parte, para dejarla escapar. La boca de un cañón pudo bastar. Y quién sabe si no fue del seno de la tierra maternal de donde brotó el grito que expresa la noble revuelta del rebaño humano. Que

aquellos que lo oyeron lo hayan atribuido al legendario Cambronne es algo que carece de importancia. El célebre apóstrofe no es el de un derrotado general francés; es el clamor de toda una raza que, desde los tiempos del Génesis, arrastra su miseria bajo la indiferencia de los cielos.

Durante dos mil años el hombre había dicho "¡Amén!". Les había dicho ¡Amén! a todos aquellos que portan la aureola o el garrote de la Autoridad. Decía ¡Amén! tras cada una de las tejas que la Providencia dejaba caer sobre la pobre gente. Es un gran alivio, cuando uno ha dicho ¡Amén! durante veinte siglos, poder expresar un sentimiento nuevo diciendo: "¡M…!".

Antes del año 1815, la muchedumbre sin duda tuvo, de vez en cuando, veleidades de revuelta. A veces murmuraba; se la oía emitir un "Mmmmm… mm… mmmm…". Era el comienzo de la Palabra. Pero tímida como todos aquellos que han sido castigados con frecuencia, la muchedumbre no se atrevía a expresar el fondo de su pensamiento. Y no fue hasta el 18 de junio de 1815, en Waterloo, que una formidable voz, salida de una boca desconocida, soltó la palabra liberadora. Fue al cabo de veinte años de grandes matanzas, sobre un campo de batalla, delante de los miles de muertos y de moribundos, que la protesta del ser humano fraternal y compasivo estalló por fin contra la dureza de la vida.

*

Analicemos este sentimiento complejo que no puede traducirse sino por la palabra M…, entre signos de exclamación.

En primer lugar, recibir un acontecimiento con esta exclamación violenta es poner en duda la excelencia del universo. Veo por lo tanto en nuestro vocablo una expresión muy simple

del irrespeto trascendental. Por otra parte, traduce esa profunda despreocupación a la que, en los medios parlamentarios, se da el nombre de "quemeimportismo". Aquel que a su jefe de oficina le lanza la Réplica Concisa, se preocupa menos por su ascenso que por la sinceridad de su actitud. Nuestra palabra también expresa una firme voluntad: es el irrevocable broche de oro que uno pone a esas discusiones que no quiere continuar. Puede que todavía contenga algunas esquirlas de nuestra ira. Por último, en una proporción que varía según el grado de alacridad de nuestro ánimo, contiene una pizca de ligereza que es pura alegría infantil: la alegría de refregar por las narices del adversario el aroma del excremento.

Mi análisis está incompleto. Utilizada en modo menor, la palabra de Cambronne puede expresar el desencanto de los seres a quienes la vida ha hecho demasiadas promesas. Pero, ya sea violenta o desanimada, la interjección histórica conserva siempre el mismo sentido profundo. Es la respuesta natural del individuo que, ante el Hecho cósmico, brutal y necesario, afirma una vez más, inútilmente, la legitimidad de su esperanza decepcionada. Es la expresión sumaria de un individualismo irreductible. No hemos de asombrarnos si fue mediante una palabra francesa como se expresó un sentimiento que se encuentra, en todas las épocas, en lo más hondo de todas las almas nobles. Y al mismo tiempo hemos de comprender que la Revuelta emplea como suprema injuria el nombre de aquello que no tiene retorno.

El buen ciudadano, el que solo aspira a ser un engranaje de la máquina social o, más científicamente, una célula del gran organismo, constituye junto a sus congéneres la pasta electoral indivisa. Indistinto, ahogado en la masa tibia de sus semejantes, en realidad no existe. Ustedes me aprobarán, señores, si les lanzo

a esos seres íntegramente consagrados a la *cosa* pública la expresión de mi desprecio.

El Estado no soy yo. Razonable, realizaré con buena voluntad mi parte del trabajo colectivo. Entusiasta, haré incluso un poco más. Pero cuando el Representante del Orden universal, el odioso Funcionario, venga a ordenarme en nombre del interés general que apague los fuegos de mi alma; cuando tienda su gruesa mano de Recaudador hacia aquello que me pertenece solo a mí, verá alzarse, desde el umbral del refugio inviolable en el que vivo solo, a un dragón lacónico que le echará en la cara la fulminante Palabra de 1815. Cuando el intruso se aproxima, tomo consciencia de mi individualidad. Digo "¡M…!", luego existo.

¡Honor a Francia! Que el glorioso Rin pueda proteger, en el futuro, contra las hordas disciplinadas que pretenden organizar el mundo, al pueblo libre y sarcástico que le responde: "¡M…!".

*

Así pues, señores, el 18 de junio de 1815, arribado a la mayoría de edad, el Hombre proclamó la Separación de su Alma y el Estado. Consciente de la fuerza que ha crecido en él y que siempre desobedecerá a todas las Leyes, en adelante el individuo opondrá su Grito al Verbo del Legislador. Sin fuerza contra el peso de las Cosas establecidas, aun vencido de antemano, de todas maneras no acepta la victoria de Dios. Eso es lo que gritó, en el campo de batalla de Waterloo, la simbólica voz de Cambronne.

Esa voz ya no se callará. En adelante, liberados de las timideces de nuestra infancia, cada vez que sobre nuestra nuca frágil se pose

la garra del Destino, tendremos, para enunciar la protesta de nuestro corazón herido, la fórmula perfecta y definitiva. Cuando a la hora de la partida, un domingo por la mañana, nuestro gesto impaciente rompa el botón del falso cuello de la camisa; cuando al penetrar inopinadamente en nuestro dormitorio divisemos a nuestra fiel Mélanie sentada sobre las rodillas del Hombre del gas; cuando nos enteremos de que nuestro banquero caritativo donó a los pobres los fondos que le habíamos confiado; cuando nos traguemos nuestra dentadura postiza; cada vez que la maliciosa Fatalidad nos aseste uno de sus golpes contundentes, nos alzaremos ante el invisible Enemigo y le diremos: "¡M…!".

MI VIENTRE

Soy muy desdichado (por momentos). La educación que nobles literatos me dieron no me ha impedido caer en la esclavitud. Después de haber amado la Libertad con exaltación, me he convertido en el esclavo de mi vientre. Al menos eso es lo que dicen mis amigos, y yo he terminado por creerlo. Me reprochan interesarme tanto e incluso más por los placeres de la mesa que por las puras alegrías del espíritu. Más de una vez, es cierto, para no verme privado de una buena cena, he renunciado a oír la elocuente conferencia anunciada en todos los diarios. "La conferencia, me decía, podría darla yo mismo otro día; mientras que una buena cena puede ser algo único, irremplazable." Soy un ser *material*, ¡eso es lo que pasa!

El hecho es que las personas entre las que vivo no se parecen a mí. Desde el 1° de agosto de 1914, dejan ver en su discurso una preocupación constante: esperan, pacientes y confiados, el triunfo de la Justicia. Yo también lo espero; lo espero incluso desde el lejano día en que recibí mi primera nalgada. Eso no impide que todos los días, siempre a las mismas horas, me olvide de mis sueños más generosos y me ponga a pensar con melancolía en filetes de lenguado, en perdices al repollo o en lomos con aplomo.

Me lo pregunto: ¿soy el único en mi especie? ¿Soy un monstruo?

¡Pues bien! No. He visto a mujeres elegantes tomar *el té* en casa de una de sus amigas. ¡Lo que comen! Y también vi sentarse a la mesa, la tarde de cierto sábado en un restaurant bien escogido, a los más altos magistrados de nuestro cantón. Sus rostros estaban radiantes. Evidentemente, no habían pensado en otra cosa en toda la semana.

¿Qué más puedo decirme para atenuar el malestar que hoy siento al pensar en mi sometimiento? La gente que no experimenta ningún placer al comer cosas buenas y beber buenos vinos no vale más que yo. Mírenlos: no están alegres; su estómago es endeble; tienen unas inmundas caras verdosas.

Y además, ya lo dijo Vauvenargues (a menos que sea Pascal): "Los grandes pensamientos vienen del corazón". Ahora bien, los seres superiores hacen de tripas corazón. Así que es muy posible que los pensamientos más hermosos provengan del vientre. Sí, por fin he comprendido mi "caso". Tengo razón en no establecer una jerarquía entre mis goces. Todos ellos son de la misma naturaleza. Todos son *espirituales*. Puedo conmoverme profundamente con un cierto *andante* de Beethoven. En la literatura francesa hay versos cuya belleza, para mí, no

ha disminuido en veinte años. Y conozco el fugaz ennoblecimiento que una indignación sincera nos puede procurar. Pero a veces, un viejo Sauternes o unas mollejas de ternera con arvejas también me han dilatado deliciosamente el alma. Los minutos en que los que adoramos la Vida valen tanto unos como otros. Mi vientre no es un déspota extranjero, convertido en el amo de mi alma. Sin duda mi alma es un globo cautivo amarrado por medio de un cable irrompible a mi vientre demasiado pesado. Pero mi vientre es un laboratorio en el que se elabora –química misteriosa– el principio ligero que permite que mi alma se eleve a cincuenta metros por encima del suelo. Cuando he comido bien, me vuelvo generoso y mis pensamientos se ennoblecen. Me torno casi heroico. En cambio, si habiendo sido privado de alimento durante diez horas seguidas viniesen a decirme que los rusos tomaron doce mil prisioneros, respondería sinceramente: "¡Qué me importa!".

Puesto que mi alma y mi vientre están unidos, a la manera de los hermanos siameses, estoy feliz por la entente cordial que se ha establecido entre ella y él. Que el vientre es el que comanda al alma, también lo admito; puesto que él es el personaje indispensable. Pero algunas veces ha cometido el error de ser poco razonable como un zar. Es preciso que el suyo sea un gobierno constitucional. De cuando en cuando ha violado mi Constitución; y cada una de esas veces, caí enfermo.

Mentiras.
Une Danse macabre, Edmond Bille, Editions SPES, Lausana, 1916.

La risa y los que ríen

(1925)

INTRODUCCIÓN

Igual que el fotógrafo, la Naturaleza de vez en cuando nos dice: "¡Sonrían!". En esos momentos, la gente simple obedece sin reclamar explicaciones. Hay incluso (entre los más jóvenes) algunos que ante el agradable espectáculo que se les ofrece se echan a reír. Pero los filósofos son individuos que quieren saber por qué se ríen y por qué sonríen. Son niños grandes. Uno les entrega una hermosa muñeca y ellos la desgarran para saber lo que tiene en el vientre. Algunos de ellos nos han participado de sus hallazgos. Hablaremos de eso más adelante.

Los casos en los que nos reímos son extremadamente variados. Se nos puede hacer reír mediante las cosquillas. Nos reímos cuando el cielo nos envía una felicidad inesperada: por ejemplo, una gran suma de dinero (lo que, dicho sea de paso, muy raramente ocurre). También nos reímos cuando vemos a un transeúnte despatarrarse en el barro. Nos hacen reír las muecas de un payaso, la estupidez del prójimo, las palabras ingeniosas de un actor. Incluso existen, en el mundo, tristes personajes que se divierten con las incongruencias de un maleducado. Uno se puede reír, una vez más, porque tirita de frío o porque se está volviendo loco. Por último, nos ocurre reírnos para no llorar. Hasta yo, si no temiera preocupar a mis allegados, podría ponerme a reír ruidosamente en este mismo instante, por el mero placer de demostrar que se puede reír sin razón; y al prolongarse, mi risa acaso terminaría por volverse "natural".

Ya lo vemos: no será fácil indicar, en pocas palabras, las condiciones necesarias y suficientes para que un ser humano se ponga a reír o a sonreír. Algunos hombres célebres: Kant, Schopenhauer, Herbert Spencer, Bergson y otros más han intentado resolver este problema. Un filósofo es una máquina de producir unidad. Poner unidad en el mundo sensible; unir los fenómenos más diversos a una causa general, siempre la misma, es para la inteligencia el juego más apasionante. Esta búsqueda de la *ley* ha dado resultados maravillosos, por lo demás, en el dominio de la física. Pero el trabajo al que se entregan los filósofos a menudo no es más que un juego. Hay pensadores que olvidan, felices con la impactante fórmula que han encontrado, que al poner unidad en las palabras no se suprime la diversidad, acaso esencial, que hay en las cosas.

Si en los fenómenos hubiese más unidad, nuestra inteligencia captaría un gran número de ellos con un mínimo esfuerzo. Por lo tanto, nuestra necesidad de generalizar es una necesidad natural de nuestro espíritu. Pero suponiendo que en el Universo hubiese una Voluntad, no hay nada que pruebe que ella esté constituida de tal modo que un día vaya a satisfacer todas las necesidades del espíritu humano.

Diré brevemente de qué modo algunos filósofos "explicaron" la risa.

CÓMO SE HA EXPLICADO LA RISA

Hay una teoría de la risa que podemos llamar: *teoría de la degradación.* Si fuese completamente justa, reiríamos únicamente en los casos en que percibimos algo indigno o degradado en el espectáculo que se nos ofrece. Reírnos no haría otra cosa que manifestar nuestra tendencia a rebajar a nuestro semejante, nuestra inclinación a buscar en el prójimo, para para nuestro regocijo, aquello que es feo y ruin. He aquí, por ejemplo, lo que dice el filósofo Thomas Hobbes:

"La pasión de la risa no es otra cosa que el brusco sentimiento de triunfo que nace de la súbita concepción de alguna superioridad en nosotros, en comparación con la inferioridad del prójimo, o con nuestra inferioridad anterior."

Dicho de otra manera, nuestra risa jamás sería otra cosa que burla.

Se podrán citar muchos casos en los que la idea de Hobbes se verá confirmada. En el teatro, o en otras partes, a menudo nos hemos reído de la torpeza, la imbecilidad, la fealdad o la vanidad de ciertos personajes. Para que unas mujeres elegantes en un salón intercambien una sonrisa furtiva, basta en ocasiones con que una de sus queridas amigas se presente ante ellas con un vestido anticuado. Y no necesito recordar que los infortunios conyugales del pobre Anatole divirtieron prodigiosamente a algunos de sus colegas.[16]

Pero también se puede reír sin burlarse de nadie. En esa frase ingeniosa que hemos degustado con una sonrisa, no

hay la menor huella de maldad. Aquellos niños se echaron a reír y a aplaudir porque unos prestidigitadores acaban de maravillarlos. Y llega a ocurrirnos, también a nosotros, sonreír de admiración… o de felicidad. La teoría de Hobbes no explica la sonrisa que acaban de intercambiar esos dos enamorados.

El ilustre filósofo Kant estudió el problema de la risa. Nos cuenta la historia de un hindú que, sentado a la mesa de un inglés y viendo escapar torrentes de espuma de una botella de cerveza, manifestó asombro. Cuando se le preguntó a qué se debía su sorpresa, respondió: "No me asombra en absoluto que la espuma se escape; pero me pregunto cómo han podido hacerla entrar".

Según Kant, lo que constituye la comicidad de esta respuesta es lo que tiene de inesperado. Nos reímos, dice, cuando el acontecimiento que sobreviene no tiene ninguna relación con aquel que, razonablemente, podíamos esperarnos. Por lo demás, he aquí su definición: "La risa es un afecto que nace de la súbita reducción de una expectativa intensa a la nada".

Esta definición es totalmente insuficiente. Para empezar, a veces se producen en nuestra vida acontecimientos imprevistos que no tienen absolutamente nada de risible. Una complicación que no nos esperábamos no por ello es menos complicación. Además, si deseáramos intensamente la cosa que esperamos, "la súbita reducción de nuestra expectativa a la nada" no nos haría reír. Tal vez nos haría llorar.

Tomemos un ejemplo. Un hombre espera a su mujer, a la que ama. Ella va a venir. Llaman a la puerta. Temblando, el

enamorado abre la puerta… y se encuentra ante un vendedor ambulante que comercializa folletos edificantes. He aquí un caso en que una intensa expectativa se reduce súbitamente a nada. Pero si el acontecimiento es cómico, en todo caso no lo es para el hombre decepcionado. Me imagino la amabilidad con la que ha de responderle al apóstol ambulante.

Por otra parte, James Sully le hace al filósofo alemán esta muy justa objeción: "Cuando seguimos con mirada divertida todos los actos de una persona que ignora la jugarreta que se le ha hecho, estando nosotros mismos en el secreto del complot, podemos prever sus actos con una precisión muy grande; y el elemento sorpresa disminuye al punto de desaparecer".

¡Exactamente! Es cuando la persona engañada actúa tal como lo habíamos previsto que la farsa nos parece más graciosa.

Concluyamos. Para que una cosa nos haga reír, no basta con que sea imprevista; y tampoco es necesario. Pero estoy dispuesto a concederle a Kant que un chiste es menos gracioso cuando lo oímos por décima vez. Entonces lo imprevisto le falta un poco demasiado.

Digamos dos palabras sobre el filósofo Schopenhauer. Para ilustrar su teoría, este nos da un ejemplo de lo más insólito. De acuerdo con él, el espectáculo de un círculo y de una línea recta tangente a ese círculo debería movernos a regocijo. Por lo demás, reconoce que esta figura geométrica no es precisamente de una intensa comicidad. Lo mismo da: en mi calidad de profesor de matemáticas, muy ha menudo he contemplado una recta tangente a un círculo; pero nunca percibí en ello nada de gracioso. A Schopenhauer le dan ganas de reírse porque en el punto donde la recta toca el círculo se forma un ángulo sin que se produzca la intersección de dos líneas. Es

un ángulo que no se adecua, por lo tanto, a la idea que generalmente nos hacemos de los ángulos. Para este filósofo, nos reímos cuando los fenómenos que se nos presentan no responden a la definición que solemos dar de ellos.

Schopenhauer nos da un segundo ejemplo, mejor que el primero. Un hombre ha sido arrestado por soldados que le permiten, no obstante, jugar a las cartas con ellos. Muy pronto reconocen que ese hombre hace trampas y lo echan a patadas, olvidando completamente que es su prisionero.

Según Schopenhauer, en este caso nos reímos porque el incidente, es decir, la expulsión de un prisionero, no cuadra a esta regla general: "Los tramposos deben ser expulsados". Observemos también que el acto de los soldados está en desacuerdo con esta otra regla general: "Cuando uno ha capturado a un prisionero, debe impedirle huir". Esta segunda manera de decirlo no hace otra cosa que confirmar, por lo demás, la teoría de Schopenhauer. Examinemos un poco más de cerca esta explicación.

LA PALABRA Y LA COSA

Un día, un amigo que viajaba por Francia me envió desde allá un periódico titulado *Le Réveil des limonadiers* ["El despertar de los vendedores de refrescos"].[17] Él esperaba que este título me hiciera sonreír. No se equivocaba: sonreí. Sin duda habría sonreído igual si, detrás de la vitrina de una librería, hubiese divisado un libro titulado: *El alma del lamparero*, o bien: *El ideal del pedicuro*.

Nuestra sonrisa no siempre es muy inteligente. ¿Por qué el pedicuro no tendría un ideal? ¿Por qué el lamparero no tendría un alma? ¿Por qué el vendedor de refrescos no tendría un "despertar", como el cristiano, como el león?

Las palabras que oímos nos dan una idea muy incompleta, y por lo tanto falsa, de la realidad. Empleamos palabras que son simples para designar cosas que no lo son. El nombre de la cosa no nos recuerda todo lo que en la cosa hay. En un vendedor de refrescos hay algo más que un vendedor de refrescos. En un enamorado hay algo más que un enamorado. Un enamorado puede ser, al mismo tiempo, un desdichado que sufre de reumatismo. Puede tener problemas de dinero que, por momentos, le hacen olvidar sus penas de amor. Y por lo común es un hombre que ejerce una cierta profesión. Las cosas de nuestro oficio ocupan en nuestro pensamiento un lugar no desdeñable. Por último, en los momentos en que uno tiene mucha hambre, no piensa únicamente en su bien amada. No deberíamos esperar, por lo tanto, que todas las palabras y todos los actos del ena-

morado que nos han anunciado sean las palabras y los actos del enamorado tipo. Pero nuestra inteligencia es perezosa; y para comenzar, no nos representamos más que un único aspecto del fenómeno cuya definición conocemos. La palabra *asaltante*, por ejemplo, no nos recuerda en primera instancia otra cosa que el carácter común a todos los asaltantes.

Esta observación explica la comicidad especial de algunos de los personajes que Tristan Bernard nos presenta en sus novelas y comedias. Ese impecable humorista nos muestra *novias*, *hombres de negocios*, *asaltantes*, *guerreros*, *pioneros de la civilización* que no se parecen en nada a los seres convencionales que tan a menudo encontramos en los libros. Son héroes fallidos, tipos más o menos fracasados. Son seres indefinibles, parecidos a los seres comunes y corrientes que nos cruzamos en la vida. La timidez, la hipocresía o simplemente una cierta somnolencia les entorpecen la expresión de su pasión dominante. Y además, sus estados de ánimo no son más estables de cuanto lo son los nuestros. En ellos, como en nosotros mismos, a veces las pasiones se encuentran profundamente dormidas. Es por eso que su comportamiento no siempre es el que esperábamos. Es porque son *verdaderos* que esos personajes sin brillo nos desconciertan y nos divierten. Pero por la misma razón, porque no se adecuan al Modelo, disgustan a las personas cultivadas que han estudiado a la humanidad en las obras maestras de la literatura clásica. Molière, Corneille y Racine pusieron demasiada lógica en las cosas del sentimiento. Sus héroes siempre dicen exactamente lo que deben decir. Nos muestran a unos seres cuyo mecanismo interior es fácil de desmontar, como si hubiesen querido facilitarles la tarea a los profesores que, durante siglos, explicarán a los colegiales una y otra vez sus obras.

Los *tipos* creados por los grandes escritores que acabo de nombrar son seres abstractos, es decir, simplificados. Tristan Bernard sabe muy bien que los movimientos del alma, en un individuo de carne y hueso, casi siempre son "movimientos entorpecidos". En nuestra vida interior, las pequeñas cosas ocupan tanto lugar como las grandes.

La palabra no es la fotografía de la cosa. Nos hace reír que la imagen que se nos presenta contraste violentamente con la que una palabra había evocado confusamente en nuestro espíritu. Sin embargo, podríamos responderle a Schopenhauer que este contraste no siempre es cómico. Puede ser entristecedor. Ciertos "pioneros de la civilización" que, para no morirse de hambre, se ven constreñidos a comerse a los negros de su escolta, sin duda no se adecuan a la idea que nos hacemos del europeo a quien ha sido encomendado ir a delimitar las regiones del continente africano en las que el canibalismo continúa haciendo estragos. Tal como nos los representa Tristan Bernard, estos pioneros de la civilización nos hacen reír. Pero es fácil imaginar casos en los que un "padre de familia", por ejemplo, que se condujera de manera *anormal*, provocaría nuestra indignación. Aquello que está en desacuerdo con la regla no necesariamente es risible.

Que el lector tenga a bien disculparme. A la larga, el esfuerzo de atención que uno tiene que hacer para comprender las explicaciones de los filósofos se vuelve fatigante. Cuando uno escucha a los teóricos de la risa, ya no se ríe más. Me habría gustado no poner la menor seriedad en este opúsculo, pero me ha sido imposible evitarlo. Jamás he logrado desembarazarme

de mi seriedad hereditaria, que debo a mi abuelo el pastor. Cuando hablo de ese excelente abuelo a quien jamás conocí, siempre me veo en la necesidad de contar que fue enterrado en *Santa Helena*.[18] (¡!) Oh, no es por las mismas razones que el Otro. Pero me gusta recordar la cosa, porque eso crea una indiscutible analogía entre mi familia y la de Napoleón. He de añadir que mi abuelo permanece allí. ¿Por qué desplazarlo?

Pido indulgencia. Mi seriedad no es nada al lado de la de James Sully. Ese sí que es un verdadero erudito. Quiere abordar de manera completa el problema de la comicidad. El día que compré su *Ensayo sobre la risa*[19] pensaba que esa obra de cuatrocientas páginas sería para mí de fácil lectura. Pues bien, no resultó muy graciosa. Tuve que saltearme muchas páginas.

Conviene desconfiar cuando un autor inglés nos anuncia un *essay*. Como está firmemente decidido a no tener que *ensayar* una segunda vez, dice de buenas a primeras todo lo que tiene para decir, e incluso, a veces, alguna cosa más. En su grueso volumen, James Sully nos habla de las ocasiones y de las causas de la risa; de sus orígenes; de las variedades de lo risible; de la risa durante los primeros tres años de nuestra vida; de la risa entre los salvajes; de la risa entre los filósofos alemanes; de las teorías que se han concebido para explicar la risa; de las cosquillas; de la risa en la evolución social; del valor definitivo de la risa y de sus límites… Y no estoy diciendo todo.

Por momentos yo encontraba todo eso un poco triste. No tengo absolutamente nada que reprochar al autor, cuya probidad científica es admirable. Pero me esperaba otra cosa.

Da igual: el libro de James Sully es muy instructivo. Si no lo hubiese abierto, mis ideas sobre la risa serían mucho más pobres. El autor se plantea cuestiones en las que, muy probablemente, jamás habríamos pensado. Lo demostraré muy pronto.

James Sully se inclina sobre las cunas para saber al cabo de cuántos días comienza el recién nacido a sonreír. A este respecto, algunos bebés son mucho más precoces que otros. Me digo que eso debe depender, en particular, de la cara de los padres, y me pregunto, con gran inquietud, qué sería de un niño que nunca viese sonreír y que no oyese reír jamás. Puesto que muy rara vez al ser humano le ocurre inventar algo. Casi todo hay que enseñárselo.

He aquí, pues, una circunstancia que complica más todavía el problema: la risa es un fenómeno natural y espontáneo; y también es algo que el medio social nos ha enseñado.

Y esta es una pregunta más imprevista que se hace nuestro autor: ¿Por qué la contracción de nuestros músculos faciales, de nuestro músculo cigomático, es el signo de nuestra alegría? El balanceo de la cabeza, el fruncimiento de las narinas o la flexión de las piernas, por ejemplo, ¿serían menos expresivos? Pues ¿no es cierto que nuestros sentimientos pueden traducirse en movimientos de toda clase? Estoy tan acostumbrado a sonreír con el rostro que jamás he pensado en hacer sonreír a otras regiones de mi superficie. Pero James Sully piensa en todo. El problema que intenta resolver, por lo demás, es muy interesante. Primero constata que muchos salvajes manifiestan su contentamiento frotándose el vientre. (Observemos de paso que lo mismo hacen algunos valdenses.) Se comprenderá este gesto si se piensa que para los seres prinitivos, de ordinario, el placer es el placer de comer. Esto es aún más cierto en el caso de los bebés, que son particularmente felices cuando maman.

Y ahora, ¡atención! La primera sonrisa de un recién nacido es el movimiento que hace con su boca al mamar. Es mamando como el ser humano tiene ocasión de manifestar su alegría por primera vez. Más tarde, cuando ya no mama, los músculos de

su boca son ofrecidos, por derecho de antigüedad, a la expresión de los sentimientos agradables. James Sully no llega al extremo de pretender que una linda mujer que sonríe no hace otra cosa que mamar en el vacío. Pero creo que traduzco fielmente su pensamiento si afirmo que el reidor aparece sobre la superficie del globo en la forma de un niño de pecho.

Ya lo he dicho: el autor del que me ocupo procede científicamente. Para él, la risa no es exclusiva del hombre. Estudió la risa en los animales. Mis propias observaciones me han enseñado que los peces no ríen jamás. Y no es el agua la que les impide hacerlo; ya que al ser retirados de ese líquido elemento, permanecen impasibles y fríos. En cambio, con frecuencia he percibido cierta malicia en los ojos del elefante. Ya observaba Jules Lemaître que algo tienen esos paquidermos de elefantasioso. Una noche oí el bramido de una de estas buenas bestias, a la que estaban metiendo en un vagón con destino a Ginebra. Era una música alegre, que sin duda encantó a los habitantes del barrio que son víctimas del insomnio. Pero entonces, ¿en el mundo de los elefantes uno barrita para expresar su alborozo? Reír o barritar: esa es la cuestión.

James Sully nos recuerda que los monos y los perros, por ejemplo, gustan de jugar. Hay también algunos que adoran que uno les haga cosquillas. Hacen muecas completamente análogas a la mueca de nuestra risa. ¿Pero cuál es, entonces, su estado de ánimo? Ninguna prudencia será excesiva cuando hablamos de la hilaridad de los animales. Yo sospecho que son más serios que nosotros. Seguramente creen que *es cosa hecha*. Si se otorga a la palabra "reír" una significación demasiado general, se terminará por afirmar que el bogavante es un humorista tenaz, se hablará de los calambures del papagayo y de las "agudezas" del cactus.

Pero mejor volvamos, por algunos minutos más, a nuestros filósofos.

Henri Bergson escribió un librito sobre "la Risa" que es una deliciosa obra maestra.[20] Para él, la risa tiene una significación esencialmente social. "Lo que la vida y la sociedad exigen de cada uno de nosotros, dice, es una atención constantemente vigilante (…) y también una cierta elasticidad del cuerpo y del espíritu." Puesto que vivimos rodeados de nuestros semejantes, es importante que vigilemos nuestros movimientos y nuestras palabras y que estemos siempre listos a corregirlos. Toda rigidez del carácter, del espíritu e incluso del cuerpo le resultará sospechosa, por ende, a la sociedad. "Esta rigidez es lo cómico, dice Bergson, y la risa es su castigo."

Nuestra risa sería, entonces, una saludable advertencia que hacemos a aquellos que cometen ligeras faltas por distracción, por descuido, por torpeza o vanidad. Digo "ligeras faltas", ya que cuando el individuo resulta culpable de un verdadero crimen, para la policía, pescarlo no es cosa de risa.

El autor al que me refiero también dice esto: "Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la medida exacta en que dicho cuerpo nos hace pensar en una simple mecánica". La ingeniosidad con que Bergson elige los abundantes y por demás variados ejemplos que justifican su tesis está por encima de cualquier elogio. Por otra parte, de inmediato reconoceremos que en muchísimos casos tiene razón. En el circo hay payasos que nos hacen reír ejecutando los movimientos de un títere, de un cuerpo inanimado, de una máquina.

En el teatro, un autor de vodevil nos entretiene provocando en algunos de sus personajes, con seguridad matemática, las respuestas que ya nos esperábamos: como si manejara todos los hilos que regulan el íntimo mecanismo de esos autómatas. Y en la calle, en los salones, en los lugares públicos, ¿no nos divierten a menudo los tics de la gente, sus manías, las fórmulas invariables de las que abusan sin darse cuenta, en una palabra, todo lo que en ellos se ha vuelto maquinal? Podría citar también las divertidas torpezas de las personas distraídas. En cuanto a ciertas deformaciones profesionales que tan ridículos pueden tornarnos, también son efecto de ese automatismo del que habla Bergson.

Allí tenemos, por ejemplo, a los aduaneros que, a la orilla del mar, salen en auxilio de unos náufragos. En cuanto los han subido a bordo les dicen: "¿Algo que declarar?". Por un momento, estos funcionarios demasiado rigurosos han cesado, evidentemente, de ser humanos.

Otro ejemplo. Ha habido un choque de trenes en las inmediaciones de una ciudad. El jefe de estación se encuentra en el lugar. Indiferente al horrible espectáculo de los muertos y los heridos, contempla con severidad a un viajero que tiene la cabeza destrozada y cuyas piernas asoman a medias de un compartimento de primera clase. Tras un momento de reflexión, el ferroviario exclama: "¿Y éste? ¿qué hacía en un compartimento para damas?".

Cuando uno lleva veinte años como jefe de estación, tiene en el alma un mecanismo que funciona automáticamente.

Vuelvo a confirmar la teoría de Bergson cuando recuerdo una anécdota del cantante Lablache. Este era excepcionalmente alto y muy gordo. Se encontraba en Londres, en la misma época en que era exhibido, en un teatro, el general Tom Pouce, célebre por su extrema pequeñez. Y esos dos hombres notables, de pura

casualidad, tenían sus habitaciones en el mismo hotel. Una dama de Londres, que debía ausentarse pero no quería partir sin haber visto al minúsculo general, se dirigió a visitarlo. Ahora bien, al llegar al hotel golpeó, mal informada, a la puerta de Lablache. El inmenso caballero le abrió.

–Querría ver al general Tom Pouce –dijo la dama.

–Soy yo, Madame –respondió Lablache.

La dama, muy sorprendida, exclamó:

–Pero señor, me habían dicho que era usted muy pequeño.

–En el teatro, sí… Pero tan pronto como llego a casa me pongo cómodo.

En alguna parte dijo Pascal: "Dos rostros semejantes, de los que ninguno es particularmente risible, hacen reír juntos por su parecido".

Bergson observa, a este respecto, que esos dos rostros son ejemplares que parecen haber sido obtenidos con un mismo molde, como dos objetos idénticos salidos de una misma fábrica.

Es muy cierto que si un día nos encontráramos delante de tres o cuatro personas entre las que no distinguiéramos ninguna diferencia, eso nos resultaría profundamente cómico. Y acaso nos veríamos empujados a creer en la posibilidad de que esos individuos se fabriquen por docenas, como si se tratara de simples muñecos.

¿Tiene razón, Bergson? Los errores de un escritor muy hábil se asemejan mucho a verdades. El autor al que me refiero defiende su tesis de una manera muy persuasiva. Por otra parte, al igual que sus colegas, el único error que comete es el de formular una verdad incompleta. Tiene profunda razón, por ejemplo, cuando dice: "Imitar a alguien (para ridiculizarlo) es dejar al descubierto la parte de automatismo que ese alguien ha dejado introducirse en su persona". Esto es incontestable: nos re-

medarán tanto más fácilmente cuanto más nos parezcamos, en nuestros gestos y palabras, a unos seres que se rigen como ciertos artefactos.

Pero hay casos en los que es precisamente el hombre normal –aquel que no hace reír– el que tiene los movimientos regulares de una máquina. Allí tenemos, por ejemplo, a un peatón que pasa por la vereda. La vereda es ancha, la calle está casi desierta. De modo que nuestro peatón puede avanzar sin tomar muchas precauciones. Por otra parte sería absurdo que se vigilara, regulando el movimiento alternativo de sus piernas, que son capaces de cumplir su función sin que nadie se ocupe de ellas. Pues bien, imaginen que ese peatón, de repente, cesara de ser un autómata. Ahora levanta la pierna como si cada vez se le presentara, para dar un paso, un problema muy difícil de resolver. Ya no tenemos ante los ojos a un viandante distraído, sino a un ser profundamente atento, que utiliza todos los resortes de su inteligencia para no cometer un error al poner el pie sobre el asfalto. Ese caminante demasiado preocupado y demasiado consciente, ¿no será mucho más cómico que el precedente, cuyas piernas se desplazan con tanta regularidad como los órganos de una máquina?

Supongamos ahora que un discípulo de Bergson, para no comportarse como un autómata y que nadie se ría a sus expensas, se promete vigilar, en adelante, sus palabras. De ahora en más evitará esas frases hechas, esos clisés que tanta gente emplea sin darse cuenta. Dado que el maestro dijo: "*Lo cómico es lo mecánico calcado sobre lo vivo*". En la pensión donde suele tomar sus comidas, nuestro bergsoniano se sienta siempre al lado de la misma dama. Ayer le dijo a su vecina: "¿He de atreverme, señora, a rogarle que me pase la mostaza?". Esta noche preparará en su habitación, para los próximos días, frases en la vena de las que siguen:

"Señora, yo no pongo la mostaza por encima de la virtud; pero…"

"El hombre de las cavernas, señora, se las arreglaba perfectamente sin mostaza. Pero era un bruto…" Etc.

Este conversador siempre atento a lo que dice sin duda resultará más cómico que si usara maquinalmente los clichés de todo el mundo. Al contrario de lo que pretende Bergson, a veces tenemos ganas de reírnos cuando lo *vivo*, en los gestos humanos, toma el lugar de lo que debería ser *mecánico*.

La explicación que Bergson ofrece de lo cómico se adecua, me parece, a los principios esenciales de su filosofía. He aquí lo que dijo cierto día: "La ley fundamental de la vida es no repetirse jamás". Es posible que para la mirada penetrante de un metafísico haya siempre una pequeña diferencia entre el fenómeno que ocurre y los fenómenos análogos que se produjeron antes. Pero nosotros los simples mortales, los que reímos, no somos metafísicos. Nuestro ojo imperfecto no ve el fondo de las cosas. Engañados por las apariencias, a menudo nos veríamos tentados a decir que la vida se repite horriblemente. Gabriel Tarde llegó incluso a escribir un bello libro sobre la Repetición universal. En una sociedad, los individuos se imitan los unos a los otros, es decir que repiten las fórmulas y los actos del prójimo. En el mundo animal, la nueva generación reproduce con bastante exactitud a la generación precedente. No insistamos más. Bergson se equivoca cuando cree que siempre debemos ver algo risible en la repetición automática, de parte de un ser humano, de las palabras y los gestos. El individuo que, al contrario, nos sorprendería y divertiría, sería el que se renovara constantemente. En cierta medida, un ser vivo es una máquina. La sucesión regular de los días y las noches basta por sí sola para dar a nuestras ocupaciones, e incluso a nuestras necesidades y sentimientos, una

regularidad incontestable. Así que es inevitable que nuestras palabras, al igual que nuestros gestos, se repitan con frecuencia.

En una de sus obras, Marcel Schwob consagró unas quince páginas al tema que nos ocupa. Él nos recuerda que Filemón murió de risa al ver a un asno comiendo higos. Siendo poeta, Filemón estaba seguro de ser muy superior a un asno; y la idea de que dicha bestia pudiese comer el mismo postre que comía él lo sacudió de manera excesiva.

A este respecto, Marcel Schwob observa que los filósofos y los moralistas han exagerado la importancia de la personalidad humana. Antaño existían gentes sencillas que experimentaban inquietud si un enemigo furibundo las amenazaba con transformarlas en ensaladera o en cuchillo de cocina. Hoy la perspectiva de una tal metamorfosis ya no nos espanta. Sabemos bien que nuestro yo pensante no es de la misma esencia que los objetos entre los que vivimos.

Si las diferencias que percibimos entre nosotros y los otros nos hacen reír, es que no sospechamos la unidad del universo, es que no somos conscientes de todo lo que nos emparenta con las cosas más humildes.

Es un hecho cierto: antaño uno encontraban con frecuencia, en los manicomios, a locos acuclillados que se creían cuencos de cerámica. Había otros que, seguros de haberse convertido en quesos, le ofrecían a uno, cuchillo en mano, una lonja de su pantorrilla. Y también los había que lanzaban vapor como teteras, espumaban como botellas de champán o se plegaban como una camisa recién lavada. Las estadísticas nos enseñan que esta locura se ha vuelto extremadamente

rara. En nuestra época, hasta los mismos locos se hacen una idea demasiado elevada de nuestra personalidad.

Esto es lo que Marcel Schwob nos dice. Así, si tuviésemos bastante humildad filosófica, si tuviésemos bastante inteligencia fraternal como para no exagerar la importancia de todo aquello que nos sitúa por encima de una gallina, o incluso de un viejo cepillo de dientes, ya nada nos haría reír. Sepamos comprender que no ocupamos más lugar en el universo que una célula animal o vegetal. Entonces, el espectáculo de una gallina que armada de una rizadora de pelo se hiciese ondas en las plumas delante de un espejo de bolsillo ya no hará que abandonemos nuestra serenidad. Tan solo nos recordará la ley universal que regula todos los gestos del Eterno Femenino.

Hay algo que es justo en la idea de Marcel Schwob y es que a menudo nuestra risa no es otra cosa que el signo de nuestra ignorancia y nuestra falta de inteligencia. Aquel que todo lo comprendiera, seguramente no reiría jamás.

Todos lo hemos constatado: en no pocos casos, la risa es un alivio.

El hombre es al mismo tiempo un ser social que, en compañía de sus semejantes, se adecua a las reglas de la buena educación, y un ser biológico, de carne y hueso, que sufre un poco cuando es privado de su libertad de movimientos. Así que por momentos le es agradable alzarse la máscara que lleva cuando va por el mundo, y recuperar una actitud natural. Por ejemplo, cuando asistimos al entierro de un gran personaje que nos es completamente indiferente, nos imponemos una ligera coacción que, a la larga, nos resulta penosa. En ese caso, el menor incidente trivial nos puede hacer reír; puesto que al reírnos gozamos de algunos segundos de distensión. En ciertas circunstancias muy graves, o incluso trágicas, un estornudo sonoro y musical basta

para devolver la alegría a algunos cientos de rostros consternados. Acaso esa sea la verdadera utilidad de los estornudos.

Esto me lleva a hablar de un último filósofo, Herbert Spencer, que quiso, él también, explicar la risa. Su explicación es la de un fisiólogo.

Supongamos, dice, que usted está en el teatro, ante una escena que excita su simpatía: la reconciliación entre el héroe y la heroína, luego de un largo y penoso malentendido. Ahora bien, mientras usted contempla a esa pareja feliz con vivo interés y emoción, he aquí que desde atrás de la escena sale un cabrito amaestrado que, después de haber paseado su mirada sobre la concurrencia, se aproxima a los enamorados y los olfatea. ¿Por qué se echa usted a reír?

El ilustre filósofo, cuya tesis me permitiré criticar, explica el fenómeno de la siguiente manera:

El espectáculo de los dos enamorados había sacado a su espíritu del sopor y había liberado, en su sistema nervioso, una cierta cantidad de energía. Pero de pronto su consciencia, que estaba ocupada por grandes objetos, solo capta unos muy pequeños. Ya no tendrá, al observar el aspecto del cabrito, pensamientos y sentimientos lo bastante importantes, lo bastante profundos como para absorber en su totalidad esa fuerza nerviosa que hay en usted y que reclama ser drenada. El excedente debe descargarse, por lo tanto, en alguna otra dirección. Pues bien, es a través de los nervios motores que es drenada esa energía en desuso, a través de los nervios que ponen en movimiento los músculos de la risa (que son particularmente móviles).

Spencer generaliza. Según él, nuestra risa se produciría cuando, en nuestra consciencia, una cosa pequeña sucede bruscamente a alguna cosa grande. En dicho caso, nuestra fuerza nerviosa, que iba a transformarse en pensamientos y sentimientos, se escapa por otro lado.

Tengo apenas unas nociones muy vagas de lo que pasa en nuestro sistema nervioso. Pero mi ignorancia no me impedirá hacerle a Herbert Spencer una objeción. De acuerdo con él, la intensidad de nuestra risa sería, en cierto modo, proporcional a la cantidad de energía liberada que se hallaba en nuestros nervios *antes* de que el espectáculo cómico se nos ofreciese. Este espectáculo simplemente ha proporcionado a nuestra fuerza nerviosa la ocasión de gastarse en forma de movimientos. Ahora bien, en la historia de hace un momento, se puede imaginar un acontecimiento mucho más cómico que la llegada imprevista de un gracioso cabrito; un acontecimiento que no solo habría puesto en acción nuestros músculos zigomáticos, sino que además habría modificado nuestros movimientos respiratorios, habría agitado nuestras manos y nuestras rodillas, y tal vez nos habría literalmente retorcido de la risa. Quiero decir que la brusca aparición de una cosa risible no solamente tiene por efecto proporcionar una salida a la fuerza nerviosa ya liberada que iba a gastarse, en nosotros, de otra manera: puede también acrecentar considerablemente este gasto de energía. A veces, dos segundos antes de que nos larguemos a reír, nuestros nervios se encuentran en un estado de perfecta tranquilidad, de absoluta distensión. En tal caso, no es una cosa pequeña la que de repente sucede, en nuestra consciencia, a una cosa grande: es, tal vez, una cosa enorme que viene bruscamente a sacarnos de nuestra indiferencia y que nos pone en un estado de violenta alegría.

He resumido de manera muy breve, y por ende imperfecta, algunas de las teorías que los filósofos elaboraron para explicar la risa. Pero las páginas que preceden bastan para mostrar que el problema que quisieron resolver tiene múltiples aspectos. Bastan también para sugerir un puñado de reflexiones al lector a quien este asunto interesa.

He aquí un cuento breve de Jules Renard, bastante poco conocido, a propósito del cual podremos preguntarnos si es Hobbes, si es Bergson, o si es algún otro el que tiene razón.

"Pasando al pie de la cruz colocada en las afueras del pueblo y que parece protegerlo contra alguna sorpresa, la loca Tiennette ve que Cristo se ha caído.

"El fuerte viento que hubo esa noche sin duda lo ha desclavado y arrojado al suelo.

"Tiennette se persigna y endereza a Cristo, tomando precauciones como si se tratara de una persona que todavía está viva. No puede volver a ponerlo en la cruz, demasiado alta; no puede dejarlo solo al costado del camino.

Por otra parte, en su caída se ha hecho daño y le faltan algunos dedos.

"–Voy a llevar a Cristo al carpintero –dice Tiennette–, para que él lo repare.

"Lo sujeta piadosamente por la mitad del cuerpo y lo lleva, sin correr. Pero es tan pesado que se desliza entre sus brazos y frecuentemente, con una violenta sacudida, ella debe volver a alzarlo.

"Y cada vez, los clavos con los que han sido perforados los pies del Cristo enganchan la falda de Tiennette, levantándola un poco y descubriendo sus piernas.

"–¡Termine de una vez con eso, Señor! –le dice.

"Y sencilla como es, Tiennette da en las mejillas del Cristo unas palmaditas ligeras, delicadamente, con respeto."

No seamos demasiado severos con Tiennette: Jules Renard tuvo la precaución de avisarnos que está loca.

Al final de *Paludes*, André Gide labró una "lista de las frases más notables" de su libro. Siempre me acuerdo con placer de esta:

"Los capitanes victoriosos tienen un olor fuerte."

¿Podría explicarme Bergson por qué esta frase me hace sonreír?

También me dan ganas de reír cuando Tristan Bernard nos dice:

"Mi tío Mathias, que se creía un miembro del 'mejor mundo',[21] acaba de partir para un mundo mejor."

Y Herbert Spencer sin duda no habría podido explicarme, aquí, las causas de mi alegría

El dibujante H. Avelot, hablándonos de un pretendido viaje que hizo a las cercanías del Polo Norte, nos da esta información precisa:

"Me sonaba la nariz con un hacha."

Difícilmente se podría caracterizar mejor el frío intenso que reina por esos parajes.

Hago citas para que el lector pueda comparar, en relación con ellas, las teorías que he esbozado más arriba.

Los teóricos nunca lo dicen todo. Eso podría comprometer la solidez de sus teorías. He aquí otro caso en el que el ser humano puede echarse a reír y que nadie más que James Sully ha tomado en consideración.

Aunque el "yo" sea odioso, debo informar a mis lectores que soy miembro de una pequeña sociedad secreta (compuesta por damas y caballeros) cuyo propósito no tiene nada de elevado. Periódicamente, después de dos meses de vida más o menos frugal, nos reunimos en casa de uno u otro por el solo placer de comer y beber juntos muy buenas cosas. Pues hemos constatado que al alimentar nuestra persona física damos nueva energía a nuestra persona moral: Así luchamos contra el pesimismo que amenaza a los que envejecen. La última vez, observé atentamente a los comensales en el momento en que se sentaban a la mesa: *todos sonreían*. Y yo también. Kant, Bergson y los otros lo explicarán como puedan; pero es un hecho: *la perspectiva de una buena comida hace sonreír al ser humano*. Hay que creer que, en el adulto, subsiste algo del bebé original.

De la ley general que acabamos de enunciar se deriva el siguiente corolario:

Los hombres sonreirían más seguido si se alimentaran mejor.

No hay sobre la tierra suficientes buenas cosas para comer…
Pero de eso no quiero hablar, porque es demasiado triste.

LOS QUE RÍEN

Todos los pensadores que he nombrado intentaron explicar "la risa". Como hemos podido ver, sus explicaciones son incompletas. Ninguno de ellos tiene razón en todos los casos. Al parecer, no es posible decir de antemano, de una vez por todas: "Estas son las cosas que hacen reír y aquellas, las que nunca tendrán nada de cómico".

Audazmente, los filósofos dicen: "*la risa*", en lugar de decir: "*las risas*". Nosotros no nos sentimos demasiado inclinados a hablar en singular cuando deberíamos hablar en plural. No todas las risas son de la misma naturaleza, por la simple razón de que no todos los que ríen son iguales. Un filósofo que estableciera la clasificación sistemática de los *reidores* seguramente no desembocaría en la misma idea general que si estudiara metódicamente los objetos que hacen reír.

He aquí una jarra llena de agua caliente. Albert sumerge la mano y dice: "Esta agua está muy caliente". Maurice lo intenta, a su vez, y sostiene que esa agua no está tan caliente. Pero a pesar de este desacuerdo, los dos deben reconocer que la temperatura del agua es de 53 grados centígrados. Es lo que les informa un termómetro que ha sido sumergido en la jarra hace cinco minutos.

Ayer, Albert se rió mucho ante un espectáculo que dejó a Maurice indiferente. Los dos expresaron al respecto opiniones contradictorias; y todavía no se han puesto de acuerdo, ya que no hay ningún termómetro que pueda indicarles el grado de comicidad de lo que han visto.

La comicidad de una cosa depende menos de sus características específicas que de la naturaleza del sujeto que ríe. Lo que hace reír a unos no hace reír a otros.

Un hombre a quien se le preguntó por qué no había llorado durante un sermón en el que todo el mundo derramaba copiosas lágrimas respondió: "No soy de la parroquia". Bergson, que cuenta esta historia, observa que la respuesta del extranjero se explicaría mucho mejor si se tratara, no de un emotivo sermón, sino de una historia divertida. Y al respecto añade: "Nuestra risa es siempre la risa de un grupo".

Como sea, a todos nos ha sucedido, en un tren o un restaurant, permanecer insensibles a las chanzas que hacían reír ruidosamente a unos desconocidos sentados en nuestra inmediata vecindad. No éramos "de la parroquia". Pero Bergson habría podido decir algo más. La risa a veces es estrictamente individual. En un mismo grupo de reidores, muy pronto uno de ellos permanecerá indiferente al nuevo espectáculo que ha de divertir a los otros.

La idea de Bergson es exacta. Hay cosas que divierten a los niños y que dejan impasibles a la mayoría de los adultos. Lo que es gracioso para un imbécil no necesariamente lo es para una persona inteligente. Y a la recíproca. Los caníbales tienen bromas que un misionero, por ejemplo, no apreciará en lo más mínimo. Observemos también que tal o cual frase ingeniosa que hace sonreír a un francés perderá todo su sabor si se la traduce al alemán o al noruego.

El reidor desganado que ha contado historias cómicas durante veinte años seguidos –acaso por deber profesional– no sonríe sino muy ligeramente en algunos casos en que los novicios dejan estallar ruidosamente su hilaridad. Por último, convendría distinguir al reidor solitario, capaz de descubrir por sí solo el

lado risible del espectáculo humano, del dócil reidor que no empieza a reír hasta que ve reír a su semejante. Ya que la risa es contagiosa. De modo que basta con que haya en la sociedad un número muy limitado de reidores en jefe.

He dicho que el grado de comicidad que percibimos en las cosas depende, en particular, de nuestra edad. Me ruborizo al recordar las tristes chaturas que nos dilataban el bazo, a mis compañeros y a mí, en la época lejana en que éramos colegiales. Para tener la última palabra, cuando un maestro severo nos trataba de *chiquillos*, nos bastaba responder en voz baja: "¡Pelo en los nudillos!". Y cuando nuestros considerados padres nos recomendaban evitar los accidentes, era desde luego "pelo entre los dientes". Ese pelo que poníamos en todas partes bastó para alimentar nuestra alegría durante años. Afortunadamente, con la edad, nuestro gusto se ha refinado mucho.

Otro ejemplo. Consideren a ese hombre de cuarenta años que se inclina sobre la cuna de su pequeña Suzanne. Para llevar una sonrisa al rostro del bebé, produce desde hace algunos minutos un zumbido musical, agitando rápidamente sus labios con el índice de su mano izquierda. Es un medio casi infalible, si el bebé tiene más de tres meses y goza de buena salud. Pero si, algunas horas más tarde, ese feliz esposo intenta divertir a la madre empleando el mismo procedimiento que para el hijo, se encaminará a un fracaso seguro. Cada edad tiene sus placeres.

A veces es solo de una diferencia de dos o tres horas que depende el valor cómico de una broma. En alguna parte Tristan Bernard emite un juicio muy severo sobre un individuo que, al comienzo de una cena, contaba algunas de esas historias inconvenientes y cómicas que la gente bien educada no cuenta sino a los postres. Tristan Bernard tiene razón: error antes de la pierna de cordero; a partir de ella, verdad.

Lo repito: las cosas cómicas no hacen reír a todo el mundo. Y aquellos que ríen no ríen todos de la misma manera. Consideremos a esos dos boxeadores que se baten frente a un millar de espectadores. Uno de ellos, con rapidez fulminante, lanza un puñetazo a la nariz de su adversario. La sangre mana. Un entendido, que está sentado en la primera fila de las butacas de la orquesta, se regocija ante la perfección del golpe, y sonríe. Su vecino también sonríe; pero es por otra razón. No sabe nada de la ciencia del boxeo: está feliz porque un rostro humano ha quedado hecho papilla.

La teoría de Hobbes, de la que he dicho dos palabras, se aplica a este reidor vulgar; pero no explica la sonrisa ligera del especialista satisfecho.

La frase que ambos acaban de oír hizo reír a Pierre y a Jean. Pero sus sonrisas solo se parecen desde el punto de vista anatómico: misma mueca en uno y en otro. A decir verdad, a Jean la frase le pareció muy ingeniosa, pero Pierre la juzgó ridículamente tonta. Con la risa es como con los zapatos: no todo el mundo calza el mismo número.

Se ha dicho: "El que ríe último ríe mejor". Lo cual probablemente sea falso. El hombre que ría último casi no reirá. Su ligera risa será muy poca cosa al lado de la homérica risa de las eras primitivas.* Dentro de algunos miles de años los hombres tal vez ya no sabrán reír porque ya nada los sorprenderá. Gracias a los progresos de la ciencia y de la pedagogía, no habrá más niños, ya no habrá nada infantil, nada inocente en las inteligencias. Felizmente no conoceremos esa época terrible.

Antes de que la Risa se extinga para siempre, todavía podría jugar un papel magnífico en la historia humana. Hay reidores

* Véase la nota al final de esta obra [N. de A.].

suyo salubre irrespeto libera las inteligencias. Dijo Montaigne: "Por muy alto que su trono se encuentre, un rey solo puede sentarse sobre tu trasero". Esta frase basta para devolver a unos límites justos la veneración que nos inspira el Amo.

Un personaje de Anatole France (en *La rebelión de los ángeles*) resume aproximadamente en estos términos una doctrina filosófica (el *realismo*) que defendieron ciertos teólogos de la Edad Media:

"Unos decían: antes de que hubiera manzanas, existía la Manzana; antes de que hubiese monjes lascivos y golosos, existían el Monje, la Lascivia, la Gula; mucho antes de que hubiese pies y culos en este mundo, la Patada en el culo moraba en el seno de Dios desde la eternidad."

Cuando uno ha leído esto, ya no tiene el coraje de afirmar que la Manzana haya precedido a las manzanas. Una carcajada basta a veces para derribar toda una metafísica.

La risa desarma. No solamente desarma al que ríe: puede desarmar también aquello de lo que nos reímos. Cuando pienso en los que dirigen el mundo, me parezco a ese personaje de Rabelais que no sabía si debía "reír como una vaca o llorar como un ternero". La risa irrespetuosa de Rabelais, de Molière, de Voltaire, de Anatole France, si se la oyera en todas partes, protegería a los pueblos contra los mentirosos y los exaltados que quieren arrastrarlos. Con una esperanza que disminuye de año en año, sigo esperando esa formidable carcajada de la humanidad que provocará el desarme universal.

EL HUMORISTA Y EL FANÁTICO

No querría exagerar: indiscutiblemente hay espectáculos más cómicos que otros. Como bien saben los autores de vodevil. Pero creo que aludiríamos a diferencias más profundas si dijéramos que no todos los sujetos se ven parejamente movidos a risa.

Ya lo dijo dijo Swift: "El mundo es una comedia para aquellos que piensan, y una tragedia para los que sienten". Ahora bien, el hombre es a la vez un ser pensante y un ser sintiente. Es por eso que todo puede ser alegre y todo puede ser triste.

A menudo se da el nombre de *humoristas* a quienes saben ver el lado alegre de la vida y gustan de contar, con gravedad, historias cómicas. Pero el verdadero humorista también sabe, mejor que ningún otro, ver el lado triste de las cosas que por definición deberían hacer reír. Difiere profundamente del vulgar alma de la fiesta. James Sully constata que los grandes humoristas tienen una sensibilidad intensa y fácilmente se dejan ganar por la piedad. Me vería tentado a caracterizarlos por la extrema movilidad que hay en sus pensamientos y en sus estados de ánimo. Observemos que la palabra *humor* tiene dos significados. Las personas que aman el orden y que respetan las convenciones dicen del humorista: "Nunca se sabe si habla en serio o no". Y por esta razón, lo juzgan severamente. Eso es injusto. El pobre humorista, voluble, diverso y demasiado cambiante, no puede fijar su atención por mucho tiempo en un mismo aspecto de los fenómenos. Bien sabe que la realidad tiene aspectos múltiples y que todas las cuestiones, por consiguiente, son complejas. La natural agilidad de su espíritu le permite franquear, sin darse

cuenta, las fronteras que los hombres han puesto entre aquellas cosas que son "serias" y aquellas que no lo son. Y él puede estar, simultáneamente, alegre y triste.

Demasiado móvil, se acerca o se aleja rápidamente del fenómeno que contempla. No se parece a la gente razonable que, para mirar un cuadro, sabe ponerse a la distancia justa. Él se coloca o bien demasiado cerca, o bien demasiado lejos. En *La linterna sorda*, Jules Renard nos habla de Éloi en estos términos:

"Esta noche, Éloi ha ido a una reunión mundana. Se pasea bajo las arañas, saluda a algunos invitados y encuentra por fin el tema que buscaba para su experimento: retiene largamente en su mano la mano de una mujer.

"–¡Qué piel más fina tiene usted, querida señora! Debe estar orgullosa de ella –dijo.

"Con estas palabras, saca de su bolsillo una lupa:

"–Pero mire.

"Una vez aplicado el vidrio, se ven profundas huellas, granos parecidos a piedras del camino, venas navegables, pelos olvidados como malas hierbas, manchas oscuras por aquí, por allá un punto que se mueve, algún bichito sin duda, y horrores por todas partes.

"Éloi se dispensa de hacer una reflexión hiriente.

"No dice nada. Vuelve a guardar la lupa en su bolsillo, presiona por última vez esa mano de mujer, discretamente, y se aleja."

No hay que mirar desde una distancia demasiado corta la mano de una linda mujer. No hay que mirar nada desde una distancia demasiado corta. Un día, en la víspera de las elecciones, dejé de tomarme en serio el sufragio universal porque acababa de oír, desde una distancia demasiado corta, la muy animada

conversación de dos electores. Más tarde, habiendo tenido la ocasión de observar de cerca a Su Majestad Christian XXIX, me volví otra vez republicano.

¿A qué distancia hay que situarse para juzgar a los hombres? Si uno examina al individuo, si uno mira lo que hay en su corazón y en su espíritu: sus ideas demasiado cortas, sus pueriles esperanzas, sus preocupaciones, sus manías y debilidades, y sus viejas penas mal sofocadas, no se puede sentir por él otra cosa que una desalentadora e inútil piedad. Pero también es peligroso mirar a los hombres desde una distancia demasiado grande. Vista de muy lejos, la tierra no es otra cosa que "ese planeta tibio que tiene piojos". Los piojos somos nosotros.

A veces la risa no es más que amarga risa burlona. Un día, Georges Courteline nos dijo cómo se representaba su amigo Léon Dierx el fin del mundo. Dierx imaginaba un recomenzar del diluvio universal. La tierra ha vuelto a desaparecer bajo las aguas. Del manto líquido sin límites emergen, aquí y allá, los extremos de algunas arboladuras. Y en la punta de los mástiles hay cotorras que han escapado con vida, supremos restos de un mundo terminado que, con sus voces de polichinelas, gritan en el vacío: "¡Patria! ¡Religión! ¡Verdad!", esas grandes palabras por las que durante cientos de siglos los hombres habrán luchado y se habrán bañado en sangre hasta el cuello.

El hombre previsor piensa en el mañana, piensa en el año que viene; pero al humorista le ocurre mirar demasiado lejos en el porvenir. Una vez más, su "punto de vista" se desplaza con demasiada facilidad.

En un discurso que dirigía a los estudiantes del Barrio Latino, un día dijo Ernest Renan dijo:

"Háganle un lugar a la sonrisa y a la hipótesis de que este mundo no sería algo muy serio." Para el humorista, nada es

absolutamente serio. No conoce cosas serias, ni un dogma tan venerable como para justificar la violencia de aquellos que matan en nombre del Bien o la Verdad.

El humorista es el adversario natural del fanático. En el espíritu de éste hay una cierta "rigidez" que lo obliga a mirar por largo tiempo el mismo aspecto de la verdad. Incapaz de ver los problemas como los ven otros, es intolerante. Su intolerancia hace su fuerza. En el momento de actuar, no conoce las vacilaciones de aquellos que comprenden demasiadas cosas. A menudo los fanáticos arrastran a los hombres. En todos los grandes movimientos históricos, han jugado un papel importante.

Si todos los hombres tuviesen humor, habría menos estrechez en sus juicios y menos violencia en sus disputas. Pero sin duda pondrían en el combate de la vida una energía insuficiente. Su pensamiento demasiado móvil y su humor cambiante hacen del humorista un indisciplinado. Aquellos que luchan deben desconfiar de ese aliado poco seguro, siempre dispuesto a reconocer lo que hay de justo en los argumentos del adversario. Dado que con demasiada facilidad siente simpatía por el individuo, no sabe respetar las necesarias convenciones.

Doña Naturaleza, que parece decidida a que la comedia humana dure aún largo tiempo, produce pocos humoristas. Observen a los viandantes y escuchen sus conversaciones: contrariamente a lo que Renan aconsejaba, casi todos se comportan como si este mundo fuese algo muy serio. Hasta cuando se ofrecen una ración de placer, respetan las Reglas del juego.

Para que la vida continúe, no es necesario que los seres comprendan: basta con que actúen. Al generalizarse, la risa de los hombres paralizaría la Acción y terminaría por sacudir la sólida armadura del universo. Mi abuela tenía razón: no estamos en la tierra para divertirnos.

NOTA

Hablé más arriba de la "homérica risa de las eras primitivas". Sin duda esta expresión no es otra cosa que un deplorable cliché. ¡Ah, qué atentos debemos estar, cuando escribimos! Las palabas que tenemos en la memoria nos dispensan, nos desvían de pensar.

En las eras primitivas, seguramente el hombre no reía. Llevaba una existencia precaria y debía estar incesantemente tenso, o preocupado. Para poder reír, primero tenía que conocer la seguridad, debía cesar momentáneamente de tener miedo. El primer hombre que rió probablemente deseó burlarse del invisible Enemigo. La risa habría comenzado, así, por ser irrespetuosa. Y para terminar, acaso no manifestará otra cosa que la vana revuelta del individuo contra el orden universal.

–¡El pobre Alcide! Al menos no llegará a conocer los días de veda de carne.
Los muertos felices, Maurice Hayward, *L'Arbalète,* 15 de marzo de 1917.

Mi suicidio

(1925)

PALABRAS PRELIMINARES

Desde hace largo tiempo me prometo escribir un librito que he de intitular: El pesimismo alegre. *Este título me gusta. Su sonido me agrada y expresa bastante bien lo que querría decir.*

Pero me parece que esperé demasiado: he envejecido, y en mi libro probablemente habrá más pesimismo que alegría. Nuestro corazón no es el termo perfecto que conserva hasta el final, sin perder nada, el ardor de nuestra juventud.

Por otra parte, la perspectiva de mi suicidio muy probable, y bastante próximo, por momentos me quita todo el buen humor que me queda. Será preciso que haga esfuerzos para que el contenido de mi libro se adapte a su título.

Tras alguna reflexión, me digo que "Pesimismo alegre" *es una expresión que podría hacer vacilar a algunos compradores. No van a entender.* "Mi suicidio" *será un título más atrayente. El público tiene un marcado gusto por el melodrama.*

Me gustaría que mi suicidio procurara un poco de dinero a mis acreedores. De modo que pensé en ir a ver a Fritz, el dueño del Grand Café. Quería decirle:

"Anuncie en los diarios una conferencia sobre El suicidio, *por 'Balthasar'; y añada, en negritas: 'El conferencista se suicidará al final de su conferencia'. Después, en letras más pequeñas: 'Localidades a 20, 10, 5 y 2 francos'. (El precio de las consumiciones se triplicará.) Estoy seguro de que tendremos público abundante."*

Pero he renunciado a mi idea. Fritz sin duda se habría negado; pues mi suicidio podría dejar una mancha imborrable en el suelo de su honorable establecimiento.

Y además, la policía, de modo totalmente ilegal, habría prohibido sin duda la representación.

Balthasar.

AMO LA VIDA FÁCIL

Después de haber trabajado mucho durante treinta y tres años, estoy cansado. Pero todavía tengo un apetito magnífico. Y es este buen apetito el que me hizo cometer muchas tonterías. Felices de aquellos que tienen un mal estómago, pues ellos serán virtuosos.

Tal vez no haya observado lo bastante bien las reglas de la higiene. Si uno vive higiénicamente, al parecer, puede llegar a ser muy viejo. Eso jamás me ha tentado. De ahora en adelante me gustaría llevar una existencia confortable y, principalmente, contemplativa. Con embriaguez en mi espíritu y con fugitivas emociones, querría admirar la belleza del mundo y saborear los "alimentos terrestres" de la mañana a la noche.

Pero si permaneciera sobre la tierra, no tendría esa vida fácil que me tienta. Para reparar las faltas que cometí, debería realizar, por mucho tiempo más todavía, tareas monótonas, y soportar penosas privaciones. Prefiero marcharme.

LAS PROVISIONES

Mi sueño de vida fácil no es un sueño irrealizable. Cada año, hombres más virtuosos o más hábiles que yo consiguen llevarlo a la práctica. Son individuos razonables que durante toda su vida, en previsión de la vejez, han hecho "sus provisiones".

Cierto día, un hombre de Estado francés les dio a los jóvenes de su país este consejo brutal: "*¡Enriquézcanse!*". En otro tiempo, esa palabra me escandalizaba; pues he recibido una educación moral de calidad superior. Elocuentes apóstoles me dijeron: "*¡Defiende la causa de los oprimidos, siempre!*". Lo tuve muy en cuenta; y siempre he sido, en mi familia, el defensor de la criada. Pero, como hay ya quien lo ha sostenido, más vale injusticia que desorden; porque mi tímida intervención provocaba, cada vez, escenas lamentables.

Mis educadores habrían podido decirme, sin engaño:

"La humanidad es pobre; es decir que debe trabajar muchísimo y sin descanso para dar una forma utilizable a las riquezas de toda clase que la tierra puede producir. Las cosas útiles o deseables son limitadas en cantidad. Es por eso que el hombre previsor mete dentro de armarios que cierra con llave –a menudo cajas fuertes– las provisiones que debe a su perseverancia, a su astucia o algún feliz azar. Pues sabe que envejecerá. Llegará un día en que ya no querrá producir, pero aún tendrá necesidad de consumir. Ese día, solo si tiene provisiones podrá descansar y gozar de la vida.

"Las riquezas sociales son limitadas en cantidad; el trabajo es fatigante; el ser humano está condenado a envejecer y debi-

litarse. *Eso, no lo vamos a cambiar*. Estas tres condiciones explican las codicias del Pobre y las precauciones que adopta el Rico para que su caja fuerte no sea abierta con efracción. Explican las leyes que los hombres han creado para que en la sociedad haya un orden duradero."

Esto es lo que mis educadores habrían debido explicarme. Pero me hablaron sobre todo del progreso y de la sociedad futura. Y durante muchos años fui el colaborador convencido de los utopistas que preparan la dicha de la humanidad.

Dado que los pobres son muy numerosos, acaso conseguirán introducir algo de "justicia" en el modo de reparto de las provisiones. La perspectiva de un Estado socialista bien organizado, en el que el individuo gozara de seguridad material, no me desagradaría en absoluto. Cuando uno está seguro de procurarse cada día los alimentos que necesita, puede pensar en otra cosa: tiene el espíritu libre. En el mundo actual, donde reina "la libertad", la mayoría de los hombres están preocupados.

Pero si triunfa el socialismo, ¿con qué alimento podrá contar el individuo? ¿Tendrá que contentarse con pan, leche, verduras frescas y el macarrón "social y sin queso"? La frugalidad, la abstinencia y la virtud se volverán sin duda obligatorias a fin de que haya víveres suficientes para todo el mundo. La opulencia para todos supone un formidable trabajo colectivo. Ahora bien, yo querría una sociedad en la que el trabajo pesado se redujera al mínimo y en la que todos tuvieran, cada día, muchas horas para amar, para gozar de sus cuerpos y para jugar con su inteligencia.

Mi sueño es absurdo. Ya sea que se la conciba de una forma o de otra, la felicidad duradera es imposible. Acaso no haya sido un error cuando se le dijo al hombre: "Ganarás tu

pan con el sudor de tu frente". Pero entonces, ¿hay que anhelar que la vida continúe? Si la sociedad se defiende contra el egoísmo del individuo es porque quiere durar. ¿Para qué durar? ¿Hacia qué porvenir deseable nos encaminamos? El Creador, que al parecer es muy inteligente, por momentos debe decirse que su obra es vana.

Me estoy repitiendo. Pensar, reflexionar, es propio de una inteligencia imperfecta. La Inteligencia Infinita no piensa: ¡se confunde con la absoluta estupidez! Dios no debe decirse nada de nada.

Cuando me hablan de los Intereses Superiores de la Humanidad, no comprendo de qué me hablan. Pero soy un amante del lomo de ciervo y el borgoña añejo. Y sé lo que puede haber de adorable en la poesía, en la música, en la sonrisa de una mujer.

EL DINERO

Ya lo he dicho: los que me educaron no eran unos campesinos rapaces y obstinados. Eran utopistas generosos. A la edad de veinte años, yo realmente creía que el dinero era algo de poca importancia. Me habían hecho sentir toda la fealdad del régimen capitalista.

Por otra parte, lo que ha falseado mi juicio es que nadie decía maldades de mí. Siempre tuve tan buenos amigos que sigo pensando un poquito bien de mí mismo.

Una o dos veces, para seguir sus amistosos consejos, intenté hacer provisiones. Pero me las comí enseguida.

Hoy veo mis graves errores con claridad; pero es demasiado tarde. Demasiado tarde comprendo la importancia del papel que juega el dinero en la sociedad moderna. Ahora *sé*. Cuando ingreso en uno de esos bancos magníficos que se han construido recientemente en Lausana, experimento una emoción sagrada: me encuentro en el templo de la Religión Viviente. No hay hipócritas entre los fieles que allí encuentro: ninguno de ellos duda de la omnipotencia de su dios.

El dinero hace la felicidad. Durante la gran guerra de 1914, hombres ricos sacrificaron generosamente a sus hijos en el altar de la Patria. Pero más tarde, cuando la Patria tuvo necesidad de dinero, aquellos hombres virtuosos pusieron su fortuna en lugar seguro. Su conciencia no les ordenó llegar hasta el sacrificio supremo.

El que posee dinero suficiente no solamente puede vivir de manera confortable, higiénica y agradable, sino que además tiene tiempo libre para cultivar su "maceta de flores íntima",

Humilde geranio o palma triunfal.[22]

El rico puede renovar su vida. El pobre no puede esperar. Si el oficio que ejerce desde hace años hoy le inspira repulsión, de todos modos debe continuar. Para hacer un nuevo aprendizaje, para arrancar en una nueva dirección, tendría que tener dinero.

El pobre y el rico pueden cometer los mismos errores; pero estos errores tendrán para el rico consecuencias menos graves. Si yo tuviese dinero, no me infligiría a mí mismo la pena de muerte y podría consolar a aquella a quien he causado mucha pena.

El rico tiene elección: puede ser generoso o no serlo. Si quisiese, podría llevar durante algunos años la vida de un pobre. El pobre, en cambio, no tiene elección.

Cuando uno posee una voluntad de hierro, bien puede prescindir de la riqueza. Por lo común, el pobre remplaza la "indomable energía", de la que carece, por resignación.

Las personas muy pobres y muy honestas son seres insuficientemente alimentados. Obsérvenlos: su alma no irradia ningún calor. Están apenas lo suficientemente alimentados para poder *continuar*. Eso es es lo único que les pide, por lo demás, la sociedad que necesita de ellos.

Me imagino la cara que pondrían los ricos si los pobres adoptaran la costumbre de suicidarse a fin de abreviar su existencia gris. Seguramente dirían que es *inmoral*. ¡Y qué medios no emplearían para impedir la evasión de sus prisioneros!

Para el rico, olvidar sus grandes penas es más fácil que para el pobre; al cambiar el decorado de su vida cambiará también, por momentos, el curso de sus pensamientos. ¿Quién sabe si, a condición de pagar su precio, no encontrará a esa amiga que lo ame "por lo que es"? Cuando tiene mucho dinero, una mujer fea parece menos fea. El rico señor T. se expresa con tanta seguridad que uno no advierte enseguida lo estúpido que es. En cuanto al pobre, todos los días se ve expuesto a humillaciones.

Con frecuencia, debido a que son pobres, unos esposos que han dejado de amarse, unos seres que se detestan deben seguir viviendo juntos. La separación no está al alcance de todos los bolsillos.

El rico no está obligado a ser hipócrita: dispone de seguridad. Poseer dinero es poder contar con un porvenir. El dinero es la vida futura.

Siempre habrá pobres entre nosotros; una sociedad compuesta únicamente de ricos no sería viable. Pero al individuo que no tiene la menor inclinación por los trabajos forzados le queda un recurso: el de marcharse.

HE VIVIDO MAL

En el momento de morir, Sócrates se acordó del gallo que adeudaba a una de las divinidades de su tiempo. Y se preocupó muy honestamente por "poner sus asuntos en orden". Eso es fácil cuando uno debe tan solo un gallo. Yo debo mil gallos; y como sé que no tendré ni la energía ni la virtud suficientes para devolverlos a todos, voy a infligirme la pena de muerte. Eso pondrá fin al intolerable desasosiego que hay en mi espíritu. Y la justicia de los hombres quedará, quiero creerlo, satisfecha.

Así es que reconozco la gravedad de mis faltas. Habría debido vivir de otra manera. Uno no debe contar demasiado con las provisiones del prójimo. Pero no puedo juzgarme con demasiada severidad, puesto que siempre tuve excelentes intenciones. Cuando yo decía:

"Le devolveré su gallo el 30 de septiembre", era de una sinceridad absoluta. Mi sinceridad me tranquilizaba tan perfectamente, además, que al cabo de una hora ya pensaba en otra cosa. Y como siempre he tenido el apetito de un rico, me ocurría comer, sin malas intenciones, los gallos que habría debido poner

a resguardo hasta el 30 de septiembre. Lleno de optimismo, daba el futuro vagamente por sentado. A menudo había oído decir que la fortuna llega mientras uno duerme.

Durante mucho tiempo tuve un poco de desprecio por los comerciantes. Creía poseer un alma más bella que la suya. Cuando el señor K. me decía con orgullo: "Yo siempre honré lo que he firmado", yo no sentía la menor admiración. Su probidad comercial es incontestable. Pero tiene menos escrúpulos, el señor K., cuando no ha firmado ningún papel. En cuanto se le presenta ocasión, no teme obtener pequeños ahorros sobre los magros salarios de sus empleados. Y no siempre responde a las preguntas de sus clientes con absoluta lealtad. La ley no obliga al comerciante a decirle toda la verdad al primero que llega. Ella no castiga todas las formas de la vileza humana.

Un profesor que recibe su sueldo al final de cada mes a menudo es un ingenuo que se hace de la vida una idea absurda, porque consagra demasiado tiempo a especulaciones desinteresadas. En nuestro mundo de negociantes y financistas, el hombre normal es aquel que, de la mañana a la noche, no piensa en otra cosa que en dinero. Este sabe que la vida es un combate recomenzado cada día. Comprende la necesidad de permanecer atento y prudente. Lo he constatado muchas veces: en sus conversaciones, el banquero M. nunca se abandona del todo; es un hombre que tiene pensamientos que ocultar.

Fui vanidoso y estúpido al juzgarme mejor que el señor K. y el señor M. Se necesita fuerza para ganar y ahorrar dinero; para gastarlo, no hace falta ninguna. A los medios que esos señores emplean para enriquecerse suele faltarles elegancia; pero se trata de medios lícitos. El señor K. ha cumplido con su deber. Tiene provisiones y podrá ofrecerle a cada una de sus hijas una pequeña dote.

Mi inteligencia de lujo no me ha ayudado a volverme más fuerte; delicado como soy, estaba hecho para prodigar con aristocrática esplendidez el dinero ganado por los otros. Me iré, porque me sería muy difícil soportar las consecuencias de mi imprevisión culpable.

¡Jóvenes, enriquézcanse!

ES UNA MALA ACCIÓN

Rousseau me diría que mi suicidio será una mala acción, porque si yo estuviera vivo, aún podría hacer un poco de bien. Sí, mi viejo Rousseau: tienes razón; pero si continuara viviendo, también haría mucho daño. No voy a ser malvado; no hay la menor maldad en mí; pero mi egoísmo podría causar sufrimiento. Da igual: la objeción de Rousseau me perturba. Marchándome, abandono a la compañera-víctima que siempre, durante el largo viaje que hemos hecho juntos, cargó con mi costal. Uno se habitúa muy pronto a la generosidad de su compañero. Debe haber muchas de esas parejas en las que uno de los asociados es el devoto servidor del otro, mientras que el otro ni siquiera se da cuenta.

Para que la sociedad pueda durar con su estructura actual,* es preciso que los individuos se casen y funden familias. Pero

* ¿Existirá un día una sociedad muy diferente de la nuestra, en la que los individuos podrán unirse y separarse más fácilmente los unos de los otros? [N. de A.]

en la inmensa mayoría de los casos, el matrimonio es un lazo que hace sufrir. Dos seres "que están hechos para entenderse" no necesariamente están hechos para vivir juntos, durante cuarenta años seguidos, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Porque están dotados de sensibilidad y de imaginación, por el simple hecho de que están vivos, el hombre y la mujer son incapaces de obedecer al representante del Estado que les dice: "De ahora en adelante, sus sentimientos no deben cambiar más".

Me ha venido a ver Philippe; y escuché con mucho interés sus confidencias. ¡Hace veinticinco años que está casado! Los que se casan nunca saben lo que hacen. Philippe es uno de esos hombres que no pueden amar de manera durable otra cosa que las ideas. Su gusto muy intenso por la especulación filosófica lo convierte en un distraído, que se ocupa más bien poco de los seres entre los que vive. Puesto que su mente está en otra parte, frecuentemente se olvida de ser afectuoso. Al cabo de un año, su mujer ya padecía la soledad del matrimonio. Él me dijo: "Insensiblemente, sin darme cuenta, dejé que se gastaran y cortaran todos los hilos que me unían a una compañera a quien amé, que es linda y que vale más que la mayoría de las mujeres. Poco a poco hemos perdido el hábito de la intimidad y de las palabras tiernas. Hoy puedo ver el mal que he causado *sin ninguna maldad*: mi compañera ha estado sola desde hace veinticinco años. Pero es demasiado tarde. Me gustaría decirle lo inmensamente bien que pienso de ella; y eso me es imposible. Mis afectuosos gestos de otra época serían tan insólitos, tan nuevos, que la timidez me paraliza. Y además,

acaso mi deber de marido ya no sea más que una *noción* moral que existe en mi mente. Bajo las cenizas, el fuego acaba por apagarse.

"Vivimos juntos sin decirnos las cosas en las que pensamos constantemente, el uno y el otro. Ella jamás se queja; pero su presencia es como un reproche para mí. Y ahora, dado que sufro al igual que ella esta vida muda, todos los días me escabullo y voy a reclamarle las apariencias de la ternura a la señorita que me sirve mis tazas de té y mi oporto. El matrimonio puede ser una cosa atroz.

EL PROFESOR DE MORAL Y EL FISIÓLOGO

Los profesores de moral son funcionarios pagados por el Estado (a los profesionales se añaden por lo demás muchos amateurs) para intimidar al individuo mientras este todavía es joven, a fin de que más tarde sienta vergüenza de mostrarse tal cual es. Este medio que la sociedad emplea para defenderse es excelente: puede reducir al mínimo, así, el número de sus gendarmes.

Si mis recuerdos no me engañan, cuando vine al mundo mi inocencia era perfecta. ¿A qué edad me pervertí? ¿Y por qué me pervertí?

El señor que habla en nombre de Dios me dice: "Dios tuvo la bondad de darte la libertad y la facultad de distinguir el Bien del Mal". Yo le respondo, a ese señor: "Dios se olvidó de darme la voluntad suficiente para resistir a las tentaciones". El señor replica: "Eras libre. Si hubieras querido, habrías podido". Yo respondo: "¿Por qué no tuve suficiente voluntad para querer?".

Esta discusión no terminaría nunca. Quieren que yo sea "responsable", para tener derecho a castigarme: eso es todo. Al inculcar en el individuo el sentimiento del Deber, el Estado es menos brutal y más hábil que si se contentara, en caso de conflicto, con invocar el derecho del más fuerte. A menudo, al satisfacer nuestros verdaderos deseos y nuestras verdaderas necesidades, perjudicaríamos al prójimo. Por lo general es nuestro deber social, entonces, contrariar nuestra naturaleza profunda. En suma, la sociedad le demanda al individuo que sea aquello que fisiológicamente no es. No nos sorprendamos si la acción que el educador ejerce sobre la juventud produce muchos hipócritas y pocos rebeldes.

¿Podemos decirle seriamente a un joven muy tonto: "Tu deber es volverte muy inteligente"? Por lo general, los predicadores son lo bastante razonables para no hacerlo. Pero al ser soñador y linfático le reprochan el hecho de que gaste menos energía que el hombre vigoroso y lleno de salud. Recomiendan la misma sobriedad al enfermo que al individuo cuyo estómago es excelente y que tiene un apetito formidable. Sin tener en cuenta las diferencias esenciales que ya nos distinguían a unos de los otros cuando vinimos al mundo, nos muestran a todos el mismo modelo y nos dicen: "Estas son las virtudes que deben poseer".

Un profesor de moral y un fisiólogo que conocieran mi vida no emplearían, para caracterizarme, las mismas expresiones. Y si lo trazara la mano de un teósofo, mi retrato sería todavía diferente.

Sin embargo, soy lo que soy. Nuestros juicios sobre el prójimo dependen, ante todo, de nuestros propios hábitos mentales.

Se hablará severamente de mi espantoso egoísmo y de mi falta de sentido moral. Pero hay muchas maneras de ser egoísta; y también hay diversas maneras de ser moral. Querría ser juzgado por un fisiólogo-psicólogo que hubiese estudiado atentamente el diminuto mecanismo que comanda los movimientos de mi alma. He llegado a creer que en mi pequeña máquina interior existe una correa de transmisión que se encuentra rota desde hace bastante tiempo; es la que originalmente transmitía la tracción del engranaje *sentimiento* al engranaje *voluntad*. Mis pensamientos generosos (a veces los tengo) carecen del poder de moverme a actuar.

Por otra parte, mi motor esencial, que se denomina "instinto vital", debe hallarse en muy mal estado ya que sin estar enfermo prefiero la muerte a una existencia en la que, como en casi cualquier existencia, habría inquietudes y privaciones.

Un amigo me ha hecho notar que si continuara viviendo, mi suerte aún le resultaría envidiable a la mayoría de los humanos. Tiene razón. Pero yo no comprendo a esos seres envejecidos, pobres e infelices que a toda costa quieren *durar*. ¿Qué esperan? Entre ellos hay solitarios que no aman a nadie y enfermos que tornan más pesado el fardo que sobrellevan sus allegados.

Yo necesito vivir con embriaguez. Muchas veces, al ir a la escuela por la mañana, me deprimió comenzar una jornada

en la que no habría nada, nada más que el cumplimiento del deber profesional. No soy un hombre virtuoso, porque esta perspectiva no me bastaba. Necesito avizorar, en el futuro próximo, momentos de exaltación y de alegría. Solo soy feliz cuando adoro algo. No comprendo la indiferencia con la que tanta gente soporta, días tras días, esas horas vacías en las que no hacen otra cosa que *esperar*.

Mi impaciencia, que me ha hecho cometer tantas faltas, seguramente se debe explicar por la naturaleza de mi imaginación y por el estado de mis nervios.

(Ha de creerse que todavía me preocupo un poco por lo que se dirá de mí luego de mi muerte, puesto que intento disculparme. ¡Es que, realmente, lo que los otros dicen de nosotros es demasiado estúpido!)

Soy un egoísta que ha amado mucho. Despilfarré mi ternura así como despilfarré mi dinero. En mi motor térmico debía haber un vicio de construcción, dado que había un constante escape de calor que se perdía en el inmenso vacío. A menudo, mi tibia irradiación caldeaba por un momento a quienes se me acercaban.

Un día, me fue muy difícil retener a una anciana campesina de setenta años que quería arrodillarse ante mí para besarme las manos. Engañada por el sonido de mi voz y por mi falta absoluta de desprecio y de rigidez, ella creyó que yo era profundamente bueno.

Sí, soy bueno, pero de una bondad inactiva. Soy mucho menos útil que ciertas personas quienes hay rigidez porque tienen firmeza.

Existen personas ahorrativas que no desatan sino con mucha prudencia los cordones de su corazón. Son de esas que no saben acoger al desconocido que se acerca. Yo de inmediato sonrío si el desconocido tiene cara de bueno. Eso se debe a la extremada elasticidad de mi músculo zigomático.

Una vez, un viejo filósofo me dijo: "El fondo de su naturaleza es la benevolencia". Y como dicen los criados, yo podría presentar muchas otras buenas referencias.

Si las condiciones de mi vida hubiesen sido diferentes, nadie habría sufrido por mi egoísmo. En el país de Jauja, particularmente, habría cumplido de manera ejemplar con mi deber social. A veces un hombre inmoral no es otra cosa que un hombre moral que está fuera de su sitio.

Digo todo esto para tranquilizarme. Hoy me sentiría menos asqueado de la vida si hubiese sido realmente bueno, durante veinte años seguidos, con un único ser, ignorando al resto de la humanidad. El daño que he hecho es irreparable. He causado la desesperación de un alma. He destruido algo infinitamente precioso y único. He cometido una mala acción que ni con toda la moneda sentimental que he entregado, centavo a centavo, a personas extrañas, podría pagar.

EL INDIVIDUO
Y LA SOCIEDAD

Todo lo que hay de bueno en mí, se lo debo a la sociedad. Si no pudiese contar más que con mi fuerza de vertebrado superior, sería incapaz de alimentarme y defenderme en el mundo actual. El individuo que puede vivir solo en el desierto, antes se ha desarrollado en el medio social, que le ha proporcionado toda clase de armas de las que tiene necesidad.

Yo no sabría hablar si no hubiese nacido entre los humanos. Son los hombres los que me enseñaron a pensar. Es la sociedad la que me reveló todas las cosas bellas que me han hecho amar la vida. Yo sé que para durar, ella tiene necesidad de la violencia y la mentira; pero son sus escritores los que me hablaron de la justicia e introdujeron en mí el espíritu de rebelión. Debo a los otros todo lo que poseo: tanto mis ideas y mis dichas como mis vestimentas.

Pero muy pronto la sociedad vuelve a quitarnos todo lo que nos ha dado. Después de haber introducido en nuestro espíritu imágenes exaltantes, ella nos impide, por medio de su moral y de sus leyes, satisfacer nuestros deseos e incluso, a menudo, nuestras necesidades más imperiosas. Sus educadores comienzan por cultivar en nosotros el gusto por lo que es hermoso; ella afea luego nuestra vida convirtiéndonos en máquinas.

La sociedad es la más fuerte: fácilmente se desembaraza de los individuos que la molestan. Pero en muchos casos es el individuo el que tiene razón contra ella: él es ya el representante de

una sociedad mejor. Rebelándose contra la sociedad es como cumple a veces su deber social.

Para que la vida continúe, es preciso que los hombres consientan, cada día durante largas horas, en ser máquinas. Pero la máquina no lo es todo. Aquellos cuya tarea es enriquecer la vida interior de los jóvenes son transformados en autómatas y maníacos. Desde hace treinta y tres años enseño a mis alumnos matemática elemental. Cada año, cada día, hilvano reglas y fórmulas inmutables. (En cuanto a mis digresiones, ciertamente son contrarias al reglamento.) Hay frases que debo haber enunciado tan a menudo que a veces el asco las refrena entre mis labios.

El Estado no proporciona a aquellos que instruyen a los escolares la ocasión de renovar su tarea y de rejuvenecer así su pensamiento. ¿Le interesa que uno entusiasme a los jóvenes? No, el entusiasmo es peligroso.

A mí me gustan los comienzos, los inicios, el impulso nuevo.

"¡Ah, las primeras flores, qué perfumadas son!"[23]

A los niños que me han sido confiados, debo hablarles, cada día, de cosas que ocuparán un lugar muy pequeño en sus vidas. En el fondo de mi corazón, excuso a los "perezosos" a quienes todo eso les parece tedioso. Debo hacer ruido e invertir mucho buen humor para que presten atención. Es un error que la Escuela enseñe a todos tantas cosas que solo interesan a ciertos especialistas. El niño, se dice, debe aprender a obedecer. ¡De acuerdo! Pero que los adultos aprendan a dar órdenes razonables.

Yo estaba hecho para amar el oficio que ejerzo; y sin duda mi cordialidad habría sido eficaz si, en lugar de ser el maestro de mis alumnos, hubiese podido ser su entrenador. La perspectiva de retomar mis clases me deprimiría menos si quienes me pagan me dijeran: "Deles a estos niños lo mejor que haya en su propio

pensamiento". Yo no soy semejante a esos funcionarios que se enorgullecen de ser un "engranaje" en la máquina social. Necesito que las verdades que enseño me conmuevan.

LA GENTE ORDENADA, LOS BUENOS CIUDADANOS

Más de una vez me he comparado, con un poco de vergüenza, a la gente ordenada; a esa gente que cumple su deber, cada día, con simplicidad; esos que son ahorrativos y sobrios, y que dan a sus hijos una buena educación. Al mirarlos, me decía: "Así es como yo habría debido vivir".

No comparto en lo más mínimo el ridículo desdén que ciertos "bohemios" tienen por el Burgués. Algunas de las virtudes que poseen las personas ordenadas son de un valor inestimable. No tenerlas es verse expuesto, continuamente, a cometer las faltas más graves. Hay empleados modestos y pequeños tenderos que se esfuerzan durante treinta o cuarenta años seguidos y se niegan pequeños placeres para que sus hijos tengan, más adelante, una situación superior a la suya. Al pensar en ellos, me sería fácil conmoverme. (Es verdad que la emoción, en mí, llega fácilmente. Tengo cierto gusto por las lágrimas.) Pero escribo este último librito para explicarme; lo escribo también para protestar de antemano contra la severidad con la que seré juzgado. Siento necesidad de defender al individuo egoísta contra las exigencias de la Moral.

Son las personas ordenadas, los amigos del orden, quienes dan estabilidad al edificio social. Es importante que su masa sea considerable. Son ellos quienes fundan familias. Producen críos a su imagen, los cuales a su vez se reproducirán; y así, la vida continuará. Se les ha dicho: "¡Creced y multiplicaos!". Y ellos obedecen.

¿Hay que admirar sin reservas a esos seres respetuosos que juegan tan bien su papel de buenos ciudadanos? ¿Cuál sería el sabor de la vida si la sociedad estuviera compuesta únicamente de esos seres? Acaso sea su falta de imaginación lo que les permite ser tan uniformemente virtuosos. Viven con prudencia; solo introducen en su existencia las pequeñas cosas permitidas; vigilan sus gestos y sus palabras; jamás tienen grandes impulsos; no conocen la exaltación ni la adoración. Y a menudo, el respeto los vuelve idiotas.

De vez en cuando es preciso que se produzca un desorden en el mundo para que puedan nacer las cosas nuevas. El desorden siempre es provocado por malos ciudadanos, unos entusiastas que se han emborrachado con palabras.

A esos seres, yo los comprendo. Tengo indulgencia por sus debilidades. Como ellos, necesito vivir con embriaguez. Es preciso que a menudo haya en mi vida momentos deslumbrantes. La poesía y la música me los pueden procurar. Me exalto asimismo al pensar en el trabajo que estoy por emprender. ¿Acaso uno se pondría manos a la obra si no estuviese conmovido, en primer lugar, por la belleza de aquello que creará? También las buenas comidas y el vino me han procurado momentos de profunda alegría. Hay vinos tan nobles que cuando los bebo siento la necesidad de agradecérselo a alguien.

Por último, no tengo miedo a nada, me siento fuerte, una inmensa confianza me llena en los momentos, demasiado raros, en que la Mujer me sonríe.

Es evidente: el Gran Mecánico no construyó mi pequeña máquina interior con mucho cuidado. Se olvidó de ponerle el regulador. Eso explica los movimientos desordenados de mi alma. Me ha sido imposible parecerme a esos seres prudentes, pacientes y previsores que desde la edad de veinte años hacen provisiones para su vejez. Para mí, la vida normal es la vida alegre. El individuo poco razonable que soy no quiere tener en cuenta todas las premisas del gran problema. No he sido hecho para vivir en un mundo en el que uno debe consagrar su juventud a la preparación de su vejez.

LO QUE DURA DEMASIADO

Philippe vino a verme otra vez. Me dijo: "Hay cosas en nosotros que duran demasiado tiempo. Ayer vi a un viejo, en el café, que tendía su mano temblorosa hacia la blusa de la muchacha que le trajo su jarra de cerveza. Era repugnante.

"Estoy decidido a morir antes de parecerme a ese viejo horrible. Porque el mismo peligro nos amenaza a todos. Nuestro corazón no quiere olvidar. Hay una edad en que nuestra nece-

sidad de amor se explica por el deseo de vivir de la especie. Pero mucho tiempo después, cuando ya no puede jugar un papel útil, el hombre puede seguir obsesionado por deseos que han perdido su razón de ser. Por otra parte, no veo muy claramente si es la sociedad o es la naturaleza la responsable de las desarmonías que el individuo padece. Pregunta de lo más vana, en suma, porque todo eso está mezclado. Ya te he dicho que todos los días voy a mendigarle un poco de ternura a Adrienne. Ella me permite mirarla largamente a los ojos y acariciar su hombro con timidez. Podría contemplar la adorable línea de su nuca durante horas, sin cansarme nunca. Cuando está cerca de mí, tengo una certeza, tengo fe; yo sé que hay en la vida algo infinitamente bueno. No hay nada mejor que este amor 'libre', que la gente honrada condena.

"Demasiado tarde me doy cuenta. Durante largo tiempo amé quimeras y no estreché entre mis brazos más que el vacío. Tranquilizada por mi timidez, a veces Adrienne esboza una sonrisa alentadora. Pero en el momento de tender mis manos hacia ella, me detiene un escrúpulo: ¡siento vergüenza! Ella es joven, yo no. Podría ser su padre… ¿Comprendes eso?"

"–Sí, comprendo.

"–Otro se contentaría con acariciar su piel suave. Pero yo tengo hambre de su ternura.

"Piensa en la frecuencia de esas miradas furtivas que intercambian el hombre y la mujer cuando se cruzan por la calle o en un lugar público. Demasiado moral o demasiado tímido, el individuo retiene sus instintos dentro de sí; y en el mundo hay millones de corazones que tienen hambre.

"En una oscuridad profunda en la que ella no pudiese ver mis cabellos blancos, querría estrechar perdidamente entre mis brazos a una mujer que sintiera la misma emoción que yo.

"Eso es imposible. Todos estamos condenados a la soledad. Lo dijo un médico francés: 'La mayoría de los hombres mueren de tristeza'. Eso no impide que la vida continúe. La naturaleza solo quiere el momentáneo acercamiento de los sexos; y es en vano que el individuo busque felicidad durable en el amor.

"El hombre está condenado a la tristeza porque tiene imaginación, porque piensa, porque ha salido de la animalidad."

Tienes razón, Philippe. Hay corazones a los que nuestra estúpida moral condena a una juventud demasiado corta y a una vejez demasiado larga. La vejez no sirve para nada. Si yo hubiese creado el mundo, habría puesto el amor al final de la vida. Una esperanza confusa y prodigiosa habría sostenido a los seres hasta el final.

ÚLTIMOS PENSAMIENTOS ANTES DE MORIR

Todo es fisiología. Las razones que me deciden a partir no serían suficientes para otro que no fuera yo. Mi manera de sentir no es por lo tanto la de todo el mundo.

Algunos amigos, para retenerme, me han ofrecido ayuda. Pero ya me acostumbré tanto a la idea de la muerte próxima que me he negado. No me tienta la perspectiva de recomenzar una vida en la que habría aún más preocupaciones, y quizás humillación. Habrá que creer que existe en mí algún resorte esen-

cial que está muy gastado. Las razones que ya di, por lo tanto, no lo explican todo. La verdad expuesta por un escritor que quiere ser sincero es siempre algo más o menos "arreglado".

Hay algunas existencias anormales que desembocan naturalmente en el suicidio. Eso es todo.

Muy pronto voy a matarme. No merezco este castigo. Estoy seguro de haber tenido menos malos pensamientos que la mayoría de esos buenos ciudadanos que triunfan y que jamás piensan en suicidarse. Los bellos versos que yo mismo me recitaba ponían pureza en mi espíritu. Me han procurado cada día un minuto de emoción. ¡Ah, cómo me gustaría permanecer sobre la tierra!

Cuando uno carece totalmente de maldad, de todos modos puede hacer muchísimo daño. Querría pedirle perdón a alguien, pero las palabras que debería decir no existen.

En el transcurso de una jornada, mi humor a menudo varía. Hay momentos en los que olvido que voy a morir. Entonces sonrío y tarareo las melodías que me gustan. Ya que sigue habiendo en mí una gran provisión de alegría. Destruir todo eso es un desperdicio. Nunca he sabido ser ahorrativo.

Me da placer escribir este librito en el que se trata de mi Suicidio. Mientras trabajo, mis pensamientos son tan puros como los de un bebé.

Muchas personas consideran el suicidio como un crimen. Pero no se les ocurre decirse que hay dos clases de ruindad: la de los criminales y la de la gente honrada.

Para vivir es indispensable un mínimo de ruindad.

Ya lo dijo un filósofo: "Ignoro cómo pueda ser un facineroso, pero el corazón de un hombre honrado es un horror".

Ya no le tengo miedo al porvenir, desde que escondí un revólver cargado entre los muelles de mi cama.

Me gusta muchísimo la vida. Pero para gozar del espectáculo hay que conseguir un buen lugar. La mayoría de los lugares, sobre la tierra, son malos. Es verdad que los espectadores, por lo general, no son muy exigentes.

Por momentos me parece que mi suicidio es un poco una "farsa". ¡Ah! ¿Por qué la frontera que separa las cosas fútiles de las serias no está más claramente demarcada?

¿Soy desgraciado o las palabras desesperantes que me digo me hacen creer que lo soy? Nos es imposible distinguir nuestros males reales de nuestros males imaginarios. ¿Qué es lo real? ¿Qué no lo es?

La música me apacigua. Siento que ella me perdona. Estoy seguro de que todos los poetas me perdonarían. (Desde luego,

no estoy hablando de esos patriotas que componen poesías para el Estado.)

Desde hace algunos días, hay muchas cosas en las que ya no me intereso para nada. Todo lo que es literatura me parece de lo más vano; y me sería difícil tomar parte en las discusiones que acaloran a los hombres. Las conversaciones me parecen más insípidas que nunca.

Pero me hago una idea exacta de las cosas infinitamente preciosas que voy a perder. Me parece que distingo mejor, ahora, lo que en la vida tiene valor. Soy feliz de ver el cielo, los árboles, las flores, los animales, los hombres. Soy feliz de VER. Soy feliz de seguir estando vivo. Querría posar mis manos una vez más sobre los senos de Alice, *para no estar solo*.

> "Para no sentir en mi última hora
> el corazón partido;
> Para no llorar, para que el hombre muera
> como el niño ha nacido."[24]

Durante más de veinticinco años me he interesado apasionadamente en un problema que consideraba muy importante. Hoy reconozco mi error: no me interesaba en él porque hubiese reconocido su importancia; sino que, sin sospecharlo, afirmaba su importancia porque yo me ocupaba de él.

Observen a aquellos que se ocupan desde hace mucho tiempo de la defensa nacional, o de la higiene pública, o de las escuelas, o del "arte para el pueblo": cada uno de ellos es víctima de la misma ilusión; cada uno realiza su tarea con ardor, sin conceder mucha importancia a lo que hacen los demás.

La importancia real de los problemas no puede ser medida.

El universo tendrá mucha menos importancia cuando yo ya no esté.

No teniendo ya ninguna obra que emprender, por momentos tengo la impresión de estar de vacaciones.

Soy un jugador que no podría pedir otra cosa mejor que seguir jugando, pero que no quiere aceptar las reglas del juego.

Hay mucha hipocresía en aquellos que continúan viviendo. ¿Acaso la vida social sería posible sin la mentira? No.

La mentira, la hipocresía: he allí, acaso, lo que mejor distingue al hombre del animal.

Me gusta muchísimo el vino. Momentáneamente rejuvenece mi alma gastada. Vicio es que algo nos guste demasiado.

Hay dos clases de gente virtuosa: aquellos cuyos deseos son débiles y que resisten fácilmente a las tentaciones; y aquellos que voluntariamente van contra su verdadera naturaleza. Estos últimos son raros. Entre ellos hay locos que se torturan para complacer a Dios. Y también hay seres excepcionalmente buenos que se sacrifican por amor o por compasión. Son los únicos que pueden hacerme sentir mi inferioridad.

Los otros no valen más que yo. Son unos prudentes que no aman nada perdidamente. Avanzan por largo tiempo en la vida sin caerse, puesto que no se inclinan ni a izquierda ni a derecha. Los hábiles, los que triunfan, son equilibristas.

¿Por qué hay que ser virtuoso? Para que la vida continúe. ¿Y por qué la vida tiene que continuar? Dios no podría responder a todos los "por qué" del hombre. Si respondiera, diría sin duda que ha creado el mundo porque no podía hacer otra cosa, y declinaría toda responsabilidad. Somos todos parecidos.

En una pequeña recopilación de "pensamientos" del filósofo Charles Secrétan, encontré estas palabras:

"En el amor de la criatura por su Dios, se alcanza la culminación de la Creación."

Si a Dios únicamente le interesara ser adorado, habría podido emplear medios menos crueles.

Yo solo podría amar a un Dios *humano*.

Mi suicidio será juzgado con severidad. Pero como en su gran mayoría los hombres son seres mediocres y poco inteligentes, ¿qué importancia debo conceder a la opinión pública?

¡Ah, no!, la gente honrada no vale más que yo. Me siento reconfortado cuando me comparo con aquellos que hablan en nombre del Estado ante la multitud. ¡Qué prudencia! ¡Qué chatura! Y a menudo, ¡qué bajeza!

Mientras daba un paseo, estuve mirado atentamente a algunos transeúntes. Adivinaba su tipo de vida, sus costumbres, su mentalidad. Pensaba en todo lo que serían incapaces de hacer.

El individuo es todo; para que las cosas sean bellas, primero es necesario que exista un ser vivo capaz de sentir su belleza.

Me hacía de la vida una idea completamente falsa. Concedía demasiada importancia a lo que es excepcional: el entusiasmo, la exaltación, la embriaguez. Lo que ocupa casi todo el lugar, en la vida humana, son las obligaciones cotidianas y monótonas, son las horas en las que esperamos, las horas en las que no sucede nada. El hombre normal es el que sabe vegetar.

Mi crimen es no haber tenido piedad por un ser desdichado al que veía todos los días, ¡y pensar que me conmuevo fácilmente!

El momento de mi suicidio se acerca. Estoy tan vivo que no siento el avecinarse de la muerte.

Me ocurre mirar con envidia a transeúntes carentes de todo prestigio, pues ellos seguirán viviendo.

Me acuerdo de un dibujo de *L'Assiette au beurre*[25] en el que se veía a un abogado que defiende a un criminal ante la corte. El abogado decía: "Sí, señores, hemos robado, hemos violado, hemos asesinado. Pero fue en nombre de Dios, del zar y de la Patria". ¡Y pensar que en algunos países hay personas bien educadas, cristianas, virtuosas y universalmente honradas *que son*

imperialistas! No perciben todo lo que hay de innoble en su patriotismo.

Decididamente, el hombre inmoral que soy no tiene la menor estima por los buenos ciudadanos.

¡Qué bello es el sol en el crepúsculo tibio!
¡Qué hondo es el espacio y potente el corazón![26]

Me alojaré una bala en el corazón. Allí sin duda me causará menos dolor que en la cabeza.

No tengo miedo de lo que vaya a sucederme después, porque tengo *fe*: sé que no voy a comparecer ante el Juez supremo. Solamente en la tierra existen "tribunales cómicos".

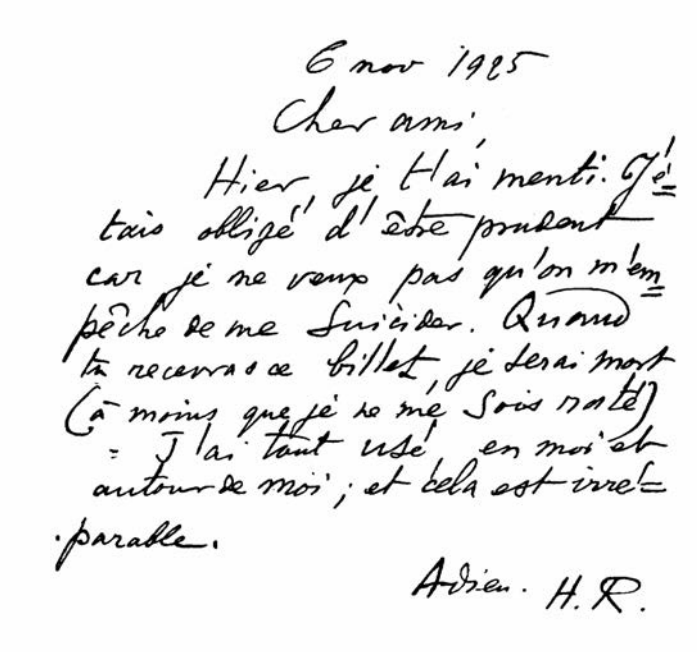
Pero me embargará la emoción, de todos modos. Para estar más despreocupado, tomaré antes una botellita de Oporto añejo.

Puede que no me acierte. Si las leyes estuviesen hechas por hombres caritativos, se les facilitaría el suicidio a los que quieren partir.

Vinieron amigos a ofrecerme otra vez su ayuda, a proponerme que me *recupere*. Yo me negué, porque sé muy bien que no hay nada que pueda desembarazarme de los deseos, las imágenes y los pensamientos que han estado en mi mente desde hace cuarenta años.

Tendré que tomar precauciones para que la detonación no resuene con demasiada fuerza en el corazón de un ser sensible.

Anexo



6 nov 1925

Cher ami,

Hier je t'ai menti. J'étais obligé d'être prudent car je ne veux pas qu'on m'empêche de me suicider. Quand tu recevras ce billet, je serai mort (à moins que je ne me sois raté). J'ai tant usé, en moi et autour de moi, et cela est irréparable.

Adieu. H. R.

Facsímil de una esquela escrita por el autor en la víspera de su suicidio, ocurrido en Lausana el 7 de noviembre de 1925.

6 de noviembre, 1925

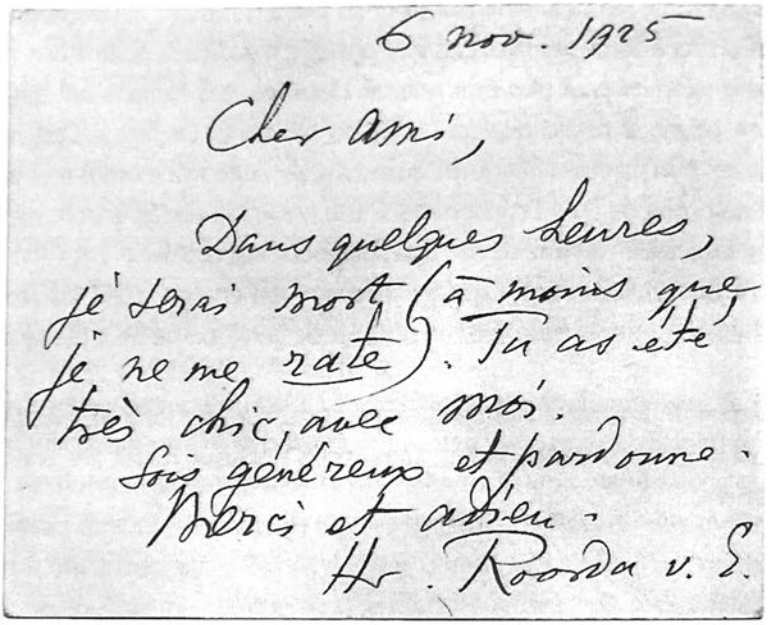
Querido amigo,

Ayer te mentí. Estaba obligado a ser prudente porque no quiero que me impidan suicidarme. Cuando recibas esta esquela, estaré muerto (a menos que no me acierte).

Lo he gastado todo, en mí y alrededor de mí; y eso es irreparable.

Adiós.

H. R.

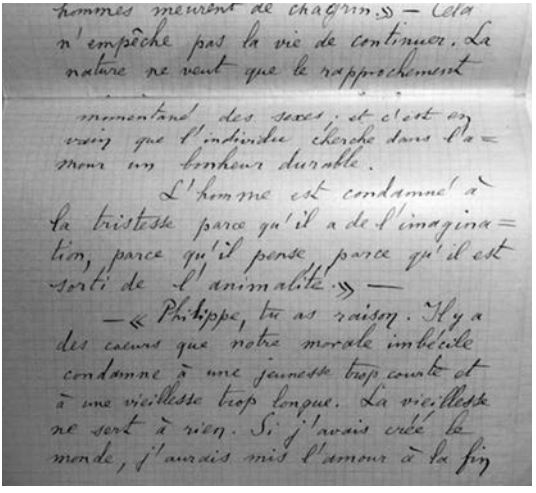


6 nov. 1925

Cher ami,

Dans quelques heures, je serai mort (à moins que je ne me rate). Tu as été très chic, avec moi. Sois généreux et pardonne. Merci et adieu.

H. Roorda v. S.



hommes meurent de chagrin.» — Cela n'empêche pas la vie de continuer. La nature ne veut que le rapprochement momentané des sexes; et c'est en vain que l'individu cherche dans l'amour un bonheur durable.

L'homme est condamné à la tristesse parce qu'il a de l'imagination, parce qu'il pense, parce qu'il est sorti de l'animalité.» —

— «Philippe, tu as raison. Il y a des cœurs que notre morale imbécile condamne à une jeunesse trop courte et à une vieillesse trop longue. La vieillesse ne sert à rien. Si j'avais créé le monde, j'aurais mis l'amour à la fin

Arriba: Esquela dirigida a Marius Jaccard, director del Liceo Jaccard de Lausana, 6 de noviembre de 1925. "Querido amigo.
Dentro de pocas horas estaré muerto (a menos que no me acierte). Te portaste conmigo con mucha clase. Sé generoso y perdona. Gracias y adiós.
H. Roorda v. S."

Izquierda: *Mi suicidio*, detalle del original.

Henri Roorda.

La mort subite de M. Roorda van Eysinga, connu comme humoriste sous le pseudonyme de Balthasar, a causé une douloureuse surprise en Suisse romande, où l'esprit et le robuste bon sens de ses articles étaient fort prisés. M. Roorda était professeur de mathématiques à

† *Balthasar.*

Lausanne. Il laisse plusieurs manuels d'enseignement et des ouvrages de pédagogie d'une note très personnelle. On lui doit aussi une comédie: *le Silence de la bonne*, un livre sur *le Rire et les Rieurs* et l'*Almanach Balthasar* qu'il éditait depuis quelques années.

M. G. Masson,

l'un des nouveaux conseillers nationaux socialistes de Lausanne.

Derecha: Revista semanal *L'Illustré* Nº 47, 19 de noviembre de 1925, donde aparece la noticia de la muerte de Roorda sin hacer mención a su suicidio.

Abajo: Carta a un suscriptor con la entrega de un ejemplar, de los 60 impresos, de *Mi suicidio*. Recomienda mantenerlo en privado y que no llegue a manos de sus alumnos. Fechada el 11 de mayo de 1926.

Lausanne, le 11 mai 1926

Monsieur,

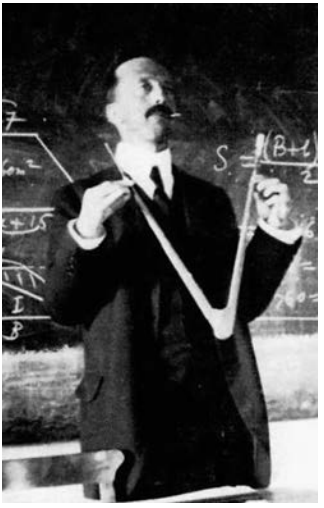
Nous avons l'avantage de vous remettre inclus le volume " Mon suicide ", d'Henri Roorda, tiré à 60 exemplaires numérotés et auquel vous avez bien voulu souscrire.

Nous nous permettons de vous prier de considérer cette publication, pendant quelques années, comme un document de caractère privé qu'il vaut mieux ne pas mettre entre les mains des derniers élèves du professeur Roorda.

Pour faciliter le paiement, nous joignons à la présente un formulaire de versement à notre compte de chèques.

Veuillez agréer, Monsieur, l'assurance de notre considération distinguée.

Annexes: 1 volume
1 formulaire.



H. ROORDA VAN EYSINGA
EFECTOS DE LA
EDVCACION
MODERNA
SE DISTRIBUYE GRATIS
1925

Izquierda: Henri Roorda y su hija Béatrice Roorda van Eysinga, 1905.

Abajo: Henri Roorda, 1911.

Pág. anterior, arriba izq.: H. Roorda dando clases de matemáticas.

Pág. anterior, arriba der.: Ejemplar de ***Efectos de la educación moderna***, publicado en Argentina por editorial La Protesta y traducido por Diego Abad de Santillán, 1925.

Pág. anterior, abajo: H. Roorda con los sobrinos del pintor Félix Valloton.

Notas del traductor

1 Alfred de Vigny (1797-1863), *La maison du berger III*.

2 Literalmente, "aparcería"; aunque aquí da la impresión de ser usado como nombre propio, probablemente de una finca.

3 Maurice Rollinat (1843-1903), "Ballade de la petite rose et du petit bluet".

4 Presumiblemente una pequeña broma a partir de la polisemia de la palabra francesa *moule*: "*il y a moules et moules*", hay moldes… ¿y *mejillones*?

5 *Cul-de-jatte*, literalmente "culo de cuenco", es un modo idiomático pero muy corriente de referirse a las personas amputadas de ambas piernas. La pequeña Miquette, que tal vez no conocía hasta ahora la expresión, extiende sus posibilidades expresivas con una lógica muy personal.

6 *L'Arbalète* ("La ballesta") fue una publicación bimensual satírica ilustrada, lanzada en julio de 1916 por el artista Edmond Bille (1878-1959) y publicada en Lausana por Les éditions de La Tribune. Los 34 números publicados suman 396 páginas, en las que participa el propio Bille –con sus notables grabados y la pequeña fortuna heredada por su mujer– junto a otros ilustradores y escritores, entre ellos, el propio Roorda, que en 1916 publicó allí sus primeras crónicas. Pacifista y libertaria, la publicación desafió por lo general sin graves consecuencias la censura (inusitada desde la sanción de la Constitución helvética de 1848) que durante la primera Guerra Mundial impuso el no tan neutral gobierno suizo. Este veía las simpatías de su población divididas –a imagen de la preponderancia cultural de sus cantones– entre francofilia y germanofilia, y aunque a salvo de la amenaza de una invasión, se esmeraba por honrar ciertos "compromisos". La aventura de *L'Arbalète* concluyó en la Navidad de 1917, debido al agotamiento de los recursos financieros.

7 Antiguo nombre dado en diversos países al conductor del tranvía eléctrico: el anglicismo señala al hombre que gobierna los *watts*. Al guarda o cobrador, en cambio, se lo llamaba en ese entonces *conductor* (análogamente al francés *conducteur*). Pero este no conducía la máquina –ni tampoco, antes de eso, los caballos– sino *a los pasajeros*. Para no sembrar aquí más confusión, lo llamaremos *guarda*.

8 Mezcla de vino de Bordeaux y extracto de coca creado en 1863 por Angelo Mariani, químico de origen corso. Antes de la primera Guerra Mundial, el Vin Mariani vendía 10 millones de botellas al año.

9 Familia de juegos con la baraja inglesa que se juega con 36 naipes, entre ellos el rummy. El jass propiamente dicho es de origen holandés y se halla muy difundido en Suiza.

10 "*Puissé-je ainsi m'asseoir au faîte de mes jours / Et contempler la vie, exempte enfin d'épreuves, / Comme du haut des monts on voit les grands détours / Et les plis tourmentés des routes et des fleuves.*" Sully Prudhomme, "*La vieillesse*".

11 Juego de palabras entre los parónimos *asthme*, asma, e *isthme*, istmo.

12 Aparte de la velada insinuación que se interpretará como se quiera, hay probablemente un juego de palabras entre los verbos *panser* (vendar, curar, sanar las heridas) y *penser*, pensar: "*ne dit pas tout ce qu'elle panse*" (no dice todo lo que cura), se pronuncia de manera muy semejante a "*ne dit pas tout ce qu'elle pense*" (no dice todo lo que piensa).

13 "*La noce à Thomas*" ("las bodas de Thomas") es uno de los nombres que se da en la Suiza romanda a un juego popular de feria que consiste en lanzar proyectiles (por lo general son bolas de madera) contra un montón de latas apiladas: se trata de derribar, con una cantidad limitada de tiros –habitualmente, solo tres–, el mayor número de latas posible. En Suiza, al igual que en Francia, se lo llama también "Jeu de massacre" o "Chamboule-tout", y corresponde al juego difundido en toda Iberoamérica bajo el nombre de "Tumbalatas".

14 "*Je ne vis qu'elle était belle / Qu'en sortant des grands bois sourds. / « Soit ! N'y pensons plus », dit-elle. / Et moi, j'y pense toujours."* Victor Hugo, *Vieille chanson du jeune temps.*

15 "*Le mot de Cambronne*" (que puede entenderse como "la palabra de Cambronne", "la frase de Cambronne" o "lo que dijo Cambronne") es objeto de controversia histórica y, al mismo tiempo, un eufemismo sobre cuyo significado existe el más unánime consenso. La historiografía oficial, inscrita en libros y grabada en piedra, quiere que el general Cambronne, comandante de las tropas imperiales en Waterloo, hallándose herido e instado a rendirse por su contraparte el general Maitland, habría pronunciado estas sus últimas palabras: "*La garde meurt et ne se rend pas*!" ("¡la guardia muere y no se rinde!"). Pero el propio general, que efectivamente iba a rendirse y sobrevivir a sus heridas, siempre consideró más honorable poner la verdad por encima de la gloria y negó haber proclamado semejante cosa. Testimonios de otros militares han confirmado o contradicho, desde 1815 hasta la fecha, su honesta rectificación según los gustos variables de periodistas e historiadores. Pero sería Victor Hugo, en su relato de la batalla incluido en *Los miserables* (1862), quien pondría en boca de Cambronne su palabra definitiva: "*Merde!*".

16 Con mucha probabilidad se trata de Anatole de Brioude, personaje principal de la novela *Le guet-apens* ("La trampa"), de Paul Lacroix, polígrafo y erudito francés más conocido como "el bibliófilo Jacob" (1806-1884) .

17 Efectivamente lo encontramos en el portal de las bibliotecas municipales especializadas de Francia, bajo la rúbrica "corporaciones de artesanos": "*Le Réveil des limonadiers* : órgano oficial de los vendedores de refrescos, hoteleros, dueños de restaurantes y afines: periódico de defensa contra los abusos del fisco", publicado en Lyon desde la década de 1870 y al menos hasta 1914

por la Unión federal de las cámaras sindicales de abastecedores de bebidas del Este y cuenca del Ródano.

18 *Cf.* más arriba la crónica "En Santa Helena", donde el ancestro enterrado en la isla es atribuido a un amigo.

19 *An Essay on Laughter*, 1902.

20 *Le rire. Essai sur la signification du comique* ,1899.

21 "*Le meilleur mondè*" es una forma superlativa de "*le beau mondè*": la bella sociedad, la alta sociedad; es decir, en este caso, la *más alta* sociedad.

22 La cita pertenece a Tristan Bernard, pero no hemos podido determinar la fuente exacta. El propio Roorda la había citado, un poco más extensamente, en otro de sus libros, *Le Roseau pensotant* (1923): "[Mi amigo] Casimir, que ha leído a Ibsen, sabe que el individuo tiene deberes para consigo mismo. Y como los más refinados entre sus contemporáneos, sigue de buena gana el consejo de Tristan Bernard, que aspira a que cada uno de nosotros

> *cultive con fervor su maceta de flores íntima,*
> *humilde geranio o palma triunfal.*"

23 "*Ah! les premières fleurs, qu'elles sont parfumées!*" Paul Verlaine, *Poèmes saturniens*, "Nevermore".

24 "*Pour ne pas sentir à ma dernière heure / Que mon cœur se fend; / Pour ne pas pleurer, pour que l'homme meure / Comme est né l'enfant*". Sully Prudhomme, "*L'agonie*".

25 *L'assiette au beurre* ("el plato de manteca", 1901-1912) fue un semanario satírico francés de contenido republicano y anticlerical.

26 "*Que les soleils sont beaux dans les chaudes soirées! / Que l'espace est profond! Que le cœur est puissant!*" Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, XXVIII, "El balcón".

ÍNDICE

Roorda redimido..... 5
Ariel Dilon

Tómelo o déjelo

El programa de lectura del profesor de optimismo..... 15
(1919)

PREFACIO, 17
ESPERAR, 21
¡TODOS FELICES!, 23
EL FIN DE LAS GUERRAS, 25
UN MONSTRUO, 28
EL PEDAGOGO CHISTOSO, 31
EL PEGADOR DE AFICHES, 34
UNA NUEVA LIGA, 36
APRETONES DE MANO, 38
EL NÚMERO DE NUESTROS AMIGOS, 41
NO ABUSEMOS DE LA REGLA DE TRES, 44
LAS FIESTAS Y LA ALEGRÍA, 47
LA SONRISA FATIGOSA, 49
PROFESOR DE OPTIMISMO, 52
LA CONFESIÓN DEL PERIODISTA, 55
EL RECOLECTOR DE PEDAZOS DE FRASES, 58
SOCIABILIDAD 61
LOS SALVADORES, 63
UN PACIFISTA, 66
MIQUETTE, 69
NUESTROS HIJOS, 75
UN DIARIO NECESARIO, 78
DETENTE CORDIAL, 81
EL *DESBOCHAJE* DE LA HUMANIDAD, 83
EL ESCÁNDALO DE LOS TRANVÍAS DE LAUSANA, 86
¿EN QUÉ PIENSAN, ELLAS?, 92
EL ELEFANTE, LA GALLINA Y EL ZAR, 95
LOS NÚMEROS, 97
OTRA VEZ LOS NÚMEROS, 100
EN PIJAMA, 103
UN GESTO HEREDITARIO, 105

VIVE LA FRANCE, 109
LA CALLE MORALIZADORA, 111
FIDELIDAD, 114
NUESTRO VOLUMEN, 116
EL ETERNO FEMENINO, 119
TABLE D'HÔTE, 121
ENVEJECER, 124
EL QUESO, 127
EL DINERO, 130
ANIMALES GRANDES Y PEQUEÑOS133
NOS SALUDAMOS, 135
UN SINCERO, 138
NO QUERRÁN IRSE, 141
EL DESARME UNIVERSAL, 144
LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO, 147
LOS ESTORNUDOS, 150
NO SEAMOS DEMASIADO INTELIGENTES, 153
EL HOMBRE Y LOS ANIMALES, 155
LA CORTESÍA DEL FUNCIONARIO, 158
UN HOMBRE MORAL, 161
BIEN PODRÍAMOS PRESCINDIR, 164
PUNTOS DE VISTA, 166
YO, LA MILMILLONÉSIMA PARTE…, 169
PROTESTO, 171
LA VOLUNTAD DE LOS PUEBLOS, 173
UNA POBRE MUJER, 174
UN MUNDO COMPLICADO, 176
LA UTILIZACIÓN DE LOS ANCIANOS, 178
LOS DISCURSOS, 181
EN SANTA HELENA, 184
LAS CONVENIENCIAS, 187
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN, 190
LA PREOCUPACIÓN, 193
LO MARAVILLOSO, 196
EL MÉDICO BROMISTA, 197
LOS PINTORES EXTREMISTAS, 199
LOS DOS PATRIOTISMOS, 202
CUANDO SE HAYAN IDO, 204
PROCLAMA A LOS ELECTORES INTELIGENTES, 206
LAS BODAS DE THOMAS (EL TUMBALATAS), 208
HASTA EL FINAL, 210
LA PALABRA DE CAMBRONNE, 213
MI VIENTRE, 218

La risa y los que ríen 223
(1925)

INTRODUCCIÓN, 225
CÓMO SE HA EXPLICADO LA RISA, 227
LA PALABRA Y LA COSA, 231
LOS QUE RÍEN, 249
EL HUMORISTA Y EL FANÁTICO, 254
NOTA, 258

Mi suicidio 261
(1925)

PALABRAS PRELIMINARES, 263
AMO LA VIDA FÁCIL, 265
LAS PROVISIONES, 266
EL DINERO, 268
HE VIVIDO MAL, 271
ES UNA MALA ACCIÓN, 273
EL PROFESOR DE MORAL Y EL FISIÓLOGO, 275
EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD, 280
LA GENTE ORDENADA, LOS BUENOS CIUDADANOS, 282
LO QUE DURA DEMASIADO, 284
ÚLTIMOS PENSAMIENTOS ANTES DE MORIR, 286

Anexo..... 294

Notas del traductor 300

–¡Acá mis buenos amigos que me dejan!...
El abandonado, Edmond Bille, *L'Arbalète*, 1ero de enero de 1917.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2019,
en Gráfica M.P.S. S.R.L.,
Buenos Aires - Argentina